

El color de la ausencia

Basaldúa Silva, Jorge

2015-03-04

<http://hdl.handle.net/20.500.11777/273>

<http://repositorio.iberopuebla.mx/licencia.pdf>

EL COLOR DE LA AUSENCIA

EL COLOR DE LA AUSENCIA

Jorge Eduardo Basaldúa Silva

UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA PUEBLA

UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA PUEBLA
Biblioteca Interactiva Pedro Arrupe SJ
Centro de Recursos para el Aprendizaje y la Investigación

Basaldúa Silva, Jorge Eduardo

El color de la ausencia

1. Crónicas mexicanas. 2. Literatura mexicana. II. título

PQ 7298.12 A83.2013

Responsable de publicación

Ricardo Escárcega Méndez

Edición y diseño

Juan Jorge Ayala

Diseño de portada

Josué Aguilar Pérez

Primera edición, 2013

ISBN: 978-607-7901-35-8

DR® Universidad Iberoamericana Puebla

Blvd. Niño Poblano 2901. U.T. Atlixcáyotl

Puebla, Pue.

libros.iberopuebla.mx

libros@iberopuebla.mx

Para su publicación, este libro contó con el apoyo económico de Arturo de Jesús y su esposa Guadalupe Hernández, a quienes agradecemos su contribución solidaria.

Impreso en México

A Elvira, Luisa e Irene,
compañeras maravillosas en esta travesía.

Primera parte

Murales

Primeros trazos

I

Jonás movió despacio la mano para sentir otra vez el muro rugoso de la presidencia municipal sobre el cual quería pintar la historia de su pueblo. Acercó su cara hasta tocar la pared para escuchar el ruido interno del ladrillo cocido como quien sigue un ritual iniciático para ubicarse.

El gorjeo de las palomas junto al techo de lámina le hizo abrir los ojos. Caminó hacia atrás con lentitud, y pensó “Y ahora, ¿cómo voy a meter tanta vida en este pedazo de cemento y cal?”.

Lo primero sería trazar líneas, marcar territorios, definir el principio y fin de las imágenes para establecer las fronteras de esa blanca geografía.

Los años vividos del otro lado habían fijado en él muchas ideas, la distancia le enseñó a ver cosas que la cercanía le ocultó; por eso, cuando pidió autorización para pintar el mural, dijo.

–¡Todo lo tengo aquí dentro! Déjenme pintar.

Lo escucharon en silencio sin darle una respuesta. “Luego Jonás”, le dijeron, “no suena mal... pero dejémoslo para luego...”.

Cuando por fin contestaron que sí lo hicieron a través de una carta firmada por el presidente municipal, entonces Jonás se lo contó a su padrino.

–Los políticos necesitan hacer cosas nuevas para llamar la atención, y ya se dieron cuenta que tu trabajo les puede ayudar a preparar los ánimos para las próximas elecciones.

–Pero para eso falta mucho.

–Nunca es temprano para levantarse y dar el primer paso, acuérdate que esos señores siempre miden hasta dónde van a llegar antes de empezar a caminar. En la política toda acción

tiene un propósito, y no dudes que si aceptaron tu propuesta es porque les va a ayudar a jalar agua a su molino.

–Usted sabe que lo mío no tiene que ver con eso, lo que quiero hacer no va a llevar el color de ningún partido, tiene que ver con la gente del pueblo, no con el gobierno.

–La cosa es que lo vas a hacer en el lugar que autoriza uno de los grupos, por eso te mandan la carta, para que quede bien claro quién te apoya. Date cuenta que en la carta aceptan siempre y cuando te comprometas a terminar antes de la fiesta.

–Tal vez tenga razón padrino, pero si no tomo esta oportunidad ahora, ¿cuándo?

–No va a haber otra...

–¿Qué me aconseja?

El padrino Juan guardó silencio. Él sabía ver cosas que a otros ni siquiera se les ocurría pensar, por eso Jonás esperó paciente su respuesta.

–Yo en tu lugar les diría que sí... y a los que no les parezca, que vayan y chinguen a su madre.

II

Micaela lavó sus manos en el tanque afuera de la cocina. El agua entumió sus dedos. Hacía rato que había amanecido y era hora de empezar a echar las tortillas para el desayuno. Frotó sus palmas con fuerza y las secó en el mandil. Antes de entrar echó un vistazo al patio de tierra que su abuela había barrido temprano. Espantó a una gallina que vino a picarle el pie pidiendo comida y miró con detenimiento el árbol de lima sin ningún fruto, casi todos los habían vendido hacía menos de dos meses a los peregrinos que pasaron rumbo al santuario del Señor de Chalma. Micaela respiró el aire frío antes de apartar la cortina y meterse al cuarto, apenas entró, el calor del hogar la recibió con una caricia necesaria.

Sobre la mesa la joven tomó entre sus manos una bola de masa y la movió con energía humedeciendo la superficie reseca del maíz. Ese día su abuela había puesto el nixtamal,

lavó el maíz, lo llevó a la molienda y dejó lista la masa para hacer tortillas. Otras veces, era ella quien salía temprano con la cubeta llena de grano. A Micaela le gustaba ir al molino para ver cómo los primeros rayos del sol tocaban la punta blanca del volcán. No siempre se podía ver, algunos días, sobre todo en la temporada de lluvias, el volcán se ocultaba detrás de una capa espesa de nubes y en el pueblo decían que el “Viejito” se había puesto su gabán para que nadie viera lo que hacía; otros, sólo se ponía sombrero dejando al descubierto su inmensa ladera boscosa. También le gustaba caminar temprano para ver a la gente y saludarla, porque en las mañanas casi todos estaban de mejor humor y el camino se llenaba de deseos de pasar buenos días.

En la molienda las jóvenes platicaban sobre cosas que sucedían en el pueblo. Hacía no mucho ahí se enteró Micaela que el hijo de don Urbano había llegado de Nueva York; ella lo recordaba bien porque en la primaria Jacinto había sido su mejor amigo. Estuvo poco y se volvió a ir, pero ella pudo verlo y preguntarle cómo le iba. Jacinto parecía otra persona con esa ropa ancha que traía y los modos de usar las palabras entreverándolas con expresiones que sonaban a inglés. Con todo y eso le dio gusto saludarlo porque encontró en sus ojos su misma expresión, y recordó cuando a la hora del recreo compartía con ella los duraznos que le mandaba su mamá.

Con sus manos fuertes y redondas Micaela separó de la bola grande un poco de masa para echar una tortilla. Mojó la punta de sus dedos en el platito con agua, humedeció la masa y empezó a darle forma palmeándola una y otra vez. Con un movimiento súbito y medido dejó caer unas gotas sobre el comal caliente; el agua saltó por la superficie chirriando en bolitas cristalinas que casi de inmediato desaparecieron.

—El comal está en su punto —dijo Jessica al entrar en la cocina y con buen ánimo preguntó—. ¿Ya está mi desayuno?

—Pero qué floja eres, en lugar de ayudarme llegas y te sientas exigiendo comida.

–No exageres, a ver ¿cuándo te exigí? Yo sólo pregunté si mi hermanita tiene listo el desayuno para poderme ir a la escuela y no llegar tarde.

–Mira nada más, ¿y de cuándo acá te preocupa llegar temprano?

–Ya ves, una tiene derecho a cambiar, ¿o no?

–Mejor prende el radio y ayúdame sirviéndote café.

Micaela puso la tortilla en el comal y formó otra bolita de masa. Jessica prendió el radio y bajó el volumen, le chocaba la música gruperá que escuchaba su hermana, ella prefería el rock. Junto al radio había también un horno de microondas, la licuadora, el tostador de pan y un extractor de jugo. La abuela Rufina había dispuesto ese lugar para poner las cosas que sus hijos le mandaban de Estados Unidos, era como un pequeño altar donde juntaba las reliquias de un nuevo culto. Jessica se acercó a la estufa y miró qué había para comer.

–Nada más voy a tomar café y una tortilla con salsa.

Jessica se dio cuenta que por ella su hermana no estaba usando la prensa para las tortillas, Micaela sintió su mirada y como si adivinara sus pensamientos, le dijo.

–Ni me veas así, ya sabes que yo prefiero echar las tortillas con la mano, y como todavía no empiezo a sacar para vender, aprovecho.

Jessica tomó un trago de café y preguntó.

–¿Y cuánto tiempo más piensas quedarte echando tortillas?

–Pues yo digo que hasta que me case, y es más, tal vez ya casada siga haciéndolo para ayudarme.

–¡Ay hermanita!, yo no sé por qué dejaste de estudiar, ya vez que mi papá te dijo que si querías él te pagaba la secundaria.

–Es que a mí no me gusta estudiar, yo prefiero estar aquí en la casa; además, si yo estudiara, ¿quién te iba a echar las tortillas?

–Pues tú, nomás que te levantarías más temprano.

–Hasta crees que te iba seguir consintiendo. Estás pero si bien loquita.

Micaela le acercó a Jessica otra tortilla. Habían dejado la escuela hacía algunos años y si bien pudo seguir sus estudios, para ella pesaron más las palabras que su madre le dijo antes de irse: “Te quedas encargada de la casa. Ahora tú serás la mujer junto con tu abuela, ayúdale en todo y no dejes que tus hermanos se porten mal. Cuida mucho que no se vuelvan unos vagos.” Desde entonces, apenas con doce años, asumió en silencio la tarea de criar y hacerse cargo de los deberes de la casa. No le pesaba haber obedecido, para ella la vida estaba ahí, en su casa, junto a su abuela, dándole de comer a los suyos.

Jessica en cambio no podía estar en la casa, era como si las paredes le apretaran el cuerpo y cada vez que podía se salía a la calle. Iba en segundo de secundaria y a veces tenía ganas de salir corriendo de su pueblo. Cada vez platicaba menos con su hermana porque a ella no le importaban los bailes, los muchachos, el color de la ropa, los peinados, el maquillaje...

—¿Ya te dijo mi abuela quién le habló ayer?... Parece que fue mi tío Esteban.

—¿Y qué le dijo?

—Que disque va a venir su hija a pasar un tiempo en el pueblo... ¿cómo ves?

—Algo me dijo, pero que no es seguro.

—Esa niña no ha venido nunca, para mí que no le va a gustar por acá.

—Esa niña tiene tu edad, así que ya no está tan chiquita; creo que cumplió catorce. La abuela Rufina va a estar feliz, no ves que no la conoce y siempre ha estado con que ya va a venir y nada. Ojalá ahora sí se le haga.

—Yo sólo espero que no sea de esas que sólo hablan inglés, porque ya ves que por eso se creen mejores que nosotras.

—No creo, estoy segura que algo de español ha de hablar, ves que la tía Antonia no es buena para hablar como las gringas, así que con ella seguro puro castilla.

—Ya veo a mi abuela con la nietecita de arriba a abajo diciéndonos “¡Cuídenla y acuérdense que ella no conoce por aquí!” —y se echó a reír.

Jessica tomó su morral, se pasó la cinta por el hombro y salió de la cocina.

–¡Nos vemos! –gritó mientras cruzaba el patio bajo la lima.

Micaela la vio a través de la ventana espantar a los totoles. Sabía que antes de irse se miraría al espejo y peinaría su pelo con una trenza gruesa que sólo usaba para ir a la escuela. Sola, en la cocina, Micaela pensó cómo habría sido su vida si en lugar de permanecer en la casa hubiera decidido estudiar, cuántas cosas nuevas sabría ahora, de cuánto hablaría con su hermana, estaría en el pueblo o se habría ido a buscar otra suerte para su vida. Cómo saberlo ahora que las circunstancias se le habían enredado atándola a esa casa llena de responsabilidades. Antes de regresar a su tarea suspiró, empujó con su pie descalzo la cubeta llena de masa, paseó su mirada por el cuarto de la cocina y reconoció en cada rincón un poco de ella, como si los muros opacos del adobe pudieran reflejar su imagen de pie, junto al comal, prensando el maíz, echando las tortillas para la venta.

III

Jessica saltó para cruzar la acequia frente a la puerta de su casa. Llevaba zapatos negros y calcetas blancas. Ajustó por la cintura la falda tableada subiéndola un poco mientras caminaba por la calle. La blusa blanca y el suéter verde olivo completaban el uniforme de la telesecundaria.

El agua que corría por la acequia bajaba desde el manantial de San Miguel, el pueblo vecino. Allí le habían hecho una represa que después canalizaban por varios caminos de agua. Cuando niña, Jessica decía que en el pueblo no podría perderse porque la acequia la guiaba a su casa. La corriente iba hasta la escuela después de pasar por la presidencia y la plaza, al final, junto a las últimas casas del pueblo, desembocaba en un jagüey. Día y noche, dentro del cauce de cemento, el agua parecía unir con su cadencia las vidas de la gente de San Nicolás.

En el pueblo casi todas las calles eran de tierra, por eso Jessica caminaba con cuidado para no ensuciar sus zapatos. En

mayo las lluvias todavía no llegaban y el paisaje estaba seco, sin embargo, el pueblo tenía árboles verdes todo el año. En los patios de las casas, bien barridos y apisonados, no faltaba nunca el color de las flores en las macetas. Los laureles junto al panteón no perdían sus hojas, y aunque a veces los podaban, daban una sombra fresca.

Todavía hacía calor aunque ya no tanto como en marzo y abril. A Jessica le parecía que el sol más fuerte era el de Semana Santa. En esos días había reverberaciones por todas partes y el paisaje, opaco por la calina, se desdibujaba desde temprano, la luz del mediodía lastimaba los ojos y el volcán perdía casi toda la nieve.

El pueblo se había llenado de bardas, cuartos, casas completas. Las cercas de chinamite eran cada vez menos, aunque junto a la barranca, donde vive la gente más pobre, podían verse más. Casi todas las construcciones nuevas tenían dos pisos y techos de dos aguas. Cuando empezaron a hacerlas permanecieron deshabitadas durante mucho tiempo, a la gente mayor no le gustaba vivir en ellas, las mujeres decían que eran frías y que en sus cocinas nadie podía hacer un buen mole porque no tenían lugar para el fogón de leña; sin embargo los hijos las siguieron haciendo para sus madres con la idea de probar que las querían, y que tenían éxito en la unión americana. Con el tiempo las casas se habitaron y delante de algunas, como trofeos de la migración, estacionaron camionetas enormes con placas del otro lado.

Las bardas servían también para que los muchachos de las bandas marcaran sus territorios. Camino a la escuela Jessica podía ver varias pintas. A ella le gustaba una que en el centro tenía los ojos de una muchacha que miraban al que pasara enfrente. El grafiti era de *Los Raviolos*. Jessica conocía a un grafitero pero era de otra banda, siempre hacía dibujos en su libreta, en realidad casi todos sus compañeros de la telesecundaria llenaban sus cuadernos de dibujos, pero no todos salían por las noches a pintar las casas.

Sobre la banqueta una señora jalaba de la mano a su hijo

que con una enorme mochila a cuestas, parecía resistir los empujes de la madre. Un tractor, aventando con sus llantas pedazos de tierra seca, ruyó al pasar junto a Jessica. Sujetas en la parte trasera, las cuchillas de barbecho recordaban los viejos arados de madera jalados por mulas. Hacía años era común ver a los hombres cargando con ellos, pero ahora, resultaba más bien raro.

A esas horas casi todos los negocios permanecían cerrados, lo único abierto era la tienda frente a la escuela y la verdulería de doña Esperanza; el señor que checaba los tiempos de las combis era de los únicos que, sin dedicarse al campo, madrugaba junto con los choferes que desde las seis hacían viajes a la ciudad.

Cerca de la escuela dos pastores pasaron junto a Jessica guiando un atado de bueyes, chivos y borregos. El mayor, un muchacho alto y flaco, sujetaba una vara larga de pirul con la que pegaba a los bueyes que caminaban sin prisa. Aquellos animales cargaban penosamente su dura osamenta visible dentro de sus pellejos polvorientos. Junto a ellos, los chivos, con las cabezas en alto, trotaban nerviosos chocando entre sí. El olor a hierba jalaba más a la recua que las pedradas y los golpes de vara. Un grupo de perros hechos a la tarea de pastorear caminaba atento al paso del ganado. Los arrieros iban todos los días al campo con sus animales que no perdonan domingos ni días festivos: “tienen que comer” decían, “y alguien debe hacerse cargo”.

Al pasar junto a Jessica el muchacho alto fijó sus ojos en ella, su pelo crespo salía para todos lados, ella recordó el peinado de sus amigos en los bailes y se rio. El muchacho no apartó la vista y Jessica le regresó la mirada retándolo a decirle algo, finalmente, el arriero bajó la cabeza, dio un varazo enérgico al buey que tenía delante y gritó al niño para que retuviera a los chivos que ya comían las hojas de los arbustos de enfrente.

La distancia entre Jessica y el pastor había crecido en los últimos años; tiempo atrás tal vez sus vidas y lo que cada uno quisiera de ellas, no habrían estado tan alejadas entre sí: el cam-

po estaría frente a ellos como la única alternativa de trabajo; pero ahora, con todos los cambios que el pueblo experimentaba, las perspectivas de ambos tenían poco en común. El joven pastor no iba más a la escuela y de seguro apenas sabía leer, y nunca, o casi nunca, tendría que escribir algo. Encargado principal de los animales, bien podía ganarse la vida sólo, sus brazos tenían la suficiente fuerza para sembrar una parcela y estaba listo para traer al mundo los hijos que Dios mande. Jessica en cambio, formaba parte de un grupo distinto, ella era hija de los que habían migrado, de los que mandaban dinero al pueblo y ropa de moda para vestirse, era pobre también, pero había incorporado a su vida formas distintas para vivirla; compartía con otros muchachos la ausencia casi permanente de los padres y los hermanos mayores, las llamadas telefónicas al otro lado y la sensación de incertidumbre ante el futuro. Para los jóvenes como ella, asistir a la escuela formaba parte de sus nuevas tareas, al igual que escuchar música, conocer nombres de grupos, saber navegar, chatear, estar en *facebook*. Aunque el campo seguía presente, la importancia que tenía para ella era cada vez menor; su horizonte, ensanchado por los que se fueron, creaba en su mente imágenes nuevas de sí misma.

Movido por el viento, el sonido de la campana tocó las ocho, Jessica se apresuró y frente a la puerta de la telesecundaria bajó su falda y se arrojó el suéter para que la maestra no le llamara la atención. Antes de cruzar la puerta de alambre pensó que la escuela era el lugar que más odiaba, porque ahí no la dejaban vestirse como le gustaba, ni hacer lo que ella quería.

IV

Julián no perdía detalle de lo que el maestro pintaba en la pared. Trepado en una escalera Jonás había dibujado un círculo grande. Antes de trazar la línea trabajó con las pinturas, las mezcló e hizo marcas en la base del muro hasta quedar satisfecho. Preparó varias vasijas y se dispuso a pintar. Los recipientes coloridos rompían la monotonía gris del cemento y

las pruebas de color simulaban raíces de una planta misteriosa a punto de echar sus primeros brotes.

Cuando Jonás quiso acercarse a la escalera, un niño con la piel curtida, pelo a rape y ojos negros como dos capulines, se acercó a ayudarlo.

–Gracias –dijo Jonás–. ¿Cómo te llamas?

–Julián.

–¿Y qué haces aquí? ¿No tendrías que estar en la escuela?

–Hoy no hubo clases, por eso acompañé a mi tío que trabaja aquí.

–¿Quién es tu tío?

–Serafín, ¿lo conoce?

–No. ¿Y preferiste venir que andar con tus amigos?

–Sí, porque supe que iban a empezar a pintar un cuadro sobre el pueblo, y quise ver cómo lo van a hacer.

–¿Quién te lo dijo eso? –preguntó Jonás al tiempo que tomaba la escalera. Antes de contestar, Julián se adelantó para cargar el otro extremo.

–Mi tío me platicó y como a mí me gusta dibujar, quise venir a ver cómo dibuja usted.

–Bueno, lo que voy a hacer es pintar este muro. ¿Y qué es lo que te interesa?

–No sé, verlo pintar, pero sobre todo, ver las cosas que va a pintar... Yo creí que era usted más viejo.

–¿Y...?

–Un poco, sí, pero yo creí que era más viejo, como los abuelitos, pero usted todavía no se ve tan señor.

A Jonás le hizo gracia la manera como Julián se refirió a él, si bien era joven todavía, en el pueblo pasados los treinta los hombres ya eran todos unos señores, y a las mujeres les faltaba poco para ser abuelas. Con la ayuda de Julián puso la escalera en el centro y luego, como si estuviera solo, regresó a sus vasijas y las mezcló dando tiempo para que aquella primera intervención en el muro fuera lo más precisa posible.

En medio del silencio sintió a Julián sentarse en uno de los botes de pintura. Aquel niño le hacía recordar su infancia, no

porque se pareciera a él, sino por ser distinto. Jonás nunca se hubiera atrevido a hacer preguntas sobre su trabajo a un señor desconocido, y mucho menos, hablar de su edad; él había sido un niño más bien tímido que al criarse con los abuelos aprendió los comportamientos de la gente de antes, por eso mientras los niños de su edad corrían tras la pelota, trepaban árboles para bajar huevos de conguitas, o iban hasta la hacienda para ver salir a los tlacuaches, él prefería quedarse en el patio de la casa a buscar figuritas de barro, o ayudarle al abuelo a atender la tienda de abarrotes; como era bueno para las cuentas y respetuoso de los mayores, lo podían dejar encargado de la caja. Quizás lo único que lo unía a ese niño era la curiosidad y el gusto por el dibujo.

—Entonces, ¿quieres ver cómo trabajo?

—Sí maestro, quiero ver cómo pinta, pero más que nada, lo qué va a pintar.

—¿Y por qué te interesa lo que voy a pintar?

—Porque si se va a tratar de la historia del pueblo, quiero ver a quién conozco.

—Pues de los que conoces seguramente ninguno, mira, lo que yo voy a hacer tiene que ver con una historia más vieja, así que seguro las imágenes no van a ser ni de tus amigos, papás, abuelos o tíos.

—Entonces, ¿de quiénes?

—De los que han hecho la historia, los antiguos pobladores de esta tierra.

—¿Y usted cree que con eso vamos a entender más nuestro pueblo? —preguntó Julián tratando de imaginar quiénes serían los antiguos pobladores de San Nicolás.

—Yo creo que sí, al menos lo voy a intentar.

Jonás dejó en el piso la pala de madera con la que había removido la pintura y continuó.

—Quiero pintar personajes que representen partes diferentes de la vida del pueblo, gente importante a la que le debemos lo que ahora somos.

Muchas de aquellas palabras a Julián no le gustaban porque no las entendía, sin embargo, hizo como si nada se le hubiera escapado y preguntó.

—¿Va a ser entonces como en los libros de la escuela donde nos cuentan lo que hicieron nuestros héroes?

—Más o menos, pero además quiero pintar cosas que han pasado aquí en el pueblo. No sé si me entiendes, tal vez estás muy chico pero, por ejemplo, cuando yo era niño la gente de San Nicolás empezó a irse para Estados Unidos, antes no habían necesitado hacerlo, desde ese tiempo para acá muchas cosas han cambiado y a mí me interesa pintar algo relacionado con esos cambios.

Julián escuchó las palabras pero seguía sin entenderlas bien, esta vez no tanto porque no las conociera una por una, sino por lo que querían decir todas ellas juntas. Si los del pueblo no se iban a Nueva York, entonces, ¿cómo le hacían para vivir?, ¿en dónde conseguían las playeras, las gorras, los tenis? Si los papás no estaban del otro lado, ¿quién mandaba dinero para comprar la comida?

—¿Eso quiere decir que los papás se quedaban a vivir en el pueblo? —preguntó Julián con ganas de entender.

—Pues sí, aunque no es tan sencillo, la gente se iba a otras ciudades pero regresaba más seguido... aunque viéndolo bien, era como tú lo dices, los papás estaban y los hijos crecían tratando de ser como ellos, y eso ayudaba a que las cosas no cambiaran tanto.

Julián miró hacia arriba y vio cómo las palomas se metían en los huecos que había entre el techo y el muro y pensó que por ahí la lluvia podría chorrear el cuadro del maestro. Preocupado por su hallazgo preguntó.

—¿Ya vio que allá arriba hay varios hoyos? Si llueve se va a meter el agua.

—Me dijeron que los iban a tapar por fuera para no ensuciar el muro, yo espero que se apuren porque si no, como tú dices, cuando empiecen las lluvias el agua se puede colar por ahí. Gracias Julián, veo que eres un buen ayudante.

El niño sonrió mientras buscaba palabras para preguntar al maestro si podía regresar otro día a ver su trabajo, antes de encontrarlas regresaron a su cabeza las imágenes de los hijos que apenas conocían a sus papás, entonces, como si Jonás hubiera seguido el hilo de sus pensamientos, dijo.

–Yo pienso que las mamás no deberían irse nunca, los papás sí porque mandan dinero, pero las mamás, nunca.

–¿De dónde sacas eso?

–Porque las mamás se encargan de cuidarnos, y como usted dice, si ellas no están, entonces todo va a cambiar y no vamos a saber qué cosas hacer y qué cosas no.

–¿Y los papás?, ¿ellos no enseñan nada?

–Sí, ellos nos dicen cómo se hace el trabajo en el campo, y cuando ya somos grandes, arreglan todo para que nos casemos; cuando están en Nueva York hablan por teléfono y preguntan si estamos bien, cómo va la escuela, y a veces nos mandan ropa y juguetes. Yo veo que los papás no te preguntan cómo te sientes, si estás triste o no, pero las mamás, sí.

Jonás subió la escalera despacio, llevaba una de las jícaras en la mano sujeta por un mecate que enredó en uno de los travesaños, se aseguró de no regar la pintura y luego trazó con una brocha delgada un gran círculo justo en medio en la parte superior. Julián miró lo bien que el maestro dibujó el círculo. “¿Será una cara?”, se preguntó intrigado. Jonás retocó su figura y luego marcó unas pequeñas líneas dirigidas a diferentes lados.

–¿De quién va a ser esa carota?

–No va a ser una cara.

–¿Entonces?

–Ya te dije, quiero pintar la historia del pueblo y decidí empezar por esta imagen, ya verás cómo poniéndola aquí, en el centro, todas las demás estarán sujetas a ella...

Julián seguía sin entender, pero disfrutaba cómo sonaban las palabras del maestro porque parecían ellas mismas formas redondas que salían de su boca.

—Con esta imagen quiero ir al recuerdo más hondo, quiero que sea como la primera estrella en el cielo a la que uno pide deseos... ¿Sabes lo que voy a pintar aquí?

—No —respondió Julián aturdido.

—El Tiempo.

Y siguió pintando...

V

Dentro del cuarto de la cocina, caliente y oloroso a maíz, Micaela echaba tortillas. Cada tanto interrumpía su labor y se sentaba para mirar la televisión mezclada con el sonido del radio; las imágenes por lo general se imponían a la voz y llenaban sus horas frente al comal. Los programas de la mañana le ofrecían siempre los mismos consejos de belleza, la necesidad de mantenerse delgada y sana, la importancia de preservar el ambiente y de alcanzar, cada día, lo que se había propuesto. Micaela intuía que esos consejos no eran para ella, pero buscaba la manera de conectarlos con su vida, deseaba verse reflejada en las mujeres que aparecían en la pantalla, y aunque no se reconocía en ninguna, había aprendido a describirse alta y de piel blanca lo que la unía, aunque fuera un poco, al mundo “perfecto” de la televisión.

La mañana estaba especialmente calurosa y sintió unas ganas enormes de dormir. Había cocido suficientes tortillas para vender y las mantenía calientes dentro de una canasta. Se sentó tranquila en la silla de madera junto a la mesa. Adormilada por el sonido del televisor empezó a cabecear dando vueltas a una idea que las conductoras acaban de decir: *no olvide que la presentación de los platillos es el cincuenta por ciento de su éxito en la cocina...*, dentro de su mente aquellas palabras se mezclaron con las del padrino de la boda al llegar a la casa del novio, unió también las imágenes de unos platos colmados de mole y arroz con los platillos escasos de la tele; junto a los largos tableros con refrescos y cervezas bajo una lona encontró una pequeña mesa en un salón elegante y solitario; vio las caras de

los invitados frente a sus platos humeantes mientras las voces chillonas de las conductoras sonaban cada vez más lejanas...

—¡Niña! ¿Qué no oyes que te llaman? —gritó la abuela apresurándose a atender a su comadre parada junto a la puerta. ¡No le digo! —protestó—, estas muchachas ya no saben lo que es trabajar.

—No se apure comadre, a mí también me toca criar nietos y entiendo de qué se trata.

—Dígame comadrita, ¿qué se le ofrece? —preguntó la abuela mientras secaba sus manos en el mandil—. Me encontré lavando.

—Nada más pasé a ver si se le ofrece algo, voy al mercado en la camioneta de mi hijo y pensé que si usted quería...

—Nada comadre.

—Bueno comadrita, yo sólo pasé a preguntar, pero si no es ahora, ya será para la otra.

—Ándele pues, y no se moleste, si necesito algo yo misma voy y se lo pido.

Antes de que la comadre saliera, la abuela Rufina dijo.

—¡Salúdeme a Domingo y dígame que pase a vernos antes de irse!

Doña Josefina asintió con la cabeza y se fue, Micaela, despierta del todo se dio cuenta de la molestia de su abuela.

—Ya te he dicho que no tengas la televisión prendida todo el santo día, no ves que lo único que ganas es llenarte la cabeza de tonterías, y por si fuera poco, también el radio. ¡Apágalos niña!

—Sí abuela —dijo con desgano—. Otra vez doña Josefina... ¿qué no se cansa de presumirnos que a su hijo le va bien en Nueva York?

—Ya sabes como es la gente hijita, le encanta hablar de lo que no tiene.

—Pero Domingo trae camioneta y ya le está acabando la casa a su mamá. Yo pienso que sí tiene, ¿no cree?

—Si no es eso lo que me molesta, a mí me da gusto ver a Domingo salir adelante, lo que no aguanto es que venga la comadre a restregárnoslo como diciendo: “Ya ve comadre, como su hija no quiso a mí hijo, mire lo que se perdió”.

–Usted no le haga caso abuelita, a mi tía Rosa no le va tan mal, parece que no le falta trabajo y a sus hijos los tiene estudiando allá en *lonailan*.

–Eso es lo que nos cuenta, pero mi hija Antonia dice que se las ha visto bien duras. Yo no sé por qué no se regresa y deja de andar dando lástimas allá lejos.

–¿Y aquí qué va hacer?, para mí que ya no se hallaría, además, sus hijos nacieron del otro lado. Imagínese nada más lo que sería para ellos vivir en San Nicolás.

–¿Y cómo quieres que me lo imagine si ni sé cómo es el otro lado?, ya ves que nunca he querido ir, aunque tu tía Antonia y tus papás me han invitado a dar una vuelta para conocer.

–Yo si fuera usted iría. Ya le dijeron que vea lo de sus papeles.

–Tú qué me andas hablando de eso, a ver, ¿por qué no te quisiste ir cuando acabaste la escuela? Tu papá te dijo que él arreglaba lo del coyote para que te pasara.

–Pero acuérdesese que a mi mamá no le pareció, ella prefirió que me quedara para ayudarle con mis hermanos.

–Ya te dije que aunque a tu hermana no hay quien la entienda, yo me puedo encargar de ellos...

La abuela Rufina interrumpió para acercarse a la silla y poner sobre ella su cuerpo cansado.

–...Yo sé que tú prefieres estar aquí, a ti eso de cruzar la frontera nunca te ha llamado la atención, sabes... –dijo Rufina como si hablara con una mujer mayor y no con su nieta–, creo que en el fondo eres como yo, no te gusta eso de que la gente tenga que irse.

–No sé, porque desde que yo nací la gente ya vivía en los Estados Unidos, así que eso de irse ha sido cosa de todos los días.

–Yo no hablo de eso, lo que quiero decir es que tú no tienes el gusto de andar moviéndote de un lado a otro, has preferido vivir como la gente de antes, aunque te la pases con estos aparatos encendidos todo el tiempo.

Quizás la abuela Rufina tenía razón, pero no del todo, porque alguna vez Micaela tuvo ganas de irse. Cuando Jacinto llegó al pueblo y platicó con ella quiso seguirlo; al verlo sintió que ellos seguían unidos de cierta forma, pero cuando supo que él regresó sin despedirse se sintió traicionada, no pudo llorar, entró al cuarto donde está su cama y se acostó sin escuchar ni hablar con nadie, poco a poco el sueño la venció y como muchas veces cuando era niña, al despertar la tristeza se había ido. Al día siguiente encontró a la mamá de Jacinto en el molino, al verla acercarse doña Remedios bajó la vista, Micaela la saludó y ella tuvo que hacer lo mismo. Mientras esperaban su turno Micaela sintió cómo la presencia de Jacinto se levantaba entre ellas separándolas, nunca antes había tenido una sensación parecida. Notaba a doña Remedios nerviosa, avergonzada tal vez por lo que su hijo había hecho, por eso decidió preguntar para ayudarla a pasar el mal momento. “Entonces doña Remedios, ¿ya se regresó su hijo?”. “Sí, ya se fue. Lo que sí no me dijo es cuándo piensa volver, para mí que se va a tardar otros buenos años por allá.” “Ya veo”. Y guardaron silencio. “Ya le toca doña Remedios”. “Sí, sí, ya voy...”. Micaela cargó su cubeta con maíz y avanzó un poco. Se tapó con el rebozo. Había empezado a sentir el frío de la mañana y supo que tendría que cargar con él durante un tiempo largo, estaban a finales de febrero y ese año la primavera iba a tardar en llegar.

La abuela Rufina esperaba una respuesta pero se dio cuenta que su nieta estaba ausente. Micaela, unida a un sentimiento que venía de otra parte, dijo por fin.

—No sé si yo soy como usted, pero no pienso irme nunca al otro lado... ¿Quiere que apague la tele abuelita?

—Estaría bien, así aprovecho para contarte una cosa.

—Bueno.

Micaela tomó el control y antes de apretar el botón, recordó vagamente lo que había soñado y se rió.

—¿De qué te ríes niña? Ya ves lo que te digo, esa televisión te tiene atarantada.

–¿Y qué es lo que me iba a contar?

–¿Ves que habló tu tío Esteban?, parece que quiere mandar a la niña a pasar unos días con nosotras.

–¿Y usted quiere?

– Pero cómo no voy a querer si me muero de ganas de conocerla, esa niña no ha venido al pueblo y eso no está bien, ya le dije a Antonia que aunque haya nacido allá, al menos una vez en su vida tiene que venir al lugar donde nacieron sus padres.

–¿Y qué piensa usted? ¿Cree que le va a gustar? Ya ve que luego esos niños que nacen del otro lado crecen con otras ideas y cuando vienen nomás no les gusta.

–Pero algo me dice que esa niña va a ser diferente. Lo que sí te digo desde ahorita es que ustedes tienen que tratarla bien, a ti te toca decirle a tu hermana y a tu hermano que la reciban con gusto. Quiero que se sienta como en su casa. Nada de molestarla o de hacerla sentir como una extraña.

–¡Hay abuelita!, todavía no sabe si va a venir y ya se está enojando.

– Si no me enojo, nada más te digo para que me ayudes a que se sienta bien.

–Ya ve cómo sí le hago falta aquí.

– Si yo se lo he dicho siempre a tu mamá, esta niña sí salió buena, me ayuda mucho con sus hermanos..., deberías echar más tortillas, ya ves que no tardan en salir de la escuela y luego se te junta la gente.

–No se preocupe abuelita ya eché muchas, pero si usted quiere, echo otras poquitas por si acaso.

La abuela Rufina se levantó despacio, había repuesto sus fuerzas y se dispuso a regresar al patio para tender la ropa. Al pasar junto a su nieta la miró de cerca, le puso la mano en el hombro y le dijo.

–El día que menos lo esperes, va a regresar por ti.

VI

Lauro lanzó el volado para armar los equipos de la cascarita. Mario y él miraron atentos cómo la moneda dio vueltas en el aire, el resto de los jugadores, cerca de los capitanes, hicieron lo mismo.

–¡Águila! –gritó Lauro entusiasmado–. Escojo a Jaime.

Mario, con su cara larga, echó un vistazo al resto del grupo y señaló a Edgar. Las niñas esperaban ser elegidas, el partido, como muchas veces, sería mixto.

–Alba –dijo Lauro y ella sonrió satisfecha por ser la primera que nombraban.

Alrededor de ellos los gritos de otros jugadores retumbaban bajo el techo de lámina que cubría una de las dos canchas junto al atrio. Ese techo tenía poco tiempo, al principio nadie jugaba ahí porque se sentía como comal caliente, pero como una sola cancha no alcanzaba para todos, poco a poco se acostumbraron a jugar bajo la lámina. Las canchas eran de basquetbol, pero casi siempre se usaba para el fut; los jugadores ponían suéteres, mochilas o piedras para señalar las porterías. Algunas veces había tantos niños jugando, que se armaban dos y hasta tres cascaritas en una misma cancha. Esa tarde el grupo estaba solo, era temprano y los niños del catecismo no habían salido todavía.

Varias muchachas sentadas en las jardineras platicaban a la sombra de los laureles. Bajo las ramas gruesas los nombres de los muchachos iban y venían, sus voces, más bien bajas, cuchicheaban las historias del día o del último baile. De vez en cuando surgía de las frondas el estruendo de sus risas compitiendo con los gritos de los niños. Esa tarde Micaela fue a recoger a su hermano Mario al catecismo pero llegó temprano para platicar con su amiga Demetria. A esa edad, casi todas las conversaciones tenían que ver con los novios y planes para juntarse a vivir con alguien de una vez. No pasaban de los dieciocho, pero en San Nicolás, a esa edad, ya estaban listas para hacerse mujeres.

–Yo también oí que Isidro se va a Estados Unidos –dijo Micaela con preocupación–. Creo que su papá lo llamó, ¿o no?

–Lo que pasa es que le mandó decir que tiene que ponerse a trabajar porque necesitan dinero en su casa. ¡Qué raro! –dijo irónica–, si aquí a todos nos sobran los dólares.

–¿Y él qué dice? ¿está de acuerdo?

–Él quiere seguir sus estudios, pero como ya acabó el bachillerato le dijeron que hasta ahí estuvo bueno y ahora le toca ponerse a trabajar. Según me dijo habló con su papá para pedirle permiso de trabajar acá en los viveros, pero no quiso porque aquí no se gana lo suficiente. Yo creo que se va a ir pronto.

–¿Y tú qué vas a hacer? ¿Lo vas a alcanzar?

–No sé, me dan ganas, pero no me ha dicho nada. Tenemos que hablar antes de que se vaya.

Micaela bajó la vista con coraje, le molestaba que las mujeres siempre tuvieran que esperar la decisión de los hombres, pero no veía la manera de cambiar eso.

–Mejor no te vayas. Imagínate, ¿qué vas a hacer allá? Acuérdate lo que dicen: las mujeres cuando se van tras el novio se quedan en la casa criando niños y sin poder salir solas a ningún lado por no saber inglés... y si no llegas a la ciudad, peor, porque en *lonailan* si no sabes manejar no te puedes ni mover.

–Pero si se va Isidro, ¿qué me quedo a hacer aquí? Tú sabes que con él ya estoy bien encariñada.

Demetria guardó silencio, no quería llorar, lo había hecho muchas veces durante su vida y estaba cansada, sus ojos oscuros contuvieron las lágrimas y se quedaron mirando el suelo.

Micaela entendía a su amiga pero no podía hacer nada. Cuántas veces esa misma historia se había repetido, y sin embargo, cada vez que se vivía parecía nueva y única. ¿Por qué tendría que ser así? ¿Por qué las decisiones sobre su futuro siempre llegaban de lejos? Micaela sintió pena por Demetria y se acercó para abrazarla.

–No te sientas triste. Ya verás cómo las cosas van a salir bien.

Sobre la cancha, debajo del techo de lámina Lauro acababa de meter un gol y festejaba con sus compañeros mientras Mario iba por la pelota. Al regresar, una avalancha de piernas se precipitó detrás de otras pelotas, eran los niños del catecismo que después de permanecer una hora sentados oyendo a doña Tomasa, salieron despavoridos sacudiéndose el cansancio y los sentimientos de culpa con los cuales pretendían encauzar sus almas pecadoras. A los pocos minutos de correr y gritar, el mundo para ellos volvía a ser un lugar donde el mal y el bien conviven como parte de un mismo juego, y sobre el cual no les toca decidir aún, qué parte pertenece a uno, o a otro.

Por encima de los juegos y las lamentaciones, el cielo azul se fue pintando de color naranja y los zanates, venidos del campo, llenaron los árboles de la plaza. Pronto se haría de noche y el estruendo se transformaría en un silencio que, con una cadencia distinta, murmuraría a la sombra de todos.

VII

Los primeros trazos quedaron asentados, junto al piso de cemento liso y frío las pruebas de color rompían la monotonía del blanco y el negro. En una esquina, Jonás acomodó la pintura junto a las brochas y pinceles y apiló las vasijas al lado de los botes. Había terminado el trabajo del día y sintió que el avance era bueno. Fijó su atención en el círculo central y trató de establecer la relación con las otras figuras, vio el equilibrio de la composición y respiró satisfecho.

De la puerta de una pequeña oficina, el director de obras salió estirando los brazos en un intento por animar al cuerpo a seguir en la labor. Era el encargado del trabajo encomendado a Jonás, y después de un largo bostezo, se acercó con pasos vacilantes.

—Qué tal maestro, ¿es todo por hoy?

—Sí licenciado —contestó Jonás con formalidad, conocía el nombre del funcionario pero prefirió no usarlo.

—Y se puede saber, sólo por pura curiosidad, ¿qué es lo

que empezó a pintar? Yo conozco otros murales, pero es la primera vez que me toca ver cómo arranca uno. Lo he estado observando todo el día y no me quiero ir con las ganas de saber qué ha estado haciendo. No le molesta, ¿verdad?

Jonás quiso saber más sobre la intención del director y preguntó en tono familiar para relajar la plática.

–Mejor dígame usted qué hice, porque cuando trabajo no me doy cuenta.

–No le voy a mentir, cuando se pegó a la pared se me hizo raro, luego, cuando se echó para atrás pensé: ahora sí ya va a tantear los tamaños. ¿Estoy bien, o me regreso?

–No, está bien don Sixto, ¿puedo decirle por su nombre?

–Claro que sí Jonás –respondió el funcionario con una sonrisa–. Qué bueno que empezamos a entendernos, si yo te conozco desde hace muchos años, me acuerdo de ti cuando eras un muchachito así de chiquito... los años pasan, pero es bueno no olvidar quiénes somos.

–Mire nada más que casualidad don Sixto, eso que acaba de decir tiene que ver con lo que quiero pintar. Me interesa que la gente del pueblo no olvide el pasado, porque ya ve cómo han cambiado las cosas. Con eso de que ahora vivimos aquí y allá los niños y jóvenes ya no saben cómo era el pueblo, para ellos lo único importante es lo nuevo, lo que les mandan sus papás de Nueva York; se ha ido perdiendo el respeto por las personas mayores y por nuestras tradiciones. Yo pienso que cuando eso deja de saberse, todo se descompone, ya ve las bandas que hay en el pueblo, ahora no se puede andar tranquilo por las calles, esos muchachos se han adueñado de todo.

–Tienes razón, es uno de los problemas más grandes que tenemos, por eso el presidente está tomando medidas para frenar la violencia, pero no es fácil, ves que ahora en las fiestas se mandan policías para que cuiden, eso ha ayudado, aunque para mí, no es la solución. El problema no se va a acabar haciendo cosas aquí, ya sabemos que los jóvenes aprenden a juntarse en pandillas en Estado Unidos; antes de que hubiera tantos paisanos del otro lado, no se veía ninguna banda, ni

las conocíamos, por eso creo que si las autoridades gringas no encuentran solución, menos nosotros.

—¿Sabe cuál es el problema?, que allá no piensan lo mismo, ellos dicen que las bandas les llegan de aquí porque somos muy violentos de por sí y tenemos rivalidades con otros pueblos. No sé si sabe, pero del otro lado también hay peleas en los bailes, cuando se encuentran los de San Nicolás con los de San Miguel, casi siempre terminan a golpes. Para mí este asunto tiene que ver con la forma como se vive de aquel lado, usted me entiende porque anduvo por allá, todo es trabajo y no hay tiempo para descansar, por eso la gente se pone tensa, anda nomás tras los dólares interesada en hacer más horas, ve que muchos trabajan doble turno, bueno, eso cuando tienen suerte, porque hay veces que nomás no hay y entonces empiezan los sufrimientos... Ya sabe don Sixto, en Nueva York todo se paga y no lo esperan a uno.

—Yo no sé por qué dicen que del otro lado se la pasa uno mejor, yo prefiero mi pueblo, aquí aunque sean frijoles y tortillas pero siempre hay; en cambio, cuando anduve por allá hubo días que no tenía para comer y ni a quien pedirle, nadie se ayuda, todos están preocupados en sacar para los *biles*... pero, regresando a lo de las bandas, ¿qué esperabas?, los gringos nunca van a reconocer que son culpables de que por acá esté lleno de mafiosos, ellos consumen la droga y nos echan la culpa por mandárselas, mejor deberían educar a sus muchachos para que no sean tan viciosos. Aquí el asunto está cada vez más feo, porque ahora no sólo son pandilleros del pueblo, hay gente de la ciudad dándoles la droga y poniéndolos a competir unos contra otros. Por eso digo que lo de los policías en las fiestas no ayuda mucho, es más, algunas veces cuando hay peleas ni se meten, les da miedo porque los de las bandas traen armas y saben usarlas.

—Por eso muchos paisanos no se animan a regresar, yo conozco algunos que si fuera por ellos ya estarían aquí, pero les da miedo, sobre todo por sus hijos y mejor se quedan. No se crea don Sixto, da tristeza que el pueblo ya no es el mismo y no queda otra que hacer la vida lejos de donde nacimos.

—Tenemos un problema grande entre las manos, si por mí fuera encerraría a todos esos pandilleros y no los dejaría regresar al pueblo, son una mala influencia, no ves cuántos niños andan metidos con ellos, si sus papás los vieran no les seguirían mandando dinero, lo malo es que como andan lejos no hay quien les jale las riendas. Los abuelos no pueden hacerse cargo de los muchachos, ya están grandes y luego tiene nietos de varios hijos y así no se puede.

—¿Pero a poco usted cree que encerrando a todos el problema se va a acabar? Para mí que no.

—Entonces, ¿cómo le harías Jonás?

—No sé, siempre se le echa la culpa a las bandas de todo lo malo.

—¿Y tú crees que no?

—Como le digo don Sixto, yo no conozco bien el asunto, pero creo que muchos problemas tienen otros responsables, no digo que las bandas sean buenas, tienen su culpa, pero eso de llenar a las personas de odio contra ellas no me parece; esos muchachos son del pueblo, hijos de parientes o conocidos, además, no todas las bandas son iguales, hay unas más peligrosas, ¿a poco usted está de acuerdo en jalar parejo con todas?

—Lo difícil es saber cuándo una banda deja de ser poco peligrosa para convertirse en la peor. Una vez que los muchachos se acostumbran a tomar y fumar se vuelven iguales, por nada le buscan a uno pleito, ya no respetan a los mayores, antes nomás con los de su edad se metían, pero cada vez nos llegan más quejas de personas mayores agredidas por los pandilleros. Si se matan entre ellos está bueno, pero cuando pasan a traer a los demás, entonces se debe actuar con fuerza, yo, si me dejaran hacer, los encerraría a todos y se acabó el problema.

Sixto había levantado la voz y se dio cuenta que Jonás lo veía con recelo, no era su intención enemistarse con él, al contrario, le habían encargado darle a entender lo que la presidencia esperaba de su trabajo, pero la plática los había llevado por otro lado, así que bajó la guardia y retomó la palabra tratando de parecer amigable.

–Lo bueno es que ni a ti ni a mí nos toca resolver el problema, hay gente trabajando en eso, te lo aseguro, ya ves que el presidente es una persona comprometida con el pueblo, siempre lo ha sido, tú lo conoces ¿no?

–Si don Sixto, aquí nos conocemos todos. Me ha tocado platicar con él y se me hace una buena persona, mi padrino Juan tiene buenas referencias de don Melquiades, y ya sabe que mi padrino es ley para mí.

–A don Juan mis respetos, siempre ha sido una persona honesta, conoce bien el pueblo y a su gente. Cuando tú no estabas por acá, don Melquiades lo llamó a participar, yo estaba ahí, en casa de don Lupe, y sabes lo que le contestó “Yo no me meto en esas chingaderas, ahí arrégleselas usted y los de su partido que con tantos años mandando algo habrán aprendido.” A todos nos dio risa, pero cuando salimos, don Melquiades me dijo “Don Juan es derecho, no se anda por las ramas y dice lo que piensa, por eso, cuenta con mi amistad.”

–Así es mi padrino –dijo Jonás orgulloso–, no le gusta meterse en la política aunque sabe bien cómo se mueven los que están dentro.

Sixto supo que esas palabras llevaban doble intención, quería acercarse con cautela pero no hallaba por dónde, Jonás no era como otros que luego aceptan lo que se les dice, este ahijado había salido igual al padrino, por eso tenía que ir con tiento.

–Vi que estuvo aquí el sobrino de Serafín.

–Sí, como no, Julián creo se llama. Quedó de venir otro día a ver mi trabajo. Se ve un niño listo.

–No sé, para mí que anda en malos pasos, ojalá viniendo aquí deje de ver a sus nuevos amigos. Ya le dije a Serafín que hable con él.

–¿Qué pasa? ¿A poco anda con la banda?, pero si está bien chico.

–¿No te digo?, esos vagos son mala influencia. Ojalá se le pase pronto el gusto a ese muchachito y se porte bien porque su mamá no sabe ni qué hacer. Imagínate, a esa edad tomando y fumando.

Jonás pensó en el niño con quien había platicado y no pudo imaginarlo borracho o drogándose, “¿Cuántos niños como él habrá en el pueblo?”, se preguntó desconcertado, Sixto se dio cuenta y decidió entrar al tema.

—Así como ese problema hay muchos otros Jonás y no todos los conocen, pero nosotros, los que sí nos damos cuenta, tenemos el compromiso de encontrarles solución. Somos como un equipo en el que cada quien debe dar lo mejor, pero sabiendo jalar parejo, sin meternos el pie porque si no, nomás no avanzamos. Así como hay problemas, también hay cosas buenas, seguro te has dado cuenta de las mejoras del pueblo, no tienes mucho de haber llegado y es más fácil para ti mirar los avances. Ha costado trabajo armar un buen equipo y da coraje darse cuenta que el tiempo no alcanza para hacer todo lo que uno quiere. Cuando el presidente te envió la carta fue pensando que eres una persona preparada y eso para él cuenta mucho, confía que tu trabajo puede ayudar a la gente del pueblo...

—Eso busco —interrumpió Jonás.

—Estoy seguro que sí, pero déjame decirte algo, estaría muy bien que en ese mural la gente pueda ver un pueblo unido, no creo que esté bien enredarse en los problemas, ya sabes a lo que me refiero, las divisiones y los malos entendidos, eso no le hace bien a nadie, para mí que lo importante es enseñar a la gente las mejoras de las que hemos hablado. ¿Tú cómo lo ves Jonás? ¿Estoy en lo correcto?

—Me parece bien, el mural debe ayudar a unir a la gente mostrándole lo que ha sido y lo que es, por eso es importante enseñar los cambios, ya he estado pensado en eso don Sixto.

—Que bueno que me lo dices porque de nosotros depende mantener el rumbo, no andar jalando de un lado para otro sino darle fuerza a lo que ahora tenemos; necesitamos cerrar filas, apoyarnos, si no, difícilmente llegaremos a algún lado. Cada quien tiene su tarea, yo en las obras y tú en la pintura, si sabemos dejarle claro a la gente que somos un buen equipo, te aseguro que vamos a tener la oportunidad de seguir trabajando para el bien de todos.

—A mí me queda claro qué hacer, y de una cosa puede estar seguro don Sixto, lo más importante para mí es darle algo bueno a la gente de San Nicolás.

—En eso somos iguales, ante todo, la gente de San Nicolás.

—Así lo veo don Sixto.

Los dos hombres guardaron silencio y caminaron juntos hacia la salida, la noche había llegado y un aire fresco se movía por las calles chocando con las paredes. Las luces de las farolas tapaban con su brillo las pocas estrellas del cielo. Jonás esperó a que don Sixto cerrara la reja con candado y recordó las palabras de su padrino sobre el grupo del presidente municipal; no pudieron esperar ni un día para darle a conocer sus intenciones, sin embargo, no era algo que le preocupara, estaba preparado y sabría darles la vuelta, por lo pronto, sintió que don Sixto se iba satisfecho. Lo miró de reojo metido debajo de su sombrero y le sorprendió darse cuenta lo poco que había cambiado, era de esas personas que tienen la facultad de permanecer igual; se parecía al partido que representaba y había gobernado el pueblo siempre. Jonás se dio cuenta de la gran diferencia que tenía con ellos, él sí había cambiado, y eso le permitía ver las cosas de otra manera.

VIII

La idea de ir al atrio fue del Gato. A ninguno del grupo le gusta bajar hasta allá porque saben que si nos ven los de la Villa nos pueden corretear, a mí no me ha tocado porque soy nuevo, pero eso dicen. Me acuerdo que antes de irnos, el Gordo me dijo que iba preparado y eso estaba bien, lo único malo es que sólo éramos cuatro, y yo la verdad, todavía soy chico.

Primero estuvimos como media hora sentados a la entrada del atrio para dominar toda la plaza, según dijo Johnny; por eso el Gato, el Gordo y yo no dijimos nada. ¿No sé por qué el Johnny quiso que yo fuera? Según el Gato fue un tal Pablo quien propuso el lugar, así que no tuvimos otra que esperar. Entendí que se trataba de arreglar con otra banda límites de los territorios.

Aunque soy el más chico ya me tocó probar que sí merezco estar con ellos, la otra noche, en un baile, me rompí la madre con el grupo... seguro fue por eso que Johnny me llamó. Me acuerdo cómo al principio tenía miedo, nomás nos quedábamos viendo con los otros, era como si algo entre las dos bandas se estuviera estirando, por eso nomás bastó que el Johnny se moviera para que todos saltáramos echando patadas y trancazos por todas partes. Los que bailaban se hicieron a un lado y nosotros partiéndoles la madre a esos *Hijo de Sansón* que se creen un chingo. Cuando estábamos en el mero desmadre nos tuvimos que salir corriendo porque llegó la policía. El del sonido nos hizo el paro, avisó justo antes de que entrara la tira. Nos fuimos hechos la madre hasta llegar a nuestra esquina. Ya más tranquilos, sentados junto al poste, todos me dieron la bienvenida. Cada uno pasó, me dio la mano y un madrazo en el hombro. Nomás me acuerdo y me duele; el último fue el Johnny, él no me pegó, me dio un abrazo y me dijo en voz alta para que todos lo oyeran. "Hora si te la surtiste mi Franky, ya eres uno de los nuestros", luego, viendo a todos, les dijo "¿Cómo ven?, tan chiquito y tan cabrón". Me acuerdo que el Gordo me pasó una caguama para festejar. Nos pusimos bien brutos con las chelas, luego me pasaron un churro y le di unos toques, era la primera vez que fumaba y la verdad me sentí bien chido, estuvo de poca madre, ya ni quería regresar a mi casa pero se me hizo gacho quedarme toda la noche ahí en la esquina. Me fui bien pacheco pero no me caí. Estaba orgulloso de lo que había hecho y de cómo *Los Raviolos* me habían tratado. "Ora sí nadie se va a meter conmigo", pensé mientras caminaba a la casa, "Ya demostré que tengo unos huevotes". "Respeto...", dije en voz alta, "eso es lo que van a tener que demostrarme todos cuando me vean, Respeto...".

Como me había quedado callado un chingo de rato el Johnny me preguntó, "¿En qué piensas mi Franky?, qué... ¿ya andas soñando con alguna morrita?". A mí me gusta oír al Johnny porque habla como del norte, se le pegó porque anduvo en Tijuana antes de pasarse al otro lado, dicen que desde

ese tiempo se juntó con bandas bien gruesas y se volvió una chingón para los madrazos, luego cuando cruzó se fue al Bronx con su primo el Sony que ya era bien temido por los de allá, con él aprendió a hacerse jefe, a cargar navaja y pistola. “No, cómo crees”, le dije haciéndome pendejo porque bien que me perdía pensando en las chavas. “¡Qué... ya se quiere estrenar el niño Franky!”, dijo el Gato queriendo quedar bien con el Johnny, pero lo paró en seco. “Ni madres”, dijo encabronado. “a este chamaco me lo voy a llevar yo mismo con unas viejas chulas para que lo enseñen a hacerse hombrecito. ¿Cómo ves mi Franky? ¿Te vas a animar?” “Pues no sé Johnny”, le dije, “es que todavía estoy chico ¿no?”. “Pero si no te estoy diciendo que ahorita, ni mañana, no seas voraz, cuando eso sea yo te aviso, ahorita nomás te lo adelanto”.

No mames, creo que me vi re pendejo, pero la verdad, lo que dijo el Johnny me hizo respirar tranquilo, porque una cosa era entrarle a la pelea y otra irse con unas chavas, eso si me daba miedo.

Después de eso nos volvimos a quedar callados y otra vez me puse a pensar en un chingo de cosas. Me acordé de mi mamá, ella dice que soy un vago y mejor debería quedarme en la casa en lugar de irme todas las tardes con mis nuevos amigos, me ve cambiado pero yo sigo igual, bueno, antes no tomaba ni fumaba, pero cómo le explico que eso me hace sentir bien, me hace olvidar las broncas de la casa y de la escuela, además, al Johnny le caigo bien y eso es chingón, ninguno del salón tiene un amigo como él, mi mamá no lo entiende y seguro a los de la escuela les da envidia porque me ven con mis lentes oscuros... Yo no tengo nada contra mis compañeros, es más, a veces se me antoja un montón echar una cascarita acá en el atrio con el Mario y el Lauro, pero no me llaman, ni siquiera pasan ya por mi calle, les ha de dar miedo que les tiren la bronca mis cuates, pero si supieran que no son mala onda se acercarían, porque cuando se trata de estar en paz, la banda aguantan vara, bueno, eso he visto...

En eso estaba cuando el Gordo dijo, “Ahí vienen... son Pablo y su cuñado Rosendo”. “Chécate si no andan otros”, le dijo el Johnny, “ya saben, si se ponen pesados nos paramos y nos vamos, nada de ponerse al brinco porque aquí sí nos chingan”.

Me acuerdo que dos sombras avanzaron hasta llegar cerca de donde estábamos, otras se quedaron lejos haciendo una cerca para que no saliera nadie. Eran como veinte, así que aunque quisiéramos no íbamos a poder darles pelea. Yo la mera verdad quería irme a mi casa, pero cómo dejar al grupo, me llamaron y ni modo. Sentí el mismo miedo que el día del baile, pero ahora no traía nada encima para darme valor, además, era la primera vez que veía al Johnny nervioso, hasta sudaba. Ninguno de los cuatro se atrevió a mover ni un dedo, estábamos bien atentos a las dos figuras que se acercaban con toda calma. Yo no sabía para qué estábamos ahí rodeados por esos *Grapas* que si querían podían hacernos valer madres.

Rosendo se adelantó, la luz del farol junto a nosotros le alumbró la cara, entonces pude darme cuenta que no dejaba de ver al Johnny, luego vi que traía pique con él. ¡Putá madre!, pensé, me estoy cagando de miedo, tengo la boca bien seca y no puedo ni tragar saliva. No sé quién chingaos me metió en esto, debería andar mejor con Lauro y Mario echando tiritos. Quería salir corriendo, ya no aguantaba. “Tranquilo mi Franky”, me dijo el Johnny poniendo su mano en mi pierna que no dejaba de temblar, “tú nada más mira y aprende. No va a pasar nada, demuéstrame que eres cabrón”, y apretó mi pierna con fuerza hasta dejármela entumida. No entendí por qué dijo que le demostrara si yo ya lo había hecho la otra noche en el baile, seguro no se acordó. Entonces vi al Gordo rascarse la espalda, pero al fijarme bien me di cuenta que lo hizo para sentir dónde traía la pistola. ¡No mames! eso estaba de la chingada.

De pronto el Johnny se puso de pie y Rosendo se paró de golpe. Nomás sintió la presión, el Gato preguntó, “¿Qué estás haciendo Johnny?, no quedamos en eso”. “Tú tranquilo, yo sé lo que hago”.

El Johnny bajó los escalones y el Rosendo no le quitaba la vista de encima, el Gordo y el Gato estaban como estatuas, yo también, de pronto Rosendo dijo. “Hasta ahí Johnny, porque si no me pongo nervioso”. “Aquí me quedo, no te preocupes, pero qué, ¿no íbamos a hablar?”. “Para allá vamos, pero no enfrente de tu gente. Aquí nada más fue para vernos las caras. Ahora ya sabemos que se puede”. “¿Y qué pensabas?, ¿qué no iba a venir?” “Eso nos dijeron, que *Los Raviolos* no son de fiar”. “No empieces pinche Rosendo porque no estamos para juegos”. “No te encabrones, eso nos dijeron, pero nosotros no les creímos, por eso estamos aquí”. “¿Y entonces? ¿En dónde?”. “Tú sabes que urge resolver este asunto, pero el día y el lugar, ni tú ni yo lo vamos a decidir”. “Yo creí que traías plan, pero veo que no te sueltan nada. Mejor me hubieran llamado a mí”. “Ni a ti ni a mí Johnny, no te creas tan chingón, hay gente más cabrona que nosotros”. “Aquí no manda nadie más, y si tú te vas a dejar mangonear por otros, es tu pedo”. “Aquí no mandas tú Johnny, mando yo, estás abajo, no se te olvide, y si quiero, te mato ahorita mismo”. “Bájale mi Johnny”, dijo el Gato tartamudeando de miedo, “el Rosendo tiene razón”. Johnny se volteó y clavó su mirada café en los ojos del Gato, luego se vio que le había cagado que el Gato se metiera en la conversación. Volvió a ver a Rosendo y a Pablo que estaba más lejos y dijo. “¿Entonces qué Pablo? ¿Cuándo nos vemos?, espero que tú si puedas decidir algo aquí, en tu propio territorio”. “No pasa de esta semana Johnny, de eso puedes estar seguro”. “Hecho pues”, dijo el Johnny y se dio la vuelta. La plática había terminado, pero antes de llegar, el Johnny dijo en voz alta para que oyera bien Rosendo. “Da gusto hablar con los mayores, con ellos si me entiendo”.

El Rosendo se encabronó un chingo con lo que dijo Johnny y para no quedarse como pendejo dijo. “Váyanse derecho, porque si los vemos aquí nos los chingamos”. El Johnny ni siquiera se volteó, caminó hacia nosotros y nos hizo una seña para levantarnos, yo estaba entumido y me costó trabajo ponerme de pie, me temblaban las rodillas, el Gordo y el Gato

no dijeron nada, sólo obedecieron. Johnny se acercó a mí para que lo siguiera, pasamos junto a Rosendo y Pablo, yo preferí no levantar la vista, quería que nos fuéramos rápido, nomás eché una mirada a la cancha donde antes me la pasaba jugando, luego me voltee y seguí de frente junto al Johnny.

Mientras caminamos para la Loma pensé que si seguía con la banda no iba a poder regresar a jugar fútbol en el atrio, me estaba metiendo mucho y ya no me gustaba.

Para qué bajamos si cuando estamos arriba nadie nos molesta, en cambio, fuera de nuestro territorio la cosa cambia, hasta el Johnny con todo lo cabrón que es tiene que portarse bien, no puede ponerse al brinco así nomás porque sí, aunque hay que reconocer que tiene huevos, cómo se paró y dejó en ridículo al pinche Rosendo que ya se estaba pasando de lanza. Todo eso estuvo bien, pero lo que me caga es no entender para qué fuimos al atrio de la iglesia si nosotros en nuestra esquina somos los meros chingones, yo para la otra me quedo ahí, desde ahora si me dicen que vaya a otro lado para disque hablar les voy a decir que ni madres, que los espero en nuestra colonia.

No me acuerdo si íbamos a la esquina o cada quien a su casa, lo que si me acuerdo es que fue cerca de aquí donde el Johnny me dijo. “Ya ves mi Franky, te dije que no iba a pasar nada, para la otra confía en tu gente, te vi con ganas de echarte a correr y eso no se hace, ¿entiendes?”, y que me suelta un madrazo en la cara. “Ahora vete a tu casa antes de que salgan a buscarte, y no llore cabrón, pórtese como hombrecito”.

Qué putazo me puso, ya ni mi papá cuando estaba en la casa. No sé cómo supo que tenía ganas de irme corriendo, yo creí que nadie se había dado cuenta. Pinche Johnny... es un chingón.

Composiciones

IX

Cuando se trabaja en el campo es necesario levantarse temprano, llevar sombrero y almuerzo con tortillas echadas a mano

antes de que salga el sol, pero Tony ya no tiene sombrero, lo cambió desde hace años por una cachucha. Esa mañana se puso una de color azul marino con las siglas NY bordadas en blanco. Tony es primo de Isidro y vive casi todo el tiempo en los Estados Unidos. Lo que sí no se pone para trabajar en el campo son sus tenis, para ir a la parcela mejor se enfunda las botas militares que compró en la Roosevelt, justo en el corazón de Queens. Cada vez que viene al pueblo trabaja en el campo con su papá, le gusta sembrar la tierra, pero nada más mientras anda por este lado, porque “los billetes verdes sólo se consiguen pasando la frontera y son los únicos que de veras dan de comer”, dice. Salió grandote y moreno como su papá, don Guadalupe Tepox, con unas manazas que bien pueden tumbar a un cristiano de un solo golpe. Es un muchacho que desde bien chico estuvo acostumbrado a trabajar duro. Cuando apenas tenía siete años ya limpiaba los chiqueros y le daba de comer a las dos vaquitas que tenían en su casa, de ahí salía la leche para todos. Fueron doce hermanos, entre hombres y mujeres, sin contarlo a él. Su papá quiso ir por el catorce porque decía que el trece es de mala suerte, así que insistió hasta dejar embarazada a su mujer, pero ella ya no aguantó y en el parto se fue junto con la criatura. “Ni hablar”, dijo Don Lupe, “ora si nos tocó la de perder.” Así fue como a los más chicos los criaron las hermanas, los mayores trabajaron el campo con el papá hasta que se cansaron y se fueron para el otro lado, y los de en medio, entre los cuales estaba Tony, se pusieron a darle un poco a la escuela y otro al cuidado de los animales. Los sábados y domingos ninguno se salvaba de ir a la parcela, ya fuera a limpiar, sembrar, regar o levantar la cosecha, eso le gustaba a Tony que ya se creía de los grandes y quería andar en el campo todos los días como su papá.

Pedro era un año menor y siempre estaba con su hermano, para donde iba uno, iba el otro. Él se parecía más a su mamá tanto en lo físico como en la manera de ser. Aunque se veía flaco era un muchacho fuerte, bueno para levantar cosas pesadas, cuando había que mover algo grande en la casa ya se sabía

que Pedro podía hacerlo. No obstante andar siempre juntos, los hermanos en el fondo eran diferentes, su madre decía que juntándose podían ver los dos lados de las cosas. Pedro platicaba más con su mamá, le decía que no se dejara, que ya estaba bueno, que ahí lo tenía a él para cuidarla. Ella nada más se le quedaba viendo y se reía con lo poco de sonrisa que todavía le quedaba, luego, con una voz muy baja le decía, sólo a él, porque sentía que esos oídos sí la escuchaban “Estaría bueno Pedro, pero acuérdate, ahí está tu padre y no se va a poder.”

El día que su mamá murió Pedro se trepó al árbol grande que había en su casa y se pasó ahí toda la tarde y parte de la noche. Desde lo alto vio llegar a la gente, primero sus abuelos, los papás de su mamá; luego las tías, y así, hasta los que casi nunca los visitaban. Ese día no levantó nada pesado aunque se dio cuenta que podía haber ayudado a poner la lona y las sillas en la calle frente a su casa. Tenía doce años y mientras permaneció sentado sobre la rama gruesa del capulín, su boca se mantuvo cerrada y sus ojos no pudieron humedecerse ni siquiera un poco. Escuchó los rezos interminables de las mujeres y las voces cascadas de los señores que hablaban con su padre. En medio de la turbación nadie notó su ausencia. Las hermanas mayores pasaban repartiendo tazas con café de olla y pan. A los chicos los cuidaba Laura, que era apenas un año menor que él. El único que no se mostraba era Tony.

Desde su lugar Pedro podía ver la ventana del cuarto donde estaba su mamá. Había muchas flores sembradas en botes al pie de la pared sobre la tierra apisonada, algunas tenían todavía la tierra húmeda por el agua que su madre les había echado la noche anterior. Un arbusto grande de margaritas era el que tenía más flores, sus pétalos, como estrellas blancas del día, se habían cerrado para recibir la noche. Dentro del cuarto Pedro vio encenderse la luz pálida de un foco, la ventana pareció un ojo cerrado abierto de pronto para asomarse a un mundo de sombras recién nacidas; luego lo apagaron y encendieron unos cirios, de inmediato el cuarto adquirió una luminosidad distinta, aquella imagen le hizo recordar una

casita que vio un día en el nacimiento de la iglesia. Cuando la descubrió escondida entre los montes de cartón cubiertos de musgo, Pedro pensó en lo bonito que sería vivir en ella.

Absorto con la imagen de sus recuerdos, le dio tranquilidad pensar que ahora su madre estaba en aquella casita junto al pesebre, cerca del niño Jesús, la Virgen María y San José. Entonces sintió un enorme deseo de verla y abrazarla, decirle lo que había pensado, contarle que no tuviera miedo, que en aquel lugar donde ahora estaba no se quedaría nunca sola.

Un grupo de mujeres cubiertas con sus rebozos oscuros pasaron rezando una vieja letanía, otras las recibieron dentro, y un Padre Nuestro dio paso a las Aves Marías del siguiente Rosario. Junto a ellas la voz de un hombre golpeaba en los oídos de Pedro, era Tony junto a la madre tendida en su cama de pino sobre una colcha blanca, el pelo recogido en una trenza larga y negra atada con los moños oscuros de los muertos, las manos tías sobre su regazo duro, abultado todavía por el mal parto, y el rebozo con ella y ella el rebozo mismo, manto para la vida y la muerte, cuna y mortaja, entramado de hilos para la fiesta y el amorío, cubierta para los ojos y los labios, resguardo de los besos y las lágrimas.

Dios te salve María llena eres de gracia el Señor es contigo, bendita eres entre todas las mujeres...

Tony no podía parar de llorar, ya le había dicho su papá que saliera un rato a la calle para tranquilizarse pero no quiso, le parecía una grosería dejar a su madre sola con tanta gente desconocida, además quería verla aunque fuera con sus ojos cerrados y aquella mueca de dolor que todavía enchuecaba su boca. Tony no se hacía a la idea de dejarla porque sabía que esa sería la última noche para estar juntos, no se apartaba, no se salía, le rezaba todos los Rosarios y se hincaba junto para besarle la mano, le hablaba quedito para que nadie más lo oyera. "La quiero mucho", le decía, "acuértese que yo soy quien más la quiere".

Señor que nos dejaste las señales de tu pasión y muerte en la Sábana Santa en la cual fue envuelto tu cuerpo santísimo cuando por María fuiste bajado de la cruz...

Aquel día Tony no se separó ni un momento de su madre y Pedro no volvió a verla nunca más, años después preguntaría a su hermano cómo se había despedido de ella. Las circunstancias los mantuvieron juntos un tiempo hasta el día en que Pedro decidió cruzar la frontera.

Yendo y viniendo, como ave migratoria, así decidió Tony vivir y ese rasgo era lo único que lo diferenciaba de su padre que nunca quiso dejar el pueblo. Cada vez que Tony llegaba se iban juntos a trabajar al campo, se levantaban temprano, cargaban con las herramientas y el itacate, y se alejaban platicando debajo del cielo surcado a veces por nubes altas plateadas por los primeros rayos del sol. Hablaban de muchas cosas, pero lo que parecía importar más a don Lupe era saber cuándo su hijo iba a darle un nieto.

—Casarse es lo de menos —le dijo esa mañana como quien retoma una conversación dejada a medias—, eso puede hacerse después, cuando haya más dinero para la fiesta. Ahora lo que urge es tener hijos. Ya tienes edad, nomás es cosa de que te decidas, mira cuánta muchacha sola hay en el pueblo.

—No se crea papá, ya lo he pensado, pero es que ahora ando en otras cosas.

—¿Si no es ahora, entonces cuándo? Acuérdate que entre más pronto se empieza más rápido se termina. Lo que pasa es que ustedes con esas ideas que traen del otro lado no saben qué tiempo es para qué cosa y se tardan, entonces ya viejos andan detrás de los chamacos y así no se puede. Lo mejor es estar fuerte para que los hijos aprendan a respetar a su padre.

—Pero ahora las muchachas no quieren tener hijos luego...

—¡Si no es que quieran, para eso están! Eso sí no se discute, son cosas que ni tú ni yo inventamos, a cada quien le toca lo suyo y a nosotros, los hombres, nos tocó mandar y decidir sobre eso.

Don Lupe guardó silencio como si acabara de expresar un saber incuestionable, recogió una vara seca y la aventó fuera de su parcela, Tony lo seguía con la mirada, conocía a su padre y sabía que aún no había terminado de hablar.

—Aunque te vayas, búscate una muchacha y déjala con algo tuyo, ahí vienes luego a bautizar.

Más que un consejo parecía una orden acompañada de una mirada severa. Tony movía la tierra con una pala para que corriera el agua por el surco seco, su padre tenía razón, la cosa es que él ahora quería trabajar y hacer dinero para comprar un poco de tierra en el pueblo y si se metía a tener hijos, iba a tardar más tiempo. Tenía veinticuatro años y lo sabía, se estaba haciendo viejo.

Cuando se sentaron a comer bajo la sombra de un encino sobre el bordo de tierra junto a la mojonera, don Lupe no insistió en el tema de los hijos porque tenía la virtud de incomodarlo, ya encontraría un mejor momento para hablar de él, ahora había otros asuntos que tratar con su hijo.

—¿Entonces vas a querer comprarle a Magdaleno o no? —soltó la pregunta tropezada por un pedazo de tortilla a medio masticar—. Ya ves que está interesado en vender y para mí pide lo justo.

—Usted sabe, eso es lo que más quiero pero no me alcanza todavía, me falta pagar parte de la camioneta y si se fija bien, esta siembra no le va a dar y como sabe, a mí me toca ver por usted.

Tony era paciente pero quería poner algunas cosas en su lugar, ya era un hombre y aunque le guardaba respeto a su padre, cada vez le costaba más trabajo aceptar que le diera órdenes. Él era ahora el del dinero y eso le daba autoridad. No fue fácil para don Lupe tragarse las palabras de su hijo pero las reconoció ciertas, era el único que le ayudaba, los demás apenas y se acordaban de él, ya ni las hijas menores estaban en la casa. Se había hecho a la idea que esas muchachas lo iban a cuidar de viejo pero no, le salieron ingratas y lo dejaron solo.

La primera en irse fue Laura. Un día ya no aguantó más el pueblo, habló con sus hermanos y les pidió ayuda para pagar al coyote. No le dijo nada a nadie. Una tarde, cuando su padre llegó de trabajar, lo recibió con un plato de comida bien caliente, se lo puso en la mesa y echó tortillas para él.

—Ahora sí parece que estoy en mi casa.

Laura no abrió la boca, se comportó como le gustaba a su papá, sin quejarse, sin sentirse apenas en el cuarto de la cocina, como una sombra servil atenta al que manda. Había preparado un adobo con hojas de aguacate que a su papá le gustaba. Cuando terminó de comer le dijo.

—Ora sí ya me voy...

Don Lupe tardó en reaccionar, pensaba que a partir de ese día las cosas cambiarían para su bien, por eso no entendió ni el sentido ni el tono de las palabras de su hija. “¿Qué me querrá decir ésta?”, se preguntó, “¿será que quiere amargarme el plato de comida?” Antes de hablar tomó agua para aclararse la garganta.

—¡De qué carajos estás hablando!

Laura sabía que su padre trataría de intimidarla pero sus palabras no la inquietaron, las escuchó como quien oye ladrar un perro bravo amarrado con una gruesa cadena, ya no podía hacerle daño, tenía todo listo y esa misma noche se iría de la casa. Había dejado un bulto con ropa pegado en una esquina, lo levantó y caminó hacia la puerta.

—¡Te estoy hablando pendeja! ¿Qué carajos estás diciendo?

—Ahí se quedan mis hermanas pa’ que lo cuiden.

Don Lupe quiso ponerse de pie para enfrentarla y hacerle ver que todavía le quedaban fuerzas para someterla, pero su hija lo adelantó dejándolo quieto en su silla.

—Ni se moleste en pegarme Papá, esto ya está decidido, usted se queda aquí y yo me voy. Ahí le quedó comida para mañana, que le aproveche.

Don Lupe sintió ganas de voltearle la cara de un manotazo, pero cuando su hija lo volteó a ver pesó sobre sus ojos una mirada casi olvidada, era la de la difunta que parecía reclamar todo lo que se había callado.

Laura se fue esa noche y unos meses después la siguieron sus hermanas. Don Guadalupe se había quedado solo y así se iba a morir.

El silencio del padre ablandó el corazón del hijo que se puso de pie para seguir abriendo los surcos para el riego. Don Lupe no había terminado, tomó aire y se acomodó el sombrero con sus manos duras y terregosas, luego, con su tono autoritario se dirigió a Tony que ya había tomado la pala recargada en el tronco de un árbol.

—Tu primo Isidro tiene que irse para el otro lado, hable con mi compadre y le dije que tú te encargarías de llevarlo.

Más que preguntar había dado una orden, porque aunque no tuviera dinero había cosas que estaban por encima, él era el padre y no iba a permitir a su hijo faltarle al respeto.

—¿Y ya sabe que me tengo que ir pronto?

—De eso te encargas tú, avísale a Isidro para que prepare sus cosas, según sé, ya debe estar esperando que lo busques.

—Entonces lo busco.

Tony tenía la frente perlada de sudor, el sol había trepado el cielo y pegaba de lleno contra la tierra húmeda de la parcela. Un viento tibio corría encima de ellos removiendo las ramas de los fresnos. Las matitas de cilantro apenas se levantaban unos centímetros del surco, iban a necesitar mucha agua para crecer y llenar el aire con su aroma, pero a Tony ya no le tocaría verlo porque el trabajo del otro lado ya estaba en su punto, los grandes jardines de las casa de verano en Long Island necesitaban arreglo y ellos, los del pueblo, estaban para eso, para preparar la fiesta, las casas de descanso, aquel paraíso colorido incapaz de ocultar las sombras que lo sustentan.

X

Durante el recreo Julián corría tras la pelota junto a los amigos que por la tarde no lo invitaban a las canchas del atrio. Mario y Lauro ponían una frontera entre lo que sucedía en la calle y la escuela, por eso nunca preguntaban a Julián sobre sus amigos de la banda. Cuando llegaba la hora de la salida, las líneas pintadas afuera volvían y los amigos se iban por lugares distintos.

Un grupo de niñas sentadas en una jardinera escuchaba música pasándose una a otra los audífonos de un *iPod*, atraídas por ese imán sonoro movían sus cabezas gustosas de compartir aquel rito novedoso traído de muy lejos.

El recreo era tiempo también para comprar dulces y refrescos. Antes los niños del pueblo no llevaban dinero y la tiendita no era más que una mesa con unos cuantos caramelos, pero ahora casi todos podían gastar algo, a Julián su papá le mandaba dinero, por eso compraba jícamas con chile y limón, pepinos o peroncitos ácidos que le agarraban la lengua.

Ir en sexto significaba ser de los más grandes de la escuela, y aunque para las niñas eran chicos todavía, para el resto, no; ahora les tocaba mandar, elegir el espacio de juego, correr por todo el patio sin temor a que alguien se los impidiera. Para Julián ese era el mejor año, y aunque no le gustaba la escuela, se sentía menos molesto de ir. No le iba bien en sus clases pero tampoco había reprobado, lo que mantenía a su mamá alejada. Cada vez le costaba más trabajo obedecer al profesor, odiaba los dictados, cuando ponía uno él aprovechaba para pintar en su cuaderno. Fue así que empezó a hacer caras parecidas a personajes de la tele; en una ocasión dibujó la de un profesor y le gustó, a partir de entonces prefirió hacer las caricaturas de todos y se las enseñaba a sus amigos, tenía cuidado de no ser visto por los mayores por temor a ser expulsado.

Como a muchos, lo que más le gustaba era salir al recreo para jugar fútbol, correr, echar tiros, meter goles y festejar con los amigos. Esa mañana, mientras jugaba, vio al maestro pintor salir de la dirección. “¿Qué estará haciendo aquí?”, pensó intrigado. Aunque apenas lo conocía, le caía bien porque sabía pintar y se había interesado en lo que él decía. Jonás caminaba hacia la salida y Julián decidió saludarlo, corrió hacia él y le dijo.

—Hola, ¿se acuerda de mí?

Jonás miró los ojos grandes de Julián fijos en él.

—Hola, ¿cómo estás? —hizo una pausa para recordar su nombre sin lograrlo—. ¿Cómo te llamas?

–Julián –respondió tomando aire–, estuve el otro día con usted en la presidencia, me contó que quiere pintar la historia del pueblo sobre la pared.

–Sí, me acuerdo de ti, tienes un tío que trabaja ahí. Dijiste que ibas a regresar y ya no has vuelto, ¿al final preferiste jugar con tus amigos?

–¿Va a darnos clases de pintura?

–¿A ti te gustaría?

–Sí, ya le dije que me gusta dibujar, en el salón tengo mi libreta, si quiere se la traigo.

–Espérate, otro día la vemos, voy a regresar a hablar con la directora.

–Entonces, ¿sí nos va a dar clases?

–Me gustaría, pero no sería de pintura sino de historia y también de náhuatl.

–¿De náhuatl? –preguntó Julián sin entender.

–Del idioma mexicano que hablamos aquí además del español.

–¡Ah! –dijo Julián–, el que hablan los abuelitos, y ¿para qué? si aquí ya casi nadie lo usa, además, a los que hablan mexicano les dicen tontos porque ni siquiera han aprendido a hablar bien. Yo conozco a un señor que cuida sus chivos, no sabe casi nada de español y muchos lo tratan mal. ¿Por qué nos quiere enseñar eso?

–Para que entendamos la importancia de hablar nuestro idioma... ojalá pueda dar la clase y entonces ya lo platicáramos.

–¿Y yo podría entrar a su clase?

–Seguro que sí. ¿En qué año vas?

–En sexto, soy de los grandes –dijo Julián orgulloso.

–Sí, ya veo, ¿y luego vas a ir a la secundaria?

Julián ya no quería seguir estudiando pero le dio pena decirselo al maestro y preguntó.

–Para ser pintor como usted, ¿necesito ir a la escuela?

–Claro, yo aquí en el pueblo estudié la primaria y la secundaria, luego me fui a Estados Unidos y acabé *high school*, al principio fue difícil porque no hablaba inglés, pero me puse

a estudiar bien el idioma y eso me ayudó mucho. Hay gente que tiene años allá y no habla inglés, por eso no consigue buenos trabajos. Luego tomé pintura con un maestro y tuve que practicar mucho, dibujé y pinté hasta que aprendí, pero ¿quieres que te diga una cosa? me falta mucho por aprender, por eso, aunque ya estoy grande, sigo estudiando.

—Entonces, ¿cuándo se acaba de aprender? —preguntó Julián angustiado—. Usted ya es maestro y sabe, ya no tiene que venir a la escuela, ahora enseña. ¿A poco los maestros estudian?

—Ya no vamos a la escuela como tú, pero seguimos leyendo para hacer mejor nuestro trabajo. Cuando a uno le gusta es fácil, ¿a ti te gusta dibujar?

—Me encanta, prefiero hacer dibujos que el dictado del profesor, ni le entiendo y además, no lo revisa. Cuando algo me gusta sí le echo ganas.

—Me parece que a ti te gustaría ya no ir a la secundaria, ¿verdad? —preguntó Jonás sin juzgar, y Julián se animó a decirle.

—No me gusta venir a la escuela, por eso quiero ponerme a trabajar o preguntarle a mi papá si me puedo ir con él. Mi mamá quiere que si quiera termine la secundaria, el problema es que me cuesta un chorro de trabajo leer, la mera verdad, cuando nos dejan tarea medio veo los libros pero casi no entiendo, y no puedo preguntarle a mi mamá porque ella está peor que yo, apenas llegó a tercero, entonces, ¿a quién le pregunto? Yo quisiera ser pintor, pero sin tener que ir a la escuela.

—Si quieres puedes ir en las tardes a la presidencia y ver cómo pinto, no son clases, pero te puede ayudar.

Julián no respondió y Jonás pensó que tenía que ver con sus amigos de la banda con quienes pasaba las tardes.

—Bueno, no todos los días, sólo cuando puedas. Yo creo que no debes dejar la escuela aunque te parezca aburrida, cuando me fui también pensé en dejar de estudiar, pero una maestra allá me dijo que no iba a ser una buena decisión y me esforcé. Esa maestra me enseñó a hacer una bitácora, así le llamaba, se trataba de escribir lo que hacía cada día, como un diario. ¿Tú sabes lo que es un diario?

–No –dijo Julián contento porque Jonás le hacía caso, era como un amigo grande con quien podía hablar–. Pero me gustaría aprender.

–Es escribir lo que haces en el día. Cuando yo empecé me costó trabajo y muchas veces cerraba mi cuaderno sin escribir nada, luego, lo volvía a abrir y lo intentaba otra vez, así hasta que me acostumbre y luego ya llenaba una hoja o dos. Era como platicar con alguien ¿Te gustaría hacerlo?

–Sí porque casi no tengo con quien hablar. Yo a veces dibujo lo que veo; el otro día dibujé una culebra que iba cruzando el camino de la haciendita, me asustó porque estaba bien grande, la tengo en mi libreta, si quiere luego se la enseño... Entonces lo que usted dice es escribir todos los días.

–Es la idea, aunque sea poquito y si quieres, también puedes dibujar y así practicas.

Era la primera vez que a Julián le entusiasmaba escribir porque no tendría que copiar palabras de un cuaderno, sino inventarlas.

–¿Le gustaría ver mi libreta cuando ya tenga algo?

–Si tú quieres está bien, pero primero hazlo para ti, así puedes contar lo que quieras.

–Bueno, ya me voy, luego lo paso a ver.

–Entonces ¿qué?, ¿te vas a poner a escribir?

–Claro...

Julián se perdió rápidamente entre los otros niños, a Jonás le costó trabajo imaginarlo sentado en una esquina tomando y fumando, nunca, como en ese momento, sintió la necesidad de hacer algo por la gente de San Nicolás, le daba rabia darse cuenta de las cosas que pasaban y lo poco que podía cambiar, sin embargo, en su escuela de Long Island le habían enseñado a pensar que si uno quiere, uno puede, como si todo dependiera de la convicción y la tenacidad.

Julián entró al salón sin hacerle caso a nadie, iba metido en un espacio lleno de palabras por descubrir. Las voces del profesor y sus compañeros iban y venían como pelotas rebotadas en la pared. Poco antes de salir vio a Lauro y Mario platicar en

voz baja, sabía que al terminar la escuela abrirían nuevamente el surco que los separaba. Afuera otros lo esperaban, pero sobre ellos no podía hablar con nadie, entre ellos ni siquiera tenía el mismo nombre, el mundo de la escuela, con ellos, se alejaba y él se metía en un laberinto cada vez más hondo.

XI

Delante del grupo Jonás exponía con voz pausada la historia del país, de las personas que dieron su vida para construir una nación con paz y libertad. Los jóvenes de la telesecundaria reconocían intermitentemente el significado de sus palabras incapaces de seguir el hilo completo de la clase, estaban más atentos a la hora de salida, por lo que el taller de historia y lengua náhuatl tan necesario para los jóvenes, según Jonás, pasaba casi inadvertido.

Jonás empezó por el idioma y no fue gratuita su elección, porque así entendió él la importancia de tener una identidad fuerte. No lo hizo con la familia, tampoco con los amigos, aquel hallazgo tuvo lugar lejos del pueblo, fuera del país, en Long Island, junto a un artista que alimentó con sus preguntas el deseo de saber quién era; fue él quien lo guió a expresar sobre el lienzo sus ideas y sentimientos. Ser indígena, hablante de náhuatl, heredero de una cultura centenaria le dio frente a aquel personaje un lugar que en su país nunca tuvo. Jonás se esforzaba por dar a entender a los jóvenes aquellas ideas, pero no era fácil; los estudiantes parecían escucharlo desde un lugar lejano donde las cosas pasaban muy de prisa.

—¿Quién de ustedes vive con sus abuelos? —preguntó con la intención de atrapar su atención. Varias manos se levantaron, entre ellas la de Jessica—. Ellos hablan náhuatl seguramente —dijo animado—. ¿A ustedes les hablan en náhuatl?

Un joven con la camisa abotonada hasta el cuello, la cara quemada por el sol y unos ojos llenos de curiosidad, preguntó.

—El náhuatl, ¿es lo mismo que mexicano?

—Sí —contestó Jonás—, de hecho muchos aquí le dicen así.

Jessica levantó la mano sin mucha convicción.

–Mi abuelita habla náhuatl, como usted dice, pero a nosotros casi no, porque como no lo sabemos, no pierde su tiempo.

–¿Y tú le entiendes?

–Bueno, casi no, por eso prefiero que nos hable en español.

–Muy bien –dijo Jonás y preguntó al grupo–. ¿Alguien entiende lo que dicen los mayores cuando hablan mexicano?

–Yo entiendo un poco –dijo el joven campesino de la camisa abotonada–, porque mis papás también lo hablan, como mi abuelito trabaja en el campo con nosotros y sólo habla mexicano, ellos así se ponen de acuerdo.

–¿Y tú hablas?

–¿Yo?, no, no –dijo el joven nervioso.

–¡No te hagas, si yo siempre te he escuchado hablar así! –dijo un muchacho alto en tono de burla–, apenas aquí en la escuela aprendiste a hablar español. Y se rió junto con los demás.

Otra voz, siguiendo con la burla, dijo.

–Ahí andas con tu abuelito contando chistes, ya hasta caminas como él.

Las risas aumentaron. A Jonás no le sorprendió el comportamiento del grupo, pero le disgustó que hablar náhuatl en lugar de representar un orgullo, fuera vergonzoso; estaba seguro que aquel joven lo hablaba, pero no se atrevió a reconocerlo por temor de señalar su condición de indígena campesino pobre. Si alguien de fuera presenciara aquella escena, no habría entendido el motivo de las risas, ya que todos parecían iguales; sin embargo, dentro del pueblo las diferencias, por sutiles que fueran, se hacían sentir como auténticos abismos.

Jonás estuvo a punto de expresar su opinión pero se contuvo y esperó hasta que el ruido de las voces se transformara en murmullos. No es que se dispusieran a escucharlo, sino que buscaban un nuevo motivo para reiniciar su evasión. Jessica miró con extrañeza que el profesor no intentó poner orden como otros, por el contrario, había dejado desahogarse al grupo, eso le gustó y levantó la mano. Jonás pidió silencio para escuchar a la compañera.

–Tengo una pregunta –y se puso de pie–. ¿Por qué le interesa darnos esta clase? Usted es de aquí y conoce el pueblo, también sé que vivió muchos años en Estados Unidos. ¿Qué nos quiere enseñar? Antes de sentarse dijo–. Bueno, tengo otra pregunta. El otro día pasé por la presidencia y lo vi pintando en la pared, ¿qué pinta?

Los jóvenes pusieron atención porque, aunque no lo dijeran, a todos les intrigaba por qué alguien del mismo pueblo estaba interesado en ellos; ya les había pasado que personas de fuera llegaban a hablarles sobre migración, cultura o sexualidad, pero nunca nadie de dentro había mostrado interés por lo que pasaba en la telesecundaria. Jonás advirtió el silencio y no quiso dejar pasar la oportunidad.

–En Estados Unidos se aprenden muchas cosas –dijo–, ustedes ya tendrán la oportunidad de verlo. Yo, por ejemplo, aprendí a hablar inglés y me sirvió mucho para tener un buen trabajo, aprendí también a moverme por la ciudad en el metro, yo nunca me había subido a un subterráneo y ahí en Nueva York lo hacía todos los días, me acostumbré a moverme por debajo de la ciudad viendo las caras de personas de muchas partes del mundo: chinos, árabes, africanos, y también a oírlos hablar a cada uno en su idioma vestidos con sus ropas típicas. Aprendí a trabajar en la cocina lavando platos, aquí nunca había lavado platos porque como sabemos, eso lo hacen las mujeres, pero allá lo hice y me pagaban; luego aprendí a preparar hamburguesas y a manejar la caja para cobrar. Eso fue en la ciudad durante dos años, después me fui a los Hamptons donde está la mayoría de nuestros paisanos, ahí me puse a trabajar en los jardines y me enseñaron a mantenerlos bien cortados y limpios, como les gustan a los gringos ricos. Casi todos los del pueblo se dedican a la jardinería y algunos ya tienen empresas grandes. Allá me di cuenta que hay personas que viven como reyes en casas inmensas que sólo usan en el verano, seguramente ustedes han escuchado de esos lugares, pero yo antes de ir, nunca los había visto, bueno, sólo en las películas. Un día conocí a un pintor que quiso que yo posara

para un cuadro, me vestí con una túnica y me la pasé horas como estatua. Me pagaba por hacer eso. Poco a poco él quiso conocer sobre mi pueblo y yo le platicué lo que sabía; entonces me hizo más preguntas y ya no supe responder, me di cuenta de lo poco que conocía y me dio vergüenza porque, como ya les dije, había visto en la ciudad muchas personas contentas de mostrar su origen. Al ver mi interés por su trabajo, aquél artista me enseñó a pintar, a expresarme a través de las formas y los colores. Cada vez que pintaba tenía preguntas dando vueltas en mi cabeza. ¿A ustedes les ha pasado eso?, a mí me pasó, ¿y saben cuál era la pregunta más frecuente? ¿Quién soy?, no se burlen, es en serio, claro que podía contestar: soy Jonás y nací en México, vine a los Estados Unidos a trabajar y me gusta pintar; pero no sabía decir nada sobre mi país, su historia, las costumbres de mi pueblo, es más, nunca se me había ocurrido que yo podía ir en el metro de Nueva York hablando como hablan mis abuelos y sentirme bien por ello. ¿Saben qué?, me di cuenta que no sabía hablar el idioma de mis abuelos y que si lo hubiera sabido, en lugar de sentirme orgulloso, me habría dado vergüenza. Aquel hombre no entendía, y seguramente no iba a entender nunca por qué yo no quería ser indígena en mi país y hacía lo posible por parecerme más a los que no lo son; sin embargo, aunque no me entendiera, le dije que palabras como indígena, campesino, pobre, ignorante, moreno, chaparro, flojo, torpe, borracho, violento, peligroso, muerto... van juntas, y que vivir con ellas no es bueno para nadie. Él me escuchó y no dejó nunca de animarme para recuperar aquello que allá, del otro lado, en mi país, no quería ser. Con el tiempo entendí que reconocerse indígena no estaba mal y aprender el idioma de mis abuelos tampoco. Sin saber por qué, esa nueva actitud acompañó mi pintura y la volvió una búsqueda constante de lo que había perdido; el pincel me ayudó a descubrir poco a poco mi propia cara y a pintarla sobre el lienzo. Cuando regresé venía con algunas ideas claras: conocer la historia, interesarme por mi pueblo y poder compartir con mis paisanos el aprendizaje, por eso estoy aquí, con ganas de

darles a entender esta experiencia; por eso también pinto un mural en la presidencia, para que nuestra historia pueda ser vista por todos.

Los oídos de Jessica se mantuvieron atentos a las palabras del profesor, pero sus compañeros ya habían recogido sus cosas y esperaban impacientes en sus sillas que Jonás se callara.

—¿Ya terminó profesor? —preguntó el muchacho alto—. Es que ya es hora.

Jonás guardó silencio y pensó en lo difícil que era entender a esos jóvenes, mucho más difícil que salir del país, aprender un idioma nuevo y otra cultura. Dijo sí con la cabeza y todos se pararon apurados, sólo Jessica se quedó, tenía muchas preguntas, pero se animó a hacer sólo una.

—Profesor —dijo tímidamente—, yo no entendí una cosa, ¿por qué nos habla de la historia, en lugar de hablarnos de lo que nos pasa ahora?

—Bueno, porque creo que si no conocemos nuestra historia difícilmente sabremos ¿quiénes somos?, ¿de dónde venimos?, y ¿a dónde vamos? No sé si me entiendes

—Más o menos, pero lo que a mí me preocupa es que nosotros los jóvenes cada vez nos entendemos menos con nuestros papás o nuestros abuelos, según con quien estemos; a mí me gustaría saber cómo podemos hacerle para platicar con ellos sin que se enojen. Usted dice que es importante conocer la historia, pero yo creo que los mayores también necesitan conocer cómo vivimos ahora nosotros, porque todo les parece mal y no nos dejan hacer nada, ni vestarnos como queremos, ni pensar de otra forma.

—Todos debemos poner de nuestra parte, los adultos y los jóvenes, porque si no lo hacemos, no vamos a entendernos nunca.

—Eso suena bien profesor, pero cómo. Los grandes no entienden muchas cosas que nos enseñan aquí, como no vinieron a la escuela casi no saben nada, cuando les preguntamos se quedan callados; sólo les interesa que los respetemos y ha-

gamos lo que nos mandan, pero nunca nos preguntan lo que pensamos y mucho menos, lo que sentimos.

—Por eso es importante poner todos de nuestra parte, no sé bien cómo, pero si unos lo hacen y otros no, la cosa no va a funcionar. Tú intenta poner de tu parte, y ya verás que poco a poco los demás harán lo mismo.

—Tal vez tenga razón, aunque pienso que no se trata sólo de poner de nuestra parte, pero bueno, ya es bien tarde y me tengo que ir. Nos vemos la próxima clase, que le vaya bien profesor. Oiga, ¿Me puedo dar una vuelta por la presidencia para ver cómo va el mural?

—¡Claro! Nos vemos la próxima clase, que te vaya bien y me saludas a tu abuelita.

—Está bien —dijo Jessica antes de echarse a correr para alcanzar a sus compañeras que salían por la reja de la telesecundaria.

Jonás la vio alejarse mientras se preguntaba ¿cómo podría hablar de un presente que le resultaba tan confuso?, ¿de qué manera su vida se relacionaba con esos muchachos? Entonces pensó que una manera sería poner en el mural a los grandes personajes de la historia para que los jóvenes, al verlos ahí, se sintieran identificados con ellos. Tenía que darle fuerza a los héroes y sus luchas con las cuales construyeron un país grande y fuerte, esa sería su tarea y, en cierta forma, su desafío.

Jonás caminó por el pasillo llevando consigo sentimientos encontrados, estaba cansado y solo. A mitad del patio vio al director despedir a unos estudiantes, iba a seguir de frente, pero decidió platicar con él sobre lo que había ocurrido en la clase y conocer su opinión al respecto.

XII

En mitad del patio la figura del profesor Fidel esperaba paciente la salida de los alumnos, como director de la telesecundaria se encargaba de supervisar que todo quedara en su lugar al final de la jornada. El sol de las dos encontró una sombra debajo de sus pies que no alcanzaba a pintar su contorno. Las

jacarandas proyectaban sombras como largos dedos oscuros que sujetaban el polvo, y el asta bandera, como un gran reloj de sol, señalaba un tiempo indefinido entre la parsimonia de los viejos y la prisa irrefrenable de los jóvenes. La distancia de luz que separaba a Jonás de Fidel se redujo tras la sombra fugaz de unos pasos que se movieron sobre la ruta del encuentro.

—¡Profesor Fidel! ¿Tendrá usted tiempo de platicar unos minutos?

—Hola Jonás, claro que sí, tú dime para qué soy bueno.

Se estrecharon las manos y antes de que Jonás dijera otra cosa, el director sugirió.

—¿Qué te parece si nos vamos a la sombra porque el sol está muy fuerte?

Caminaron hasta tocar con sus pies los deformes dedos de la jacaranda y, bajo la protección de aquellas manos frescas, empezaron a platicar.

—¿Me decías? —preguntó el director en tono cordial.

—Se trata de la clase que doy a los muchachos de tercero, usted sabe, sobre nuestra lengua y nuestra historia.

—Sí claro —dijo el director sin recordar con claridad el contenido del taller—. Me parece muy bueno que nos apoyes con esos temas, siempre está bien que los jóvenes conozcan algo del pasado. Además, esa idea tuya de querer rescatar el dialecto de los abuelitos, me parece muy interesante.

—Mi pregunta tiene que ver justo con eso profesor, usted que ha trabajado tanto tiempo con los muchachos, ¿cree que el taller les interese?

—Yo pienso que sí. Imagínate, con el taller que das los muchachos cuentan ya con tres materias extras que refuerzan su instrucción, estamos por arriba de la telesecundaria de San Miguel que nada más tiene una materia adicional, algo sobre ecología, creo, esa también la tenemos aquí, la imparte la profesora Alicia... —Fidel sintió que sus palabras no respondían y dijo—. Pero... no entiendo bien a qué viene tu pregunta, qué, ¿has visto un mal comportamiento en los jóvenes? Si no se

comportan bien tienes que decírmelo para que tomemos las medidas necesarias. ¿De eso se trata?

—No profesor, ellos se portan bien, lo que me preocupa es no lograr llamar su atención, a veces los siento muy distraídos.

—¿Distraídos?... hubieras empezado por ahí, no te preocupes, bueno, no quiero decir que no sea importante poner atención, pero es normal, así son todos los estudiantes y no sólo en tu clase, ellos andan en otra cosa; desgraciadamente vienen a la escuela porque los mandan de sus casas, yo creo que si por ellos fuera, no pondrían un pie aquí.

—No quise decir eso, en realidad hay algunos que sí ponen atención, sobre todo las mujeres, yo más bien pregunto si el tema de la historia y el idioma les puede ayudar. Como usted sabe, yo no soy profesor y conozco poco las necesidades de los alumnos.

Fidel no sabía bien a dónde quería llegar Jonás, estaba cansado por el trabajo del día y no tenía ganas de prolongar aquella conversación, sin embargo, debía portarse bien con ese hombre que sin pedir ningún sueldo daba una clase. Le parecía extraño su interés por saber qué pensaban los alumnos, y no es que no tuviera importancia, sino que después de tantos años de trabajo, sabía que lo que realmente buscaban los muchachos era irse al otro lado, ganar dinero, hacerle una casa a su mamá y regresar al pueblo de vez en cuando para enseñarles a todos lo bien que les iba. La escuela sólo servía para retardar ese momento y los jóvenes la tomaban como un espacio para disfrutar la etapa en la que todavía no enfrentaban las responsabilidades de los adultos.

La inquietud de Jonás llevó a Fidel a pensar en lo distinto que era el pueblo antes, cuando la mayoría de los niños no alcanzaba siquiera a acabar la primaria, y así, con ese nivel escolar, se iban a trabajar al campo, se juntaban pronto y empezaban a tener hijos. Muchos de los padres de los jóvenes de la telesecundaria tenían esa historia, pero ahora unida al hecho de cruzar la frontera porque el campo ya no podía sostener a sus familias.

Poco más de veinte años tenía que el primer migrante se había ido, y de ese tiempo a la fecha, el pueblo había aprendido a vivir de otra manera, Fidel pensó que las personas aceptaron el cambio fácilmente porque los pueblos vecinos tenían años haciéndolo, y eso podía verse en la fiesta del Santo Patrón, las mejoras en la iglesia, las casas, y las camionetas que a cada rato pasaban por el pueblo.

Quienes habían nacido después no podían imaginar San Nicolás sin migración, y es que, como muchos decían, la gente del pueblo aprendió a vivir muy pronto como migrante y le gustó. Ahora los niños tenían juguetes traídos del otro lado, vestían ropas gringas llenas de palabras en inglés, le pegaban a la pelota con tenis de marca, y veían videos con fiestas parecidas a las de su pueblo hechas en Nueva York. Los niños se acostumbraron a escuchar la voz del papá por el teléfono, a crecer con sus abuelos y a decirles adiós demasiado pronto a quienes más querían. Los jóvenes, por su parte, se alejaron de las labores del campo para aprender a conectarse con sus parientes a través de Internet. Las computadoras se convertían en un imán que los atraía cada vez con más fuerza y alrededor del cual escuchaban música, veían modas, descubrían una manera distinta de ser.

El deseo de estudiar, llegado de fuera, no se arraigaba en los jóvenes, en ellos lo que crecía era la inquietud de irse al otro lado para saber cómo era y probar por ellos mismos esa vida de la que tanto se hablaba en el pueblo. Aquel deseo de irse cobraba forma sobre todo en la secundaria, donde muchos sueños se juntaban y determinaban, de alguna manera, el rumbo que seguirían sus vidas. Tal vez por eso la lengua, la cultura y el deseo de conocer parte de la historia, no parecían ser importantes para los jóvenes estudiantes.

—Todos los jóvenes son iguales —dijo por fin Fidel—, parece que no les interesa nada pero después se dan cuenta que lo que aprendieron en la escuela es importante, estoy seguro que tu clase les servirá mucho, no te preocupes.

A Jonás le gustó la respuesta del director, la sintió sincera, por eso tuvo la confianza de expresarle cómo la clase se conectaba con su trabajo en la presidencia.

—Mire profesor —dijo Jonás ante la sorpresa del director que creía haber terminado la plática. Con impaciencia se resignó a escuchar mientras sentía cada vez más rayos de sol colarse entre las ramas de la jacaranda. Hizo un esfuerzo por concentrarse y respiró profundo—. Usted sabe que estoy pintando un mural en la presidencia, mi idea es poner ahí la historia del pueblo pero unida a los héroes de nuestro país, quiero pintar también nuestras fiestas con sus danzas, el campo, el volcán, la iglesia; todo eso junto a Hidalgo, Morelos, Zapata, Lázaro Cárdenas, es decir, quienes lucharon por darnos lo que ahora tenemos, un país grande y libre, y pienso que la clase va a ayudar a los muchachos a entender mejor esa idea; además, como usted dijo, si podemos rescatar el idioma de nuestros antepasados, que por suerte todavía hablan algunas personas del pueblo, imagínese cómo podríamos fortalecer nuestra identidad.

—A mí me parece muy interesante y más si lo unes a tu trabajo en la presidencia, es muy completo.

Fidel limpió con su mano el sudor que tenía en la frente y despidió a Jonás con una palmada en la espalda.

—Bueno profesor, ya es tarde y parece que todos los alumnos se fueron, nos vemos la próxima semana, que la pase bien.

—Gracias por escucharme, yo creo, como usted dice, que los estudiantes se van a dar cuenta de la importancia de conocer su historia y hablar su lengua, porque ya ve que cuando yo estuve en los Estados Unidos, ¿cómo me hizo falta conocer parte de lo que somos...?

El director interrumpió bruscamente porque parecía que Jonás no había entendido que ya era tarde y no podían estar ahí más tiempo hablando sobre la cultura, por eso decidió interponer su deber al interés provocado por el tema.

—Quisiera seguir platicando contigo, pero no puedo, tengo que ver a la inspectora de la zona para entregarle unos

papeles, otro día seguimos con estos temas tan interesantes. Buenas tardes Jonás.

—No se preocupe, otro día le cuento sobre el asunto. Nos vemos la próxima semana.

Jonás dio la mano al director agradecido por su comprensión y caminó hacia la reja, los dedos oscuros del árbol, adelgazados por el nuevo ángulo del sol, no pudieron sujetar su figura que lentamente se dejó bañar por la luz. La sombra breve de su cuerpo se ondulaba por el contorno irregular de la tierra, frente a él se abría un extenso camino sin sombras ni resguardos. El peso de la luz caliente le recordó el desierto, la soledad inmensa de quien busca cambiar, aunque sea un poco, su propio destino.

XIII

Los ojos de los Santos miran siempre por encima de los que devotamente les rinden culto. Montados en sus nichos bajos se levantan sobre el piso para acercarse al universo de lo divino y desde ese espacio intermedio, conectar las vidas de los mortales con el Dios eterno. Cuando los Santos cumplen con su tarea la fiesta en su honor crece y la iglesia se llena de peregrinos.

Junto al altar donde Cristo y la Virgen María reinan por siempre, San Nicolás tiene un lugar especial; junto a él las flores nunca faltan porque las mujeres encargadas del cuidado de la iglesia saben que le gusta tener a sus pies los colores y aromas del tiempo, además, dicen que cuando lo tratan bien, San Nicolás se vuelve más milagroso.

Delante de él todos son iguales, por eso el día de su fiesta viene gente de muchas partes a saludarlo y los jóvenes, reacios a acercarse a la iglesia, ese día danzan y rezan.

Entre semana a la misa de siete asisten sólo las mujeres. Envueltas en sus rebozos oscuros bajan de los barrios por las calles terregosas, una a una, como cuentas de rosario hiladas por el sonido metálico de la campana. Dentro del templo pobremente iluminado por los primeros rayos de sol, el olor

a copal sube por los altos muros hasta acurrucarse en la cúpula encima del altar, las bancas dispuestas en dos filas a lo largo de la nave, sólo están ocupadas del lado derecho. Entre sus manos viejas las mujeres llevan imágenes, estampas o medallas para bendecirlas y poder entronizarlas en el altar de sus casas.

La abuela Rufina no lleva imágenes ni estampas entre sus manos, esa mañana bajo el rebozo sujeta un pequeño envoltorio que prefiere no mostrar a nadie, se ha quedado detrás de las otras mujeres, guarda silencio y aprieta contra su cuerpo la ofrenda que vino a bendecir. Antes de llegar al lugar donde decidió sentarse, se persignó delante de la Virgen, pasó frente al altar y luego fue a hincarse un rato largo junto al San Nicolás para pedir su ayuda. Cuando el badajo chocó con el cuerpo helado de la campana dando la última llamada, de la sacristía el fiscal salió para encender los cirios y el murmullo del náhuatl, al entrar el padre, desapareció.

La voz del Dios católico cargado de poder descendió a través del padre Manuel para llamar a las mujeres a fortalecer la fe de los suyos, soportar con humildad el peso de su cruz, y no dejar de pedir por la salvación de sus almas pecadoras. La comadre Josefina, encargada de recoger la limosna, entonó con su voz aguda los cantos de la liturgia. Un hombre entró a la iglesia a mitad de la misa sentándose en una banca cerca de la puerta, no era la primera vez que lo hacía y el padre lo miró con el ceño fruncido. El recién llegado veía la pequeña iglesia desde el lado opuesto del sacerdote: el retablo, un Cristo clavado en su cruz, dos velas encendidas, y la figura de un hombre vestido con un manto largo que levantaba los brazos mientras hablaba desde su nicho a una veintena de cuerpos encorvados sin rostro y sin voz.

Cuando el padre Manuel bajó del altar para dar la comunión, el hombre se puso de pie y tambaleante, se acercó cabizbajo para recibir el sacramento. Pocas mujeres se levantaron a comulgar y cuando la última pasó sólo quedaba uno en la fila; el padre Manuel retiró el cáliz negándole la comunión, "Regre-

sa a tu lugar”, le dijo. La mirada de Johnny se posó con firmeza en el rostro del padre, ordenó dos palabras dentro de su mente confusa y pidió “Quiero comulgar”, el sacerdote desaprobó la petición, y luego, como un papá severo que conoce lo bueno para su hijo, dijo con tono de reprimenda “No estás preparado para recibir al Señor”. Johnny escuchó aquellas palabras, cerró los ojos y buscó la figura de Jesús hacerlo a un lado pero no la encontró; entonces, abrió los ojos y esforzándose para no levantar la voz alcanzó a preguntar “¿Y usted cómo lo sabe?” El padre Manuel escuchó las palabras de Johnny a sus espaldas, movió la cabeza reprobándolo mientras afianzaba con celo el cáliz, reservando para otros el cuerpo amoroso de Cristo.

—Quienes hayan traído alguna imagen o medalla pasen a bendecirla aquí junto al altar.

El fiscal caminó al lado de padre con el acetre lleno de agua bendita, la abuela Rufina se acercó sigilosa llevando entre sus manos el paquete envuelto en papel de estraza, se paró detrás de su comadre Josefina y sintió en la cara el baño de agua bendita procurada por el padre Manuel, levantó la ofrenda y la vio recibir también las gotas de agua; satisfecha y purificada, se arrodilló dando gracias a Dios y a San Nicolás por su intercesión, se levantó y caminó hacia la salida, antes de llegar a la puerta, encontró a Johnny acostado en una banca profundamente dormido, la imagen de ese hombre joven salió con ella y la acompañó a través del atrio, la plaza, las calles solitarias...

La abuela Rufina subió por la vereda rumbo a la presidencia a contracorriente del agua fría y cristalina que bajaba por la acequia, el hilo líquido hilvanó en su cabeza imágenes de Johnny y su hija Rosa sin saber cómo dos historias tan distintas, eran capaces de crear en ella sentimientos compartidos.

Rosa tenía diez años en Estados Unidos, cuando supo que se iba, Rufina trató de convencerla para que no lo hiciera pero fue inútil, entonces le pidió que hablara con su hermana Antonia a ver si al principio podía vivir con ella y luego, si las cosas marchaban como creía, se juntara con ese muchacho que la pretendía. Rosa tenía entonces dieciséis años, era la menor

de las hijas y desde muy chica tuvo la cualidad de darle problemas. Siempre fue más despierta que las otras, quería saber de todo y no se conformaba con hacer lo que tenía que hacer: le molestaba ir al molino, no le gustaba trabajar en el campo, decía que la escuela no era para ella y tampoco las labores de la casa. “¿Entonces qué quieres muchacha?” preguntaba su madre desesperada por no hallarle acomodo en ninguna parte.

La abuela Rufina crió sola a sus siete hijos, su esposo era un buen hombre pero una mala tarde le avisó que tenía que irse por un tiempo, con el machete atado a la cintura y lo que llevaba puesto, salió de la casa y nunca más volvió. Su mujer conoció la razón de su huida y por eso no le guardó rencor, había matado a un hombre en San Miguel y las autoridades lo buscaban. Cuando sucedió aquello Rufina tenía siete meses de embarazo y la niña que llevaba en el vientre no volvió a encontrar sosiego, se le movía todo el tiempo como una culebra dentro de un estanque, haciéndole sentir su presencia antes de nacer.

–No es normal –le dijo su madre una mañana en que los dolores eran insoportables–, para mí que esa criatura trae algo, averigua cómo quedó el difunto.

La madre tuvo razón, cuando Rufina preguntó sobre el suceso le contaron que una vez que se hicieron de palabras ya nadie los pudo detener, los dos hombres se liaron a machetazos en plena calle y en un descuido Vicente alcanzó a atizar un golpe seco en mitad del cuerpo de su rival, al grito que salió de aquel bulto de sangre le siguió un silencio hondo como tiro de mina, el cuerpo quedó tendido boca abajo delante de Vicente que por el susto, no tuvo tiempo de voltearlo.

–Te lo dije –repuso la madre a Rufina–, cuando nazca deberás limpiar a esa niña para que el muerto la deje en paz. De seguro su padre le dejó esa consigna antes de irse, por eso de ella depende que Vicente se desafane también del finado.

Antes del bautizo llevaron a la criatura con un curandero del pueblo que tenía fama de saber quitar el mal de los muertos, después de aquella limpia la niña pareció encontrar reposo y creció como todas las otras: sana y fuerte.

La mala racha le llegó después, cuando ya vivía del otro lado con el padre de sus hijos que salió borracho y mujeriego. Alquilaban un cuarto en el departamento de su cuñado donde Rosa crió a sus dos hijos que llegaron pronto; el primero antes de cumplir un año en Nueva York, y el segundo once meses después. Acostumbrada a la vida del campo Rosa no aguantaba estar encerrada todo el día en aquel cuartito situado en el corazón de Queens, el llanto de sus hijos, sumado al de los otros, hacían los días largos e insoportables.

Ella llegó en mayo a Nueva York y no pudo disfrutar el clima benigno de la primavera porque los ascos del embarazo le duraron meses, sin embargo, solía recordar aquellos primeros días como los más felices porque Cástulo la llevó a pasear al parque, a mirar los barcos en los muelles y los edificios altos de Manhattan. En diciembre dio a luz un hijo y para finales de enero ya estaba otra vez encinta. El frío del invierno se le fue metiendo hasta los huesos cerrándole poco a poco aquella boca acostumbrada a rezongar de todo. Su historia no era distinta a la de la mujer de su cuñado, mientras amamantaban a sus hijos aprendieron a platicar, maldecir su suerte y compartir los sueños que todavía tenían y a los que no dejaban de aferrarse. Así pasaron tres años y Rosa, con casi veinte, se estaba poniendo vieja de tanto sufrimiento, porque no sólo era cosa de vivir encerrada sin dinero para darle de comer a sus hijos, sino también de soportar el maltrato y la humillación. Tenía los brazos morados de tanto golpe, Celestina, la mujer de su cuñado sufría con ella y le aconsejaba que se fuera porque cualquier día la iba matar el desgraciado de Cástulo. Rosa sabía que su concuña tenía razón, pero no tenía a quién recurrir, apenas conocía unos cuantos paisanos y aunque sabía que en Long Island vivía su hermana Antonia, no se animaba a pedirle ayuda por vergüenza, o por miedo a que le dijera que no.

—Esos niños van a crecer espantados, no vaya a ser la de malas Rosa, que un día ese bruto te dé un mal golpe y ahí te deje tirada. Vete con tu hermana.

—Te prometo que le voy a hablar para irme con ella al pueblo donde dices que vive.

—Nomás no te tardes, porque luego ya no vas a poder.

Una noche Cástulo llegó con su hermano Tomás de trabajar, platicaban de un campo deportivo que iba a hacer en el pueblo un grupo de paisanos, estaban borrachos y parecían no ponerse de acuerdo sobre el asunto, Tomás veía bien que los de más dinero ayudaran a la gente de San Nicolás, pero Cástulo, no. Abrieron unas cervezas y discutieron sentados en torno de la mesita de la cocina, sus voces atropelladas aumentaron de volumen.

—¿Qué caso tiene que manden su dinero al pueblo cuando aquí explotan a sus paisanos? —decía Cástulo enojado—. ¡Para mí lo único que buscan es hacer más negocios!

—¿Pero qué negocio puede ser regalar un terreno y meterle dinero para hacer canchas? Yo digo que no es eso.

—Si el negocio no está ahí, no seas pendejo, Melchor me contó que quieren entrarle a los invernaderos.

—¿Y eso qué tiene que ver con las canchas?

—No estoy seguro... pero algo tiene que ver.

—Y si así fuera, ¿qué tiene de malo? Ojalá les vaya bien y den trabajo a los del pueblo para que ya no tengan que cruzar.

—Y a nosotros aquí, ¡que nos cargue la chingada! —gritó Cástulo—, ¿por qué chingaos no hicieron eso antes, cuando yo estaba allá? ahora que no me toca se les ocurre a esos cabrones mandar dinero. Me cae de madres que tengo una suerte de la chingada.

—Será lo que digas, pero tu suerte no está tan jodida, tienes trabajo todo el año, eso es lo bueno de estar acá en la ciudad, en cambio, a los del campo se les acaba en el invierno, ¿imagínate qué haríamos sin trabajar cuatro meses? Me cae que ya nos hubiéramos regresado.

—Y de qué sirve trabajar todo el año si apenas me alcanza, ya llevo cuatro años en este pinche país y no he podido ahorrar nada.

—Yo ya llevo siete y estoy en las mismas. Pero no te quejes, si no anduvieras por acá, no hubieras conocido a Reina.

—A mi Reina no me la toques... pero también llegó tarde,

¿qué voy a hacer ahora con la pinche vieja que está ahí adentro y los dos chamacos que nomás tragan y lloran? Me cae de madres que tengo una suerte de la chingada –volvió a decir Cástulo visiblemente mareado y se empinó la cerveza hasta acabársela.

–Regrésala al pueblo y allá que se las arregle, o qué, ¿te faltan huevos?

Cástulo sintió cómo el coraje le subía a la cabeza, estaba cansado de vivir metido todo el día detrás de una barra untando panes y pelando papas; le dieron ganas de gritar que ya no aguantaba seguir así, pero se contuvo, ya encontraría otra forma de desahogarse.

–¿Por qué me tocó a mí ser de los perdedores? –dijo conteniendo un llanto de rabia.

–¡Por pendejo!

Con trabajos Cástulo intentó ponerse de pie pero no pudo, tropezó y tiró una cerveza reventándola en el suelo.

–¡Me carga la chingada! –gritó enfurecido–. ¡Rosa...! ¡Rosa, no me oyes!, ¡Ven a recoger está pinche cocina que es un asco!

Su grito despertó a Míky, el menor de sus hijos, que empezó a llorar como loco, Rosa salió apurada del cuarto y lo único que alcanzó a ver fue el cuerpo de Cástulo tirando golpes, hasta que uno la alcanzó en mitad de la cara.

Tuvo que ir al hospital y ahí una mujer norteamericana que hablaba bien español le insistió en levantar una denuncia, pero Rosa no quiso, habló con su hermana y se fue a vivir a Long Island. Al principio cuidó a los hijos de sus paisanas que en las mañanas salían a hacer los aseos de las casas. Aquello le pareció maravilloso, ya que en lugar de edificios había jardines y muchos árboles alrededor, cuando vio un venado metido en el jardín comiendo las flores no lo podía creer; sus hijos jugaban con los otros niños y ella respiraba tranquila por haber dejado atrás el infierno de Queens. Muchas veces pensaba en Celestina, se preguntaba cómo le estaría yendo, tenía ganas de compartir con ella ese lugar parecido al de los sueños.

A Rosa le bastaba con estar en casa y cuidar niños, salir al jardín y sorprender por la tarde a los mapaches cerca de los botes de basura. Antonia le había acondicionado un cuartito en el *basement* donde dormía con sus dos hijos. No le interesaba salir a ningún lado, prefería no tratar a nadie del pueblo porque todavía se le hacía difícil contarles lo que le había pasado; más que dolor, le molestaba pensar que la gente la viera con lástima, no soportaba la idea de que aquellas muchachas con las cuales había compartido la infancia ahora la encontraran tal maltrecha. Pero aquella reclusión no podía durar mucho, Antonia ya no sabía qué decirle a la gente que estaba ansiosa por ver a su hermana.

—Van a bautizar al hijo de Silvestre y quieren que seas la madrina.

—¿Y por qué pensaron en mí?, ¿qué no tienen otras parientes?

—Yo qué voy a saber... me dijo Margarita que te avisara para que vayas a hablar con ella.

—Pero si yo ni sé moverme en este pueblo, me voy a perder.

—Yo te llevo, acuérdate que ya aprendí a manejar.

Uno podía negarse a cualquier compadrazgo menos el de bautizo, por eso Rosa no pudo insistir, le pidió a Antonia que la llevara y fue así como empezó a abrir otra vez la puerta a la vida en comunidad. No tardó en escuchar la otra versión de la historia que algunas mujeres contaban a sus espaldas, decían que el pobre Cástulo andaba desesperado desde que ella lo dejó llevándose a sus hijos. La juzgaban sin saber, guiadas por los recuerdos cuando en el pueblo Rosa era una muchacha altiva y caprichosa; por eso muchas prefirieron no hacer amistad con ella y tomaron partido por el pobre padre.

A Rosa no le importó aquella toma de postura hasta que un día encontró a Celestina en una fiesta. Apenas la vio fue a saludarla con mucho cariño, no se habían vuelto a hablar después de aquello, se sentaron juntas y Rosa le contó cómo había cambiado su vida, estuvo a punto de decirle a su amiga por qué no se venía también, pero sintió algo raro en ella y prefirió esperar.

–¿Entonces estás contenta? –preguntó Celestina como quien quiere señalar un contraste–. Pensé que me ibas a llamar algún día, pero ya veo que andas muy ocupada por acá.

–Si lo dices por la fiesta apenas y salgo, me la he pasado en la casa de mi hermana cuidando niños. Yo quería hablarte, pero por una cosa u otra se me fue pasando, y luego, se me hizo que ya no era tiempo.

–Para hablar nunca es tarde –dijo Celestina arrojando un rencor hondo que ni ella misma sabía qué cargaba–. ¿Cómo están tus hijos? Los míos siempre preguntan por Kevin y Miky, que si ya van a regresar.

–¿Y tú que les dices?

–Que no sé.

–¿Manuelito y Robin están bien?... ¿y Tomás?

–Ya sabes, trabajando todo el día.

–Claro, si ya lo sé. ¿Y te viniste sola de la ciudad?

–Qué, ¿no me vas a preguntar por Cástulo?

–Y por qué tendría que preguntarte, después de lo que me hizo no quiero saber nada de él. Hice lo que siempre me decías, si me hubiera quedado, ya estaría muerta.

–Al principio me preguntaba todo el tiempo por ti, que si ya me habías hablado, todavía no, le decía, pero no tarda. Luego se cansó y yo también... Dejó de tomar y ha querido venir a buscarte.

Rosa se quedó callada, imaginó a Cástulo en medio de esa gente y sintió miedo, lo vio contándoles a todos cuánto la quería y el mal que le había hecho abandonándolo, pensó en todo lo que iban a decir sin entender. Vio a Celestina como una mensajera de Cástulo. Por más esfuerzo que hacía, no lograba reconocer a la amiga que dejó en Queens; la mujer sentada delante de ella, con el rostro serio, era otra, la habían cambiado y no sabía cómo encontrar a la verdadera. Se le ocurrió entonces recordar sus sueños, porque ahí, en ese espacio tan suyo, seguro podrían reconocerse.

–Los hijos crecen pero una como madre no se olvida del tiempo en que les dimos de comer, cuando para ellos sólo

éramos leche tibia y dulce; tampoco se me olvida lo que tú y yo hablábamos entonces, ¿te acuerdas?, las ganas de ser otra vez esas muchachas alegres con el pelo trenzado con listones de colores y un rebozo nuevo cruzándonos el pecho. No se me olvida tu cara Celestina al hablar de la fiesta, del atrio de la iglesia y de las danzas; de las nieves cuajándose en el tonel junto al puesto de pan de queso. Ya no te acuerdas cómo nos reíamos de los peinados que los muchachos llevaban al baile y de las cosas chistosas que dicen siempre los sonideros. Muchas veces, antes de dormir, sigo escuchando nuestras voces hablar de todo lo que queremos hacer y no hemos hecho.

Celestina apretó la mandíbula para no quebrar el duro gesto de su boca, tragó saliva con dificultad e hizo un esfuerzo enorme por recordar, por volver a sentir aquello pero no supo responder y se quedó callada, extraviada en un lugar de su mente al que hacía mucho tiempo no iba y al que ya había dado por perdido. Intentó rescatarlo pero la fragilidad del abandono lo hizo quebrarse y desaparecer. El dolor interno salió por sus ojos en forma de lágrimas que no soltó para aferrarse a ellas como lo único que le quedaba realmente suyo. Sus ojos humedecidos volvieron a secarse sin derramar una sola gota.

—Yo también me acuerdo Rosa —dijo titubeante—, pero ya vez qué pronto olvidamos las promesas, nunca me hablaste y a mí se me acabaron los sueños... Deberías hablar con Cástulo, te necesita.

Celestina se puso de pie y dejó a Rosa pensando en la respuesta, no volvieron a cruzar palabra durante la fiesta, la tranquilidad ganada durante todos esos meses empezó a romperse abriendo paso a las dudas y los deseos.

Una mañana, mientras Rosa veía contenta a sus hijos jugar en el jardín junto a los otros niños, sintió la presencia de alguien observándola, sobresaltada buscó a su alrededor sin encontrar a nadie. Desde el día que habló con Celestina sus nervios no la dejaban en paz, esperaba ver a Cástulo en cualquier momento y eso la inquietaba. Oyó sonar el teléfono y entró a la casa, cuando llegó a contestar habían colgado. “Seguro fue Antonia

para saber cómo estoy”, pensó mientras regresaba a ver a los niños; al abrir la puerta vio a Kevin correr tras Miky ajeno a los temores de su madre. Respiró tranquila, y al bajar el escalón, la mano de un hombre la sujetó por el brazo.

—Cuánto tiempo Rosa —dijo Cástulo acercándole el cuerpo—. Ya no aguantaba las ganas de verte, nomás me la paso pensando en ti...

Rosa creyó que iba a gritar pero no lo hizo, al oír aquella voz sus temores desaparecieron, cerró los ojos y se dejó envolver por las palabras y el calor creciente que las manos de Cástulo ponían sobre su piel.

—Mira qué chula te has puesto. Si supieras cuánto te he extrañado...

Sobre el jardín, debajo del sol, los niños no advirtieron la ausencia de Rosa que, sumergida en un río de palabras casi olvidadas, se dejó llevar por el ímpetu de la corriente. Cuando Cástulo salió de la casa ni siquiera volteó a ver a sus hijos, había ido a probar ¿quién era? azuzado por su cuñada quien, desde el día de la fiesta, no dejó de decirle que fuera a buscarla. Un día sí, y el otro también, le hacía ver que los hombres que dejan ir lo que les pertenece pierden el respeto de sus amigos y de las otras mujeres. Una noche, cansado de tanta insistencia, Cástulo le preguntó.

—¿Y dónde dices que está?

—Con su hermana Antonia, se la pasa casi todo el día sola con los niños. Ve y hazle ver quién eres.

Cástulo nunca regresó, pero dejó a Rosa embarazada. Pronto su hermana Antonia se dio cuenta y le echó en cara su falta de consideración.

—No entiendo cómo pudiste recibir a ese hombre que según tú, quiso matarte. Mira nomás cómo te dejó y ahora, ¿qué vas a hacer? En esta casa no vas a poder quedarte, cuando Esteban se entere me va a repetir lo que me dijo cuando te recibí, que de seguro habías sido tú la que provocaste a Cástulo y por eso te había pegado, se me hace que tenía razón y yo que confié en ti, mira si seré tonta, lo bueno es que ya me di cuenta. De

una vez te digo, empieza a buscar dónde parar porque, lo que es aquí, ya no Rosa.

Arregló el alquiler de un cuarto en un conjunto de casas pequeñas donde vivían los que acababan de llegar. La casa la arrendaba un paisano y eso facilitó su estancia, casi nadie se quedaba ahí por mucho tiempo, como ella ocupaba uno de los dos cuartos que tenía la casa, le tocó recibir a varios de los recién llegados. Rosa se quedó como si fuera la anfitriona y para ganarse la vida, les lavaba la ropa y hacía de comer.

Aprendió a sobrevivir con sus tres hijos, estaba conforme con su suerte porque decía que se la había ganado a pulso. Antonia la visitaba, de vez en cuando llevaba a los sobrinos a pasear y les compraba algo de ropa y comida, le dolía verlos en esas condiciones pero no podía hacer más, Esteban le había prohibido tener trato con su hermana.

Si por alguna razón no había inquilinos nuevos, Rosa pasaba trabajos para conseguir dinero, a ella le convenía que llegaran muchos y que se quedaran un tiempo largo. Se acostumbró a ver sentados en la banqueta frente a las casas a los que acababan de llegar, casi siempre eran jóvenes que despertaban a su nueva vida llenos de miedo, entumecidos todavía por los días en el desierto, y cargando a sus espaldas muchas imágenes que mejor sería olvidar pronto. Pasaban el día sentados sin atreverse a dejar aquel pequeño refugio que era como una isla en medio del mar agitado, como un barco en el muelle de un puerto desconocido al cual tarde o temprano tendrían que bajar.

Aunque a Rosa le fue bien en el cruce y no vio siquiera de lejos a la migra, escuchaba atenta las historias de sufrimiento que los jóvenes contaban sobre su paso de frontera y entendía el ritual de compartir la experiencia antes de iniciar la difícil tarea de vivir lejos; porque era ahí, en ese espacio híbrido, donde las huellas dejadas por el desierto unían las historias de todos los migrantes con signo inequívoco de haber burlado la muerte.

Rosa era una sobreviviente más de aquella lucha que seguía librando cada día. A diez años de distancia de su primer

encuentro ya no se preguntaba por qué las treguas para ella habían sido tan breves. El tiempo la había endurecido y sentía que era capaz de soportarlo todo. Sólo tenía un deseo cobijado por una certeza: quería regresar algún día a su pueblo, porque su madre no dejaría nunca de esperarla.

Rufina llegó a la casa del curandero después de subir hasta el caserío que lindaba con los campos de labor y las faldas del volcán, venía apurada porque todavía tenía que bajar para enviar el paquete guardado bajo el rebozo. La puerta se abrió y un hombre mayor con la cara dura como máscara la hizo pasar, pidió el paquete, lo abrió y colocó junto a un muñeco de trapo y una fotografía las hierbas que contenía, las untó y dejó todo sobre una mesa delante de un pequeño altar. Oró en silencio pasando un sahumerio con copal encendido por encima de los fetiches, soplabla el humo sobre ellos para envolverlos y purificarlos. Terminada la oración, tomó el atado de herbolaria y se lo entregó a la abuela Rufina.

—Ya le dije todo lo que tiene que hacer, con esto vamos a ayudarle a Rosa a quitarse el mal que le hicieron. Envuélvalo bien para que cruce sin dificultad. Elías es cuidadoso con estos encargos, si usted supiera cuántas plantas para el bien y el mal cruzan todos los días la frontera, no me lo creería. Nunca he tenido problemas con ninguno, no se preocupe, lo que yo mando siempre llega a su destino.

—¿Y qué va a hacer con la muñeca y la fotografía? —preguntó Rufina con ganas de llevárselos—. Es que siento como si mi hija estuviera ahí dentro.

—Estuvo doña Rufina, pero ya la liberamos, ahora le toca a ella hacer su parte para que el mal quede sin efecto.

—¿Pero quién querría hacerle esto a mi hija?

—Ya le dije que eso lo podemos saber, pero no me pida regresar el daño, yo sólo curo; el bien que he recibido lo uso nada más para hacer el bien.

Las primeras nubes estaban formándose arriba del volcán cuando Rufina salió de la casa del curandero y echó a andar por las calles solitarias. La abuela volteaba para todos lados

sin lograr apartar de su mente la cara empolvada de la muñeca de trapo. “¿Dónde estará ahora mi hija?”, pensó angustiada, y como si Rosa la estuviera llamando desde lejos, levantó la vista al cielo y en voz baja respondió.

“Rosa... hijita, aguanta otro poco, el remedio que llevo no va a tardar... Virgencita, cuida mucho a mi niña...”, y apretó con fuerza el atado de hierbas bajo el rebozo mientras caminaba, cada vez más deprisa, por la calle polvorienta.

XIV

Sobre la mesa cubierta por un delgado mantel a cuadros dos envases de cerveza a medio vaciar estaban frente a Isidro y Tony. El calor del mediodía aumentaba mientras en el horno una pizza a la mexicana se cocía despacio. Francisco, dueño del restaurante, aprendió el oficio de cocinero en Manhattan y apenas regresó al pueblo puso su negocio. Al principio la gente no estaba acostumbrada a comer pizzas, pero a los paisanos que habían cruzado la frontera les pareció bien que en su pueblo pudieran encontrar lo que del otro lado constituía su dieta habitual. Poco a poco las personas empezaron a frecuentar el lugar, sobre todo cuando llegaba alguno de sus parientes. Fueron los niños quienes mejor recibieron el nuevo platillo; les gustaba ver cómo el cocinero lanzaba sobre su cabeza el plato giratorio de masa para después ponerle encima muchas cosas ricas.

La segunda novedad fue la motocicleta que un día Francisco paró frente al negocio. Habilitada con una caja en la parte trasera para guardar la comida y los refrescos, empezó a realizar entregas a domicilio. Yendo y viniendo sobre las calles de terracería, la motocicleta pronto se convirtió en un vehículo conocido por todos; su rugido se revolvía con el ladrido de los perros que corrían tras el repartidor lanzando mordidas al aire. Las pizzas neoyorkinas, igual que muchas otras cosas venidas de allá, pasaron a formar parte de la vida de San Nicolás.

—Entonces mi tío te mandó llamar para ir a trabajar con él —resumió Tony lo que Isidro acababa de contarle, tomó un

trago largo de cerveza y echó su enorme cuerpo hacia atrás. Respiró hondo y fijó la vista en el techo, después miró a su primo y le preguntó—. Pero no me has dicho, ¿a ti qué te parece?, ¿quieres ir o no?

Tony sabía que Isidro andaba con una muchacha por eso quiso conocer más sobre la situación. Isidro se enderezó e inclinándose hacia la mesa, dijo.

—La mera verdad yo no quiero, pero no creo que eso importe mucho, ¿o tú qué crees?

—A mí me importa, por eso te pregunto. Ya sé que a veces nos toca hacer lo que no queremos, pero no hay de otra, estamos aquí para chingarle.

—Si el trabajo no me asusta, lo que pasa es que no quiero irme del pueblo.

—Eso es lo que quise decir. Nosotros como hombres tenemos que ir por el dinero a donde haya aunque no nos guste, lo bueno es que ahora tenemos camino hecho y nomás nos toca seguirlo.

—Pero es un camino bien cabrón por más veces que se haya hecho.

—Tienes razón, pero sobre todo cuando lo haces por primera vez. Como no se conoce siempre da algo de miedo.

Isidro pensó en el miedo y supo que tampoco era ese el sentimiento que cargaba, era algo distinto que no tenía caso explicar.

—Así como te digo, yo no quiero, pero tengo que ir y según dijo mi tío Lupe tú ya estás a punto de regresar.

Tony notó la tristeza en la cara de Isidro y no le gustó nada, sabía que para cruzar lo primero es querer, o al menos hacerse a la idea de que se quiere, porque si no es más fácil quedarse a medio camino. Tenía que llevar la plática tranquila de tal suerte que al final su primo terminara convencido de que lo mejor era irse con él a Estados Unidos.

—Pero bueno, vamos a quitar esa cara y digamos salud.

Tony levantó la cerveza haciéndola chocar con la de Isidro, el ruido de los cascós sonó hueco y los dos las empujaron hasta ver el fondo.

–¡Otras dos Panchito! pero que estén bien muertas –gritó Tony mientras se limpiaba la boca con la manga de su camisa.

–Mira Isidro, irse para el otro lado no sólo es cosa de dinero, hay algo más chingón. Sabes de qué te estoy hablando, ¿verdad?

–No te entendí... –dijo Isidro para no parecer un tonto –, lo que pasa es que no te oí bien.

–Lo que quiero decirte es que cuando uno se va para los *yunaites*, la vida cambia, allá te haces hombre; y quieres que te diga una cosa, para mí los que se quedan aquí nunca demuestran quiénes son.

–Pero cómo es eso de que aquí no te haces hombre, ¿y tú papá?, él nunca se quiso ir y ya lo ves, es bien cabrón.

–Bueno, lo que pasa es que a los grandes no les tocó lo que a nosotros, ellos se criaron de otra forma. Cuando mi papá nació la gente de aquí no se iba para el otro lado, trabajaba el campo, algunos iban a la ciudad pero eso era otra cosa. Antes te hacías hombre ahí en la parcela pero ahora no, ahora uno tiene que probar lo que es vivir en el gabacho si no, te quedas trunco; es más, ni las viejas te voltean a ver, ya ves cómo esas quieren que les des lo que aprendiste por allá.

–¡No todas! –saltó Isidro– ¡Aquí habemos muchos hombres que no necesitamos largarnos del pueblo!

–Eso está claro, no quise ofenderte. Mira... –Tony hizo una pausa para pedir las cervezas que no llegaban–. ¿Qué pasó mi panchito? –gritó–, nos estamos secando. –Francisco puso las cervezas bien frías en el mostrador y Tony se levantó por ellas, le dio una a Isidro y dijo mientras se sentaba.

–Salucita primo. Ora sí están como a mí me gustan... No me mal entiendas, lo que yo digo es que cuando te vas aprendes, te vuelves más cabrón, es como probarle a todos que sí pudiste. Mira, uno se va para que no le cuenten.

–En eso tienes razón, porque luego muchos traen historias que haber quién se las cree. Yo a esos habladores no los aguanto, nomás te presumen, sacan sus dólares y te dicen que allá les va de poca madre, vienen con sus modas bien mafufas

y disque hablan inglés. ¡Que se vayan a la chingada! para mí que esos son los más jodidos.

–Como te decía, al principio es difícil pero luego le agarras la onda y te haces de tus cosas. A ver, ¿aquí cuándo podrías comprarte un carro?

–No, pues está cabrón.

–No te digo, en cambiό allá te puedes comprar uno, también tu equipo de sonido, tus discos, la ropa que te gusta...

–Pero para eso hay que estar por allá un chingo de tiempo. Imagínate yo, me voy según esto con trabajo seguro, pero de lo que gane hay que mandar la mayor parte para acá, entonces, ¿para cuándo todo eso que dices?

–Ya verás que lo difícil es al principio, yo le mando dinero a mi papá y tengo mi camioneta. La cosa es ser paciente, no desesperarse porque si no, te carga la tristeza.

Isidro escuchaba a Tony y reconoció en sus palabras la experiencia, sin embargo, sentía que él era distinto; en primer lugar tenía novia y le costaba trabajo pensar en dejarla... en realidad eso era lo que le costaba trabajo, pero no lo iba a decir.

–Ve nomás que pinche pizza nos trajo este Panchito, está buenísima. Éntrale primo porque si no se enfría.

El vapor de la pizza subió hacía la cara de Isidro y se metió en sus narices hasta hacerlo tragar saliva, agarró un pedazo y le dio una mordida enorme, Tony se dio cuenta y no aguantó quedarse callado.

–Pinche Isidro, tranquilo, nadie te la va a quitar, si quieres ahorita te pido otra.

–¡Oh! dame chance, no ves que no he comido nada en varios días. –respondió en tono de broma. Tony sintió que el ánimo de la conversación iba por buen camino.

Comieron con calma entre bromas y piropos que los dos decían a las muchachas que pasaban por la calle. Francisco se encargó de que las cervezas no faltaran en la mesa. Los primos encontraban cada vez más cosas comunes entre sí. Tony contó anécdotas que Isidro no conocía, como le llevaba varios años, sabía más. Entre los dos se acordaron de la vez

que a Nicolás lo topó un toro en la feria de San Miguel y cómo el tío Lupe se lo trajo cargando hasta el pueblo sin dejar de mentarle la madre a su propio hijo porque lo había sacado de la cantina. Las risas aumentaban igual que las botellas vacías sobre la mesa.

—Me saliste más cabrón que bonito pinche Isidro, no te conocía esas mañas. Viste a la pinche chamaca, se fue feliz meneando el culo.

—No te dije, aquí también sabemos hacernos hombres, pero tú como nomás vienes de vez en cuando no te das cuenta.

—No me daba cuenta, pero ya estoy viendo que sí —aclaró Tony con un balanceo de su cuerpo—. Quieres que te diga una cosa, para mí lo más importante no es tanto que las chavas se claven con uno, todas son re putas y si tienes dinero consigues a la que quieras; lo realmente importante es demostrarle a toda esa bola de cabrones que uno es más chingón que ellos, para eso nos vamos.

La cabeza de Isidro se balanceó de arriba abajo sin atinar a decir nada. Su respiración sonaba fuerte y su cara brillaba debajo de su pelo negro, tenía los ojos enrojecidos por el humo de los cigarros que Tony no había parado de fumar. Permaneció callado e intentó atar los cabos de aquellas palabras, nunca imaginó que lo más importante era lo que pensaban los otros hombres, siempre creyó haber hecho las cosas para gustarle a las mujeres, pero la forma como Tony había unido las cosas le hizo ver la otra cara de la moneda, cayó en la cuenta que en realidad lo que más le gustaba cuando platicaba sobre sus amoríos, era ver las caras de sus amigos y sentir la envidia que le tenían. Cuánta razón llevaba su primo al decir que migrar enseña.

—Nomás dime una cosa Tony, ¿tú nunca has estado enamorado?

—Un chingo de veces, pero no me clavo con ninguna, me la paso bien, lo gozo, y cuando es hora de retirarse, me retiro. Esa es la neta, no hay de otra primo.

—¿Y a poco nunca te ha dolido dejar a alguna?, si me dices que no, no te creo.

—Cómo se ve que a ti te cuesta un chingo dejar de pensar en las viejas... mira, ellas no son lo más importante, ya te dije, tú chíngate a los cabrones que te rodean y las chavas llegan solas. A ellas les encanta estar con el que más las puede, no ves cómo se pelean por salir con los de mucha lana, ahí andan como pendejas meneándose enfrente de los recién llegados.

—Son unas hijas de la chingada —dijo Isidro arrastrando las palabras— pero no todas Tony... no todas.

—Bueno, eso sí...

Tony supo que era el momento de tocar el tema, estaba borracho pero sabía bien lo que decía. Debía cuidar las palabras porque se trataba de un tema delicado y su primo no aguantaría que él se pasara de la raya.

—... aquí en el pueblo hay muchachas que mis respetos, pero son pocas. Sabes primo, por una de esas muchachas sí vale la pena rajársela. Ahí si yo no la pensaba dos veces, me aventaba a lo que fuera. Yo le dije a mi papá que ahorita no quiero tener hijos y sabes por qué, porque no he encontrado con quién; si ya le hubiera echado el ojo a alguna me iría mañana mismo para el otro lado, y en lugar de venir cada rato, me dedicaría a juntar lana para casarme con ella. La cosa es que yo no tengo esa suerte todavía.

Isidro movía su cabeza y decía sí a todo lo que Tony hablaba, era como si supiera lo de él y Demetria, porque de esa manera justamente se sentía; pero otra vez no había visto la otra cara de las cosas, ¿cómo era posible no pensar que yéndose a Estados Unidos iba a ser más rápido hacerse de sus cosas para casarse con Demetria?, quién sabe en dónde tenía puesta la cabeza que no se había dado cuenta de nada.

—Ora sí mi Tony, ya me va quedando más claro eso de la necesidad de irse del pueblo. El problema es dejar lo que uno más quiere, pero no queda otra, si uno no se va de aquí nomás no se sale adelante. Qué jodidos estamos primo, ¿por qué carajos nos tocó vivir en este pinche pueblo que ni siquiera nos puede dar de comer?

Isidro se calló de golpe con un nudo en la garganta, estaba a punto de llorar de rabia pero se aguantó, no podía quebrarse delante de su primo, debía demostrarle que era lo suficientemente hombre para soportar lo que iba a venir. Tomó su cerveza y la vació de un solo trago, Tony hizo señas con la mano para que trajeran las otras, Isidro había recuperado y levantó la cabeza para ver a su primo.

—Tú sabes que yo sí tengo a una de esas mujeres que valen un chingo, por eso me cuesta trabajo dejar el pueblo, hemos hecho planes y de pronto todo cambió... se llama Demetria...

—Sí, ya sabía, pero no te preocupes primo, las mujeres como Demetria saben esperar. Ella te quiere y va entender.

—Yo pienso lo mismo, además, si me voy es por el bien de los dos no nada más mío, eso lo tiene que entender.

—Habla con ella y dile eso mismo, que es por los dos. Mira Isidro, ella tiene que aceptar, tú no puedes moverte, la decisión de irte está tomada pero una cosa es clara, cuando uno se va hay que poner todo si no, las cosas no salen bien, no puedes estar a medias Isidro, habla con ella y hazle ver que necesitas su apoyo.

—Debo verla cuanto antes Tony, yo por mí iba ahorita mismo para arreglar todo de una vez.

—No la chingues, si te ve llegar así te va a mandar a la chingada, no ves que ya andas bien pedo.

—Es que ahorita tengo bien claro lo que voy a decirle, no vaya a ser que luego se me olvide.

—Estamos pedos pero no pendejos pinche Isidro, sabemos por qué hacemos lo que hacemos, acuérdate, somos los que llevamos los pantalones y eso no se discute.

—Pinche Tony, tú sí que te la sacas, bueno... lo que pasa es que ya tienes un chingo de experiencia por vivir del otro lado.

—¡A huevo!, y no te creas, me ha costado trabajo darme cuenta de las cosas pero para eso estamos primo, para ayudarnos. Tú te vas conmigo y ya verás cómo no nos pasa nada. Lo que sí, no me vayas a salir a medio camino que ya te quieres regresar.

—¡Cómo crees! ¿Qué me ves tan puto? ¡Ni madres! yo me voy contigo y a la chingada todo. Les voy a probar que puedo, Demetria va a ver que no tengo nada que pedirle a esos pinches habladores que llegan presumiendo su dinero, yo les voy a probar que también me la sé partir, vas a ver Tony cómo soy cabrón, tú te vas a dar cuenta.

—Así se habla primo, ahora sí ya nos entendimos.

Tony vio que el asunto estaba resuelto, se sentía mareado y tenía ganas de irse por ahí a levantar el ánimo. Vio a Isidro concentrado en el mantel de cuadros meneando el cuerpo cada vez más. Le dio una palmada en la espalda para despertarlo y luego dijo.

—Cabrón pero me sales bien caro, ve nomás cuántas pinches chelas se necesitaron para darte a entender que lo mejor es irte conmigo pal otro lado. Cuando lleguemos vas a tener que invitarme un pedo por lo menos igual que este.

—¡Pinche Tony! me cae que eres a toda madre, queda dicho, cuando lleguemos yo invito. Y a propósito, ¿cuándo chingaos nos vamos?

—Yo te aviso, tú no te preocupes, arreglo todo y te aviso...

XV

Todos los que se van para el otro lado llevan sueños, algunos se parecen y otros son únicos, lo difícil es poder realizarlos, a muchos se les olvidan o el trabajo en la ciudad hace que poco a poco se conformen con otras cosas. Cuando yo llegué a Nueva York conocí a un *broder* de poca madre, se llamaba Miguelito y tenía un sueño bien loco, era un cabrón así de chiquito, con la pierna mala por un accidente que había tenido en el metro de la ciudad, su voz era opaca, según él por lo mismo del incendio en el *subgüey*. Pedía una indemnización al gobierno de Nueva York y todas sus esperanzas estaban puestas en ese pleito, el abogado que llevaba el caso le aseguraba que al final le darían un millón de dólares, la mitad para él y la otra para cubrir sus gastos. A mí me lo presentó un compa sinaloense

que le nombraban el *Casco*, era un cabrón de este vuelo, nunca supe por qué tenía ese apodo ni me interesó preguntarle; con él después armé unos *bisnes* bien chidos, pero esa es otra historia. La noche que llegué a la ciudad hacía un chingo de frío y quería llover, el *Casco* me recogió, venía con dos morritas de sonora acabaditas de llegar al gabacho, las dos nenas estaban espantadas de andar en la ciudad; yo, como ellas, no aguantaba el frío y el hambre, el *Casco* se dio color y nos compró unos *jogdogs*. Yo tampoco conocía Nueva York, sólo había estado en Los Ángeles, así que lo primero que me comí en esa ciudad fue una salchichota para irme acostumbrando. Íbamos a vernos con un amigo del *Casco* por la 34, cerca de *pen esteishon*, andábamos por *Gran Central*, así que caminamos para allá. Cuando dimos vuelta en la 34, no mames, me quedé como pendejo cuando vi el *Ampaire Steit*, ¡Pinche madrezota! pensé, estaba como a cuatro calles pero sobresalía iluminado hasta arriba con unos colores medio gachos. Me cae de madres que esa ciudad si está cabrona y más cuando llegas, ahí si te la crees que estás en los *Yunaites*, todavía me acuerdo y me pongo chinito... ¡Qué pasó mi Franky! ¿no hay otra chelita para mí? “Orita te doy una mi Johnny nomás que me la pase el loco”.

Me acuerdo que empezó a llover mientras esperábamos y de repente, sin que nos diéramos cuenta de dónde salió, ahí estaba el Miguelito frente a nosotros. Me acuerdo que pensé “y tanto pedo para esperar a este pinche chaparro”. Me cae de madres que no fue por mala onda, lo que pasa es que ese cabrón era una madrecita, y luego vestido de la chingada, estaba peor que nosotros y eso que ya llevaba un chingo de tiempo allá. Me cae de madres que hay gente que nació para puras vergüenzas. Pues como ese era a quien esperábamos, lo saludamos y nos metimos en un barcito a tomar cerveza; a mí me tocó junto a él por eso nos pusimos a platicar. Ahí me contó que era de por acá y estaba construyendo algo en su pueblo, no quiso decirme qué, pero para demostrarme que no decía mentiras le preguntó al *Casco*, “¿Verdad que sí Casco?”, y el otro como si supiera de qué hablábamos le contestó con

una hueva cabrona, “Sí Miguelito... y ya mero lo acabas”. Es-
tuvimos un rato largo hasta que paró de llover, antes de salir
el *Casco* nos dijo que íbamos a dormir en donde Miguelito, yo
lo voltee a ver y me di cuenta que estaba bien emocionado;
empezó a decir que tenía un chingo de cosas que nos iba a dar
para que estuviéramos cómodos en su lugar, “Ustedes no se
preocupen por nada” nos dijo. Yo no le hice mucho caso pero
le di las gracias por el paro, se vio que eso le cayó bien porque
luego luego me dijo que cuando quisiera ahí estaba el depto,
“tú nomás háblame y ahí te quedas, y ya sabes, lo que necesites
Mike.” Al salir no sentí tanto frío seguro porque ya llevaba unas
chelas encima. Caminamos como dos cuadras y nos metimos
al metro, teníamos que ir al *Harlem*, al norte de Manhattan,
del lado oeste. Yo había escuchado que era un barrio bien
cabrón pero como no lo conocía, me dio lo mismo. Miguelito
se hermanó conmigo y me contó sus planes. En su pueblo
nomás tenía a su mamá y religiosamente le llamaba una vez
por semana. No era ningún chavo, por eso le pregunté cuántos
años tenía. “Cuarenta” me contestó. “La pura experiencia” le
dije, “tú ya no te cueces al primer hervor”. No sé por qué le
hizo tanta gracia lo que dije pero empezó a cagarse de risa.
¡Estaba re chimuelo el Miguelito! Mientras se reía me cae de
madres que parecía un niño. Cuando se le pasó el ataque me
dijo, “Te voy a enseñar algo nomás que salgamos.” “No seas
tan misterioso,” le dije, y volvió a reírse. Cuando salimos a la
calle se paró frente a un parquecito afuera del metro. “Mira
Johnny”, me dijo bien serio, “el primer día que llegué me paré
aquí”, y señaló el piso, “supe que ya no había vuelta atrás, me
quedé como estatua un montón de tiempo y cuando entendí
pensé, no conozco a nadie en esta ciudad, no hablo ni madres
de inglés, no tengo un pinche peso en las bolsas y para colmo,
traigo un hambre del carajo, así que, ¿sabes lo que hice?” “No”,
le dije. “Empecé a caminar para allá y me metí en el primer
negocio, ese de la esquina; ahí, como pude, pregunté al que
atendía si tenía trabajo, de lo que fuera. Me acuerdo que se
me quedó viendo sin decir nada y entonces me salí y fui al

siguiente negocio, así, uno tras otro pregunte y pregunte... para la tarde ya había conseguido un trabajito y esa noche pude comer algo." Me le quedé viendo y pensé, "este cabrón si tiene huevos", que distinto se me hizo entonces el pinche Miguelito, me cae de madre que hasta lo vi más alto, por ésta...

Después de que me contó eso, caminamos como tres calles y nos metimos en un callejón oscuro, "Aquí vivo", me dijo y señaló un edificio viejo. Subimos hasta el quinto piso, había un pasillo largo con varias puertas y Miguelito sacó una llave; antes de abrir pensé que eran como tres departamentos por piso, pero cuando entramos me di cuenta que ni madres, había otro pasillo con más puertas, entonces Miguelito abrió la primera y nos señaló, "Este es mi cuarto, no sé preocupen, ahorita lo arreglo". "¡Pinche cuartito!", pensé, "¿y ahí vamos a dormir todos?" No tenía ni cama, sólo un colchón recargado en la pared y unos cartones en el piso. En el fondo, junto a la ventana, había una cómoda con estampitas debajo del vidrio y encima una loción, un radio chiquito y unos muñequitos que parecían juguetes. Pegado a la pared tenía un altarcito con la figura de la Virgen de Guadalupe y un Cristo. Aunque afuera hacía un chingo de frío el cuarto estaba bien caliente, encerrado, no le entraba nada de aire, entonces le pregunté a Miguelito si podía abrir la ventana, pero apenas me moví se me adelantó y él mismo la abrió, no quería que hiciéramos nada, estaba bien acelerado dice y dice que no nos preocupáramos, que él iba a arreglar todo; se movía de un lado a otro pero no arreglaba nada, estaba nervioso y no sabía por dónde empezar, el *Casco* se le acercó y le dijo que nosotros íbamos a acomodar, pero Miguelito no quería, era como cuando alguien llega a tu casa y quieres que se sienta bien... contento..., así estaba Miguelito pero entre más se movía, menos hacía. "Nosotros te ayudamos", le dijimos y le echamos montón, sólo así pudimos pararlo. Bajamos el colchón y nos pusimos a acomodar los cartones. Apenas íbamos a caber los cinco. "El baño está afuera, es la tercera puerta, ¿quién se va a bañar primero?", nos preguntó, "Hay que bañarse para estar frescos y dormir bien."

Ninguno de nosotros iba a bañarse y Miguelito insistía en que nos diéramos un baño para dormir mejor, pero no le hicimos caso, lo que queríamos era acostarnos y descansar. Miguelito se metió a bañar y nosotros acomodamos todo, armamos una camota y a las muchachas les dejamos el colchón. Para que chequen que ante todo el *Casco* y yo fuimos unos caballeros, ¿cómo ven? Nosotros tres íbamos a quedar sobre los cartones y a taparnos con unas colchas. Yo me fui cerca de la cómoda, puse mi chamarra como almohada y me acosté. Bien rápido llegó Miguelito y volvió a preguntar quién seguía. “Nadie”, contestamos, luego como vi que buscaba lugar, se me hizo gacho y sin muchas ganas de moverme le pregunté “¿De qué lado quieres dormir?” “Yo no duermo aquí,” me dijo, “tengo que cuidar a la señora que vive junto. Ustedes acomódense, nomás déjenme sacar algo.” Abrió un cajón de la cómoda y sacó varios pares de calcetas nuevas, luego empezó a repartirnos un par a cada uno. “Tomen, para que no pasen frío, se las regalo.” “Cómo crees Miguelito, guárdalas, son tuyas”, le dije, pero quería a huevo que nos las lleváramos; luego sacó más y nos dijo que si queríamos otro par que ahí había, todas nuevas. Abrió otro cajón y nos enseñó unas gorras y lo mismo, quería regalárnoslas, me cae de madres que yo no entendía por qué hacía eso. Cuando terminó de darnos cosas preguntó otra vez si alguno se iba a bañar; a huevo quería que nos bañáramos pero le volvimos a decir que ni madres, que lo que queríamos era dormir. Cuando por fin le quedó claro, me di cuenta que estaba satisfecho pero no se iba, veía para un lado y luego para el otro sin decidirse a nada; yo de plano le pregunté, “¿Qué pasó Miguelito, ya nos vamos adormir o todavía hay que hacer?”, “A dormir”, me dijo pero no se movió, luego le preguntó al *Casco* si queríamos una soda o algo, “Cómo crees, ya vamos a dormirnos,” le respondió el *Casco*, “ya es tarde.” “¿Si quieren les traigo algo?” Entonces pensé, “¿qué pasa si le digo que me traiga algo?, seguro no va a ir a ningún lado”, nomás para probarlo le dije. “La neta a mí si se me antoja un chesco.” No dijo nada y se salió, como a los

quince minutos regresó con una soda. "Aquí tienes" me dijo. "Gracias Miguelito, ahora sí a dormir." "Entonces ¿qué?", me preguntó antes de salir, "¿no te vas a bañar?", ya ni le contesté. Se despidió de las chavas y del *Casco*, apagó la luz y cerró la puerta. Cómo le costó trabajo dejarnos ahí en su cuarto, ni que fuéramos a robarle sus estampitas.

"Este es de los que llegan y está pensando que se van a regresar mañana", me dijo el *Casco* antes de dormirnos, "no se desconecta de su pueblo y cree que sólo vino para conseguir dinero, por eso no hace nada acá y vive al día, no lo ves, todo el tiempo dice que nomás se resuelve el juicio se pinta. A su mamá cada semana le avisa que ya mero llega y así lleva quince años." A mí se me hizo difícil creer que alguien pudiera pensar así, sentí que el *Casco* me estaba choreando pero no, luego conocí a muchos como Miguelito y entendí que la cabeza de cada quien es un pinche mundo y donde menos lo esperas, te salta el loco. Mientras íbamos en el metro Miguelito me contó que estaba construyendo un antro en su pueblo y según él, iba a ser el más grande y bueno de la región; traía una hoja doblada en su pantalón con un plano dibujado, lo abrió y se puso a explicármelo. "Aquí van a entrar los carros, por este lado una escalera para subir al salón de baile, una barra acá, las mesas y las muchachas." "¿Y para cuándo?" le pregunté, "Ya voy adelantado, estoy en el segundo piso y nada más se resuelve lo del juicio voy a tener dinero para terminar." "Cuando sea la inauguración me invitas", le dije, "Claro... yo te aviso." Luego me señaló otro cuadrito "Mira, aquí va a estar mi cuarto, yo voy a entrar por esta otra puerta, independiente, y junto a mi cuarto voy a tener un baño para mí solo, ¡Aquí!" y apuntó con su dedo un cuadro más chiquito en el plano pintado más fuerte. Me acuerdo cómo insistió en su baño particular, por eso quise hacerle una broma y le pregunté, "Oye Miguelito... cuando vaya a visitarte, si fuera necesario, ¿podrías prestarme tu baño?" Se quedó callado y luego abrió otra vez el plano para señalarme dónde estaban los baños de los clientes y me dijo. "Aquí puedes ir tú... el otro es privado".

“¿Ya te contó lo de su putero?” me preguntó el *Casco* casi dormido. “Sí”, le dije, “está re loco.” “Ves lo de la señora que cuida...” siguió “... es como su mamá, no le gusta que duerma sola porque ya está viejita, le ayuda a levantarse, le da sus medicinas, no se acuesta sin avisarle que ya llegó y sin que le dé la bendición. Tuvo suerte el Miguelito, en medio de esta pinche ciudad vino a encontrar a su otra mamá...”

El *Casco* se quedó dormido y yo pensé un rato en lo que había dicho, antes de dormirme traté de imaginar cómo iban a ser las cosas para mí en esa ciudad tan lejos del pueblo.

Encima de los cartones dormí de poca madre, no me desperté para nada, por la ventana se colaba aire frío que ayudaba a respirar porque con cuatro adentro el cuarto se puso más caliente. El *Casco* quedó de llevarme al otro día a ver a un cuate suyo con quien tenía que arreglarme para vivir. Todavía era de noche cuando sentí que se levantó, yo estaba medio dormido pero entre sueños imaginé que había salido al baño, al rato lo oí entrar y acostarse. Yo estaba volteado hacia la cómoda y nomás sentí cómo me empujó para abrirse paso, me arrimé y seguí durmiendo. El cuartito ya no estaba caliente, el frío de afuera se había colado poco a poco y yo me enrosqué debajo de la colcha, aunque traía mi suéter, sentía *cold*. El *Casco* no se había acomodado bien y por no molestarlo, quise pegarme más a la cómoda pero ya no pude. Las respiraciones de todos se oían fuertes y profundas, en eso volví a sentir cómo el *Casco* quiso acomodarse mejor y yo de plano me voltee a decirle que se hiciera más para allá, pero cuando di la vuelta me di cuenta que no era el *Casco*, era Miguelito que había entrado al cuarto para buscar un lugar entre nosotros, estaba acurrucado en medio de los que esa noche habíamos ido a acompañarlo, fue como si le hubiéramos abierto un hueco a su vida solitaria. Llegó antes de que amaneciera sin despertar a nadie, como un niño que tiene miedo y va a dormir en la cama de sus papás y ahí se deja llevar a un lugar chingón que despierto nunca encuentra. Yo me esforcé para dejarle más lugar y sin despertarse, Miguelito se arrimó hasta poner la cabeza a la altura de mi pecho, tenía

la cara llena de arrugas, pero esa mañana, me cae de madres, parecía un niño descansando después de un día cabrón. Ya ni me pude dormir, me puse a ver como Miguelito sonreía, ¿quién sabe qué soñaba? Ahora que lo pienso creo que nuestra visita le ayudó a ganar fuerzas para levantarse al otro día con un poco de esperanza.

XVI

La trenza multicolor del mural tomaba forma bajo el enorme techo de lámina que soportaba sobre su panza comba y acanalada el quemante sol de junio. Muchas figuras entrelazadas tenían ahora presencia definida, otras, en cambio, se ocultaban detrás de unos trazos débiles como murmullos fantasmales de una vida que todavía no llega. Cercadas por un cielo de colores cambiantes, girones de imágenes se abrían paso en medio de un desierto de cal blanca y seca. La savia del tiempo nutría las luces y sombras de cada historia representada y afianzaba con su fluir constante y silencioso el sentido del mural.

Alrededor de la primera imagen circular las caras de los héroes tomaron posición como hábiles protagonistas. El cura de Dolores levantaba el brazo en señal de lucha y la Corregidora, siempre de perfil, compartía su espacio con Morelos y Allende. Juárez cargaba el simbolismo de sus palabras y Porfirio Díaz, con su uniforme de general, era una figura disminuida junto a Emiliano Zapata; el dictador, estéril fecundo de sueños libertarios, veía nacer entre sus brazos unas milpas verde intenso con sus primeros brotes de maíz.

Un jinete solitario cabalgaba por el valle sobre los amplios campos de labor. Junto a la ladera boscosa del volcán una estructura férrea de petróleo rompía las líneas armónicas del campo. Aquel contraste abría paso al país moderno insinuado con el trazo ligero de construcciones fabriles, chacuacos humeantes y manos obreras asidas a sus herramientas de trabajo. El Tata Lázaro contemplaba altivo el panorama junto al venero de oro negro.

Dentro del círculo central dos imágenes convivían en una suerte de armonía inédita: con los tonos rojizos que la caracterizan la Piedra de Sol cobraba presencia, Tonatiuh, al centro, enseñaba su lengua de pedernal como muestra inequívoca del sacrificio necesario para renovar la vida. Confundidas con el entramado pétreo del calendario las plumas del águila real se desplegaban dentro del círculo. El águila y el calendario azteca representaban dos símbolos capaces de conjugar las raíces prehispánicas de un pueblo con la nación mestiza.

Otros plumajes daban cuenta también de los orígenes: a manera de códice prehispánico un guerrero tocado por un penacho mostraba la tierra fértil donde viviría su gente, y en la base del mural, una gran serpiente emplumada parecía sustentar todo lo existente: se trataba de una figura de la tierra y el viento que conectaba el mundo vivo colmado de colores con el oscuro inframundo habitado por dioses de la muerte.

En el extremo opuesto los pasos que bajaron en un tiempo, subían para reconquistar el norte perdido. La patria, ganada con esfuerzo y luchas, no había podido contener a sus hijos en su regazo y los enviaba de nuevo a la aventura de buscarse otra tierra donde vivir. Los sueños del pasado parecían desdibujarse en el presente donde las siluetas de unos rascacielos se adivinaban detrás de la estatua de la libertad. El desierto era un espacio vacío representado por unos cuantos cactus, una serpiente enroscada y un horizonte lejano bajo un cielo azul pálido. La tierra prometida colmada de verde era una nueva serpiente que había trocado las plumas por billetes incapaces de remontar los horizontes terrenales.

Junto a los personajes importantes otra serie de imágenes estaba preparada: la ofrenda de muertos, el Santo Patrón, la iglesia, la plaza, la danza de moros y cristianos, el calendario de fiestas y el jaripeo. El mosaico colorido surgía bajo la mirada atenta de don Sixto que de vez en cuando se acercaba a platicar con Jonás, no tanto por amistad, sino por el interés de saber qué más pensaba pintar.

La encargada de la biblioteca que resguarda unos ciento cincuenta libros, salía y se sentaba en las gradas de la entrada a ver los avances, ella era la única que comentaba con Jonás la importancia de poner a los héroes; con orgullo manifiesto había podido reconocer a casi todos los personajes, exceptuando al indio con taparrabo. El propio Sixto dudó cuando Jonás le preguntó si sabía quiénes eran los dos que estaban junto a la Corregidora, aunque le costó trabajo pudo identificar a Morelos porque se acordó de las monedas de un peso; en cambio a Allende, por más esfuerzos mentales que hizo, no supo quién era; lo que sí preguntó por cuenta propia fue por el jinete, creyó que se trataba de don Melquiades, pero al darse cuenta de su error lo hizo parecer una broma.

Las imágenes correspondían a lo que Jonás había querido desde el principio, ahora, ese gran pedazo de pared ya no era más un lugar vacío sino una provocación colorida capaz de llamar la atención de los visitantes; sin embargo, al mirar el conjunto no estaba satisfecho, repasaba uno a uno los gestos de las caras, los colores usados, las dimensiones y las correspondencias, todo estaba en su sitio pero el hilo que movía el relato no lo encontraba por ningún lado. Tenía confianza que una vez terminadas las imágenes faltantes el mural cobraría una presencia distinta capaz de contar la historia del pueblo.

Una y otra vez las miradas de los muchachos de la telesecundaria llegaban provocándole un profundo desconcierto. No había podido avanzar casi nada con el grupo, se había esforzado en provocar su interés sin éxito. Encontraba consuelo en las palabras del director al explicar su actitud como un mal de la edad imposible de revertir, “Así son los jóvenes y ni tú ni yo podemos hacer nada para cambiar la naturaleza”, pero no eran suficientes y en lugar de olvidar la distracción de los muchachos, ésta golpeaba cada vez con más fuerza dentro de su cabeza como un oleaje crecido por la marea.

Entre todos los ojos los de Jessica eran los más claros de ver, no podía olvidar su interés cuando él quiso explicar las razones de su trabajo, pero le molestaba su lejanía final cuando

no supo responder sus preguntas sobre los cambios que enfrentaban los jóvenes del pueblo. Ahí Jonás se sentía perdido y entendía el desencanto de Jessica, ni siquiera la había visto darse una vuelta para ver el mural. Cómo le gustaría tenerla ahí para mostrarle cómo sus palabras, traducidas en imágenes, eran capaces de contar mejor lo que quería.

“Como un libro de historia”, había dicho Julián la vez que estuvo con él, “así va a ser su mural”, y en ese momento a Jonás le pareció bien la comparación pero ahora no; ya no le gustaba sentir su trabajo como los libros de la biblioteca: solos y empolvados, lejos de la gente; tampoco reproducir su lenguaje acartonado dentro del cual nadie encontraba un reflejo propio. “La iglesia y la fiesta van a llenar de vida esta pared”, pensó entusiasmado e imaginó los danzantes con sus trajes de colores, sus máscaras blancas y barbadas, o morenas con los ojos grandes bien delineados. En su mente situó a los músicos de un lado y al caporal en el centro guiando a las mujeres y hombres danzantes, al hacerlo, una imagen nítida apareció ante él; desde que tenía memoria Magdaleno era el encargado de la danza, su traje vistoso siempre había sido el mismo, por eso, aunque Jonás quisiera, no podía ver de otra forma al caporal y de seguro nadie en el pueblo; por tanto lo pintaría así, como era él, con su capa y sus botas, el brazo extendido y esa manera particular de marcar el paso de moros y cristianos.

“Muchos lo van a reconocer y eso le dará gusto a Magdaleno”, pensó Jonás y recordó a don Sixto al preguntar por el jinete, luego fijó su atención en el desierto penetrado por el verdor del pasto prometido de Long Island y le gustó la sensación que provocaba esa disolvencia.

Entre las distintas partes del mural Jonás advirtió muchas ausencias, los elementos estaban ahí pero se mantenían distantes unos de otros, como un muro de ladrillos superpuestos, sin cemento, sin continuidad ni fortaleza. Al trabajo le faltaban partes más coloridas y Jonás se consoló al pensar que llegarían pronto. “La ofrenda”, pensó, “deberá ser un despliegue de formas coronado por la intensa presencia de la

flor de cempoalxóchitl; y el jaripeo bien puede ser un cuadro en el que los vestidos, rebozos y listones lleven buena parte de luces contrastantes”.

Jonás se sentó a evaluar el trabajo y una sensación de lejanía lo invadió al ver a los héroes, pensó en todas las batallas libradas para darle al país una cara y sin embargo, sintió que la historia de luchas no había terminado; él mismo, al plasmar la vuelta al norte, pintaba el exilio forzoso de los migrantes que abrían para todos una nueva etapa con su dosis de dolor y sacrificio.

Unos rayos de sol dieron de lleno sobre el mural y Jonás contempló el subrayado de luz regresando a él las sombras de las ausencias. ¿Por qué no habrá venido la joven de la telesecundaria?, ¿será que para ella otra pared más pintada en el pueblo no significa nada? No era fácil contestar y guardó silencio con ganas de descubrir, como cuando era niño durante las funciones de títeres, los hilos que movían el muñeco. Una tras otra sus ideas chocaban y se retiraban hasta que una penetró la dura coraza de sus pensamientos... “Una pinta más en una de tantas bardas del pueblo, eso es lo que hago y con ella quiero marcar mi territorio. No la tomé, la pedí y esperé a que me la dieran, ¿qué hubiera pasado si me dice que no?, ¿cuánto tiempo pude haber esperado antes de tomar el espacio donde plasmar lo que debo decir? No lo sé... Ahora estoy dentro de este espacio retirado de los ruidos de la calle, cerrado pero público, importante, significativo, ¿vivo? No lo sé... La joven no se acerca y Julián tampoco, tal vez elegí mal y no me atreví a cruzar la frontera, no quise salir a la vereda donde las cosas se dan de otro modo, donde no es necesario tener papeles que lo acrediten a uno. Me dio pereza iniciar otra vez el camino, ganarme un lugar y pelear con otros yo, que ya lo hice años atrás. Que razón tuvo Julián al decirme que yo era un maestro que sabe todo y no necesita aprender, le dije que no y sin embargo así me comporto. Un grafiti a fin de cuentas, eso es este mural, pero sin una banda que lo respalde, sin una pandilla que lo defienda como propio; es un grito en

medio del estruendo, un rayo de luz a la mitad del día, unos pasos perdidos en el desierto incapaces de saber de qué lado se encuentra el hogar. ¿A quién en este pueblo le importa lo que estoy haciendo? No lo sé...”

XVII

El mismo tema de boca en boca daba vueltas y vueltas como una matraca en Viernes Santo, Julián estaba cansado de escucharlo por todas partes y de tanta gente: la maestra en el salón de clases, sus compañeros durante el recreo, su madre al recogerlo, otras mujeres en la verdulería. Cada quien tenía una versión distinta desprendida de unas cuantas palabras ciertas alimentadas, como las pesadillas, por los miedos ocultos que cada uno carga.

Muchas de esas versiones coincidían en relatar que por la noche varios autos entraron al pueblo y rondaron las calles, se pararon cerca de la escuela para hablar con gente de San Nicolás, estuvieron largo rato reunidos bajo la noche oscura hasta que los acuerdos se transformaron en diferencias. Nadie se hubiera enterado del encuentro de no haber terminado en disturbio, y aunque no se sabía quién había sido, no cabía duda que las bandas habían armado el escándalo.

Siempre pasaba lo mismo, las personas del pueblo pensaban que las pandillas eran las culpables de todo lo malo que sucedía. “¿Qué se puede esperar de una bola de vagos que sólo se dedica a tomar, drogarse y buscar pleito?” Frente a ellos, los demás eran buenos, trabajadores y honrados; los malos entendidos, los profundos desacuerdos, la humillación, el odio, la violencia cotidianas parecían desvanecerse; era más fácil inventar un enemigo común que enfrentar las verdaderas dificultades.

Muchos decían que el mal vino de fuera y se instaló en el pueblo, que como neblina en el monte entró sin hacer ruido, borró lo conocido e impuso un modo distinto de guiar los pasos, por eso el pueblo ya no era el mismo, bastaba con ver los

muros pintarrajeados llenos de nombres imposibles y figuras diabólicas, asistir a una fiesta y tener que salirse temprano antes de la llegada de los muchachos, oír las corretizas nocturnas acompañadas de gritos, insultos y tiros.

De Nueva York llegaron esos modos, antes no se conocían pandillas ni grupos de viciosos, si alguien era borracho se le veía solo por el pueblo pidiendo para su aguardiente, pero de ellos se encargaba la familia y cuidaba que no se metiera en líos; en cambio ahora con los grupos de muchachos pasaba otra cosa, se habían vuelto violentos y nadie se les podía acercar sin correr el riesgo de ser golpeado, o por lo menos insultado.

Julián conocía esas posturas, a él también le había dado miedo salir y caminar por las esquinas donde se reúnen las pandillas pero ahora era distinto, era amigo de algunos y sabía que muchas de esas historias eran mentira aunque a nadie le interesaba comprobarlo. Si hubiera alguien interesado en hablar con ellos, en conocer sus intereses se darían cuenta que no buscan cosas tan distintas a los demás, lo único es que tienen otra forma de decirlo. Una vez le tocó a Julián hacer una pinta porque todos sabían que al Gato le gustaba una muchacha de la telesecundaria, entonces Johnny dijo, "Es hora de que lo sepa y de paso la banda se hace presente." Sacaron los aerosoles y como a las once fueron a pintar la barda. El Gato hizo unos ojos grandes y rasgados y Johnny una corona, a Franky le encargaron echar ojo por si alguien llegaba, sabían que si los agarraban grafiteando los encerrarían, así que más valía estar vivos para echarse a correr en caso necesario. "Ora si ya vámonos, y si con eso no cae Gato me avisas y lo corregimos", dijo el Johnny contento por el resultado.

Ahora que Julián pasaba muchas tardes y parte de las noches en la esquina había descubierto un pueblo distinto. Al escuchar a Johnny se había dado cuenta que las personas grandes casi siempre tienen algo que ocultar, hombres y mujeres parecen jugar entre ellos a los acertijos: se engañan y crean pistas falsas sobre sus actos, ocultan evidencias, guardan silencio si se les pregunta. Cuando alguien cuenta cómo

se vive del otro lado suele rescatar algunos sucesos y ocultar otros, por los teléfonos van y vienen las voces de los familiares intentando ocultar que cada vez se recuerdan menos.

Detrás de cada versión escuchada durante la mañana los adultos referían un entramado confuso de límites y territorios que, por más que nombraran, no conocían ni comprendían porque esa matriz no estaba hecha para ellos; los postes y las esquinas, las bardas pintadas y la barranca nada les decían, en San Nicolás los adultos caminaban un pueblo distinto al de los jóvenes. Sobre la calle un saber cifrado imponía condiciones y no era necesario formar parte de una banda para estar sujeto a esas leyes no escritas, el único requisito era haber abierto la puerta de la casa con el deseo imperioso de alejarse de ella y de la mirada de los adultos. Era algo que tenía que ver con la edad pero no era lo único.

¿Qué puede saber una persona mayor del miedo que provoca cruzar de la Villa a la Loma? Una cosa es saber que existen divisiones y otra muy distinta vivirlas, incluso los que no son tan grandes y les tocó en su tiempo pasar por lo mismo, cuando crecen olvidan esos significados. “El mundo tiene diferentes niveles”, dice Johnny, “y cada uno escoge la manera de verlo. Sentarse en una banqueta es elegir una de esas formas. Los que caminan llevan los ojos en alto y meten en sus cabezas muchas ideas: dinero, trabajo, la comida del día, la escuela y el pago de la luz... se mueven por todos lados siguiendo caminos marcados sin darse cuenta qué hay alrededor; en cambio nosotros bien que los vemos pasar y nos damos cuenta de lo que les rodea, sabemos quiénes los miran y quiénes no, quiénes cambian de banqueta para no saludarlos... Sentados en nuestra esquina escuchamos las pláticas que se cuentan a sus espaldas, identificamos a sus amigos y enemigos. Desde aquí es más fácil reconocer si están alegres o tristes; sentados en nuestra esquina podemos ver si hay alguna piedra o rama tirada en el camino mucho antes que ellos.”

Pero, ¿quién sabe de esa mirada distinta?, ¿a quién le importa? Julián no conocía la respuesta, de hecho, había empezado apenas a formularse las preguntas.

“Dejar de ser niño era otra manera de mirar el mundo” pensaba Julián, lo que no tenía claro era ¿quién iba a ser entonces? y ¿desde dónde miraría las cosas? Al ser niño lo más importante es permanecer junto a la mamá, jugar en la casa, no acercarse al jagüey ni a la haciendita; sin embargo, hacía tiempo que prefería estar solo, callado y abrir la puerta de su casa para salir a caminar lo más lejos posible, se aburría mucho y le costaba cada vez más trabajo la escuela, quería dejarla pero no se atrevía. Observaba cómo se comportaban los muchachos de secundaria y quería llevarse con ellos pero como lo veían chico, no le hacían caso, las niñas tampoco se fijaban en él. En medio de tanta gente Julián estaba solo sin entender a nadie, a veces pensaba que lo mejor sería irse al otro lado, no sabía bien por qué pero eso sentía; tenía parientes allá que le podían ayudar, a su papá no se atrevía a decírselo porque para él seguía siendo un niño, cuando hablaban por teléfono le preguntaba sobre cosas que no hacía y le mandaba juguetes que ya no le divertían.

Julián ya no quería ser tratado como niño por eso había decidido salir a la calle. Sus amigos de la escuela no lo habían hecho todavía y a su mamá tampoco le importaba, ella andaba en sus cosas y ni siquiera se acordaba que tenía un hijo. No era fácil para Julián vivir así y esa fue la razón por la que se pegó a la banda, lo malo era que ellos le pusieron otro nombre como si el suyo no sirviera para estar ahí. Algunas veces, recostado en su cama, pensaba que él era el niño y Franky el muchacho, pero le costaba trabajo saber con cuál de los dos se sentía mejor, se acurrucaba para buscar dentro de sí una respuesta pero no la hallaba. Igual que pasaba con el pueblo que con varias caras había aprendido a vivir, él, con sus dos nombres, intentaba saber ¿quién era?

De los relatos que escuchó durante el día Julián recordaba sobre todo el del profesor de educación física con la directora. En el recreo, mientras tomaba agua de los bebederos, oyó la conversación de los maestros al pasar junto a él, se apuró y los siguió de cerca hasta la dirección.

—... no son de aquí pero hacen negocios con las bandas. Ya ve que cada vez hay más muchachos drogándose, según me dijeron se trata de distribuir mercancía para nuestros jóvenes, la idea es volverlos adictos y ya ve que eso no cuesta mucho trabajo.

—Pero dígame una cosa profesor, ¿de dónde vienen esas personas? A mí me llama la atención que la policía, de guardia a la entrada del pueblo, no viera ni oyera nada, bueno, hasta que empezaron los problemas.

—Para mí que sabían algo, ahora dicen que a esa hora andaban en la haciendita viendo que no hubiera muchachos drogándose, si eso es todas las noches y nunca hacen el rondín; además, como usted sabe, el mismo presidente se negó a hablar sobre el asunto hasta no saber la versión de su gente, eso es muy raro, ¿cómo no estaba enterado dónde andan los policías a la hora del trabajo?

—¿Y usted sabe que eso no es sólo aquí?, en San Miguel, San Luis y Santa Isabel pasó lo mismo, esto ya no es un asunto sólo de las pandillas de nuestros pueblos, luego se ve que hay alguien detrás.

—Se acuerda lo que le dije hace como dos semana, que a media noche allá en el atrio se reunieron unas bandas, para mí esa reunión tiene que ver con lo mismo...

Julián puso mayor atención porque sabía bien de qué se trataba, caminaba detrás de la directora y el profesor sin ser descubierto, el profesor bajó un poco la voz como si alguien pudiera escucharlo y dijo.

—Un alumno nuestro estuvo ahí...

Sus palabras dejaron helado a Julián que a punto estuvo de tropezarse y caer delante de ellos, el miedo a ser descubierto se apoderó de él, ¿quién lo habría visto esa noche?, se acordaba bien que no había nadie en las calles pero claro, de regreso a la Loma cualquiera pudo asomarse por su ventana. De pronto sintió ganas de llorar y correr a su casa a abrazar a su mamá.

—... ve que varios están metidos en las bandas, yo no entiendo cómo tan chicos ya andan de viciosos.

—¿Y quién le dijo que uno de nuestros estudiantes estuvo ahí? ¿Sabemos quién es...?

Ningún otro sonido entró en la cabeza de Julián, todo a su alrededor se detuvo y su mirada se clavó en la cara del profesor que, con lentitud exasperante, miró a la directora, cerró los ojos y movió la cabeza de arriba abajo, entonces sus palabras cayeron redondas en los oídos de la directora.

—No sabemos, pero estoy investigando...

Julián gritó aliviado y el profesor se dio cuenta que estaba justo atrás de ellos.

—¡Niño...! —le dijo—. No ves que aquí no se juega, vete a la cancha con tus amigos.

Julián se echó a correr, vio entrar en la dirección a los profesores y se sintió salvado aunque habría que esperar todavía los resultados de la investigación. No tuvo ganas de jugar fútbol, estaba cansado y se quedó en una jardinera a pensar en todo lo que sucedía a su alrededor.

XVIII

Quedaron de verse en el jardín de la iglesia. El primero en llegar fue Isidro que había trabajado toda la mañana en el campo con su padrino Eustorgio. Hacía una semana de la plática con Tony y las ideas de esa tarde iban y venían sin lograr agarrarse bien en su cabeza. Por momentos le parecía todo tan claro como si su primo acabara de explicarlo, pero había otros en que no entendía nada, se le revolvían las palabras y no alcanzaba a encontrarles sentido. Andaba atarantado entre lo que era y lo que iba a ser.

Ya tenía días que había nubes formándose arriba del volcán y el viento del norte las empujaba hacia el pueblo, y aunque todavía no llovía, cada día parecía más cercana la caída de las primeras gotas. Una ráfaga de viento levantó el polvo de la calle y lo arrastró hasta dejarlo en el atrio. Isidro se tapó la cabeza con el gorro de la sudadera, le gustaba usar esa ropa porque aunque no era gruesa, lo cubría bien del viento y la

tierra. La chamarra era una de las tantas cosas que le había traído la migración.

Isidro no sabía qué hacer con las manos, las metía y las sacaba de las bolsas sin encontrarles acomodo, tampoco atinaba dónde poner el cuerpo, intentó sentarse pero no pudo, así que se la pasó dando vueltas de un lado a otro cerca de un laurel mientras los niños gritaban en la cancha y corrían tras el balón. Un tiro salió desviado y la pelota rodó hasta él, la levantó con el pie, la dominó dos, tres veces y luego, antes de caer, le pegó de volea. Le gustaba jugar fútbol pero ya no iba a esas canchas, ahora jugaba en el campo deportivo a las afueras del pueblo, rumbo a Santa Isabel. Un grupo de señores, entre ellos su papá, organizó un Comité del otro lado para ayudar al pueblo, lo primero que hicieron fueron las canchas de fut y beisbol. Ahí había juegos contra otros pueblos, la gente iba a echar porras a su equipo cada fin de semana donde también se daban cita vendedores de nieves, refrescos y cervezas. Muchos después del partido se quedaban a tomar y las familias regresaban al pueblo contentas y asoleadas.

Sentado en las gradas del atrio Isidro vio al Gato, había sido su compañero en la secundaria pero al meterse a la banda dejó de estudiar. Se le hizo raro encontrarlo ahí porque estaba en un territorio que no era el suyo. Isidro tenía conocidos en las pandillas, los saludaba, a veces tomaba cerveza con ellos. Sobre todo le gustaba escuchar a Johnny, verlo perderse por el laberinto alcohólico de su mente donde muchas verdades tomaban forma. Más de una vez Johnny lo invitó a unírseles pero a Isidro no le interesó, él quería estudiar y sabía que si entraba a la banda terminaría por dejar la escuela. Desde chico su mamá le dijo que lo último que quería era verlo de vago en las esquinas y para él aquellas palabras pesaban más que ninguna. Como su papá vivía en los Estados Unidos desde que él se acordaba, la vida había transcurrido junto a su madre; con ella aprendió a respetar a las mujeres empezando por sus hermanas. No le gustaba lo que hacían los señores con sus esposas, siempre había pensado que pegarle a una mujer no

tenía perdón. Lo que más llamaba su atención era lo que, según su mamá, algunas mujeres decían al respecto: “Si el marido no golpea nunca a su mujer cuando muera quien le pegará va a ser el diablo, por eso hay que dar motivos para recibir, aunque sea una vez en la vida, una buena golpiza.”

Isidro no vio llegar a Demetria que estaba parada frente a él, llevaba el pelo trenzado con un listón rojo que terminaba en un moño pequeño. La cara limpia y bonita venía adornada por la sonrisa que a él le encantaba, sus ojos grandes y brillantes le coquetearon antes de saludarlo.

–Hola Isidro –dijo con su voz suave– ¿Llegaste desde hace mucho? A mí se me fue el tiempo en el negocio, una señora me pidió estampitas para sus hijos y me puse a buscarlas como loca, menos mal que las encontré rápido. Bueno, me tardé, pero ya estoy aquí.

–Yo acabo de llegar –dijo Isidro acercándose a Demetria para darle un beso.

–No empieces –dijo Demetria esquivándolo–, no ves que hay mucha gente, además, vinimos a platicar no a otra cosa.

A contracorriente de las palabras sus ojos no dejaban de jugar.

–Qué tiene de malo que te salude con un beso, ¿no eres mi novia?

–Claro que sí, pero es mejor que no nos vean, imagínate lo que van pensar: “Si estos se besan enfrente de todos qué no harán estando solos”.

–Tú siempre preocupada por lo que otros piensan, a mí qué me importa lo que digan, tú y yo sabemos los que hacemos, ¿o no?

–Sí, pero acuérdate lo que dice el dicho, “no hagas cosas buenas que parezcan malas.” Y se rió.

Su sonrisa dejó a Isidro callado, no tenía caso seguir con eso, aquella conversación más bien parecía la puerta de entada al tema que verdaderamente les preocupaba.

Las nubes seguían apretujándose encima de ellos y el viento corría ruidoso entre las copas de los árboles. El sol se

abría paso a través de las nubes y salpicaba de colores vivos las torres de la iglesia, las calles y las casas. Demetria e Isidro caminaron tomados de la mano antes de encontrar un lugar donde sentarse.

—Vamos allá enfrente a la banca que está junto a casa de Jenny, ya ves que ahí la pared ataja más el viento.

—Está bien.

Isidro echó un vistazo al Gato que no dejaba de verlos.

—Qué, ¿lo conoces?

—Le dicen el Gato, fue mi compañero en la secundaria.

Isidro no quería decir nada sobre su relación con *Los Ravi-
vivosos*, aunque supuso que Demetria lo sabía.

—¿No anda con *Los Ravi-
vivosos*? ¿Pero qué hará aquí? Ojalá no le busque pelea a nadie.

—No creo, ya vez que en el atrio no hay tanto problema, podrán tener marcados sus territorios pero las bandas todavía respetan el espacio de la iglesia.

—Sólo faltaba que ni eso. Yo no sé por qué cada vez hay más pandilleros en el pueblo. ¿Ya viste que ahora también hay bandas de mujeres? Se juntan igual, en las esquinas, y se pelean en las fiestas. Yo la mera verdad no las entiendo.

—¿Y tú conoces a alguna de esas muchachas?

—A varias, eran amigas mías pero desde que están de revoltosas ya no me llevo con ellas. Tú sabes, a mí no me gusta tener problemas con nadie.

Cruzaron la calle y se sentaron. Los rayos del sol caían sobre ellos según se movían las nubes arriba del pueblo. Los gritos en el atrio rebotaban como pelotas de viento y un silencio incómodo se instaló entre los dos. Ninguno se animaba a tocar el tema. Isidro mantenía la mano de Demetria entre la suya negándose a romper ese eslabón aunque sabía que pronto debía hacerlo. La apretó con fuerza, Demetria respiró profundo y volteó la cabeza para no encontrar sus ojos. Un aroma viejo llegó empujado por el viento, el aire se había llenado de olor a tierra mojada, afuera del pueblo, sobre la ladera del monte, llovía.

–Me encanta este olor –dijo Demetria y respiró hondo–. Este año va a ser bueno para el campo.

–Ojalá, así en septiembre habrá elotes tiernos para asar.

–Para septiembre... –murmuró Demetria como si ese mes estuviera a cientos de años de distancia, como si la vida volcada sobre sí misma fuera a trastocar todo lo que ahora para ella tenía sentido. Qué solitario vio el camino hacia adelante, por eso no aguantó más y habló sin ocultar un reproche–. ¿Y con quién voy a ir si tú ya no vas a estar?

¿Cómo podía suavizar la pregunta? ¿De qué servía ponerle otro nombre a las cosas para ocultarlas? No tenía caso hablar sin expresar sus verdaderos sentimientos. Demetria sintió que sus palabras habían rasgado el velo con el que Isidro intentaba ocultar el sol. La luz deslumbrante de la realidad cayó sobre ellos cegándolos. Era el momento de reconocer abiertamente que no se trataba de una historia más contada por otros en el pueblo, ni de la sensación de tristeza ajena que les provocaba; la marea de la migración los había alcanzado a ellos orillándolos a preparar lo necesario para hacerle frente. No era nuevo, no era sorpresivo, pero era la primera vez que lo vivían como protagonistas y para eso nunca nadie está preparado del todo.

–Tú lo sabes Demetria, yo no quiero, pero tengo que irme.

Isidro quiso eludir el reproche pero casi de inmediato supo que no era eso lo que quería decir. La plática con Tony empezó a gravitar alrededor de su cabeza, venía como un enjambre de ideas sueltas que en lugar de aclarar confundían el panorama. Entonces tomó de entre todas unas y las soltó sin pensarlo demasiado.

–Voy a demostrarles que puedo, ¿entiendes Demetria?, uno como hombre tiene que hacerlo, nos toca buscar el dinero y encontrarlo y si eso nos lleva del otro lado ni modo, así son las cosas, además, eso no lo inventé yo.

–¿De qué hablas? ¿A quién le vas demostrar? Yo sólo dije que te vas a ir y yo me voy a quedar... ¿eso lo entiendes?

–De eso estoy hablando, ¿no te das cuenta?, la cosa es que me preguntas como si yo tuviera la culpa de lo que pasa. Yo

no le dije a mi papá que me mandara llamar, no soy tampoco quien paga sueldos que no alcanzan para nada, ¿acaso yo decidí salirme de la escuela o dejarte aquí en el pueblo?, como ves, yo ni siquiera decidí lo que quiero hacer.

—No eres el único Isidro, así son las cosas aquí y de sobra sabes que a nosotros nomás nos avisan qué viene, pero eso podría cambiar si uno se lo propone, a nadie parece importarle nuestros sentimientos, pero ahora somos tú y yo quienes debemos buscar otra forma si no, nadie más lo va a hacer.

¿Y cómo?, lo único que yo sé es que no quiero dejarte pero no hay de otra.

No iban a llegar a ningún lado por ese camino, Isidro guardó silencio, reacomodó sus palabras para que corrieran como agua de río en tiempo de lluvia.

—Sabes algo Demetria,irme no tiene por qué ser malo para nosotros, al contrario, nos puede ayudar. Mi papá ya me tiene trabajo, su patrón le dijo que cuando llegara fuera a verlo para arreglarnos, así voy a empezar a darle luego luego, no tendré que esperar a que haya jale como pasa con otros que llegan y se quedan varias semanas sin trabajo endeudándose con sus parientes. Allá se gana bien y desde el principio voy a ahorrar para que podamos vivir juntos, no te voy a decir que vamos a tener la gran boda, pero sí un lugar para los dos y ya después nos casamos. Allá lo puedo hacer más rápido.

—Entonces, ¿te parece bien irte?, y yo que creí que te dolía dejarme...

“Qué habré dicho mal”, pensó Isidro. Quiso abrazar a Demetria pero ella lo rechazó. El clima templado de la tarde se puso frío. “¿Por qué será que las mujeres siempre salen con cosas que los hombres no vemos?, yo cuándo dije que estaba bien irme y menos que no me doliera dejarla, ella lo sabe, entonces ¿por qué me dice eso? Parece no entender cómo están puestas las cosas. Ya sabemos que cuando de irse para el otro lado se trata la decisión viene de los padres, no de uno. De pronto me gustaría ser como Tony, olvidarme de dar explicaciones y hacer sentir mi autoridad, al fin y al cabo soy el hombre... Es fácil

decirlo pero no puedo, no soy igual a él, mi primo ha tenido cerca a su papá y le ha enseñado cómo comportarse, en cambio yo ni siquiera me acuerdo de él. Mi mamá me ha educado bien pero a veces me gustaría tener a alguien que me hablara de otra manera y me dijera cómo debo hacerle para ser más hombre. Ni siquiera tengo hermanos con quiénes platicar. Demetria debería entenderme en lugar de ponerse digna, ya se hizo la ofendida y a ver ahora cómo la saco de ahí, ojalá se dé cuenta que no se trata de callarnos y dejar que se le pase, no tenemos tiempo para eso, necesitamos hablar y dejar claro qué vamos a hacer. A mí no me gustaría irme enojado con ella, cómo voy a sentirme allá lejos si sé que no nos pusimos de acuerdo, por eso lo mejor es quedar bien porque, como dice Tony, eso me va a ayudar a enfrentar lo que viene. A estas alturas no voy a ponerme a pensar qué pasaría si no tuviera que dejar el pueblo, eso sólo enredaría más las cosas, mejor debo prepararme y no gastar fuerzas. Demetria debería ayudarme, yo la quiero pero a veces no sé qué piensa ni por qué hace lo que hace. A ver ahorita, en lugar de dejarse abrazar se echa para atrás como si no le gustara, o se pone a decirme que no la bese enfrente de la gente, eso es no comprender, estarse fijando en lo que no debe. Una mujer que lo quiere a uno no está para poner trabas sino para apoyar. Tendría que entender, pero no entiende.”

Demetria ya no sabía cómo acomodarse en la banca, creyó que sus palabras tendrían una respuesta rápida y se preparó para recibir las disculpas sin embargo el silencio de Isidro la desconcertó. ¿Por qué no reaccionaba como siempre lo hacía demostrándole su cariño? En lugar de pedirle perdón se había quedado como estatua con los ojos puestos en quién sabe dónde. ¿No sería que la idea de irse lo empezaba a cambiar? Hasta ese momento Demetria no había dudado del cariño de Isidro pero su comportamiento la confundía llenándole la cabeza de preguntas nuevas. Por primera vez tuvo miedo de su partida y sintió como si un cuchillo largo y afilado se le encajara picándole el estómago. Tenía náuseas. Si hubiera dejado abrazarse otra cosa sería pero eso no se hace, le enseñaron a darle a los

hombres lo que les gusta poco a poco porque si no se aburren y se van; por eso ella siempre se resistía para tenerlo más agarrado aunque esta vez de nada le había servido. Vio de reojo a Isidro como ido y cruzó por su mente una idea alarmante: era posible que él, por quien sentía tanto amor, regresara diferente. Como quien se ha lanzado a la poza y baja y baja hasta tocar el fondo arenoso, así se sintió Demetria sofocada y deseosa de jalar aire; entonces se impulsó hacia arriba y rompiendo la superficie del agua, gritó.

—¡Isidro, despierta! no te das cuenta que el tiempo se va y no tarda en caernos encima el aguacero.

Como quien sale de un mal sueño lleno de caminos difusos y voces incomprensibles, Isidro cruzó la línea de sus pensamientos guiado por el sonido de su nombre.

—Despertarme, ¿para qué?, si no sé a dónde voy.

—Sí sabemos para dónde vas y nos han contado cómo es el viaje, no te puedes trepar a un tren sin saber siquiera por qué te subes, tienes que contestar al menos algunas preguntas aunque no puedas cambiar el rumbo. ¡No es posible que ahora que nos toca vivir esta pesadilla nos agarre tan indefensos!

—Siempre lo supimos y nos llamamos como si con eso el destino pasara de largo sin darse cuenta de nosotros pero ya ves, acaba de encontrarnos como a todos en este pueblo. A veces se me figura este tener que irnos como un perro bravo que una vez que muerde no te suelta. Cada día al sonar el teléfono en mi casa ponía atención para saber si ya era la llamada o todavía tenía chance de jugar a que no llamarían nunca. Nos han contado cómo se trepa al tren Demetria, para dónde va y cuánto tarda, pero nunca nadie dice cómo es el viaje, por dónde pasa, ni qué dejas atrás.

—¿Cuándo te vas? —preguntó Demetria resignada a acortar el tiempo de la agonía.

—No sé todavía, Tony quedó de avisarme cuando tenga todo preparado, ya ves que él tiene experiencia.

—Sí lo conozco bien y también a don Lupe, Laura era mi amiga y cuando se fue me contó porqué lo hacía. Quiero de-

cirte una cosa Isidro, acuérdate que tú eres distinto, cuida de no llenar tu cabeza con ideas de otros, ese Tony sabrá mucho de cruces y fronteras pero no sabe nada de cómo se trata a una mujer.

—¿Y tú qué sabes? ¿De cuándo a acá eres experta? Tony no es tonto, él sabe por qué hace lo que hace, yo no lo conocía bien pero ya platicamos y me dejó claras algunas cosas. A mí me parece que es una buena persona.

—Ya supe que platicaron en la pizzería y salieron bien borrachos, abrazados como hermanos, eso no lo critico, lo que me da miedo es que te vuelvas como él y como su papá.

—¿Y ellos cómo son que tanto temes?

—Acuérdate de doña Flor que ya no quería tener hijos porque el médico le había dicho que su cuerpo estaba cansado y don Lupe dale y dale, un hijo tras otro importándole poco lo que había dicho el doctor hasta que ya no aguantó su mujer y se quedó en el parto; nosotros éramos chicos pero yo sí me acuerdo porque Laura era mi mejor amiga y Pedro, su hermano, también, por ellos supe la historia y me dolió mucho. Luego ves lo que pasó, todos los hijos que estaban aquí se fueron, uno por uno, hasta quedar sólo el que más se parece a él. Yo nomás te digo, ten cuidado y date cuenta de los pasos que das, no sea que a la hora de revisar no te encuentres.

—¿Y por qué tendría que pasarme eso a mí? ¿Acaso me crees tan tonto? Yo sé quién soy y lo que siento y te lo voy a demostrar, se lo voy a demostrar a todos, ya me cansé de ser el muchacho que se crió entre puras mujeres y no sabe ser hombre. Mira Demetria, como tú dices, me voy a subir al tren y voy a hacer mi camino, ya verás cómo sí puedo y cuando regrese, ni me vas a reconocer.

El cielo tronó y dejó caer las primeras gotas como estrellas efímeras por todas partes. No podían terminar de aquella manera, era necesario decir algo más, mucho más, aunque las circunstancias estuvieran en su contra. Isidro hizo un intento por levantarse pero Demetria detuvo su mano con fuerza.

—Todavía no te vas y ya te veo cambiado.

–Yo soy el mismo Demetria, lo que tú no entiendes es lo que siento, no te das cuenta que para mí la vida va a dar la vuelta y no conozco qué hay del otro lado. Sabes la verdad –dijo y bajó la cabeza–, tengo mucho miedo.

Demetria vio entonces a ese muchacho buscar hacerse hombre sin encontrar cómo, las circunstancias lo orillaban a dejar el pueblo y esa podía ser la manera de probar su hombría. Ella lo iba a apoyar porque no había otra alternativa, ya no se trataba de discutir si se iba o no sino de enfrentar el hecho. La lluvia se emparejó y las calles se quedaron sin gente, Demetria tomó la mano de Isidro y se acercó para que la abrazara, el calor de sus cuerpos hacía frente al frío que acompañaba la lluvia. Isidro se acurrucó entre sus brazos como un niño que pide a su madre un gesto de cariño. Estaban solos bajo aquel aguacero creciente que los mojaba poco a poco. El lenguaje de las palabras se había ido junto con el sol dejándolos a merced de la ternura. La idea de ocultarse había cedido también bajo el embate de la sangre. Aquella historia, repetida cientos de veces, había empezado a escribirse una vez más.

Puntos de fuga

XIX

Jessica frotó una mazorca en el atado de olotes que tenía sobre las piernas, desgranaba maíz con Micaela sentada en el corredor de casa de su tía Consuelo. Los granos despegados del olote se apilaban frente a ellas como una playa pedregosa con tonos amarillentos. A sus espaldas las mazorcas formaban una rampa sinuosa color hueso junto a otra más pequeña con tonos azulados. Varios costales llenos de grano estaban recargados en el muro bajo que daba al patio donde una buganvilia cargada de flores fiusha proyectaba sobre el corredor sombras movidas por la brisa cálida de la tarde.

En casa de la tía Consuelo se juntaba la cosecha de la familia, los hijos llevaban el producto de la siembra allí porque en las suyas no tenían espacio fresco y seco dónde ponerlo. La

casa fue levantada en el solar grande que el tío José recibió de su padre. Cuando se fue a Nueva York con su hijo mayor lo primero que hicieron fue mandar dinero para construirla. En el patio grande los hijos menores hicieron sus propias casas, en realidad pequeños cuartos de mampostería con cocinas de chinamite.

El grano no estaba destinado a la venta, sólo una parte servía para comerciar: la que Micaela y su abuela utilizaban para hacer tortillas. Aunque ellas no sembraban parte de la parcela de la tía Consuelo pertenecía a doña Rufina. Las nietas ayudaban a desgranar maíz, encostalar y algunos días durante la cosecha, se unían a los trabajadores para hacer el jornal.

Cuando el grano estaba tierno la familia se reunía junto a la milpa para comer elotes asados. A Micaela le encantaba el sabor dulce de los granos tostados en la lumbre porque le recordaba las tardes cuando de niña con sus padres comían en la parcela. Poco a poco aquella fiesta del maíz se hizo más y más esporádica; primero porque los hombres sembraron menos y luego porque buscaron en otro lado la vida que en el pueblo ya no era posible sacar adelante.

Cuando los hijos de doña Consuelo crecieron decidieron sembrar, le pidieron a su padre dinero y estaba levantando otra vez buenas cosechas.

Cuando desgranaban Micaela y Jessica preferían hacerlo solas porque con la tía siempre se hablaba de cosas que no les interesaban: la iglesia, las diferencias entre el padre Manuel y el padre Juan, la violencia de los jóvenes y la necesidad de encontrarle marido a Micaela.

El atado de olotes parecía un tambor sobre el que la mano de Micaela, diestra en el movimiento, empujaba con fuerza la mazorca hasta quitarle todos los granos.

—¿Y cómo ves que ya habló la tía Antonia? ¿Le dio a mi abuelita la fecha en que llega Sharon?

—Que ni piense que voy a andar de un lado a otro con nuestra prima, bueno, si es que quiere salir. ¿Te acuerdas cuando vino la hija de Margarita? la conocimos el día que se iba, no salió porque pensaba que en el pueblo le podía pasar algo malo.

—¿Entonces te vas a quedar con ella en la casa? Me parece porque así te portarás bien durante el tiempo que ande por acá.

—Hasta crees, ni loca, yo hago mis cosas y que la prima se acomode... El tío Esteban a mí no me cae, se cree mucho, ¿te acuerdas cuando vino?, nomás hablaba de lo que tenía allá y aunque le gustó venir no hizo más que quejarse; en cambio la tía Antonia es bien buena, no se mete con nadie y le ayuda un montón a su hermana Rosa.

—Ojalá Sharon se parezca a ella, no me gustaría tener a una muchacha presumida tres semanas con nosotras.

—¿Y si no habla español? No me imagino cómo le vamos a hacer. En la mañana "*Good morning*", pero después de eso, ¿qué?

—Ya ves cómo sí hacen falta las clases de inglés y tú no quisiste ir nunca a las que dieron en la escuela.

—¿Y tú qué?, tampoco te vi allá, iban bien poquitos y la maestra de la universidad ya no regresó.

—Por eso estamos como estamos, todos quieren irse para Estados Unidos pero ninguno se prepara ni tantito antes de cruzar; yo no entiendo, si ya se sabe que si no hablas inglés te pagan poco o de plano no consigues trabajo, ¿por qué no aprovecharon esas clases?

—Esperemos que hable español aunque sea un poquito... ¿Y cuándo dices que viene?

—En dos semanas, casi cuando sales de vacaciones. No te digo, lo que quieren es que la pasees.

—Pues ya veremos, si se parece a la tía Antonia bienvenida, pero si es como Rosa ahí te la paso.

—Cómo dices eso si tú saliste igualita a ella, nomás andas buscando líos y ahora con las modas que traes ni quién te entienda.

—Cómo eres, ya ves, yo no critico tu mandil ni tus trenzas ¿A poco te digo algo porque te gusta vestir como viejita? Yo respeto, además ya sabes que a mí eso de andar con vestido nomás no, yo con pantalones y tenis.

–Pero ahora te quieres poner todo oscuro y luego tu pelo, a mí no me gusta el fleco sobre la cara, si te viera mi mamá ya te habría cortado los pelos rojos que te pusiste.

–Lo bueno es que no está y puedo hacer lo que quiera, ¿o qué no?

Antes que Micaela contestara Jessica se adelantó.

–No empieces hermanita con tus consejos, tú deberías andar igual... aunque viéndolo bien, como somos diferentes, ya te veo con la prima enseñándole a echar tortillas.

–Ni siquiera creo que le gusten y si quiero enseñarle, ¿qué tiene de malo?

–Nada, pero es lo que te digo, somos bien distintas y buscamos cosas diferentes.

–A sí, ¿y qué es lo que tú buscas?

–Yo... la verdad no sé...

Jessica se quedó callada y luego dijo.

–¿Cómo te explico? Tengo hartas preguntas que nadie me sabe responder. En la escuela los profesores no platican de otra cosa que no sean sus clases; si una habla con las amigas te regañan, nomás quieren que pongas atención a lo que ellos dicen como si fuera lo único importante, no nos entienden, ¡y son los profesores! Yo por eso no soporto la escuela aunque sé que si no estudio me voy a quedar bien burra y la verdad no quiero ser como muchas del pueblo que no estudiaron nada, bueno, hay algunas que deciden no estudiar porque les interesa hacer otra cosa, eso no está mal, a las que no aguanto son las que apenas entran a la secundaria a buscar con quién juntarse.

–Me gustaría ayudarte, antes hubiera podido pero ahora la verdad no sé qué quieres, ya no me platicas...

–Ahora soy diferente ya te dije y no sé por qué la gente quiere siempre verme contenta. Cuando estás callada o andas sola no quiere decir que estás agüitada, a lo mejor sí necesito alguien como tú dices, pero aquí en el pueblo no veo quién. A veces me dan ganas de irme. El otro día en el baile conocí a un chavo que me entiende aunque andar con él va a estar difícil, por eso mejor ni lo pienso para no apachurrarme. Me encantaría volverlo a ver.

—¡Ya ves! ni siquiera me habías contado, antes nomás te gustaba uno venías a decírmelo. No creas, yo puedo aconsejarte, por algo soy tu hermana mayor.

—Pero una cosa es platicarte lo que me pasa y otra que me ayudes, la mera verdad no veo cómo, nadie me entiende y cada vez hay menos gente con la que puedo hablar de lo que siento. Cuando era más chica platicábamos y podíamos conocernos, ahora ya no se puede.

—No digas eso, a mí me da pena que ya no hablemos y sí entiendo lo que dices, no es ningún secreto; en cambio si yo te contara lo que a mí me pasa eso sí nadie lo sabe, muchas veces me siento sola y necesito platicar también.

—Pero tú tienes amigas, ahí está Demetria, ¿a poco con ella no platicas?

—Sí, pero ahora anda preocupada con la ida de Isidro y no tiene cabeza para otra cosa. La pobre quisiera irse con él y no lo hace porque se va a ir con Tony y ya lo conoces, él piensa que las mujeres nomás sirven para divertirse y dar hijos, igual que su papá.

—Pero lo tuyo no es igual a lo mío Micaela no te das cuenta, yo vivo de otra manera, tú puedes hablar con mi abuela y darte a entender, en cambio yo ni soñarlo, si le cuento en qué ando me mata.

—Yo hablo con ella pero tampoco entiende como lo hacemos las jóvenes, mi abuela es buena y nos quiere, nomás que piensa de otra forma, por eso no me animo a platicarle lo que pienso, si tan siquiera habláramos tú y yo de vez en cuando podríamos entendernos.

—Pero ya te dije hermanita, a mí nadie me entiende. Tú no sabes, pero en la telesecundaria las chavas nomás me ven y se hacen a un lado. No te creas, se siente re gacho, yo les pregunto si tienen algún problema y se quedan calladas. Con la única que jalo es con Josefina, ella sí es buena onda. El otro día la encontré en las computadoras y nos pusimos a escuchar música, me sorprendió, conoce un montón de grupos y no oye nada de reggeatton o duranguense, puro rock y música

electrónica. Escuchamos a *My Chemical Romance* y *Green Day*, luego me empezó a preguntar sobre mi ropa y le conté que soy Emo y sabes, en lugar de quedarse callada me preguntaba. La hubieras visto, luego sentí que sabía de lo que hablaba; para mí Josefina mis respetos, nunca pensé que agarrara la onda, es más, ahora ya nos llevamos porque ella también está metida en este rollo.

–Qué bueno que me lo dices porqué no lo sabía.

Ahora Micaela había dejado de desgranar, quería contarle a su hermana lo que sentía por Jacinto.

–Sabes... –dijo Micaela tímidamente– el otro día vi a doña Remedios, apenas se dio cuenta de mí, se pasó del otro lado de la calle. Desde que Jacinto anduvo por aquí la veo muy rara conmigo. ¿Tú por qué crees que sea?

–No sé –contestó Jessica con desgano–, ya ves que esa señora está medio loca, conmigo hace lo mismo y a la abuela Rufina nomás la saluda en la iglesia y eso que son comadres.

–Para mí que tiene que ver con Jacinto.

–¿Y él por qué?, si tiene como cuatro años que se fue.

–Pero ves que vino el año pasado... te conté que lo vi y platicamos. Me dijo que tenía planes de regresar pronto y yo pues, no se qué hacer...

A Micaela le costaba trabajo hablar de sus sentimientos, no sabía cómo hacerlo, estaba acostumbrada a escuchar, además la historia con Jacinto no la había compartido con nadie porque según ella eran puras fantasías; él nunca le había dado a entender su intención de ser más que amigos, sin embargo ella sabía que le interesaba. Jessica, ajena a la intención de su hermana, dijo.

–Para mí ese no regresa, te aseguro que cualquier día nos enteramos que ya se casó por allá.

–¿Por qué dices eso? –preguntó Micaela asustada.

–No, por nada, nomás digo..., pero si no es así seguro su mamá ya le ha de estar buscando novia acá en el pueblo, alguna de las hijas de Melchor, el de los materiales para construcción.

–Puede ser.

Micaela bajó la voz e imaginó el ancho mundo que Jacinto tenía frente a él, tomó aire con desgano sintiéndose lejos de su hermana. Recogió una mazorca que estaba a su lado y una inmensa sensación de soledad llenó de pronto la tarde, ¿cuánto tiempo hacía que nadie le preguntaba si estaba contenta o necesitaba algo?, ¿a quién le importaban sus sentimientos?, esas preguntas, escuchadas cientos de veces, habían pasado de largo sin encontrarla nunca. Micaela había aprendido a vivir sin hacer ruido, sin externar ninguna queja, caminaba siempre por la orilla del camino y se sentaba en un rincón para no estorbar. Con el paso de los años su figura alta y redonda se había vuelto pequeña, incapaz de llamar la atención; si algo hacía bien era escuchar, recibir en silencio las palabras que los otros tuvieran necesidad de dejar en algún lado. Ella estaba en el mundo para hacerse cargo de las tareas básicas, sobre las que nadie se pregunta. Qué tontería, qué pérdida de tiempo tener una ilusión, pensar en su futuro con tanto trabajo por hacer, su hermana tenía razón, eran diferentes y en esa historia la única que debía recibir atenciones era Jessica, la joven extraña necesitada de cuidado.

Los últimos rayos del sol treparon por el muro de la casa y dejaron el corredor envuelto en una atmósfera opaca, Micaela acercó un costal y empezó a meter los granos de maíz amontonados sobre el piso. Su pelo amarrado en una trenza se columpiaba delante de su hombro como un péndulo negro. El peso de los años que aún no tenía caían sobre ella encorvándola, haciéndola sentir triste y cansada. Afuera, empujado por el viento, el sonido de un altavoz empezó a enviar mensajes intercalados con música. “En casa de Elías Cruz se reciben paquetes para enviar a Nueva York...”, el nombre de aquella ciudad tan ligada a su vida llegó como un eco viejo debilitado por tanto golpear de un lado a otro, sin embargo la hizo enderezar el cuerpo, detener su labor e imaginar ese mundo lejos del campo y del maíz donde unos padres casi olvidados gastaban sus años; allá también estaba la única persona capaz de mirarla a los ojos y escuchar sus palabras, el único hombre

que alguna vez se había acercado a ella hasta poner los labios sobre su boca cerrada. Profundo, muy dentro de ella, aquel sentimiento difícil de nombrar le dolía como un mal golpe, como una punzada terca que mina las fuerzas.

Venus, brillante en el firmamento, abrió la noche sobre un cielo todavía azul, Micaela arrastró con trabajo el costal hasta el pequeño muro que daba al patio, levantó la mirada y descubrió aquella primera estrella y pidió un deseo, se sentó a descansar en la barda baja y cerró los ojos con ganas de irse lejos, lo más lejos posible.

XX

Ayer fue día de preparativos, desde temprano los nietos de Tomasa se pusieron a barrer el traspatio donde iban a quedar las mesas y las sillas. Los de la lona quedaron de llegar temprano para evitar la lluvia pronosticada para esa tarde, llevarían también los tablones, así, al anochecer, quedaría montado todo para recibir a los invitados. Los adornos estarían a cargo de las festejadas, Anastasia y Asunción llegadas de Estados Unidos para celebrar su Festín; no era una celebración mayor como una boda o un bautizo, pero sus padrinos querían que resultara vistosa.

Sebastián, hijo de Tomasa, era el padrino de sonido, por eso cuando instalaron la lona le pidió a los muchachos reforzar la parte pegada al muro donde estaría la consola del sonidero: “Pongan un par de tubos aquí, no se vaya a hacer una bolsa de agua si llueve” como si los loneros no supieran hacer su trabajo. Estaba nervioso y quería que todo saliera bien. Lo último que pusieron fue la luz. Trepados en una escalera colocaron un cable cerca del techo y lo amarraron en los tubos adornados con globos, jalaron una extensión y Anastasia quiso conectarla. Todos estaban cansados con ganas de irse a dormir; bajo la lona los ojos esperaron la orden de Sebastián y entonces la sobrina metió la clavija en el enchufe y los focos iluminaron la carpa rayada, las sillas, las mesas y la cara sonriente de Tomasa.

—Mira que bien lo hicieron estos muchachos, ¿te gusta? —preguntó Tomasa a su nieta Asunción—, ya verás qué bonita fiesta vamos a tener mañana.

Antes de acostarse Vicente soltó a los guajolotes para que caminaran tranquilos, a él le tocaría torcerles temprano el pescuezo y desplumarlos para el mole. El viento soplaba fresco y una llovizna intermitente lavó las hojas de los árboles casi toda la noche. Las calles del pueblo permanecieron calladas y las esquinas desiertas, de vez en cuando la sombra fugaz de algún animal cruzaba de una huerta a otra inquietando a los perros que se acurrucaban empapados bajo las salientes de los techos. El látigo de un rayo rompió la quietud de la noche, el estruendo sobresaltó el cuerpo de Johnny que de inmediato clavó su mirada en la puerta maltrecha de su cuarto, el corazón agitado retumbaba en su cabeza. “El disparo salió de una mano conocida”, pensó al recordar el sueño que había tenido, “lo malo es que no alcancé a ver quién era”. Las gotas de lluvia simulaban los pasos de alguien que huía y eso ayudó a dibujar en la mente adormilada de Johnny la silueta de un hombre recortada por la luz de un farol...

Como siempre los gallos se encargaron de despertar al pueblo sumido en el sopor de la mañana, el cielo azul intenso contrastaba con las copas verdes de los árboles. En la iglesia la madrina Conchita arreglaba junto con otras mujeres los floreros para la misa. Después de la última campanada, poco antes de las doce, Anastasia y Asunción, vestidas igual, entraron a la iglesia detrás del padre Manuel. Lucían pantalones negros untados al cuerpo, una blusa blanca con cuello y puños de holán ceñidas por un chaleco de cuero; las boinas que acompañaban el atuendo tuvieron que esperar hasta la fiesta porque, dentro de la iglesia, sus cabezas estuvieron tocadas por delgados velos bordados por la tía Julia.

Los músicos esperaban en el atrio la salida de las festejadas, eran de San Luis y fueron contratados por la madre de las jóvenes en un arranque de desconfianza. Tenía años en Nueva York y se había acostumbrado a los contratos firmados,

por eso cuando vio a su hermano Sebastián acordar con unos músicos borrachines la fecha de la celebración, salió del pueblo a buscar otros más confiables; por fin encontró aquellos cinco hombres en el pueblo vecino lo suficientemente serios para asumir el compromiso. Con el afán de cerrar el trato les pagó por adelantado y regresó a San Nicolás satisfecha.

La garrafa de aguardiente junto a la banda estaba a medio vaciar y el muchacho de los platillos cargando la borrachera financiada con el dinero anticipado de la fiesta, hacía esfuerzos por mantenerse sentado y despierto bajo la escasa sombra de una pared. Los cuetes soltados durante la consagración lo despertaron y de inmediato unió su batir entusiasta al resoplido desafinado de los metales y el golpe sólido de la tambora.

Todos los invitados caminaron de la iglesia a casa de la abuela Tomasa por las calles de tierra bajo el sol implacable de la una. Cada tanto el estruendo de un cuetón reventaba encima de los caminantes. A pocas calles de distancia los otros músicos se unieron al grupo acompañando con su algarabía el Festín, Sebastián les pidió quedarse por ahí para no generar en su hermana mayor confusión; el trato hecho con ellos había sido claro y no podía echarse para atrás.

En la casa el marco de la puerta estaba adornado con globos rosas y blancos. Sentadas bajo un techo de lámina un grupo de mujeres delante de sus comales no dejaban de echar tortillas, otras, encargadas de las cazuelas, movían con sus grandes cucharas de madera el mole y revisaban el arroz. Cuando se oyeron cerca la música y los cuetes, los padres de las jóvenes se dispusieron a recibir a los padrinos; al llegar las bandas se unieron para el baile del tlaxcalteco. Luego de entregar los adornos de frutas, las flores y el pan, los padrinos pasaron a sentarse en una mesa especial lejos de las bocinas y les sirvieron de comer. Sobre los largos tabloncillos rebosantes de refrescos y cervezas los demás convidados se fueron acomodando.

La abuela Rufina junto con sus dos nietas y nieto llegó tarde con su obsequio en la mano. Habían estado en la iglesia

pero de salida Jessica quiso pasar a ponerse otra ropa, Micaela le dijo que a su abuela no le iba a gustar pero no le importó. Entraron disgustadas y a Tomasa le bastó ver la cara de su comadre para saber que algo no estaba bien.

–Véngase aquí a la sombra comadre a tomar una cervecita conmigo –le dijo animada.

–Gracias comadrita, de eso estoy necesitada.

Las dos mujeres se sentaron cerca de la puerta junto a una ventana rodeada de flores recién mojadas. La sombra de un aguacate grande ahuyentó el calor del mediodía.

–Nos tocó criar dos veces comadre –dijo Tomasa entendiendo que por ahí venía el problema–, lo malo es la edad, a estas alturas ya no tiene una las mismas fuerzas.

–Con la grande no tengo problemas, la chamaca es la que me trae de un ala. Si viera cuántas veces le dije que nada de ponerse esa ropa de muerta pero no me hizo caso, es como si no la oyera a una. Ya la vio usted comadre con esas fachtas, tan bonito que es ver en los bailes a las jovencitas con vestidos alegres y trenzas llamativas, pero ahora nomás quieren pantalones y tenis y de ahí no salen.

–Son otros tiempos comadre, yo con mis nietos estoy igual, apenas llegan de la escuela me piden dinero para írselo a gastar a las maquinitas, o a ese internet que le nombran, yo no sé qué tanto le ven a esa pantalla que los tiene embobados.

–Con la televisión es igual, a Micaela no le gusta ir a las computadoras pero se la pasa frente a la tele todo el santo día, nomás llega a la cocina a echar tortillas prende el aparato y así lo deja hasta la noche, luego también el radio y ahí los tiene averiguando a los dos sin atinar a cuál hacerle caso. Yo ya le dije que eso no está bien pero tampoco entiende... Déjeme decirle una cosa comadrita, aunque tenga esa mala costumbre la muchacha es buena, me ayuda con su hermana y su hermano, si no estuviera ella no sé cómo le haría.

–Dele un traguito a su cerveza comadre y estese tranquila, no vale la pena tanta preocupación, acuérdesse que nosotras nomás somos las abuelas y cualquier día, una llamada de los

padres, y las niñas se van; yo por eso hago esfuerzos por no encariñarme mucho, aunque qué caray comadre, llevamos la misma sangre y por más que hago no puedo dejar de sentir apego.

—Ya se nos fueron unos y nos va a tocar despedir a los otros...

La abuela Rufina levantó su cerveza y dio un trago lento mientras imaginaba la llegada de su nieta Sharon, reconfortada por aquel pensamiento, se animó a contarle a su comadre la noticia.

—Pero hay nietos que en lugar de problemas nos llenan de alegrías.

—Yo pienso que todos comadre, pero en distintos momentos.

—Tiene razón se trata de momentos diferentes, por ejemplo, ahora estoy en espera de la hija menor de Antonia. A esa niña no la conozco, nació del otro lado y nunca ha venido. No sabe cuántas ganas tengo de verla.

—Ya la veo más contenta... le dije que sentándose aquí a la sombra iba a cambiarle el ánimo. ¿Y para cuándo llega?

—No tarda, si no recuerdo mal a principios de julio.

—Menos de tres semanas comadre. Me da mucho gusto por usted. ¡Salucita...!

Las risas francas de las abuelas se instalaron en medio de su plática, no era tiempo de ponerse tristes sino de disfrutar la fiesta y así lo había entendido Rufina que, al hablar con gusto de una nieta, olvidaba a la otra...

Un ejército de mujeres iba y venía con platos y platos de tamales, frijoles, arroz, mole y tortillas recién hechas. No dejaba de llegar gente, muchas regalaban cartones de cerveza para apoyar el buen ambiente del festejo. Sobre las mesas los platos con mole permanecían intactos, después de un rato algunas mujeres sacaban recipientes y metían la pieza de carne con mole; no ocurría lo mismo con el arroz o los frijoles, esos se los comían acompañados con tortillas y salsa.

Pasadas las tres, Julián llegó con su mamá y nomás vio a Mario se fue con él.

—¿Ya viste quién llegó a ver a Mario? —preguntó Micaela a Jessica—, el hijo de doña Esperanza, no me gusta verlo con ese vago.

—¿Y qué querías?, si son amigos desde chiquitos, además, para mí Julián no es ningún vago.

—Yo lo he visto con *Los Raviolos*. El otro día en el molino doña Esperanza me contó angustiada que su hijo había llegado borracho, ¿te lo puedes imaginar a los doce años metido en esos vicios? ¿Qué haríamos nosotras si Mario nos sale como él? Ni lo mande Dios.

—Mario no es tonto y sabe dónde meterse.

—Igual que tú, ¿no?

—No empieces hermanita, ya de sermones estuvo bueno.

—Nada más déjame decirte una cosa... ten consideración de nuestra abuelita, es una persona mayor y mucho hace teniendo en su casa.

—Tampoco es una víctima, ella vive de lo que le mandan nuestros papás, si no estuviéramos con ella, ¿de dónde iba a sacar para comer?

—No puedo creer que hables en serio, entonces, encima de todo, le hacemos un favor.

—No sé si un favor, pero nuestra madre antes de irse se arregló con ella.

—¿Y qué esperabas? no iba a negarse. Ya pasaron seis años y la abuela no se ha echado para atrás. Acuérdate cuando a mi papá lo deportaron, estuvo meses por acá y seguro durante ese tiempo no le pudieron dar nada a mi abuela, ¿y qué pasó?, en lugar de exigirle, le dio de comer hasta el día de su regreso.

—Parece mentira que mi papá haya andado aquí —dijo Jessica extrañada—, la mera verdad ni me acuerdo, se iba todo el día y luego llegaba borracho.

—No lo juzgues, ¿tú qué sabes lo que sentía?

—¡Y nosotras! —dijo exaltada—, ¿a quién le importa lo que nosotras sentimos?

Micaela no tenía respuesta, pero entendía bien el sentimiento de su hermana.

–Tienes razón, los rezos y las lágrimas son siempre para los que se van, y los demás, sobre todo cuando son niños, poco importan. Los mayores arreglan sus vidas sin preguntarles siquiera si están de acuerdo...

–Y no sólo eso, los padres creen que sus hijos lloran siempre por capricho y cuando se dan cuenta de su error, se consuelan al pensar que su sacrificio vale para aliviarles el dolor. Nosotras no les pedimos que se fueran, pero ya ves, se fueron dejándonos sin saber qué se siente crecer con los padres junto.

Las bandas tocaron otra vez el tlaxcalteco y muchos de los presente hicieron silencio para oír el agradecimiento de doña Tomasa. La gente en realidad esperaba ver los obsequios para los compadres, si daban poco lo iban a comentar como una falta de atención de los papás de las jóvenes, si daban mucho, ya tendrían razones para juzgar los arreglos de la iglesia, la comida y la música. El pueblo no perdonaba a nadie. Por ser Festín, a los compadres les dieron la mitad de un marrano y dos borregos; a los hermanos y los padres también les tocó su parte: una totola muerta y su refresco. La gente pareció satisfecha con los regalos y la fiesta volvió a entrar en ambiente.

Sobre las mesas las botellas de tequila hicieron presencia. A don Juan, sentado junto a su ahijado, le dieron botella y vaso. Con parsimonia rompió el sello, giró la tapa, sirvió y puso el vaso frente Jonás que se metió de golpe el licor con gestos en la cara; don Juan se puso de pie, sirvió otro trago y lo ofreció al siguiente...

–¿A qué hora van a empezar? –preguntó Sebastián al encargado del sonido.

–Aguántenos otro ratito jefe, los muchachos no tardan en revisar los cables de las bocinas, quiero que se oiga chingón.

–¿Y cómo en cuánto tiempo?

–En media horita estamos listos patrón.

–Órale pues, entonces en media hora.

La fiesta se quedó sin jóvenes y los mayores, dueños del espacio, se pusieron cada vez más eufóricos, menos Jonás que no hallaba la forma de sacudirse el desasosiego. Camino a la

fiesta su padrino le preguntó qué traía pero él no quiso decir nada y ahí se acabó el cuento. Volteaba para todos lados con ganas de reconocer las caras envejecidas de sus paisanos, iban a ser seis meses de su llegada y a muchos ni siquiera los había visto. Entre el murmullo creciente, la voz de una joven lo sacó de sus pensamientos.

–Hola profesor... antes me saludaba.

–¡Qué tal Jessica! No te vi, perdón. ¿Disfrutas la fiesta?

–Ahí más o menos profe... nomás que empiece el baile, entonces sí me animo.

–¿Vienes con tu abuelita?

–Sí –contestó secamente–, y con mis hermanos.

–¿Cuántos son?

–Nada más tres, Micaela, Mario y yo, que soy el sándwich.

–¿Cómo?

–La de en medio.

–¡Ah! Yo también son el sándwich, pero tengo dos hermanos arriba y dos abajo... ¿Cómo has estado? No has ido a ver el mural.

–Es que no he podido profe... –dijo para justificarse, pero luego pensó que no era necesario–, la verdad, se me ha olvidado.

–¿Tienes muchas cosas que hacer?

–No tantas... cuando salgo de la escuela voy a mi casa y en las tardes me la paso en las computadoras o con las amigas, ya ve que aquí no hay mucho que hacer. Bueno, los fines de semana voy al campo deportivo a jugar y ver partidos, ahí es donde más me gusta porque me encuentro a todas mis amigas y amigos.

–Y seguro no te pierdes ninguna fiesta.

–No se crea profe, mi abuelita no nos deja.

Jonás no quería entrar al tema de los adultos, por eso dijo.

–Entonces se te olvidó, es normal, a mí siempre se me olvidaban las cosas, por ejemplo hacer la tarea, cuando llegaba a mi casa dejaba los cuadernos en cualquier lado y al otro día los buscaba para llevarlos a la escuela, entonces me acordaba

de la tarea y la hacía de prisa y sin cuidado; lo que nunca me gustó fue copiarla, prefería no hacerla y tratar de explicárselo a la maestra, pero como llegaba temprano, casi siempre me daba tiempo de terminarla. Muchas veces decía, “ahora sí voy a hacer la tarea”, pero nunca me acordaba.

–Yo creí que era bien estudioso... ¿entonces llegaba a su casa y se iba a jugar con sus amigos?

–A veces, aunque también me gustaba jugar solo, en la huerta me ponía a rascar la tierra para buscar figuritas, o picar los hoyos de las arañas... ¿Y tú a qué juegas?

–Ahora casi no juego, antes me gustaba el fut y el voli, y de chiquita, ir al atrio para subirme a los columpios o jugar encantados.

–¿A ti te van a hacer Festín?

–No creo, como mis papás no viven aquí no pueden arreglar nada con los padrinos, además, la verdad no me interesa.

–Sí, ya me di cuenta que tienes otro estilo. A propósito, ¿tu ropa la compras en el pueblo?

Jessica estuvo a punto de ignorar la pregunta y contestar cualquier cosa, estaba acostumbrada a pasar a la defensiva cada vez que un adulto preguntaba por su ropa, sin embargo Jonás era distinto, por eso decidió responder.

–Alguna, antes no se podía comprar nada en San Nicolás, tenía una que ir a la ciudad, pero hace casi un año abrieron la tienda de ropa. Yo y mis compañeras siempre decíamos que ese sería un buen negocio y por lo visto, alguien nos oyó y la puso. Ahora a muchas nos gusta vestir de otra manera, los papás mandan ropa de Nueva York y está buena, pero ellos la eligen y si una quiere algo especial empiezan a preguntar, ¿por qué esa y no otra? Así que lo mejor es pedir el dinero o ganarlo, y comprar lo que una quiere.

–Veo pocos muchachos, ¿hay otra fiesta?

–No profe, se van y regresan luego, como a las nueve o diez, cuando ponen música para nosotros –Jessica volteó a ver a su hermana–. Bueno profe, ya me voy, si se queda va a ver cómo nos juntamos un montón y entonces se pone buena la fiesta. Hasta luego.

—Nos vemos Jessica.

El contundente retumbar del bajo daba en el pecho de Mario y Julián sentados junto a las bocinas, en el espacio de la pista los adultos bailaban las nortañas que el sonido “Furia” puso para animarlos. Las parejas se movían al ritmo de una polka mientras la tarde acumulaba nubes altas que presagiaban una tormenta nocturna. Las mujeres, sentadas delante de sus comales, descansaban satisfechas porque los invitados habían comido bien y Tomasa, atenta a los padrinos, pedía a las muchachas que no dejaran de atenderlos. Afuera de la casa sentados sobre la banquetta varios jóvenes tomaban cerveza, la noche no estaba lejos y la fiesta de ellos empezaría pronto.

Sonido Furia manda nuevos saludos a Anastasia y Asunción las guapas damitas festejadas... Ahora, vamos a empezar con el primer numerito dedicado a toda la juventud... No queremos ver a nadie parado, ni mucho menos sentado, ¡Todo el mundo a bailar!

A ritmo de bachata nuevas parejas empezaron a moverse bajo la lona sobre el piso de tierra. Las cabezas puntiagudas de los muchachos subían y bajaban entre las trenzas largas y mechones rojos de las jóvenes; sus caras divertidas se pintaban de colores según prendieran y apagaran las luces del sonidero. El nuevo retumbar de las bocinas hizo que muchos señores regresaran a sus asientos a tomar vino y cerveza. Una línea sonora tendida en el aire pareció levantar un muro de silencio entre las generaciones y abrir un ancho territorio donde las palabras de unos y otros, no encontraban la manera de entablar un diálogo.

Afuera, las calles se poblaban de grupos de muchachos atraídos por el imán contagioso del reggeaton, el rock y la cumbia. Entre las copas de los árboles las ráfagas de viento silbaban impetuosas como contrapunto de la música del baile.

Protegidos por la noche las bandas caminaban silenciosas rompiendo las invisibles fronteras de los territorios. Como cometas ignorados por la luz de su estrella, orbitaban las calles aledañas y dejaban a su paso su cauda inscrita en los postes y los muros. *Los Rabiosos*, apostados en su esquina disponían

el ánimo con el carrujo y las cervezas. Estaban todos, menos el Gato, “Seguro se adelantó para poder bailar más tiempo con la muchacha que le gusta” dijo Johnny para justificar su ausencia al tiempo que cruzó la mirada con el Gordo; Franky se dio cuenta y sintió que algo raro sucedía, él había estado en la fiesta con su madre y no había visto por ningún lado al Gato, entonces tuvo un presentimiento extraño que prefirió atenuar con un trago prolongado de cerveza.

–No te la acabes mi Franky –le dijo Johnny–, es para todos.

–Ya deberíamos irnos Johnny –dijo el Gordo–, es mejor llegar primero.

–¡Listos *Rabiosos*! ¡Vamos a hacernos presentes en el Festín!

La banda excitada por el llamado de su jefe se apartó de la luz del farol metiéndose en la boca oscura de la noche. Franky caminaba de prisa mareado por los efectos del alcohol; iba confundido, no sentía, como otras veces, la emoción del grupo; tropezaba con las piedras como si su cuerpo intentara inconscientemente retrasar su paso. La música cada vez más fuerte rebotaba en las paredes de las casas como una crecida de río que se ciñe furiosa a su cauce. Al entrar en el territorio de la Villa, Johnny pidió el aerosol y puso *Los Rabiosos* encima de los *Grapas* imponiéndose orgullosos en territorio enemigo.

Antes de llegar el Loco se adelantó para llevar un mensaje al sonidero; el Gato, parado en una esquina, vio llegar a la banda y de inmediato se acercó a Johnny.

–No han llegado, somos los primeros. Ya vi un buen lugar para estar, junto a una bocina, del otro lado de la puerta de entrada, y tiene salida fácil por la huerta.

–Muy bien Gatito –dijo Johnny evitando expresar con sus ojos rojos alguna emoción.

El Gordo lanzó contra una pared la botella de caguama, los vidrios se esparcieron como fragmentos de granada que no encuentran los cuerpos de sus víctimas, el Loco llegó agitado, movía la cabeza con un sí obstinado y Franky entendió mejor por qué tenía ese apodo.

El grupo entró anunciado por “Míster Furia”...

Saludos a los vagos, a los grafitos y a los malditos Rabiosos que son la mera ley.

Jessica volteó hacia la entrada y vio caminar a Johnny delante de los otros, llevaba el pelo engomado y una playera negra con una calavera en el centro del pecho, su cuerpo delgado se estiraba altivo. Antes de bajar los escalones hacia el patio, sus ojos, detrás de la bruma alcohólica, miraron a los presentes, recorrió de lado a lado el espacio de la fiesta, detuvo su mirada en otra que no dejaba de verlo, Jessica sintió el golpe penetrante de aquellos ojos pero se mantuvo, Johnny rasgó su rostro con una sonrisa y terminó de bajar. La voz de Alex Lora cantaba con fuerza "...pero es difícil... difícil que la puedas hacer..." *Los Rabiosos* tomaron posición antes de confundirse con el resto en el baile, Franky seguía mareado pero el miedo que lo acompañaba se había quedado afuera hecho pedazos como la botella de cerveza en mitad de la vereda.

El Gato salió de entre las parejas que bailaban aceleradas a ritmo de rock, traía una botella de cerveza en la mano y su cara reflejaba molestia.

—¿Qué pasó Gato?, ¿quién te puso de mal humor?

—No me chingues Johnny.

—Te dije que si no caía yo iba a resolver el asunto, ¿déjame ver qué puedo hacer?

—¡Déjala! si no quiere, ella se lo pierde.

—No mí Gato, *Los Rabiosos* no nos dejamos, te voy a enseñar cómo se hacen las cosas.

—¡Te digo que lo dejes así Johnny! yo sé lo que hago.

—Pues no parece.

El Gato se paró frente a Johnny tapándole el paso pero casi de inmediato se hizo a un lado. Johnny sintió controlada la situación y animado por su inminente encuentro con la muchacha del mural le dijo a Franky.

—Si alguien quiere ponerse encima de ti, sacúdetelo, si no se quita, mátaló. Tú ve y aprende pinche Franky, un día te tocará mandar y vas a darte cuenta que no es nada fácil —luego, dirigiéndose al Gato, dijo—. No te preocupes, le voy a hablar bien

de ti. Y haciéndolo a un lado con el brazo caminó al encuentro de la joven de ojos negros.

Los *Grapas* llegaron por separado sin hacer ruido, sin ser anunciados por “Míster Furia”. El último fue Rosendo que desde la entrada buscó dónde andaba el Johnny, lo ubicó y luego se colocó cerca de la puerta en el lado opuesto a *Los Rabiosos*. “Ora sí mi Johnny, ya te llegó la hora” pensó mientras lo veía bailar con una jovencita vestida de negro.

Un saludo a los paisanos que están trabajando en la Unión Americana, en especial a los hermanos Coatl... Que nadie se quede sentado, pónganse a bailar y si no hay caballeros, aunque sea damita con damita...

Franky vio a Rosendo parado cerca del sonido y le avisó al Gato que apenas hizo caso, el Gordo se dio cuenta también y lo mandó a ver a Johnny para que estuviera preparado, en su cabeza todo daba vueltas, se sentía contento pero apenas podía caminar derecho, las luces cambiantes lo deslumbraban y sólo distinguía bultos moviéndose por todas partes, se metió entre las parejas dejándose llevar al ritmo de la música, el laberinto de cuerpos se abría y cerraba delante de él llevándolo de un lado a otro sin dar con Johnny. Los tropiezos constantes le hicieron perder las referencias de por sí mermadas por su débil equilibrio, fuera de lugar, decidió detenerse en pleno centro del vaivén; anclado en el piso de tierra vio pasar la figura de Johnny, tomó aire y se movió decidido hacia él, sólo pudo dar un par de pasos antes de sentir sobre su pelo una mano grande que lo jalaba hacia atrás, su grito de dolor sofocado por la música alcanzó a Johnny que, abriéndose paso, llegó hasta él, Rosendo tiró otra vez de Franky mandándolo al suelo, las parejas se apartaron para escapar a la pelea, el enfrentamiento de los líderes multiplicó los golpes entre las dos pandillas e hizo del espacio de baile un lugar de lucha. Jessica se dio cuenta que Franky estaba tirado en el suelo y se acercó a ayudarlo, Rosendo le había golpeado la cara antes de tirarlo y la sangre, revuelta con la tierra, corría por su cara. “Míster Furia” subió el volumen de la música y aceleró la intermitencia de la luz.

Rosendo cayó al suelo y Johnny fue tras él tirando patadas, a punto de soltar una sintió un piquete en la pierna y el calor de la sangre mojó su tobillo, el Gato lo jaló cubriéndole la espalda.

—Jálale Johnny, que ya te alcanzó este cabrón. Vámonos por la huerta.

—Tú quédate y junta a los otros, nos vemos al rato en la esquina.

—Es por allá, nada más saltas una cerca de alambre y estás fuera...

Johnny entró a los árboles sin dejar de sentir el dolor agudo de la herida, detrás de él las luces parpadeaban pintando de colores los troncos y las ramas humedecidas por las primeras gotas de lluvia. Cuando llegó a la alambrada la cruzó despacio para no rasgarse con las púas, adelante de él la oscuridad era casi total. Bajo la lona las bandas seguían la pelea, el Gato se acercó a Franky sentado en un rincón junto a Jessica.

—Mira nada más cómo te pusieron pinche chamaco.

—Yo te avisé que ahí andaba el Rosendo y ni caso me hiciste.

El Gato sintió la mirada de Jessica buscándole la cara y se volteo para otro lado.

—Que pinche madriza nos están poniendo —dijo sonriente.

—¡Deberías hacerles el paro a tus amigos! ¡Qué no eres un *Rabioso*! —le gritó Jessica.

—¡Tú no sabes nada pinche vieja! —y le puso la mano en el cuello—, ¡mejor cállate el hocico y dedícate a cuidar niños, porque a tu padrote ya se lo cargó la chingada!

Un rayo iluminó el cielo y su trueno retumbó casi de inmediato, la imagen del sueño llegó completa a la mente de Johnny: detrás de la pistola descubrió al asesino, soltó un grito de rabia al tiempo que las luces de una camioneta daban de lleno sobre su cara cegándolo por completo.

—¡Pinche Gato, me saliste más cabrón que bonito...!

XXI

Una mañana de lunes el pueblo amaneció con el peso de la muerte a sus espaldas, el teléfono sonó temprano y la voz abatida de una mujer anunció a la madre lo sucedido: Trinidad, primer migrante de San Nicolás, había muerto en los Estados Unidos. Un silencio largo se hizo entre las dos mujeres como un paréntesis abierto al devenir constante del tiempo. “¿Cómo fue?”, alcanzó a preguntar doña Úrsula antes de que su voz se quebrara.

Uno de los nietos corrió a avisarle al padre Manuel para tocar a muerto las campanas, la lastimosa voz del campanario pronto dispersó la noticia y la misa de siete, como pocas veces, estuvo llena de gente. “Es necesario estar alertas, porque no conocemos ni el día ni la hora...” dijo padre.

Durante todo el día se tejieron historias diferentes cargadas de detalles fantasiosos, las causas eran muchas pero no había relato que no considerara la sorpresa. A la casa de la madre llegaron los hermanos y sobrinos que todavía quedaban en el pueblo. Delante de la casa se dispusieron sillas y un tenderete para dar sombra a los acompañantes del duelo. Llegaron de los barrios y de otros pueblos a dar el pésame. Las canastas de pan y las ollas de café no alcanzaban para todos.

—Mire nada más cómo lo quería la gente —dijo la abuela Rufina a la madre del difunto.

—Era un hombre bueno, yo no entiendo por qué diosito se lo llevó tan pronto.

Una semana completa duró la espera del cuerpo, cada día las personas pasaban a preguntar para cuándo, pero las noticias de los trámites siempre eran confusas. “Si vivo le costó trabajo cruzar, muerto peor.” decía Úrsula con ganas de meter al hijo bajo la tierra que lo vio nacer y terminar de una vez por todas con aquella pesadilla.

El viernes durante la misa, el padre Manuel anunció que Trinidad llegaría en el transcurso de la noche y sería enterrado temprano. Otra vez de los barrios bajaron hacia al centro y los vecinos de los pueblos cercanos se hicieron presentes para

esperar el cuerpo. A pesar de la llovizna terca que desde el mediodía cayó sobre San Nicolás la gente no dejó de llegar.

—Muchos de los que ves aquí tenían deuda con Trinidad —dijo el padrino Juan sentado bajo el toldo en mitad de la calle—, él les dio trabajo cuando llegaron a Nueva York, sobre todo en la parte de *lonailan*. La gente piensa que fue fácil y que ahí siempre se ganó bien pero al principio no fue así, se pagaba mucho menos que en la ciudad, sin embargo, no había tanta competencia. Trinidad tuvo la visión de encontrar ahí un buen sitio de trabajo para todos nosotros. Recuerdo que una vez me contó cómo fueron las cosas al llegar... “El mismo año que yo —me dijo— llegó Ángel Ramos, al año siguiente Juvenio Reyes y otro amigo, en junio se unió Marco y en agosto, su señora; en septiembre mi hermana, su esposo, Jacinta y Luz. Vivíamos todos en un departamento hechos bola, unos en una pieza, otros en la sala o en la cocina, nos salíamos temprano a trabajar y no llegábamos hasta la noche muertos de cansancio. Como fuimos los primeros teníamos la obligación de tratar de vernos, para ir a comprar la comida agarrábamos las bicicletas, nadie hablaba inglés y no teníamos suficiente comunicación con los gringos que vivían ahí, era distinto en la ciudad donde muchos hablan español. En Long Island fue difícil hacerse de un espacio entre la escasa gente que ahí vivía, lo que nos ayudó fue el número; después de nosotros llegaron como diez más: Higinio, Salvador, Bertoldo, Máximo... contándonos todos, ya éramos treinta; para el siguiente año, yo creo que estábamos como doscientos, el siguiente... ya no sabíamos cuántos éramos.”

—¿Usted estuvo por allá don Juan? —preguntó Celso, nieto mayor de doña Úrsula.

—Con los años la vida te enseña de dónde eres, a Trinidad le hizo ver que era de allá, a mí, de acá. Nunca fui bueno para caminar grandes distancias, así que el cruce del desierto siempre fue para mí un obstáculo que preferí no enfrentar; además, cuando un pueblo aprende a vivir de la migración necesita tanto de los que se van como de los que se quedan, cada quien

cumple un propósito, por ejemplo, ¿qué hubiera sido de ti si tu abuela Úrsula no se hubiera encargado de criarte?, las abuelas han retomado el oficio de ser madres para que sus hijos puedan irse al otro lado. A los que sí podemos hacer a un lado es a los políticos, esos nada más buscan su beneficio a costa de nuestro trabajo, ya verás cómo no tarda en llegar el presidente a dar el pésame, seguro espera a que haya más gente, nunca se llevó con tu tío pero va a aprovechar el momento.

—¿Y a usted no le interesó entrar en la política?

—No te digo... una cosa es arrear a los burros y otra muy distinta ser parte de la recua. Yo soy campesino, toda mi vida he estado pegado al campo, me tocaron otros tiempos, es cierto, cuando se podía vivir de sembrar. Mi padre me dejó unas tierritas, desde niño aprendí el oficio y fui de los mejores productores de cacahuete; siempre cuidé de vender bien la cosecha, sembré jícama, sandía y como todos, tenía mi parcela con maíz y frijol para el consumo propio. Hay quienes piensan que trabajar el campo es aburrido pero se equivocan, cada nuevo año es distinto, cuando se aprende eso uno puede encontrar las diferencias entre una siembra y otra. No hay una nube, aunque se parezcan, igual a otra, cada lluvia tiene sus gotas renovadas y todas las semillas germinan una sola vez dando paso a una vida diferente.

—Pero ahora ya no se puede vivir del campo.

—De que se puede se puede siempre y cuando hagamos a un lado a los políticos que en lugar de apoyar al campesino le roban. Esa ha sido una lucha larga que desgraciadamente a pocos les interesa mantener viva, creen que ignorándola van a acabar con ella pero no hacen más que fortalecer sus raíces. Mira Celso, tú eres de los pocos muchachos entusiasmados en escuchar a los viejos, tienes tierra, no necesitas irte, tu trabajo está en convencer a otros para que no dejen de sembrar, Nueva York no da frijoles ni maíz, ha llenado nuestras casas de aparatos y nuestras cabezas de sueños imposibles. Como te decía antes, hay quienes se van y quienes se quedan, y cada uno tiene algo importante que hacer.

—No se crea don Juan es algo en lo que he pensado, a mí tampoco me llama la atención irme al otro lado, ya casi termino el bachillerato y quiero seguir con los estudios. ¿Ve que ahora está el proyecto de los invernaderos?, pues a mí me interesa aprender eso de la hidroponia... quiero ser ingeniero agrónomo, ojalá se pueda; ya le dije a mi papá pero no me aseguró nada, más bien me dijo que si la cosa seguía difícil lo más probable es que yo también tenga que irme. Como siempre don Juan, nuestro problema es ser pobres.

—Eso no tiene discusión, nos tocó estar en la parte de la tortilla que da al comal y de nosotros depende darle la vuelta, a nadie le gusta quemarse, por eso, si queremos hacer algo tendremos que enfrentar a los de arriba. Antes sacaba uno el machete y se iba en busca del patrón, pero ahora la cosa es distinta, los verdaderos enemigos no se dejan ver, han aprendido a esconderse detrás de lo que más nos gusta por eso buscamos a los culpables en los lugares equivocados y cuando nos damos cuenta del error, o ya le pegamos, o ya nos pegó alguien en nuestra misma condición; ese es el verdadero problema Celso, estamos desorientados sin tener claro a dónde vamos y para qué. Si los paisanos de Nueva York entendieran tus intenciones y quisieran verdaderamente ayudar al pueblo, deberían pagar tus estudios con el compromiso tuyo de hacer una buena carrera y una vez terminada, ya como ingeniero, trabajar con la gente de San Nicolás. Pero como tú y yo sabemos, decirlo es fácil, hacerlo, casi imposible. En estos últimos años hemos olvidado lo que significa ser comunidad, la migración nos ha enseñado a ponerle precio a todo, ya nadie trabaja por el bien común, cuando hay tequio la gente mide primero si la actividad va a dejar algún beneficio a su persona, cuando no lo encuentra no se suma al trabajo comunitario, inventa excusas, critica y termina proponiendo labores que le convienen. Hay algo que cuesta trabajo reconocer pero es bien cierto, en nuestro pueblo quienes todavía practican la solidaridad son las mujeres, ellas ven cómo le hacen pero salen adelante juntas; parece mentira, pero creo que ahora nos toca a nosotros aprender de ellas. Yo te

digo esto convencido, aunque debo reconocer que la mayoría de los hombres en San Nicolás no tienen claro el lugar que cada uno ocupa, ni siquiera se atreven a preguntar ¿quién es el que sabe?, ¿quién decide? y ¿quién manda?

—Algo ha cambiado don Juan, ahora en la escuela las compañeras ya no se dejan, cuando tienen una idea distinta a la de los hombres la defienden y como son las que más estudian, muchas veces el profesor les da la razón.

—No dudo que las jóvenes sean distintas, o más bien, quieran ser distintas, pero yo todavía veo niñas de dieciséis años con un hijo en el rebozo y otro en la panza, he oído a muchas quedarse calladas tras recibir los golpes de sus esposos, me ha tocado ayudar a otras a cargar a sus hombres borrachos y orinados gritándoles pendejas, putas, hijas de la chingada... La escuela puede ayudar Celso, siempre y cuando camine junto con la vida...

La noche avanzó entre rezos y bostezos. Jonás llegó tarde y fue a sentarse junto a su padrino, había trabajado en el mural todo el día pintando la iglesia, el atrio, los trajes de fiesta. Las dos dimensiones del muro tenían más colores que todas las imágenes redondeadas que ahora veía. Las caras de los presentes habían tomado el tono oscuro de las ropas y sus ojos cansados no eran más que la continuación brillante de la noche sin luna. El timbre del teléfono dentro de la casa brilló de pronto sobre los llantos grises de las plañideras. El cuerpo frío de Trinidad no tardaría en llegar.

—La muerte que nos ha acompañado esta semana no dilata en entrar al pueblo —dijo el padrino Juan a Jonás—. ¡Cuánto ruido armamos para recibir al silencio!

—Es curioso... hace un rato casi podía escuchar las danzas de la fiesta mientras pintaba la máscara de un moro.

—Nuestras vidas han ido y venido siempre del llanto a la fiesta, si no tuviéramos esas dos caras no sabríamos ni quiénes somos. Ahora tú pintaste una, pero tendrás que poner sobre esa pared la otra. Acuérdate del día y la noche, del sol y la luna, de tus manos y tus pies. Está muy bien que pintes a los

héroes, pero no debes olvidar a quienes le han dado voz a tu pueblo. ¿Cómo esperar recibir granos de maíz si se siembra sorgo? Una historia que no sabe caminar por la calle es difícil que refleje lo que realmente sucede. Mira a tu alrededor Jonás, aquí sentadas junto a nosotros están escondidas todas las imágenes que andas buscando, lo único que debes hacer es poner atención, descubrirlas y aprender a respirar junto con ellas para que cuando las pintes la vida que les pediste prestada aparezca. No tarda en llegar Trinidad y con él un primer ciclo se cierra. Mañana cuando lo enterremos, la tierra que pisamos reconocerá la importancia de este muerto, va a tener tiempo de sobra para contarle a los otros todo lo que ha visto, si alguien cree que vino a descansar se equivoca, le tocó abrir la puerta y ahora tendrá que explicar por qué lo hizo. Lo imagino recogiendo uno a uno los pasos andados sobre este mundo viéndolos con unos ojos que no tenía, un día me habrá de contar todas sus andanzas pero esa será otra historia; esta noche tú tienes la obligación de conocer parte de ella, cuando llegue Trinidad, acércate a él y pregúntale...

XXII

El mes de junio caminaba azul por el calendario tropezado por alguna tarde gris, llovedora y nostálgica. Los montes habían ganado color y las cabras, chivos y bueyes encontraban sin dificultad la hierba fresca del campo. Las golondrinas volaban a ras de suelo como ligeros aeroplanos a punto de aterrizar, o se disponían en largas filas columpiándose de los hilos de la luz cuando se encendían las farolas del pueblo. Alrededor de los puestos montados frente a la iglesia, las noches se extendían negras y frías a contrapunto de aquellas burbujas de luz iluminadas por un foco.

Las voces de unos rezanderos pasaron temprano frente a casa de Isidro camino de la iglesia, cargaban una cruz que llevaban a bendecir. Un grupo de perros seguía el paso junto a los músicos que, rezagados y tambaleantes por tanto aguar-

diente, tocaban al compás de una marcha. De vez en cuando un cuete subía chispeante con su silbido agudo hasta tronar por encima de la música y los rezos. Los peregrinos eran del barrio de San Bartolo y bajaban a misa de siete.

Adentro de la casa Isidro dormía en un cuartito que había construido su papá hacía muchos años y se usaba para guardar herramientas de labor. Cuando dejó de ser niño le pidió permiso a su mamá de pasarse al cuarto, le dijo que él se encargaría de buscar un espacio para las herramientas. Su mamá aceptó y vio cómo su hijo salió de la habitación grande como una temprana despedida.

No tenía muchas cosas ahí dentro: un catre prestado y una vieja cómoda de casa de su abuelita con tres cajones largos, un radio con CD y muchos discos de reggaeton, rock, hip hop, gruperas y sonorenses, no le hacía falta nada más. Dentro de un cajón tenía un disco de baladas que Demetria le regaló el día que cumplieron un mes de novios y ponía por las noches antes de dormir. El piso era de tierra bien apisonada y la puerta de metal no tenía chapa, se cerraba con un mecate enredado en un clavo grande clavado en la pared.

Esa mañana el sol entró con el tronido de un cuete que soltaron los rezanderos justo delante de la casa. Isidro brincó en la cama espantado por el estruendo. Había dormido como un tronco sin recordar el día que era. Tardó en reaccionar, pero cuando por fin la cabeza estuvo en su sitio, la conciencia de la fecha se le clavó en medio del estómago. La espera había terminado y en pocas horas pasarían por él para irse al otro lado.

Permaneció acostado con la vista fija en el techo surcado por una trama de grietas que abrían a la imaginación un espacio para los sueños. Isidro dibujó con su mente ojos que lo miraban, rostros enfrentados, cuerpos difusos. Sin proponérselo se resistía a levantarse para iniciar aquella jornada decisiva. Cuando las líneas sobre el techo empezaron a coincidir con historias de despedidas y fronteras Isidro entendió que no tenía sentido prolongar el inicio de su partida. Se puso de pie y en la cabeza sintió el golpe duro de su corazón, tomó la

mochila que había dejado sobre una silla y preparó lo que iba a llevarse. No salió del cuarto hasta bien entrada la mañana. Su madre y hermana hacían las labores de la casa como cualquier día, sin embargo, un silencio pesado las acompañaba. Isidro salió para darse un baño, eran casi las doce, no había comido pero su madre ya le había preparado algo para el camino. El agua cayó fresca en su cuerpo tenso, sobre su cara el chorro dio de lleno como un grito de alerta. Se vistió despacio y revisó nuevamente la mochila con sus cosas: un pantalón, dos playeras y una chamarra gruesa, tres mudas de ropa interior, calcetas y una gorra, lo demás, según dijo Tony, lo comprarían en el pueblo que está antes de cruzar la frontera. Lo último en meter fue el disco de Demetria, lo puso entre su ropa para que no fuera a maltratarse. Levantó la mochila y se la puso al hombro, antes de salir se miró en un espejo colgado en la pared, la imagen reflejada sería la última que Isidro tendría de su breve juventud; un futuro cargado de otras responsabilidades se abría amplio y confuso como un desierto al que había que entrar sin demasiados razonamientos.

Afuera el sol caía a plomo, en el patio junto al árbol de huajes Margarita su hermana desgranaba maíz. Vio acercarse al hermano y no quiso levantar la vista para no enseñarle el dolor que le causaba su partida.

—Ya casi me voy —dijo Isidro con la voz entrecortada—, ¿por dónde anda mi mamá?

Margarita dejó la mazorca y se levantó para abrazarlo, aquellas muestras de cariño entre ellos eran poco habituales, por eso Isidro se quedó tieso y apenas pudo devolver el gesto enlazando con sus brazos torpes el cuerpo de su hermana.

—¿Isabel se fue a la escuela? —preguntó Isidro recuperando la coraza que se había impuesto al salir del cuarto—. Ora sí que ya no la voy ver, tú me despides de ella. Cuídense mucho y nomás que llegue les hablo para que estén tranquilas.

—Está bien —respondió Margarita—, ten cuidado con las cuebras del desierto y llévate mucha agua para que no pases sed.

–Claro, ya Tony me va decir todo lo que se necesita, él ha pasado muchas veces y sabe qué hacer.

–Está bueno, entonces cuídate... Mi mamá está en el cuarto, me dijo que iba a estar pendiente para cuando pasara la camioneta.

Isidro dejó a su hermana con la cara triste y la vista clavada en el suelo, la oyó sentarse a sus espaldas y desgranar con fuerza una mazorca, pero no escuchó el gemido leve que soltó poco a poco hasta convertirse en un hilo delgado que hilvanaba un sollozo con otro.

La puerta del cuarto estaba entreabierta e Isidro pasó por ella sin rodeos, encontró a su mamá asomada a la ventana cuidando de no ser vista desde la calle.

–Buenos días mamá.

–Buenas tardes, ¿no ves que ya son más de las doce?

–Es que con tanta cosa que arreglar se me fue el tiempo y ni cuenta me di de la hora.

–Ni siquiera desayunaste, pero ya te preparé algo para el camino.

–Gracias mamá.

–Ahí está... –y señaló una bolsa–, métela a tu mochila, no vaya a ser que se te olvide.

–Pero, ¿qué me hizo?, es mucho, a ver si me cabe.

–Claro que cabe, nomás es cosa de que acomodes bien. A ver, ¿qué te llevas?

La madre intentó acercarse para ayudar a su hijo pero él no la dejó, jaló la bolsa y dijo.

–No se preocupe, yo me las arreglo para que entre todo.

Isidro no era más el niño ni el muchacho, la mamá vio por primera vez la figura de un hombre que como muchos otros tenía que hacerse un camino. El hijo ahora, igual que el padre años atrás, la dejaba también. “Para eso lo crié con tantos cuidados”, pensó resignada.

Un claxon sonó y la madre sin atreverse a levantar la cara dijo.

–Ya llegaron.

Isidro se acercó y la abrazó en silencio, luego la apartó con

cuidado para no perturbarla, su mamá tenía los ojos llenos de lágrimas aunque intentaba contener el llanto.

–Deme su bendición –y agachó la cabeza con respeto.

La madre persignó a su hijo, le dio la mano para que la besara, lo abrazó con fuerza y besó su mejilla.

–Cuídate mucho y que Dios y la Virgen de Guadalupe te bendigan, encomiéndate a ellos y ya verás cómo te van a llevar con bien.

Isidro dijo sí muy quedo y apretó los labios para no llorar, la despedida era más difícil de lo que había pensado, dio media vuelta y se fue rápido, abrió el portón y trepó al carro donde venían otros a los que no conocía, los saludó y se quedó callado. La camioneta avanzó por la terracería, antes de doblar la esquina Isidro volteó y encontró a su madre y a su hermana asomadas en la puerta.

Era la hora de la salida de la escuela y muchos estudiantes caminaban por las calles con su uniforme verde olivo, al pasar junto a la telesecundaria Isidro vio a su hermana con unas amigas, quiso gritarle pero se quedó callado. Supuso que pasarían por Tony pero tomaron otra calle y se enfilaron para salir del pueblo, entonces preguntó al pollero por su primo, “Él se va por su parte”, dijo, “nos va a esperar en el aeropuerto”.

La recta prolongada de la carretera bajaba una pendiente suave, en la medida que se alejaba del pueblo los sembradíos de maíz crecían con un verde intenso resultado de las buenas lluvias. El alto volcán, trepado por encima de las nubes, simulaba un enorme vigilante silencioso y esquivo. Las torres de la iglesia se agacharon entre las copas de los árboles hasta desaparecer. Las últimas casas de chinamite los acompañaron un tramo del camino y sobre una breve colina, la hacienda con sus muros centenarios pareció despedir al grupo de migrantes. Nadie hablaba dentro de la camioneta, cada uno rumiaba su dolor en silencio, cuando pasaron el puente y la carretera dobló hacia la izquierda, lo que había quedado atrás pareció desvanecerse, frente a ellos, un largo, largo camino se abría lleno de misterios. Habían echado a andar y lo único que importaba ahora era llegar con vida a su destino.

Segunda parte

Fronteras



I

La frontera es mucho más que una línea divisoria, más que un límite capaz de marcar con precisión el fin y el principio de un territorio. ¿Un tercer país? ¿Un espacio híbrido? ¿Un inmenso aparato burocrático, legal y político? ¿Un ámbito que define y clasifica?

En la mente de muchos la frontera es destino, lugar al cual es necesario llegar, obstáculo a vencer para acercarse a la meta por la que vale la pena morir, y por la que muchas veces, demasiadas veces, se muere...

Es una razón hacia la que se dirigen todos los esfuerzos aún antes de conocerla. Su presencia en la vida elabora sueños liberadores donde la aterradora pesadilla de la realidad no puede detener la germinación, casi heroica, de la esperanza.

La frontera es un proceso, un tiempo-espacio ancho y movedizo difícil de asir; un personaje sin rostro colmado de historias, un sentimiento, un estado de ánimo; la manera como la vida misma aprende a no morir a pesar de todo, una herida en la tierra, un muro, una cerca, un vocablo imposible de nombrar sin correr el riesgo de mentir.

II

El motor del autobús paró de golpe despertando a Isidro del sueño incómodo que le pegaba los párpados y mantenía su cuerpo tenso y dolorido. La noche echaba su manto negro sobre Altar y el calor, entre las casas y las calles, permanecía quieto. La oscuridad se extendía inabarcable por todo el desierto agujereada tan sólo por la luz de las estrellas. Los brazos de los pasajeros se estiraron perezosos para romper el letargo del sueño. Entre la penumbra, Isidro buscó a Tony.

—¿Ya llegamos?

—Si dijeron Altar, ya llegamos —bostezó Tony—. Hasta aquí llegó el boleto del pollero primito, la chinga está adelante y tendremos que rascarnos con nuestras propias uñas, pero no te preocupes, yo me sé mover, conozco a la gente y el camino que viene.

Isidro sintió un vacío enorme en el estómago, jaló con dificultad el aire viciado del camión, tenía nauseas y quería bajar lo más pronto posible, se puso de pie y avanzó por el pasillo pero un hombre cerraba el paso; Tony esperó a ver qué hacía su primo, impaciente por la paciencia pueblerina de Isidro se levantó, echó el cuerpo hacia adelante y empujó al hombre para abrirse paso.

—Aquí bajamos nosotros...

El pasajero se arrimó.

—Te voy a decir algo primo: aquí, si no te impones te chingan, nadie te va a dar la mano, venimos solos y de nosotros depende seguir adelante; si alguien no te deja pasar quítalo de enfrente, acuérdate, entre más rápido dejemos la frontera, mejor.

Con la mochila a la espalda Isidro bajó del autobús, la plaza junto a la pequeña iglesia estaba iluminada por unos cuantos faroles; sobre las bancas varias personas encorvadas por el cansancio veían en silencio avanzar la noche; otras, vencidas por la espera, se recostaban cara al cielo con ganas de encontrar las pocas estrellas que la luz eléctrica permitía ver. Estacionadas a un costado de la plaza las camionetas hacían una larga fila, junto a ellas los ojos de los choferes observaban. El autobús cerró su puerta y arrancó camino a Caborca.

—Tengo un buen lugar para dormir —dijo un joven a Isidro. Tony se adelantó y respondió cortante.

—No necesitamos, ya tenemos.

El muchacho miró la cara de Isidro para descubrir si era verdad, pero sólo encontró un par de ojos hinchados por el cansancio. Tony caminó de prisa por el centro de la acera seguido por el paso vacilante de su primo, su actitud altiva no era la habitual entre migrantes, más parecía un guía venido de otro pueblo que trataba de incursionar en un territorio ajeno.

Isidro no había logrado deshacerse del malestar, las luces le lastimaban los ojos y el calor seco lo mantenía como sumido en un sueño. Aquella sensación de somnolencia no era nueva, más bien, los atisbos esporádicos de conciencia eran lo que le resultaba distinto.

Desde su salida del pueblo dos días antes, no había tenido consciencia del recorrido, todo había sido imágenes inconexas, nebulosas, ajenas; recién sobre las calles de aquel pequeño pueblo fronterizo empezaba a reconocer la realidad.

—Vamos a la casa de doña Carmela —dijo Tony—, dormimos esta noche y luego planeamos nuestro cruce.

—Está bueno.

—Mañana compramos lo que hace falta después que descanses te platico cómo está la movida porque ahorita no me vas a entender, traes una cara de pendejo que no puedes con ella. ¿Quieres comer algo?

Isidro respondió negativamente y volvió a sentir revuelto el estómago.

El jardín frente a la iglesia, aunque distinto al de San Nicolás, era el único rasgo familiar para Isidro, fuera de eso el lugar le resultaba difícil de definir, más que un pueblo parecía un conjunto de casas puesta una detrás de otra. Tras las ventanas oscuras Isidro sintió el peso de muchas miradas como si el pueblo mismo vigilara los movimientos de los migrantes.

Pronto las luces de la calle principal quedaron atrás y un cielo estrellado se descubrió encima de los recién llegados. Isidro llevaba la lengua seca, tomó de su mochila una botella de agua y dio un largo trago.

—Ya casi llegamos —dijo Tony—, no creas que te voy a meter al desierto desde ahorita, esa parte ya vendrá pero antes es necesario descansar y comer bien. Temprano, con la luz del sol, te vas a dar cuenta en dónde estamos, nomás te adelanto algo. Hacia este lado —dijo extendiendo el brazo—, está la línea, queda lejos todavía y en medio no hay nada, sólo un camino recto de terracería, mezquites y arbustos espinosos. Allá de recho primito, entre unos cerros y otros, está “el otro lado”.

Las figuras de los dos migrantes llegaron a una casa solitaria junto a la carretera, detrás de ellos, en la plaza, el último autobús de la noche bajó a sus pasajeros; una vez más el ritual de ofrecer posada, contactar guía, intentar el robo se hicieron presentes delante de la confusión temerosa de los viajeros; una vez más un puñado de sueños buscaron refugio por una noche en mitad de la nada como tregua justa antes de la última batalla; una vez más el hilo de muchas historias estaba a punto de tejer un entramado apretado y resistente capaz de sustentar entre sus pliegues la fuerza de la vida, o el silencio profundo de la muerte. Una vez más sería necesario trasponer el límite confuso de la legalidad bajo el riesgo de ser criminalizado; una vez más la estrecha puerta del desierto se abriría para dejar entrar en su ancho territorio un puñado de cuerpos guiados por la esperanza. Una y otra vez, como siempre, estaba a punto de vivirse la primera experiencia de cruce, el miedo a lo desconocido, la soledad acompañada, el llanto originario, la primera bocanada de aire seco, el calor sofocante del mediodía y el frío implacable de la noche.

Ese verano, como siempre, como la primera vez, la vida inmensa y azarosa se metió a la casa de Carmela junto a Isidro y Tony quedándose a dormir con ellos, muy cerca, silenciosa, esa noche...

III

Se levantaron temprano y fueron a la plaza a comprar lo que hacía falta para entrar al desierto. Isidro había dormido poco y mal, la revoltura de estómago se había transformado en un dolor agudo y constante. En la pieza donde pasaron la noche había otras tres personas y al menos cinco catres vacíos, tenía una ventana pequeña por la que entraba una leve corriente de aire y poca luz, la puerta daba a un pasillo estrecho que comunicaba con otros cuartos; al final, del lado opuesto a la puerta de la cocina, un baño común daba servicio al menos a cinco cuartos. Isidro abrió los ojos y antes de levantarse miró

un foco pendiente de un cable ennegrecido por las moscas. Un olor agrio y pegajoso entró por su nariz hasta el fondo de su estómago, se cubrió la cara para respirar un aire distinto, oyó unos pasos y vio a Tony entrar al cuarto listo para salir a la calle.

—¡Ya levántate no seas huevón! hay que ir temprano a buscar lo que te hace falta porque en un par de horas el sol se va a poner muy pesado.

Isidro se levantó como si su dolor de cabeza no existiera, estaba dispuesto a demostrarle a su primo que venía preparado para el cruce, aunque aquel malestar lo hiciera sentir cansado todo el tiempo.

En el espacio de la plaza se concretaban los últimos detalles antes del cruce, grupos de jóvenes con mochilas a la espalda y bidones de agua en las manos subían a las *vans* que los dejarían cerca de la frontera; algunos llegaban solos y otros con los guías. Los puestos a un costado de la plaza, tenían colgados bajo techos de lámina mochilas, chamarras, gorras, cantimploras, cuchillos, lámparas, lentes, tenis, botas... los vendedores se esforzaban poco por ofrecer su mercancía, sabían que toda era necesaria y tarde o temprano los compradores harían el gasto.

Al pasar frente a la iglesia Isidro tuvo deseos de entrar a dar gracias a la Virgen pero como Tony no lo hizo prefirió seguir y sólo se persignó delante de la puerta. Mientras caminaros Isidro pudo ver el desierto que rodeaba Altar, detrás del pueblo se levantaba un grupo de cerros bajos y pelones, y una extensa planicie cercada por las puntas azules de una sierra se abría hacia el norte. Todo el paisaje estaba salpicado de arbustos espinosos y cactus, la tierra seca formaba efímeros remolinos por todas partes. El sol encima de los montes trepaba el cielo azul y pintaba sobre la plaza sus sombras alargadas.

—Esa mochila que traes vale para pura madre —dijo Tony—, mejor checa una más grande y resistente.

—Pero si aquí traigo todo, no me hace falta otra.

—Como quieras, pero qué, ¿no vas a llevar cobija?

—Ya traigo una chamarra gruesa, ¿qué esa no sirve?

—Como se ve que nunca has estado metido en el desierto...

Te voy a dar un consejo, tú no digas no y échale un ojo a esas mochilas que están colgadas ahí, yo sé lo que te digo. ¿O no mi joven? –preguntó Tony al vendedor–, este compa quiere irse sin cobija a hacer el cruce.

–Si no te tapas bien no vas a llegar, el desierto es cabrón, en el día te tuesta la piel y en la noche te congela. Si es tu primera vez escucha a los que saben porque de eso depende que salgas vivo. Mira ésta, no pesa y le cabe un chingo, y si quieres acá atrás tengo cobijas calientes y ligeras, también ajo y plantas medicinales para los piquetes de escorpión y víbora... Dile a tu guía que si todavía no trae su yerba aquí se la vendo.

–No es mi guía, es mi primo y venimos juntos desde el pueblo.

–Con esa facha no parece migrante.

Tony se había adelantado y a Isidro le dio flojera ir tras él, decidió quedarse con el vendedor regordete que no dejaba de abanicarse el rostro.

–Ya hace calor –dijo Isidro con ganas de platicar.

–Y esto no es nada... ¿cuándo llegaste?

–De madrugada.

–Entonces no sabes lo que es bueno, aquí llegamos a los cincuenta grados, ayer al mediodía alcanzamos cuarenta.

–Yo nunca he estado a cincuenta grados... no me imagino cómo es.

–Te quemas... si no estás debajo de un techo no tardas ni diez minutos, sientes que la cabeza te va a tronar y no puedes pensar bien. Cuando el sol está arriba lo mejor es no salir.

–Pero si andas en el desierto, ¿cómo le haces?

–Si aquí se siente calor en el desierto peor, no hay nada donde atajarse, casi no se ven árboles allá adentro, uno que otro palo blanco o palos de fierro pero poco ayudan, los que más sirven son los mezquites, ya vez que son espinosos pero como crecen juntos los guías los amarran y hacen unos techos, cuando cruzas ahí es donde pasas parte del día... luego de la hora del sol se camina, sobre todo de noche porque a la migra le cuesta más trabajo dar con uno. El problema de la noche es

el frío, si no traes una buena chamarra te quedas tieso, y como te decía el morro, es bueno llevar manta porque algunas noches, si hay mucho movimiento, la manada no debe moverse porque la cogen.

—¿Tú conoces?... ¿has cruzado?

—Aquí todos hemos cruzado aunque sea una vez. Yo anduve metido de guía pero no duré mucho, y no es que me hayan agarrado, lo que pasa es que me rompí la pierna, de suerte cuando me pasó todavía andaba cerca y pude conseguir ayuda; es que en el desierto hay un chingo de cosas peligrosas, no sólo es el calor y el frío que de por sí con eso tiene uno, también está la migra y cuando menos lo esperas ya vienen las trocas echas la madre y si te agarran, vas pa' atrás, y no creas que te cruzan aquí mismo, son unos hijos de la chingada, te llevan lo más lejos que pueden y por allá te botan, a veces te detienen varios días haciéndotela cansada, te encierran en una cárcel, aunque ellos les nombran retenes o lugares de apoyo, pero pura madre, son celdas. Si te va bien te dejan en Juárez si no, te mandan hasta Mexicali o Tijuana y de ahí, a buscar cómo regresar porque te quitan todo. Si tienes suerte en la frontera te apoyan los Beta con comida y una o dos noches, pero no más, te dan chance de una llamada y según te apoyan con la mitad del pasaje para tu pueblo. Cuando estás de retache la mera verdad el apoyo de la raza cae de poca madre... Como te decía, una vez me quebré la pierna y ¿sabes por qué?, porque allá adentro hay un chingo de piedras sueltas, primero te valen madres, pero después ya no sabes cómo librarte de ellas, te tuercen los tobillos y si te acercas al cerro donde crecen los saguaros grandotes, se te caen encima, al trepar las lomas nomás te tropiezas, si en el día es cabrón subir imagínate en la noche, yo así me chingué la pierna, iba subiendo una loma y en una de esas ahí vengo para abajo, no paré hasta que mi pierna dio con una roca, si no hubiera sido por esa piedrota me voy al barranco y no la cuento. Cuando pegué nomás oí el crujido del hueso y dije “ya me chingué”. Íbamos dos guías y yo sabía que no muy lejos viven unos indios del lado de

Arizona; son unos cabrones que luego vende comida y agua, muchas veces te salvan aunque otras te roban y te dejan morir en el desierto. Yo tuve suerte y me ayudaron, les pagué una dolariza pero me sacaron del hoyo, por eso dejé el trabajo, la pierna ya no me sirvió y aquí estoy dándole de este lado. A veces extraño las idas al desierto, porque así como es cabrón, es de poca madre.

—¿Como cuántos días te echas para llegar?

—Depende si el grupo es grande o chico, o si van mujeres y niños, pero más o menos unos cinco días. Si te vas en *Van* te dejan en la ladrillera y de ahí a caminar, agarras por el otro lado de la garita, como uno pasa más o menos fácil piensas “ya me chingué a estos gringos”, pero no son nada pendejos, conocen esa ruta y saben que al pasar por ahí te metes a la boca del desierto y muchas veces él se encarga de hacer el trabajo. La migra ahora te deja caminar tres o cuatro días, y cuando estás a punto de llegar a Tucson o Phoenix, te salen al paso. Cuando empiezas a caminar dice uno: “si me sale la *patrol*, corro”, pero después uno nomás dobla las manos, hay muchos que buscan a la migra para salir con vida pero no tienen suerte: o no los ven, o no los recogen. En este mes está cabrón cruzar porque es temporada y se refuerza la vigilancia gabacha, no sólo encuentras trocas y caballos, también motos de cuatro llantas y mosquitos.

—¿Mosquitos?

—Helicópteros. Es bien cabrón oírlos, uno va en el camino con la lamparita y de pronto taca, taca, taca..., y a esconderse porque esos traen infrarojos y lo ven a uno como si fuera de día. Cuando llega el mosquito el ganado se dispersa, el chiste es que no vean a ninguno porque si no agarran al grupo completo. Ahora sí como dicen, el recorrido aunque lo hagas solo es un asunto de tribu.

Isidro seguía atento la plática, echó un vistazo al otro puesto y vio a Tony salir de la trastienda con un paquete en la mano, hablaba con dos tipos que parecían judiciales, altos como él pero más panzones, llevaban lentes oscuros y uno de

ellos tenía la pistola bien metida debajo del cinturón ancho, seguro no eran guías porque calzaban botas. Isidro volteó a ver al vendedor y le preguntó por las mochilas.

–Entonces, ¿cuál me recomiendas?

–Yo digo que ésta, ahí te va a caber todo y no es pesada.

–Está bien, me la llevo.

–De una vez llévate el ajo y las medicinas.

–¿Y para qué el ajo?

–Para las serpientes, como tiene un olor fuerte las ahuyenta.

–Dámelo pues, y también las plantas.

–¿No quieres un cuchillo? luego hace falta.

–No, ya traigo uno y más grandote.

–Nomás no te le pongas al brinco a los cholos porque cargan pistola y no se tientan el corazón para darte un plomazo. Si los encuentras dales lo que traes y con suerte te regresan algo, porque si te pones difícil, tiran tu agua, se llevan tus zapatos y chamarras y te dejan ahí en mitad de la nada; primero dices “tuve suerte porque no me mataron”, pero después te das cuenta que lo que querían era hacerte sufrir y cuando ya andas bien bruto por el hambre y la sed piensas, “me hubieran quebrado desde el principio”.

–Y esos cholos de dónde son, ¿de aquí o de allá?

–De los dos lados, para ellos la línea no existe, controlan el territorio y se mueven igual de un lado o del otro, pueden ser gringos, indios o paisanos, pero no tienes que ir muy lejos para encontrar ratas, aquí mismo hay muchos que se dedican a robar al migrante sobre todo las autoridades. Cuando arman sus programas lo único que buscan es chingar, se meten en todo, ya pusieron una tienda igual a ésta y apenas compraron *Vans* para llevar a los migrantes hasta la raya, dicen que son más seguras porque registran a todos los que suben, disque para apoyarlos en caso de no llegar con sus parientes. ¡Pura pinche mentira!, se las venden bien bonita a los paisas pero a la hora tienen que torcerse igual con la cuota para el narco, de eso nadie se salva. ¡El que no paga, no pasa...!

–Voy a estar bien atento... –dijo Isidro agobiado por tanta cosa desconocida–, ¿te pago o así la dejamos?

–Ora resulta que tú me vas a chingar... si sigues así nadie te va hacer nada. ¿En dónde paras?

–En casa de doña Carmela.

–Ahí si cuídate porque esa ñora es bien cabrona, parece tranquila pero nada más anda viendo cómo sacar la tajada más grande. No vayas con sus guías, no respetan los acuerdos y luego del otro lado te venden. Mira, si necesitas yo te conecto, con nosotros la pura ley. Si no estoy aquí en el puesto pregunta por el Rody y cualquiera te da razón... De la mochila nomás me debes trescientos.

–¡No mames, está bien cara!

–Así son los precios aquí en la frontera, si no me crees pregunta... y no te cobré en dólares nomás porque me caíste bien. Entonces ya sabes, si se te ofrece pregunta por Rody.

Isidro sacó el dinero y pagó sintiéndose estafado, no iba a preguntarle a Tony si el precio era bueno, cada vez le molestaba más ser incapaz de saber qué hacer, además cuánto podía bajar el precio, ¿cincuenta?, ¿setenta pesos?, era mínimo si lo comparaba con la burla que su primo le haría. Salió del puesto y caminó hacia la plaza, sintió el sol quemante de la mañana, eran apenas las diez y el peso de aquella luz le dobló la cabeza. Aunque estaba acostumbrado al trabajo en el campo sintió el piso de la plaza como un comal calentado por brasas. Isidro caminó hacia la sombra de un eucalipto, sus piernas temblaban. “Necesito comer algo” pensó mientras vio a Tony despedirse de los dos hombres. Recordó que llevaba una botella de agua y le dio un trago, estaba tibia pero le ayudó a recobrar el equilibrio. Por fin su primo le hizo señas para que se acercara, Isidro regresó bajo los techos y ahí en los puestos, escondida detrás de unos sarapes, una puerta se abría hacia un pasillo oscuro que daba a un pequeño patio cubierto por una enramada donde había mesas y sillas. El olor de la comida hizo sonreír a Isidro, Tony le pasó el brazo por el hombro y le dijo apretándolo con fuerza.

—Hay que desquitar primito... nos merecemos un buen desayuno. Esta señora hace el mejor menudo de la frontera.

Tony era su única familia, por él estaba en ese pueblo a punto de cruzar la frontera, era una suerte estar acompañado de alguien con tanta experiencia, no tenía caso luchar por demostrarle nada, mejor sería escuchar y aprender, igual que lo hizo la primera vez que platicaron en la pizzería de Francisco.

Se acomodaron en una mesa y una muchacha puso tortillas calientes y salsa, los viajeros se apresuraron a hacerse un taco; dos tazas con café humearon delante de ellos, con un pedazo de tortilla en la boca Tony preguntó.

—¿Esa fue la mochila que te compraste? Está buena, elegiste bien.

Isidro sonrió satisfecho.

—Del precio ni te pregunto, seguro te transaron pero no te preocupes eso pasa siempre, ya te dije, este pueblo existe para quitarle al migrante todo lo que lleva y si se deja, aun tan cerca nomás no va a llegar a la línea. Otra cosa... nunca salgas al sol si no es necesario, ya habrá tiempo de tostarnos cuando estemos metidos en el desierto.

IV

Caminaron sin prisa de regreso a casa de doña Carmela. Detrás la plaza en pleno movimiento veía juntarse trabajosamente la gente en las *Vans*. Muchos jóvenes deambulaban indecisos con la intención de armar grupo para hacer el cruce, buscaban guía que se comprometiera. No podían pagar mucho por eso llegaban solos y trataban de conocer gente en su misma situación con las cuales probar suerte, aquellos grupos improvisados, organizados sin pollero eran los más vulnerables, víctimas fáciles de los cholos.

Mientras caminaban Tony observó a su primo Isidro, no le gustaba la manera como arrastraba los pies, siempre pensó en él como un muchacho fuerte pero ahora, justo ahora que debía probar de qué estaba hecho, lo sentía frágil como una

rama a punto de romperse. Algo traía mal en el cuerpo y se lo estaba guardando.

–¿Cómo ves el calor primito?, te dije que era cabrón.

–Se parece al que pega en marzo allá en el pueblo nomás que más parejo.

–Ahora imagínatelo todo el día sin una pinche sombra que te proteja, ¿cómo ves?, ¿crees que aguantes?

–Hasta la pregunta ofende... si tú bien sabes lo que cuesta trabajar la parcela y yo desde chico no hago otra cosa, no te preocupes por mí Tony, de una cosa puedes estar seguro, no me voy a quebrar a medio camino.

–Nunca dudaría de ti, es la pura costumbre de preguntar al compañero con quien uno va a arriesgar la vida.

La casa de Carmela se anunciaba con hospedaje cómodo y comida casera, tenía una pequeña tienda que surtía a sus huéspedes, vendía agua, jugos, latas, pan y dulces. Cuando llegaron, Isidro compró una coca fría, luego pasaron junto al mostrador hacia la casa.

–Voy a acostarme un rato –dijo Isidro.

–Descansa bien porque pronto nos vamos a ir.

Sentado en el pasillo un muchacho con pantalones anchos levantó la cara cuando Tony pasó hacia la cocina, al entrar vio a Carmela con una mujer joven, corta de estatura y tocada por un cabello negro apretado en una trenza, al oírlo las mujeres guardaron silencio, la muchacha se puso a acomodar unos platos y luego salió por otra puerta que daba a un terreno donde había más cuartos, al ver a Tony Carmela se relajó, tomaba café y le ofreció al recién llegado una taza.

–Se la acepto doña –dijo y se sentó. Carmela sirvió el café y le hizo compañía.

–¿Y cómo andas muchacho?, ¿otra vez de regreso a los Estados Unidos?

–Ya ve usted, esa es la vida que nos toco, bueno... en parte también la que elegimos.

—¿A poco tú podrías quedarte en tu tierra sin necesidad de saltar para Estados Unidos? Yo siempre digo que la gente que viene es porque no tiene de otra, ¿o qué no?

—En el pueblo cuesta trabajo sacar para vivir, pero podría hacer lo que muchos: irme y regresar después de años, pero a mí me gusta visitar el pueblo, tengo a mi papá allá y cuando llego voy con él a trabajar el campo...

—Ya casi no hay gente así... ahora los muchachos quieren hacer otras cosas y aunque saben sembrar nomás ya no les gusta, luego me cuentan que tampoco deja.

—Y tienen razón, yo siembro pero no podría vivir con la pura cosecha, el dinero está en la ciudad no en el campo y a nosotros nos toca salir a buscarlo... Y a usted, ¿cómo le ha ido?

—Pues ya ves, ahí pasándola... el negocio va mal. Ahora la migra está muy dura, metieron sabe cuántos agentes y le pusieron muchas torres al muro... eso por un lado, pero también está la falta de trabajo de aquel lado.

Carmela levantó su taza y dio un lento trago de café, miró hacia la ventana como si buscara a alguien, luego, en voz más baja, le dijo a Tony.

—Aquí en México todos han tratado de acabarse el negocio, muerden mucho a los pobres migrantes, mira, allá en la plaza, si te fijas, están los roba gentes, los llaman bajadores... cuando para el camión no sé de dónde salen tantos, les dicen "yo te conecto", "soy de aquí y conozco", otros les ponen el teléfono para que llamen y si la persona comete el error de decirles, "yo vengo recomendado a cierta casa de huéspedes", ya no lo sueltan... "yo sé dónde es, te llamo un taxi..." Hay mafia entre el boletero y los bajadores, y luego sueltan dinero a las autoridades. Yo no les doy nada, pago impuestos, contador y todo, a mí no me gusta repartir, lo malo es que si una no le entra cada vez hay menos clientes... Mira, yo empecé en esto hace unos diez años, nunca pensé dedicarme al negocio de los huéspedes, pero tenía unos amigos con hotel que me animaron, arreglé dos cuartitos con los servicios de la casa y en los meses de marzo y abril los que no alcanzaban lugar en

el hotel me los despachaban a mí, poco a poco le agregué a mi casita otros cuartos y los puse bien, individuales, con baño adentro y agua caliente. No fui de las primeras, tengo una amiga que empezó hace quince años cuando venían muchos indios de Chiapas y Oaxaca, por eso muchos todavía dicen que tienen una casa de Oaxaca. Como sabes el cruce por Tijuana, Juárez y Nogales se complicó y cada vez venía más gente, me hice de clientes porque entre ellos decían cómo era la casa, el trato... luego empezaron a tener más confianza, algunos que venían seguido me dejaban cosas de valor porque sabían que en el monte les robaban, yo siempre he respetado, además, les entrego el cuarto limpio, que a la media hora esté sucio, ya es otra cosa...

Tony escuchaba atento la historia que Carmela le contaba, desde que la conoció le pareció una mujer de mucho carácter, joven todavía y guapa... la imaginó diez años antes en aquella casa de huéspedes y pensó que mucho del éxito habría descansado en su presencia física pero ahora, frente a su taza de café, Tony la miró cansada y triste, como si todos los años de trabajo duro se le hubieran venido a posar en su cara, justo alrededor de los ojos. Nadie se movía en la casa, eran las doce y los huéspedes intentaban refugiarse del calor adentro de sus cuartos. Carmela hizo a un lado su taza a medio vaciar y continuó.

—En los buenos tiempos llegué a tener 250 gentes diarias, se hacían grupos de 40 ó 50, pero ahora eso ya no se ve, hace rato me llegaron catorce muchachos y tengo a tres muchachas, pero a una de las jóvenes la recomendaron con un guía que tiene buena referencia y se porta bien, entonces tal vez se queden sólo dos muchachas en el grupo. Como espero a otros cinco que vienen de Hidalgo van a salir todos hasta pasado mañana. Como podrás darte cuenta ahí la llevo, con pocos huéspedes y todos mis gastos... y ustedes, ¿cómo piensan irse?

—En eso estoy doña, como vio somos dos y yo conozco el camino, pensamos irnos solos para movernos rápido y tener más chance de burlar a la migra.

—Y tú amigo, ¿también conoce el camino?

—Es la primera vez que cruza pero está fuerte y no creo que tenga problemas.

—No es sólo la fuerza sino entender los cambios del desierto, el movimiento de la migra y las rutas de los cholos. Meterse al desierto es cosa seria, si le tienes confianza a tu compañero arriégate, pero ten cuidado, no vaya a ser que se te quede a medio camino.

—Es que así ahorramos lo del guía.

—Eso está bien, aunque luego sale más caro el caldo que las albóndigas, si piensas irte por tu cuenta asegúrate de estar preparado. Mira muchacho, tal vez conozcas la ruta y tu aguante, pero hay gente mala que nada más anda viendo a quien torcer, ya no es como antes, ahora todos quieren sacar tajada del migrante y si no es aquí en el pueblo, es en el monte. Cada vez hay más bandas por el cerro pero ellos no son los más peligrosos, los que de veras asustan son los narcos. No sé si a ti te tocó cuando se impuso la cuota... de un día para otro los narcos se hicieron dueños del monte, no querían que pasaran las *Vans* porque les perjudicaban, ellos tenían algunas entradas para su mercancía por el bajío, la ladrillera y la sierrita. Una vez detuvieron como diez camionetas, agarraron a los choferes y los golpearon, la gente que iba trepada se desparramó y luego quemaron los vehículos para amedrentar, los mafiosos ya no dejan pasar porque como meten su droga dicen que con tanto ganado se calienta el lugar; por eso desde marzo impusieron la cuota, primero cobraban quinientos por cabeza, pero en mayo le subieron a setecientos.

—¿Y las autoridades no hacen nada? Ahora que hay nuevo presidente, ¿no piensan decirle que vea por eso?

—Ya lo vi y según dice tiene intenciones de erradicar esos abusos, yo lo conozco bien y no creo en *Santo Clos*, el presidente ni carrera tiene y está ahí, hay mucha gente capacitada y joven que acaba de salir de la universidad, a esa deberían darle el puesto, pero este muchacho como es del partido y tiene familia política, le dieron su premio; y no sólo es él, su secretario

también es mal elemento, trabaja ahí pero es de esos que te hacen un trabajo y te enfadan para que no regreses. Acá en la frontera todos están amafiados, si los muchachos van por allí en grupito, los policías los paran y los asustan “que van a buscar droga” les dicen, pero ya saben que son migrantes y les sacan algo, lo que sea... Una vez un señor que venía de Oaxaca vino a verme pero no estaba y me espero, cuando llegué me dijo, “Me quitaron a dos de mis sobrinos, tanto que me los encargaron, se los llevó la patrulla, íbamos bajándonos del camión, no habíamos hecho nada”. Estaba tan mortificado que le dije “Yo lo ayudo”, entonces conocía al jefe de seguridad, llegamos con él y le conté, nomás se rió, “ya han de andar por el cerro, pero vamos a buscarlos”. Bien que sabía dónde andaban, los trajo de regreso y le pidió una explicación al policía que los había agarrado... “Recibimos un llamado... nos dieron el reporte que unos jóvenes estaban orinando en la vía pública”. Puros cuentos, ¿quién va a llamar a las dos de la mañana para eso?, no te digo, todos están amafiados. Para no ir tan lejos, ¿ves la muchacha que estaba hace rato aquí?, le pasó algo parecido, voy a decirle que te cuente para que veas cómo están las cosas.

Doña Carmela había recobrado el ánimo, se puso de pie y vio su reloj.

—¡A chingao! ya se nos hizo bien tarde y tengo que hacer la comida, ¿ustedes van a comer aquí?

—Si doña, pero antes me voy a echar un coyotito.

—No te apures, como en dos horas les sirvo... voy a hacer un molito que se van a chupar los dedos.

Levantó las tazas y dio la espalda a Tony que salió de la cocina hacia el cuarto donde Isidro intentaba dormir sofocado por el calor y un malestar que iba en aumento.

V

Detrás del escritorio un hombre moreno con más de cincuenta años encima, cabello corto y bigote negro ponía orden a los papeles que tenía enfrente. Alineadas junto a la pared cuatro

sillas conformaban la antesala de la presidencia municipal. Un ventilador viejo movía sus aspas para aliviar el calor de quienes esperaban sentados. Como telón de fondo las fotografías del presidente de la república y el gobernador sonreían hipócritas a todos los presentes.

–¿Quién tiene cita? –preguntó el hombre del escritorio.

De los tres que esperaban sólo uno levantó la mano, se trataba del director de la primaria que desde hacía varios días quería hablar con el joven alcalde.

–En un momento lo va a atender el presidente, usted perdonará el retraso pero con el poco tiempo que llevamos apenas estamos poniendo en orden muchas de las cosas que hacía la anterior administración.

–No se preocupe...

–Siempre es lo mismo –se quejó en voz baja la mujer sentada a un lado–, no lo recibe porque no ha llegado, mire, él siempre deja su camioneta enfrente y no está todavía.

Lucio Macotela director de la primaria, rasgó el aire tibio de la sala con una falsa sonrisa. Había llegado de Coahuila seis años atrás para ocupar la dirección de la escuela en Caborca donde trabajó cuatro años, pero pasado ese tiempo lo transfirieron a Altar gracias a su buena gestión; cualquiera diría que era lo contrario porque no había comparación entre un lugar y otro, pero lo cierto es que en el pueblo se necesitaban directivos con carácter y Lucio había demostrado tener arrestos para enfrentar situaciones difíciles. Las autoridades de la Secretaría de Educación le ofrecieron mejor sueldo y la posibilidad de ubicarlo en Hermosillo con un puesto directivo si se hacía cargo de la escuela durante un tiempo, la ambigüedad del periodo fue lo único que Macotela discutió durante la negociación, pero no pudo hacer nada para precisarlo, tampoco le dejaron muchas opciones, si no aceptaba la propuesta sus días en la primaria de Caborca estaban contados.

Después de dos años en Altar no veía clara su transferencia, de hecho en el último año poco había pensado en ella, se había concentrado en la formación de los niños. El ciclo escolar

había terminado hacía una semana y Lucio Macotela no quería dejar pasar tiempo para tratar un asunto que le preocupaba.

El número de empleados que iba y venía de un lado a otro parecía excesivo, se movían con prisa como si la velocidad tuviera relación con la efectividad de su trabajo, todos parecían atender algo urgente, el único que permanecía en su sitio era el policía de la entrada.

–Disculpe –dijo tímidamente a Lucio Macotela el hombre que estaba sentado junto–, ¿usted cree que si no tengo cita podrá atenderme el presidente?

–Yo diría que sí... pero mejor pregúntele a su secretario, así puede estar más seguro.

–Muy bien –respondió, pero no se movió de su sitio.

A Lucio le bastó un vistazo para ubicarlo, se trataba de un migrante que no tuvo la suerte de cruzar la línea. Cuántas veces había visto aquella expresión de vergüenza añeja, como si el intento de dignificar la existencia estuviera cargado de culpa. Lucio sostenía que cada migrante era dos personas: una, la que llegaba dispuesta a cruzar al otro lado: fuerte, serena, cargada de esperanza; y otra, la que regresaba sin haber logrado su objetivo: agotada, con miedos, sujeta a una historia de penurias y malos entendidos con la vida. Los migrantes las llevaban impuestas de tal modo que asumiendo una era impensable la existencia de su contraparte. Aquel hombre llevaba sobre sí la cara del desamparo y parecía incapaz de sobreponerla, ¿cuántas veces habría pasado de una a otra?, ¿cuántas más quedaban antes de llegar a su destino?

–Y se puede saber... –preguntó Lucio con un interés honesto–, ¿qué asunto lo trae por acá?

El hombre se enderezó y limpiándose con la mano la comisura de los labios respondió.

–Aquí estamos a ver si podemos recibir apoyo del presidente municipal, lo que pasa es que quise cruzar la línea ilegalmente, usted sabe, vamos a trabajar más que nada, nosotros no somos delincuentes, yo he pasado prácticamente mi vida en Estados Unidos, vengo a visitar a mi familia a México y regreso

de igual forma, pero ahora las cosas están más complicadas, nos tratan como criminales, nos encadenan y ya ve usted, nos aventó la migra pa' fuera.

—Sí, ya veo, esos gringos no saben distinguir entre la gente buena y mala, para ellos nosotros somos los delincuentes... Mi nombre es Lucio Macotella y el de usted.

—Gregorio.

¿Y a qué se dedica don Gregorio?

—Soy cocinero, estoy en un restaurante en Tucson, ahí ya me conocen, llevo diez años en ese lugar, empecé lavando platos y ahora ya me hago cargo de la cocina. Me gusta ese trabajo.

—Además se ve que lo ha hecho bien porque ya le dejaron la cocina.

Gregorio sonrió satisfecho mostrándole a Lucio la cara oculta de su persona, pero la situación no daba para mucho.

¿Y qué apoyo piensa pedir?

—Parte de mi pasaje y una llamada para ver si mi familia me manda el resto, si me ayudaran con comida y cama, estaría bien.

—Sería bueno que las autoridades de aquí tuvieran un programa de apoyo, y dígame, ¿cómo fue que lo agarraron?

—Lo que pasó es que el guía se quiso pasar de listo, yo ya me la sé y me di cuenta, cuando íbamos bien metidos en el desierto se puso a darnos vueltas a un cerro, a la segunda dije, “por aquí ya pasamos,” y que pongo una señal “si la veo de nuevo es porque volvimos a pasar”, seguimos y como a las dos horas que veo mi señal, entonces le dije al guía “¿qué pasa?, ¿por qué las vueltas?” No sé cuales eran sus intenciones, si perdernos o esperar a los cholos, el caso es que se destanteó y me dijo que se había perdido, yo no le creí, a mí no me había tocado pero ya sabía de esa maña; el caso es que enderezó el rumbo pero dio igual porque esa noche nos agarró la migra y nos aventó para afuera. Ahora lo que tengo que hacer es buscar otro guía porque ese ya no lo vi de confiar.

—Por lo visto todos buscan su beneficio, hasta los de la patrulla fronteriza tienen cola que les pisen.

–En lo personal la migra no se ha portado mal conmigo porque a mí no me gusta correr, si ya me agarraron me quedo sentado y me tratan bien, pero hay muchos que corren y a esos sí les pegan, los patean, eso he visto pero como yo no corro nomás me agarran y me suben a la patrulla. Lo que sí duele hartito es que ya casi llega uno donde nos van a levantar, ya caminamos varios días con hambre, con sed y frío, por eso duele, porque se pierde todo lo que se había ganado en el camino.

–¿Lucio Macotella? –preguntó el secretario como si una multitud le impidiera saber de quién se trataba.

–Si señor.

–Pase por aquí, el presidente ya puede recibirlo.

Lucio se levantó sin prisa, era un hombre alto de tez blanca y redonda, su pelo negro y escaso lo llevaba peinado hacia un lado, los movimientos finos de sus manos contrastaban con su tamaño, antes de irse se volvió hacia Gregorio y le dijo. “Espero que consiga el apoyo que quiere... ¡usted exíjalo!”, luego caminó hacia la puerta del despacho cerrado del presidente.

Adentro un potente aire acondicionado mantenía fría la oficina, el joven alcalde se puso de pie y saludó al director expresándole el gusto que le daba conocerlo, estaba al tanto de los intentos infructuosos por concretar esa entrevista pero no dijo nada al respecto, tomaron asiento y se dispusieron a conversar.

–Por lo visto su gestión va viento en popa, me bastó el tiempo que estuve afuera para darme cuenta del movimiento que tienen ya las oficinas, la gente está ocupada y animosa.

–Estamos empezando, pero como usted dice hemos armado un equipo con muchas ganas y eso no es fácil; saber identificar a las personas adecuadas para cada puesto es una tarea delicada. Creo que esta administración tiene la ventaja de estar conformada por un grupo que ha trabajado de tiempo atrás, con recursos propios, claro está, para beneficio de la comunidad. Hemos llevado a cabo acciones encaminadas a atacar los problemas más urgentes.

–Y vaya que tenemos problemas aquí en el pueblo, a mí me toca escucharlos de primera mano, ya se imaginará con la cantidad de familias que atendemos en la escuela.

–Su visita es muy oportuna porque como le dije antes, a mí me interesa conocer los problemas reales de la gente de Altar. Cuando se habla de nosotros en la capital sólo figuramos en la estadística por el número de migrantes que pasa por aquí.

–Es una mirada muy estrecha, créame que lo sé muy bien porque a nosotros en la escuela nos pasa igual, las normas y tiempos escolares están diseñados para contextos más estables, en la capital no se dan cuenta que aquí llegan estudiantes de la mayoría de los estados del sur del país, algunos se integran pero otros no, están por corto tiempo y luego se van; esa movilidad implica un trabajo distinto al de otras escuelas del estado. Al principio a los niños nuevos les cuesta trabajo moldearse porque traen las costumbres de sus lugares, pero conforme pasa el tiempo se adecuan. En la escuela el ambiente que se vive es de aceptación, aunque no se crea, a veces hay conflictos entre los niños de aquí y los de fuera.

–Pero acuérdesese que gracias a esos niños y sus familias se mantiene el pueblo, si no hubiera migrantes Altar simplemente no existiría. A mí me queda claro que si nosotros no ponemos de nuestra parte los paisanos van a buscar otros lugares para cruzar y eso tendría consecuencias. Como usted sabe, por la disminución de migrantes los negocios reportan ventas muy bajas y no es costable mantenerlos, ahí tiene el caso del supermercado que cerró la semana pasada, todos los días escucho la queja de los comerciantes, la situación es crítica pero estamos dispuestos a enfrentarla. Tenemos poco tiempo aquí pero ya he preparado reuniones con transportistas, comerciantes, casas de huéspedes, hoteleros para ver de qué manera atacamos este problema.

–¿La idea es entonces fomentar la migración?

–De alguna manera sí, ella representa parte de nuestra economía, si no es que el total, porque aquí la ganadería está muy mal, si vemos la agricultura tampoco hay, o es muy po-

quito lo que se mueve en esa línea, entonces no nos queda más que prestarle a los migrantes servicios de hospedaje, comida y transporte. Para esta administración los connacionales que pasan por aquí en busca de mejores oportunidades de vida son turistas y por eso debemos brindarles buenos servicios. Mucha gente en el pueblo ya está consciente de eso y trabajamos para que cada vez sean más. Por ejemplo, ya se organizó la unión de transportistas y el ayuntamiento participa con ellos; de la misma manera deberíamos hacer con el hospedaje y la alimentación, para mí la clave es la organización, pero ya ve que hay muchos que creen que el negocio es sólo de ellos y no quieren integrar a nadie más, se molestan por nuestros intentos de poner orden.

—Usted se refiere a las casas que dan servicio desde hace años y les tocó vivir el auge de los migrantes aquí en Altar.

—Exactamente, se trata de gente que aprendió a trabajar sola e hizo su capital sin atender ninguna reglamentación, cobraban lo que querían, no reportaban sus movimientos, acordaban los cruces como si estuvieran en su casa y muchos obtuvieron sus principales beneficios no por los migrantes, sino por la droga que cruzaban.

—Pero va a enfrentar a personas que difícilmente querrán cambiar su modo de operar.

—No se trata de que quieran, es una cuestión de respeto a la ley, ahora trabajo en una reglamentación que si bien considera la antigüedad del negocio dándoles prerrogativas, no se pone a su servicio.

—¿Cuál es la idea? ¿Que el municipio participe también?

—Que apoye a todos, no sólo a unos cuantos como pasaba antes. La gente necesita ingresos y no es posible que estos se encuentren en manos de unos cuantos.

—Si entiendo bien, la idea es abrir el mercado, dar cabida a más personas y equilibrar los ingresos de los alteños... Suena interesante.

—Pero yo no me quiero quedar sólo en ese nivel, tengo como proyecto solicitar a las autoridades estatales o federales, o

donde sea necesario, la construcción de un centro de migrantes que lleve a cabo gestiones para que a futuro, quienes lleguen aquí, vayan contratados a Estados Unidos, pero para eso hay que trabajar duro en nuestro pueblo, negociar con los diferentes grupos. ¡Hacer política pues!, para que cuando se revise la propuesta encuentren avances y sea más fácil echarla a andar.

—Ahora me doy cuenta que detrás de sus acciones está un plan maestro en el cual, seguramente, su grupo ha trabajado desde hace varios años.

—Cómo se ve que usted es una gente instruida con una visión más amplias de las cosas, pero en el gobierno estatal pocas veces se encuentra uno con gente inteligente, ocupan puestos porque son amigos o parientes del gobernador, usted sabe a qué me refiero, la capacidad del funcionario público poco tiene que ver con el puesto que ocupa.

El joven alcalde hablaba como si fuera ajeno a aquella práctica, pero Lucio conocía parte de su breve historia y sabía que su filiación al partido respondía a la trayectoria política de su padre, representante directo del gobernador en la región. Miró al presidente con ánimo de entender hasta dónde llegaba la ingenua idea de impulsar desde Altar una reforma migratoria, guardó silencio porque no se trataba en ese momento de enfrentar al poder, sino de solicitar su apoyo. Lucio estaba preocupado por la seguridad de los niños en la escuela, la presencia de narcotraficantes en la zona era cada vez mayor y eso traía consecuencias a todos los niveles.

—Ojalá las autoridades tengan la disposición de apoyarlo cuando entiendan que su ánimo es generar condiciones menos desfavorables para los migrantes y mayores beneficios para la gente de Altar; en ese sentido percibo una sintonía entre su trabajo y el mío. En la escuela también estamos preocupados porque las condiciones de vida de nuestros alumnos, y eso incluye a sus familias; para ello ponemos todo nuestro esfuerzo y conocimiento, pero hay cosas que por más que queramos exceden nuestra capacidad, es por eso que he venido a solicitar apoyo.

–Usted dirá en qué podemos ayudarlo.

–Como sabe, nuestro principal problema es la inseguridad, cada vez hay más narcotraficantes y algunos de ellos pasan a formar parte de la comunidad.

–Usted viene de fuera y tiene una visión diferente, yo puedo decirle que aquí toda la vida ha sido una zona muy tranquila, aunque es necesario reconocer que en los últimos años el tema de la seguridad se ha vuelto importante, para mí es parte del problema nacional, nada más basta con prender la televisión para enterarse de la violencia que hay; antes esos problemas sólo se veían en las ciudades grandes, pero ahora, nos ataca a nosotros también, es generalizado...

–La cosa es, ¿cómo podemos hacerle frente aquí? Desgraciadamente la seguridad de los niños está relacionada directamente con la actividad de los padres. En los últimos meses he recibido amenazas de secuestro de alumnos de la escuela y eso se debe a que muchas personas que se dedican al narcotráfico tienen a sus niños en la escuela y si se dan conflictos entre grupos, son los pequeños quienes pagan las consecuencias. Hace apenas una semana, justo dos días antes de terminar el curso, me hablaron para avisarme de un secuestro, créame que se trata de una situación muy difícil porque de nosotros depende la integridad de los alumnos y maestros; yo entiendo que como autoridades ustedes no pueden hacer mucho para acabar con esas llamadas, pero sí con la seguridad directa en la escuela. Ese día, después de la llamada, traté de comunicarme aquí y no me fue posible, tuve que enfrentar la situación solo, reuní a varios profesores y organicé con ellos una vigilancia especial a la hora de la salida, pero eso no está bien, ¿qué podemos hacer nosotros si hombres armados intentan llevarse a uno de los alumnos?, nada, es más, si los enfrentamos corremos el riesgo de resultar heridos o muertos...

–Es un problema muy delicado y créame que entiendo su preocupación. Me parece muy extraño lo que dice respecto a la falta de atención por parte de la policía municipal, voy a atender personalmente ese asunto. ¿Y qué propone usted, señor director?

–Vuelvo a hacer la solicitud para que una patrulla esté frente a la escuela a la hora de la entrada y la salida, y que tengamos una línea directa con ustedes para comunicarnos en caso de alguna emergencia.

–Respecto a la línea directa no veo ningún inconveniente, es más, le podría dar mi propio número de celular para atenderlo personalmente, pero, respecto a la patrulla es algo que debe considerarse con más detenimiento, no es porque me parezca una solicitud excesiva sino porque no contamos con unidades ni personal suficiente. Como sabe el municipio es grande y todos tienen derecho a la protección de la autoridad.

–Sobre todo los niños y sin embargo no han contado con ella... Reconozco las limitaciones de equipo y personal que tienen, pero me parece prioritaria la seguridad de los menores y más si existen amenazas de secuestro. A mí me gustaría conocer el programa que, no dudo, le ha entregado el responsable de seguridad pública a fin de entender mejor cuáles son las políticas que en este rubro piensa adoptar durante su administración. Si le pido esa información es para generar sinergias, podríamos solicitar conjuntamente al gobierno estatal apoyo para enfrentar el problema.

–Yo estoy en la mejor disposición de ayudarlo pero como le digo, no es fácil porque nos faltan recursos.

–Me parece que es cuestión de priorizar, si bien es importante fortalecer la economía, la integridad de la población es primero...

–Sin dinero no se mueve nada, necesitamos desarrollar programas para fortalecer la economía, de qué sirven niños inteligentes si no tienen qué comer, entiéndame, yo trato todos los días con personas interesadas en el desarrollo de nuestro municipio, pero su prioridad está en los beneficios que pueden darles sus inversiones, su mirada está puesta en el futuro.

–¿En el futuro...? y entonces, ¿por qué no piensan en los niños?

–Hagamos una cosa señor director, ¿por qué no hace una solicitud oficial donde describa su problema y la ayuda que

requiere, de esa manera podré abocarme a atenderla? Lo tomaré como una tarea personal.

—No le estoy pidiendo un favor señor presidente, le pido que haga su trabajo, la carta aquí la traigo y quiero que sea usted mismo quien la reciba, he marcado copia para el delegado de la SEP y el gobernador.

Lucio sacó de su cartera el documento y se lo entregó al presidente junto con una copia que debía firmar de recibido. El joven alcalde, sorprendido por la acción del director, se dispuso a firmar el papel y dio por terminada la entrevista. Antes de salir Lucio echó un rápido vistazo al decorado de la oficina y dijo.

—Sería bueno que sus prioridades estuvieran enfocada al bienestar de la gente y no a su confort... Me gustaría saber, ¿qué porcentaje del presupuesto destinó para decorar su oficina?

Abrió la puerta detrás de la cual el calor del desierto había ganado fuerza. Sentado en su silla don Gregorio esperaba ser atendido, junto a él, otros, con historias similares de injusticia, pobreza y muerte esperaban también. Tras el escritorio no había nadie y el ventilador estaba apagado. Junto a la puerta que daba al patio trasero dos policías platicaban despreocupados, cada uno llevaba dentro de la sobaquera su pistola calibre 38 con la cual pretendían garantizar la seguridad de la gente, de los migrantes turistas que, en filas cada vez más largas, llegaban a pedir ayuda a unas autoridades incapaces de escucharlos y entenderlos.

Sobre la acera debajo del implacable sol de las once, Isidro y Tony cruzaron frente a las oficinas municipales situadas a espaldas de la iglesia, Lucio Macotela salió apresurado con ganas de dejar lo antes posible aquel lugar. Molesto por la charla con el alcalde caminó sin darse cuenta y tropezó con ellos justo delante de la puerta, se disculpó y no pudo contener su opinión sobre el joven político.

—Uno viene aquí a buscar ayuda y sale pidiendo auxilio. Con autoridades como éstas, para qué queremos enemigos...

—Así son en todas partes —dijo Tony—. ¿Qué le vamos a hacer?

—Mandarlos a la chingada... —dijo Isidro reanimado por el desayuno—, al menos eso diría don Juan, un señor de mi pueblo.

VI

—¿Entonces te llamas Soledad?... —preguntó Tony a la joven sentada a la mesa.

Los ojos grandes de la muchacha apenas lo miraron, movió la cabeza de arriba a abajo mientras mordía su tortilla. En la cocina dos muchachos esperaban de pie junto a la barra su plato de sopa, Isidro comía sin apetito el arroz que tenía enfrente, su atención estaba puesta en la joven de trenza negra sentada a su lado, le recordaba a Demetria. Carmela se movía gustosa entre las cacerolas y los sartenes, la cocina amplia y bien iluminada era su refugio, tenía un decorado distinto al resto de la casa, había puesto especial cuidado en los adornos y aunque preparaba comida para muchos, la mantenía impecable. Sus dotes de cocinera le habían dado buenos dividendos, cuando se dio cuenta lo mucho que gustaban sus platillos y sobre todo sus postres, decidió arreglar los negocios en la cocina de su casa. A la mesa se sentaban desde los choferes de las *Vans*, hasta las autoridades del pueblo.

En aquel espacio acogedor Carmela había escuchado toda clase de historias, era una especie de profesora que mientras preparaba el sustento del cuerpo, prestaba oído para reconfortar el espíritu. Los silencios traídos de lejos se transformaban en poco tiempo en largos relatos cargados de dolor y miedo. “¿Qué más puedo hacer para aligerar la pena de esta gente que ofrecerles lo mejor que hago”, decía Carmela convencida, por eso se esmeraba en cada platillo que preparaba. Los cobraba bien, pero sin sobrepasar las posibilidades de sus huéspedes. En ocasiones cuando veía que la gente no traía dinero les preparaba algo sencillo y se los daba casi regalado.

Esa tarde Carmela le había pedido a Soledad sentarse con

Tony e Isidro para que les contara su historia, estaba segura que la plática reforzaría en ellos la idea del peligro de cruzar solos y podía animarlos a sumarse al grupo. La joven asintió sin entender bien el propósito de la señora y fue a sentarse con ellos. Comían en silencio y la historia no aparecía por ninguna parte, Tony tenía ganas de escuchar el relato pero dándose cuenta que Soledad no hablaría por cuenta propia, decidió iniciar la plática.

—Me dijo doña Carmela que llegaste hace dos días y tuviste problemas.

Isidro levantó la vista y miró a Soledad, también quería escuchar su historia, ella se dio cuenta y lo vio de reojo antes de empezar.

—Pero primero llegué a Tijuana para cruzar por allá y no se pudo. Fui ahí porque tengo un primo que me iba a ayudar, como no crucé le hablé a mi esposo a Los Ángeles y le dije que yo mejor me regresaba pero no quiso, me dijo “espérate... voy a buscar otra opción.” Estuve como cinco días parada en aquella ciudad y cuando me habló me dio el nombre de doña Carmela, así que me vine para acá. Yo no conocía por aquí, es la primera vez que voy a cruzar y si por mí fuera me regresaba al pueblo.

—¿De dónde eres? —preguntó Isidro.

—De Huautla... ¿Conoce?

Isidro negó con la cabeza y preguntó.

—¿Entonces en Tijuana tuviste problemas?

—Bueno, ahí nos agarró la migra y nos echó para atrás, pero lo malo estuvo aquí... Mi primo me subió al autobús y me vine, llegué como a las cuatro de la mañana, antes de bajarme el chofer me preguntó que si iba a cruzar y le dije que no. “No me engañes, todos vienen acá para cruzar...” me dijo “como aquí no hay terminales te voy a bajar enfrente de la plaza, pero ten mucho cuidado porque ahí luego los agarran.” Como me cayó mal ni le hice caso y me bajé. Había unos teléfonos del otro lado de la calzada y le hablé a mi esposo, “Ya marqué el número de la señora pero no entra, ¿qué hago?”, “Espérate, le voy a marcar y ahorita me vuelves a llamar...”. Después de un

ratito nos volvimos a comunicar. “Van por ti” me dijo, y me quedé sentada a esperar... De pronto llegaron unos señores y uno me preguntó “¿Eres Soledad?”. “¿Y usted quién es?” le pregunté. “Nos mandaron por ti de parte de doña Carmela”. Yo estaba dudosa y no me animaba a ir con ellos, como me tardaba en decidir uno me agarró del brazo y me dijo “Vente porque se hace tarde y va venir más gente.” No supe qué hacer y me subí al carro, casi no anduvimos, como a dos cuadras de la capilla me metieron en un callejón y ahí me tuvieron. “Nada más que amanezca va a venir la señora a hablar contigo, ahorita no va a poder porque está en otros asuntos.”

Isidro escuchaba con sorpresa la historia de Soledad, guardaba silencio y veía sus manos pequeñas acompañar cada palabra. Tony comía y escuchaba atento el relato para medir cuánta verdad llevaba. La joven contaba lo sucedido más para ella que para los presentes, demostrándose a sí misma lo que había sido capaz de hacer. Poco a poco levantó la vista hasta encontrar los ojos de Isidro fijos en su cara morena.

—No me sentí a gusto en ese lugar, estaba encerrado y caluroso, no quise acostarme y estuve sentada en un sillón hasta que amaneció. “Necesito hablar por teléfono”, le dije a un muchacho que se asomó al cuarto. “No se puede porque ya va a venir la señora, mejor descanse un rato y no se preocupe.” Así me tuvieron hasta que amaneció, como vi que nadie llegaba salí del cuarto y encontré a otro hombre sentado. “Sabe qué”, le dije, “quiero ir a la tienda”, el joven todavía andaba por ahí y lo llamó. “Ve qué quiere la muchacha y cómpraselo... ella se queda.” Al verme encerrada sentí miedo pero tuve que imponerme y le dije enojada “Yo quiero hablar por teléfono y quiero ir a la tienda, usted no me va a obligar a que me quede.” Quien sabe qué cara le hice porque luego le dijo al muchacho que me llevara, aunque me advirtió que a esa hora todo estaba cerrado. Afuera había poca gente, caminamos cerca de la capilla y entonces dije, “No sea malo, necesito hablar por teléfono”, como lo vi sin saber qué hacer, insistí y me dejó. “Pero hágalo rápido porque si nos ven se van a enojar” Le hablé a mi esposo

y fue cuando me dijo que no eran las personas donde iba yo a llegar, que me saliera de ahí. “No me puedo salir porque me tienen bien vigilada, ahorita para hablarte me mandaron con un joven y nomás porque me vio desesperada me dejó”. “No sé cómo le vas a hacer, pero escápate” y me colgó.

Nos metimos de vuelta y antes de entrar al cuarto le dije al señor “¿Qué pasó con la señora?, yo quiero hablar con ella...”, “La señora no puede venir, ten paciencia, voy a llamar a ver si ya salió” Según habló con alguien y luego dijo que en veinte minutos. Esperé otra vez sentada en el sillón, estaba cansada y no veía para cuándo esos hombres me iban a dejar salir. Como a la hora llegó un señor bien refinado, ese no se anduvo por las ramas, me vio y dijo, “Sabes una cosa... todos los trabajos que hace Carmela yo los hago, ella me los pasa, en realidad yo soy el que llevo el mando, es más... ¿cuánto te van a cobrar?, pregunto para que respetemos el precio.” “Y si usted trabaja con la señora por qué no sabe” No esperaba mi contestación y se quedó callado, entonces insistí en hablar con doña Carmela. “Espérate un momentito...” me dijo, luego se distrajo porque entraron otros dos que estaban en las mismas que yo. Sin responderme el catrín salió y oí cómo le decía al joven “Cuídalos... sobre todo a la chaparrita”.

Tenía que hacer algo, me senté junto a los recién llegados y les dije “Ese joven no es tan malo, hace rato salí con él y me dejó hablar por teléfono...” Apenas me oyeron empezaron a exigirle salir, hablaban en voz alta y se pusieron cada vez más agresivos, yo aproveché y sin que nadie se diera cuenta me salí. En la calle estaba el señor que me cuidó en la noche y cuando me vio gritó qué a dónde iba, yo me adelanté sin contestarle, como había más gente ya no me gritó, me siguió rápido con ganas de agarrarme pero yo me apuré y entré a la iglesia, el señor se quedó parado en la puerta. Fui directo a la sacristía y les conté todo... entonces una señora bien buena le habló a doña Carmela y ya fue por mí. Si no hubiera sido por esos muchachos que armaron escándalo yo no hubiera podido escaparme... dice la doña que a estas alturas ya estaría en el cerro con otros.

Soledad guardó silencio, había terminado su relato y una vez más quedaba sorprendida de ella misma, nunca imaginó tener el carácter para enfrentar a esos hombres y salir adelante sola; sin querer aquella experiencia le había mostrado una parte desconocida de sí misma llena de fuerza e independencia que contrastaba con la que siempre había tenido. Una emoción desconocida se ocultaba detrás de su rostro. Tony había escuchado el relato desde un lugar donde los sentimientos eran sustituidos por la indiferencia, en cambio, Isidro había quedado conmovido por aquella mujer, porque aunque estaba acostumbrado a escuchar historias de cruce ninguna le habían calado tan hondo; en Soledad veía a su madre y hermanas, pero sobre todo, a Demetria. “Los hombres no sabemos ver a las mujeres tal como son” pensó al mirar a la joven, “nos creemos los fuertes y muchas veces ellas nos demuestran lo contrario...”. Él lo sabía porque se había criado sin un padre y por primera vez en su vida se sintió contento por ello, intentó sonreír a Soledad pero en lugar de sonrisa dibujó en su cara una mueca. Su plato de arroz estaba intacto y la palidez de su cara llamó la atención de la muchacha.

—¡Usted no está bien! —le dijo asustada.

Isidro escuchó su voz lejana y cerró los ojos calientes y arenosos. Tony se dio cuenta que su primo se veía realmente enfermo.

—¿Qué te pasa cabrón?

—Me siento mal Tony... tengo revuelto el estómago y mucho frío.

Soledad le tocó la frente perlada de sudor.

—Está hirviendo, debería llevarlo con un médico.

—Nomás eso me faltaba. Voy a buscar a la doña, ahí te lo encargo.

La muchacha se levantó y le llevó a Isidro un vaso con agua, le hizo tomar unos sorbos y luego le puso un fomento mojado en la frente.

—Ahí sosténgaselo y no se preocupe, ahora que le den sus medicinas se va a poner bien... Debería haberse quedado acostado.

–Me llamo Isidro... Eres una muchacha muy valiente...

–No se crea, si yo misma me sorprendo por lo que hice, nunca antes le había levantado la voz a un hombre y quién me iba a decir que tenía que irme tan lejos del pueblo para saber que no pasa nada.

–Me da gusto conocerte...

Tony entró acompañado de doña Carmela que apenas vio a Isidro los mandó con un doctor amigo suyo.

–Llévatelo rápido para que le baje la fiebre. Te voy a pedir un taxi... no está lejos pero más vale que tu primo no camine bajo el sol.

–Gracias doña –dijo Isidro.

Soledad salió de la cocina sin hacer ruido.

–No tienes de qué, lo importante es que te pongas bueno porque así no vas a poder cruzar.

Luego, dirigiéndose a Tony dijo.

–Piensa en la propuesta de irse con el grupo, salen en dos días y estarían más seguros.

Tony volteó a ver a su primo.

–Estaría mejor –dijo Isidro sin titubear porque así cruzaría el desierto junto con Soledad.

VII

Tony había cruzado muchas veces la frontera, conocía el camino del desierto y el paso por la ciudad, antes se iba por Nogales o Piedras Negras pero desde hacía algunos años Altar se había convertido en el lugar menos vigilado, aunque también, uno de los más peligrosos. Un amigo del pueblo lo recomendó con doña Carmela y a partir de entonces había parado con ella siempre. Las primeras veces no salía de la casa y se iba con el grupo y el guía que la doña le asignaba; ya luego salió a la plaza para comprar víveres y así conoció un poco del pueblo, encontró un lugar más barato para comer y un puesto chico donde abastecerse. Aunque Tony era buen conversador cuando estaba en la frontera apenas hablaba, se volvía callado y metó-

dico, concentrado en la tarea que tenía por delante. El último cruce lo hizo con un muchacho de Caborca que lo convenció de pasar con él, sin guía, más rápido y barato. Salieron temprano y en cuatro días dejaron el desierto. Aquella opción la pareció buena y había pensado tomarla junto con su primo, pero las circunstancias estaban en contra y no sabía qué decisión tomar.

A Isidro le diagnosticaron una infección intestinal leve que lo tendría en cama al menos un día. Tony no había pasado nunca más de dos noches en Altar, sin embargo ahora tenía que permanecer cuatro para dar tiempo a la recuperación de su primo. El encierro lo tenía de malas y para despejarse aceptó la invitación que el doctor le hizo para tomar unas cervezas con un amigo.

El bar estaba adornado con motivos vaqueros: una silla de montar puesta en una esquina, un par de cornamentas de res, sombreros y algunas fotos de rodeos gringos. Había una sinfonola adornada con luces de colores que prendían y apagaban al ritmo de la música nortea. La barra era pequeña y con poca oferta de bebidas, cosa que no le importó a Tony y sus compañeros que tomaron cerveza. Sentados cerca de la pared, lejos de la música y la luz, los tres hombres conversaban animados.

El doctor se llamaba Félix Castor, había llegado de los Mochis hacía unos siete años y desde entonces se dedicaba a consultar migrantes, él mismo se acercó a la frontera con la intención de cruzar pero no pudo, llegó con la carga de una pena según contó, un asunto familiar en el que su abuela y un hermano perdieron la vida. La deuda con la funeraria lo hizo salir de su ciudad. “Me vine mal mentalmente”, dijo, “con un solo cambio y con la mira de ir a Estados Unidos”. Un amigo que vivía en Phoenix y conocía su situación le dijo “vente para acá, yo te voy a costear la pasada y te acomodo en algún trabajo, aunque sea en el *fild*... y ya luego me vas pagando”.

El doctor Castor tenía unos cincuenta y cinco años, estaba canoso pero todavía conservaba algunos cabellos güeros, tenía la cara pálida y una nariz boluda llena de pequeñas venitas

rojas, cuando hablaba su rostro se ponía como jitomate y sus ojos, detrás de los lentes, se veían más pequeños de lo que en realidad eran. Platicó de muchas cosas, pero al hablar de su cruce se puso serio y paraba cada rato para dar tragos a su cerveza. “Iba en la cajuela del carro”, dijo, “entonces una patrulla de la migra se nos acercó, pararon al muchacho que manejaba y lo esposaron, adentro del carro estábamos todos como venaditos, éramos doce en una camionetita cerrada, siete atrás y cinco adelante, en los asientos, escondidos abajo, hechos bolita. Nos sacaron y luego de catearnos nos sentaron en el piso, ahí esperamos que llegara la *border patrol*. Nos fueron a aventar cerca de Mexicali y eso que habíamos cruzado por Nogales. Como vi que estaba difícil el cruce por la raya me vine para el desierto pero la verdad me impuso, yo tenía cuarenta y dos entonces, y no es lo mismo entrarle al desierto a esa edad que a los veinte... Me acercaron a la frontera por El Sásabe, me subí a una loma para ver el desierto... todo adentro parecía igual, sin un camino ni una brecha para guiarse, entonces dije, ‘si me meto ahí ¿cómo le voy a hacer para salir...?’, me bajé del monte y regresé al pueblo sin saber qué hacer”.

El amigo del doctor siguió la historia como si fuera la primera vez que la escuchaba, era un hombre alto de modales finos que a Tony le pareció conocido. El doctor terminó su relato al decir que una vez que su sueño de ir a Estados Unidos se truncó, fue a Sonoita para trabajar como voluntario en la Cruz Roja hasta que le salió una oportunidad en un hospital en Caborca donde estuvo un par de años. Ahí se dio cuenta que muchas personas que iban a curarse eran de Altar, entonces les preguntaba si no había médicos dónde vivían... “hay pocos” le respondían, “pero no atienden en las noches...” Por esa razón llegó ahí, para ayudar a esa gente, tenía experiencia de trabajar en áreas donde no había médicos y sabía lo que era estar enfermo y no tener a quién ver. “Así que desde entonces...” terminó “... a la hora que toquen el timbre me levanto, los atiendo y a veces con todo y medicamento. Con dinero o sin dinero los veo, para mí la parte económica no es requisito para poder curarse”.

La historia estaba repleta de sentimientos nobles y a Tony le pareció poco verosímil, se había acostumbrado a poner en duda muchas de las cosas que escuchaba por eso trató de encontrar el revés de cada palabra.

–Y ya lleva más de diez años aquí, eso quiere decir que la necesidad de un médico nocturno fue cierta. ¿Cómo cuántos pacientes atiende?

–Unos cinco al día.

–Aunque a veces tiene más... como hoy –repuso Tony–, en la hora y media que estuve llegaron dos.

–Hay días buenos, aunque aquí realmente se trabaja por temporadas. Como le decía, en promedio entre ocho y diez personas diarias, eso en tiempos buenos, pero en meses bajos de una o dos consultas por día. Hoy estuvo bien y por eso festejamos –dijo el doctor con una sonrisa franca.

–Bueno Félix –interpuso el hombre sentado junto a Tony–, aunque creo entender que nuestro amigo desea saber si ganas lo suficiente... ¿o me equivoco?

–Claro que no, sólo me dio curiosidad saber cuánto dinero saca un médico en este pueblo, capaz que en una de esas vengo a hacerle competencia.

–Eso lo hubiera hecho hace unos años –dijo Castor–, cuando este pueblo iba para arriba, ahora aunque todavía hay gente, ya no es lo mismo.

–Ya me contaron algo de esa historia...

–Mire usted –intervino Lucio Macotella con ganas de apoyar a su amigo–, hace algunos años en este pueblo había una fluctuación de cinco mil personas diarias, circulaban trescientos setenta vehículos y a cada uno le metían treinta personas, las *Vans*, como las que puede ver en la plaza, no tenían asientos, así le metían más pasajeros, en esos tiempos lo menos que aceptaban los choferes eran veinte por viaje... ¿puede imaginarse usted ese movimiento?... seguramente no, y lo digo porque a uno mismo se le hace difícil recordarlo. El pueblo era otra cosa; yo aunque no soy de aquí lo vi, pero desde que entró la mafia la cosa cambió, impusieron una

cuota de cien dólares por cada migrante... ahora, a usted que le interesan los número, multiplíquelo por cinco mil y sabrá cuánto dinero se llevaban cada día esos condenados junto con sus cómplices en el gobierno.

–Veo que tienes las cifras fresquecitas –dijo el doctor a su amigo.

–No ves que Rodrigo me invitó al taller que van a tener este fin de semana, no me pude negar, me ha apoyado mucho y se lo debo. Él sabe que yo la academia la dejé hace mucho y mi trabajo ahora es la gestión educativa.

–Pero eres un hombre preparado Lucio, estoy seguro que te va a ir muy bien. ¿Y de qué vas a hablarles?

–De la escuela ya sabes, el origen de los niños que recibo, sus familias, tiempo de permanencia, en fin... pero particularmente quiero hablar respecto a la seguridad, apenas hoy fui a ver al presidente municipal para platicarle del asunto, lo hice no tanto para recibir su apoyo sino para tener más argumentos durante mi intervención...

Tony, al margen de la conversación, apenas oyó la presidencia recordó de dónde conocía a aquel señor.

–Yo lo había visto antes... –interrumpió–, al salir de la presidencia, como al mediodía.

–Exactamente, iba usted con un joven de abundante cabellera negra.

–Es mi primo Isidro y aunque no lo crea, antes de venir le insistí que se cortara el pelo pero no me hizo caso.

–Yo si fuera él haría lo mismo –interpuso gustoso Castor y tocó el escaso pelo que tenía sobre la frente.

–¿Y en dónde dejó a su pariente? –preguntó Macotella.

–Ahora debe estar dormido.

–Por él conocí a este muchacho –dijo el doctor–, llegó en la tarde al consultorio con un problema en el intestino, nada serio, porque lo atendimos a tiempo, pero si se hubiera ido así al desierto de seguro no la cuenta. Lo mediqué y lo mandé a descansar, estoy seguro que para mañana va a estar mejor y si piensan salir en dos días, no va a tener ningún problema.

–Yo quería irme antes pero si no se puede, no se puede.

–Es mejor así, de otra manera no hubiéramos podido conocernos. Cuando los vi en la calle al salir de la presidencia pensé que usted era un guía y su primo a quien iba a cruzar, no se ofenda, pero como es alto y fuerte da esa impresión...

–¿Y qué me dices de sus tenis?... Igualitos a los que usan los guías.

–No se crea que somos tan fijados, pero acá en la frontera uno tiene que estar siempre atento, sobre todo para cuidarse de los narcos.

–Qué, ¿de veras son tan violentos? –preguntó Tony.

–No tanto, el problema es que se sienten con poder –dijo Lucio Macotella–, y eso es lo peligroso. Yo seguido trato con ellos en la escuela, llegan de todas partes e inscriben a sus hijos. Siempre hablan como si advirtieran y de un día para otro no vuelven más. Ya se imaginará la cantidad de trámites que yo, como director, tengo que hacer cada vez que se presenta un caso así. Las altas y bajas en la Secretaría siempre han representado un trámite engorroso.

–¿Entonces usted es el director de la escuela?

–Exactamente. A propósito, ¿cuál es su nombre?, porque si usted lo permite, me gustaría llamarlo por su nombre en lugar de continuar hablándole de usted.

–Me llamo Tony.

–¿Antonio?

–No, Tony... así me puso mi padre.

–Disculpa Tony, es que muchas veces los que trabajan en Estados Unidos acostumbran nombrarse como les dicen allá, por eso me atreví a decirte Antonio.

–Tengo veinticuatro años y desde que nací en el pueblo la gente va a trabajar del otro lado, fui de los primeros niños en llevar nombre gringo, aunque ahora eso es lo más común.

–Pero dices que tu primo se llama Isidro y ese es un nombre viejo.

–Lo que pasa es que cuando lo bautizaron mi tío no estaba en el pueblo y fue su abuela la que le puso el nombre porque

así se llamaba su difunto esposo, a mi tía le pareció bien porque era el nombre de su papá.

–Yo creo que en México no se ponen tantos nombres gringos como en Centroamérica. Por acá vienen muchos salvadoreños, guatemaltecos, nicaragüenses y esos sí, casi todos se llaman Willy, Bryan, Joshie...

–Pero no sólo eso mi doctor, a veces encuentra uno nombres como Usanavy, Lady, Kansas...

–Pues yo digo salud por los que se llamen Kentucky –dijo el doctor Castor y levantó su cerveza. Tony y Lucio Macotella lo siguieron y no las bajaron hasta verles el fondo.

De los nombres pasaron a los chistes y luego a los asuntos de mujeres. Macotella habló de su esposa con la que permaneció casado diez años, “Yo la quise mucho pero ella no... por eso cuando le dije que me transferían a Caborca, se fue”. La cara de Tony hizo que Lucio reaccionara de inmediato.

–Pero no te pongas triste Tony, con los años aprendí a olvidarla y ahora ya no me duele lo más mínimo, lo que si debo confesar es que no me he vuelto a enamorar de nadie.

–Y así estás bien, porque si no, quién me acompañaría a donde Malena –dijo Félix visiblemente borracho.

–Y tú Tony, ¿qué nos puedes contar sobre tus amores?, imagino que con tu juventud debes tener más de una novia.

–No soy bueno para eso del cariño... de chico me crié junto con un hermano con el que pasaba todo el día en la parcela o en el cuidado de los animales. Mi padre siempre ha sido un hombre duro y me enseñó que las mujeres nomás están para dar hijos y después de eso dolores de cabeza. Mi madre murió cuando tenía trece años y unos años más tarde me fui con mis hermanos mayores para Nueva York, así que, para novias, no he tenido tiempo.

–Pero, ¿qué tal cuando llegas al pueblo?, ¿a poco no tienes una jovencita que te espere?

–A veces veo a algunas muchachas pero la verdad no me interesa el asunto, ahora estoy centrado en hacer dinero y comprarme un terrenito para sembrar, y si me meto con mujeres no voy a poder hacerlo.

–Cada quien elige y al parecer tú has tomado una decisión, pero no te olvides que los años pasan y a las mujeres les gustan los hombres jóvenes y no los viejos.

–Un momento –repuso el doctor quince años mayor que Macotella–, nosotros todavía tenemos oportunidades Lucio, yo al menos las he tenido, acuérdate de Lía... acuérdate...

–Es la historia de un amor trágico –dijo Macotella en voz baja–, demasiado dolorosa para mi amigo Félix.

Tony no entendió por qué el director le hablaba con voz queda, ni a qué se refería con “un amor trágico”. Félix se había quedado callado y no apartaba la vista de la mesa, su nariz rojo brillante apenas sostenía sus lentes opacados por el calor.

–Muchos de los que vienen por acá son Centroamericanos –dijo por fin, su cara había recobrado lozanía y su voz se escuchaba clara y fuerte–, dicen que vienen de Chiapas o Oaxaca, pero al tomar sus datos les pregunto, ¿en qué departamento vives? o ¿en qué rancho o sierra? y con la respuesta ya uno ubica, pero eso queda confidencial entre el paciente y uno. Por la talla y el color de piel es difícil saberlo porque son iguales a nuestros indios del sur, tampoco por el dialecto que hablan, en fin... yo los identifico por la manera de nombrar a su pueblo. Así identifiqué a Lía, era una muchacha menudita, de piel trigüeña y unos ojos como nunca he visto otros, cuando llegó traía un problema severo de anemia, desde que la vi sentí por ella un cariño especial y quise protegerla. Le expliqué lo que tenía y el peligro que corría si intentaba cruzar, ella sólo decía que sí con la cabeza pero parecía no entender nada. Le tomé muestras de sangre y le pedí que regresara al otro día para ver sus resultados. No llegó. Al tercer día después de atender a un niño deshidratado la vi parada en la puerta. “¿Puedo pasar?” me preguntó con el hilo de voz que tenía. Como el caso era delicado le recomendé quedarse por un tiempo en el pueblo. “¿Y cómo?” me dijo, “si no tengo dónde”. Venía una tía con ella desde El Salvador, le expliqué el estado de su sobrina y le dije, “Si usted autoriza la joven puede quedarse aquí ayudándome en el consultorio, le ofrezco casa, comida y

unos centavos para sus gastos, usted decide.” La mujer aceptó resignada por eso le dije, “No se preocupe, aquí no va a pasar nada que la muchacha no quiera”. Lía me ayudó con los pacientes, estuvo conmigo tres meses y créeme muchacho, han sido los más felices de mi vida.

El doctor Félix hizo una larga pausa, miró a Lucio y a Tony antes de empujarse su cerveza. Lucio guardaba silencio, había escuchado aquella historia muchas veces y siempre encontraba en ella motivos para conmoverse, apoyó sus codos sobre la mesa para que su amigo continuara, el doctor pidió otra cerveza y siguió.

—Si la hubieras visto Tony seguro te enamoras de ella, en el tiempo que estuvo aquí se compuso, subió de peso y su cara relajó el duro gesto con el que llegó. Nos conocimos poco a poco, Lía era callada pero cuando ganó confianza me contó su vida. Yo siempre he dicho que aquí en México hay muchos pobres, pero no me imaginaba que más abajo la cosa estuviera tan crítica. Cuando me hablaba de su lugar se le llenaban los ojos de lágrimas, no lloraba, nada más sus ojos se humedecían y luego se quedaba seria hasta que se le sacaban. Era trabajadora y limpia, ordenó mi consultorio y el cuartito donde dormíamos, siempre me decía doctor, “Puedes llamarme Félix” le decía, asentía pero seguía diciéndome igual. Al tercer mes, un buen día sin motivo alguno, se fue. Yo había ido a Caborca por medicamentos y cuando llegué me di cuenta que algo andaba mal, el consultorio estaba cerrado, entré a nuestro cuarto atrás del consultorio y no estaba ahí. Dejó todo acomodado y limpio, la ropa que le compré doblada sobre la cama y encima de ella una nota: “Doctor, gracias por todo. Me llevo uno de los vestidos y los zapatos que me regalaste. Lía.”

—Pero que muchacha tan ingrata, ¿cómo lo dejó sin haber ninguna razón? —dijo Tony indignado.

—Uno no conoce lo que la gente trae encima por eso juzgamos sin saber, la muchacha tenía sus razones y por algo no se atrevió a decírselas a Félix. Pero la historia no acabó ahí, cuéntele doctor a dónde paró el asunto.

—Ya te imaginarás cómo me quedé, no sabía ni mi nombre, abría el consultorio pero lo que nunca, me negaba a atender a los pacientes. “No voy a atinar el diagnóstico y los voy a perjudicar” me decía para calmar mis culpas. Así pasaron cuatro días con sus largas noches hasta que a mitad de la última alguien llamó a la puerta, primero no le hice caso pero como insistían les grité que temprano los atendía, “¡Es urgente!” me gritó la voz de una mujer, me levanté todavía mareado por el vino que había tomado, abrí la puerta y ahí estaba ella, venía inconsciente, un muchacho la llevaba a cuestas, la mujer que tocó me dijo, “Nos dio su nombre antes de desmayarse por eso se la trajimos”. “Está bien”, les dije, “pásenla adentro, yo aquí la veo”. Dejaron a Lía en la cama y se fueron, venía completamente deshidratada, la atendí de inmediato, estuve con ella todo el día siguiente pero no respondió al tratamiento, sus riñones no funcionaban, tenía que actuar rápido porque si no podía morir. Tenía unos ahorros y con ellos me la llevé a Hermosillo a un hospital de segundo nivel, luego fui a migración y di aviso sobre una persona de otra nacionalidad que me llevaron al consultorio. “Como médico la atendí” les dije, “la muchacha necesitaba ayuda y yo se la di, espero no haber infringido ninguna ley”. “Usted hizo lo correcto, la persona está fuera de su país y tuvo suerte de haberlo encontrado”. Salí de aquella oficina con ganas de llorar, hablé de Lía como si fuera una desconocida y eso me dolía hasta el alma, pero qué podía hacer, no me quedaba otra. Regresé al hospital para conocer su estado y luego me regresé. Lía duró un mes encamada, sus riñones no funcionaban, empezaron a darle hemodiálisis. Una tarde recibí la llamada del hospital de Hermosillo, me asusté porque pensé que me darían la noticia de su muerte pero me dijeron que la joven pedía hablar conmigo. Hice los preparativos y esa misma noche me fui a la capital, al otro día temprano llegué a verla, estaba en su cama, había adelgazado mucho y sus ojos eran dos bolitas hundidas en su cara. Le tomé la mano y la estuve sobando largo rato. “Quiero irme a mi casa”, me dijo con un susurro. “Los médicos dicen que puedo hacer el

viaje". "Claro que sí" le respondí, "¿cuándo quieres irte?". No puedo olvidar su sonrisa al oír mis palabras. "Ahora mismo". La acompañé al autobús y me despedí de ella, se acercó muy despacio y me abrazó con todas las fuerzas que le quedaban, yo sentí su fragilidad temblar entre mis manos, luego pegó su boca a mi oído y me dijo, "Gracias por todo Félix," y se subió. No volví a verla nunca. Como al mes me hablaron de su casa para avisarme que había fallecido, tenía 17 años.

Félix Castor se levantó en silencio, respiró hondo, miró por encima a Lucio y Tony y les dijo al tiempo que con su dedo índice dibujaba un círculo en el aire.

—Ahora vuelvo.

—Pobre doctor —dijo Tony visiblemente conmovido.

—Te dije que era una historia trágica, lo bueno es que Félix se repuso. Cuando lo conocí andaba justo en el duelo, trabajaba poco y tomaba mucho. Nos hemos hecho buenos amigos, ¿y sabes por qué?, porque nos escuchamos. Yo diría que Félix y yo hemos aprendido a escucharnos y por eso somos buenos amigos. Aunque nos dedicamos a cosas distintas en el fondo somos parecidos, yo diría que todos en el fondo nos parecemos, tenemos secretos, miedos y algún sueño perdido. Sabes Antonio, déjame decirte Antonio... yo no soy de aquí pero mi ciudad está junto al desierto, y allá adentro, en esa inmensidad que tenemos enfrente, la gente acostumbra cantar para no sentirse sola, se juntan de a tres y como quien no quiere la cosa se sueltan a cantar, primero uno y después los otros lo siguen, el que empieza lleva la primera voz, otro una muy aguda y el tercero la base grave y profunda, se llama canción cardenche y si la oyeras, te aseguro que entenderías algo más de la soledad y la melancolía de esa gente. Esa es la manera que han encontrado para contar sus historias, parecen la misma pero son diferentes, como en la vida, nos pasan cosas iguales y cada quien la siente y platica a su modo, por eso es bueno escuchar, para entender un poco más el mundo que habitamos. Yo me he dado cuenta que aquí, cerca de la frontera, la gente trae la necesidad de hablar y sabes por qué, porque están frente a la muerte.

—Tiene razón, cuando uno entra al desierto se da cuenta que puede no salir vivo, por eso a muchos les da por hablar como si quisieran dejar en la cabeza de otros parte de lo que son. La primera vez que crucé no hablé con nadie, nomás pensaba en guardar fuerzas para poder llegar, ahora me doy cuenta que yo traía una necesidad desde jovencito y tenía que hallarle acomodo. Lo que pasa es que yo no crucé para encontrar un trabajo... cuando dejé mi pueblo lo único que quería era encontrar a mi hermano...

El peso de aquella verdad agazapada calló sobre los labios de Tony haciéndolo guardar silencio, estaba sorprendido por lo que acababa de decir, nunca antes había pensado de esa manera, jamás se le había ocurrido que la verdadera razón para dejar a su padre fue la de buscar a Pedro. Lucio miró en aquel rostro joven, endurecido por muchos años difíciles, la presencia de una pena añeja, se acercó y puso la mano en su hombro.

—Unos lo hacen primero, otros después pero todos, al final, contamos nuestra historia...

VIII

La fiebre detrás de los ojos de Isidro era apenas un mal recuerdo, en el cuarto la penumbra partida en dos por la luz filtrada a través de la puerta iluminaba parcialmente los catres como pequeñas trincheras sobre las que cada migrante, agazapado detrás de su mochila, chamarra y botas, guardaba silencio. Isidro rodeado también por sus escasas pertenencias, esperaba paciente su turno para darse una ducha.

Al silencio del cuarto lo rasgaba el murmullo acompasado de los que aún dormían; con un ritmo distinto cada tanto entraba alguien y anunciaba que el baño estaba libre, entonces las miradas de quienes esperaban establecían contacto y uno, sin pronunciar palabra, tomaba sus cosas, se levantaba y salía.

Aquellos diez jóvenes hacinados en la estrecha habitación estaban a punto de treparse a la *Van* que los acercaría a la frontera.

Algunos muchachos listos ya para la travesía hacían el recuento de sus provisiones sobre las sábanas percutidas de sus catres, sacaban una a una las latas de atún, frijoles, verduras, jugos y dulces, los alineaban para aquilatar si aquel alimento sería suficiente. Por lo general les recomendaban llevar lo justo para no perder energías al cargar de más; sobre el agua, un bidón de ocho litros era la carga ideal, llevar más casi siempre resultaba contraproducente porque cansaba mucho y terminaban dejándolo a mitad del camino. Casi todos llevaban hierbas para librarse de los males del camino, aspirinas, pastillas para el estómago y para purificar el agua, medallas y estampitas de la Virgen y los Santos.

Mientras esperaba Isidro vio a un muchacho bajito con las piernas enlazadas por sus brazos y la barbilla apoyada sobre las rodillas. Estaba en el rincón y pegaba su espalda a la pared como si intentara infructuosamente desaparecer de la escena. “No es un muchacho”, pensó fijándose bien en sus facciones, “es un niño... ¿con quién vendrá?”, y buscó entre los otros la cara de algún adulto que pudiera ser su padre pero no encontró más que jóvenes que no rebasaban los veinte años. El niño se apretaba más sobre sí mismo con la vista fija en el piso, parecía tener miedo y ganas de no saber nada de ninguno de los que ahí estaban.

En mitad de sus propios miedos y silencios Isidro intentó imaginar qué pensaría aquel jovencito: pronto vio la cara de una mujer morena sonreír detrás de su rebozo y acercar su mano hasta tocar la cara de su hijo. Vio el patio recién regado de una casa de adobe y teja debajo de un árbol de aguacate verde y fresco; siguió el humo de la lumbre hasta el techo de lámina de una cocina abierta, miró el comal caliente sobre el que una mujer echaba tortillas, sintió entonces el olor de los frijoles y el café puestos junto al fuego. Sintió también la brisa fresca venir del monte y oyó a los perros ladrarle a las mulas que se iban al campo, a las gallinas cacarear y a los guajolotes gritar su larga letanía sacudiendo el cogote una y otra vez. Oyó la voz de la mujer rezándole a la Virgen y volvió a encontrar sus ojos negros puestos en él.

Miró más... y se sorprendió de lo visto: sus pensamientos seguramente no eran tan distintos a los del niño. El silencio de cada uno iba en busca del susurro de todo lo que se había dejado: el pueblo, la casa, pero sobre todo, la madre... Isidro se sintió acompañado en su soledad y recordó lo que su padre le dijo un día, "todos, hasta los mismos abuelos, en el momento de la muerte le hablan a su madre."

La puerta se abrió y los ojos del niño y de Isidro se encontraron en medio de la penumbra rota, un sutil movimiento hizo que el niño bajara la vista e Isidro se puso de pie y salió del cuarto.

El agua caía débilmente pegada a la pared, sin embargo Isidro sintió que ayudaba al cuerpo a quitarse el entumecimiento dejado por la enfermedad. Sus músculos recobraron firmeza y su cabeza lucidez. Sobre el pasillo escuchó la voz de doña Carmela apurar a los que aún dormían "En dos horas llega el guía y tienen que estar listos... El que quiera comer algo que me diga para que se lo prepare". Isidro sintió hambre y le dio gusto haber salido bien librado del malestar. A punto de cerrar la llave una voz diferente lo dejó quieto, era Soledad que pedía a doña Carmela algo de comer. Minutos después salió limpio y fresco hacia la cocina.

Ella estaba sentada en la mesa donde días atrás les había contado su historia, al entrar Isidro levantó la vista y casi de inmediato la bajó; sin mover un solo músculo sintió los pasos de él acercarse.

–Buenos días Soledad –dijo sin encontrarle la cara.

–Buenas... ya se ve mejor.

–Quería darte las gracias por ayudarme.

–Nomás fue un trapito...

–Pero sirvió mucho... ¿Ya estás lista?

Soledad movió la cabeza lentamente hasta dar con su cara y dijo.

–Ya ve usted...

–Por fin te levantaste muchacho –dijo doña Carmela detrás de la barra-. ¿Qué quieres comer?, tengo bistec con huevo.

–Eso está bien doña... y un café.

–Si quiere usted siéntese aquí yo ya terminé –dijo Soledad y se puso de pie–. Luego lo veo...

Isidro se sentó a esperar su desayuno. Vio salir a Soledad y la cocina adquirió enseguida un carácter distinto.

Cada bocado fortalecía en Isidro la convicción de estar listo para el cruce y los sorbos de café decían lo mismo. Afuera la mañana era un mosaico movedizo de nubes y sol y los montes ralos que se alzaban junto a Altar dibujaban en sus laderas las sombras de aquel movimiento.

Cuando la puerta se abrió entró el niño seguido por un hombre, detrás de ellos la figura grande de Tony se acercó a la mesa balanceándose con parsimonia.

–Estás listo primito... ahora sí ya nos vamos.

–¿Dónde andabas?, no te había visto.

–Me invitaron por ahí... el doctor que te atendió vino a buscarme ayer para llevarme a casa de Malena. De haber estado bueno te hubiera tocado ir. No lo puedes creer, en un pueblo tan pinche unas putas de primera. Pura muchachita bonita... algunas acabaditas de llegar. Me fue de poca madre, ese Félix Castor es más cabrón de lo que parece, le encantan las viejas, con decirte que se metió con dos muchachitas al mismo tiempo, quién sabe qué tanta cosa hicieron porque se tardaron un chingo, pero como es cliente la doña no dijo nada. Yo agarré una vieja grandota para que me diera el ancho y con ella estuve toda la noche, ahora ya sé a dónde ir cuando regrese. Si venimos juntos otra vez te voy a llevar ahí para que te relajes y la pases bien antes de meterte a la chinga del desierto... ¿Ya desayunaste? Qué cabrón eres, ni siquiera me esperas.

–El bistec está buenísimo... pídete uno.

Isidro acompañó a su primo que contó animado su noche de putas y su encuentro con Macotela la noche anterior.

–Ese profesor va a estar en un rancho del otro lado, cerquita de donde vamos a pasar, ya le dije que se acuerde de nosotros mientras habla con los gringos. Quién fuera él para pasar por la línea.

—¿Y dónde dices que van a estar?

—En un rancho que creo se llama “La Loba”, en Sasabe, pero Arizona. Me dijo que va a platicar de los niños que llegan a su escuela.

—A propósito, ¿ya viste ese niño que está por ahí? No mames, está bien chico para andar en esto.

—Si tú vieras cómo están las cosas por acá no te sorprendería, mira, antes los que cruzaban eran señores que iban a ganarse los dólares para mandar a la familia, luego llegaron jóvenes y se instalaron, más tarde las mujeres y ahora los niños. Fíjate cómo aquí hay casi puro muchacho, creo que yo soy el más viejo y eso que apenas tengo veinticuatro. Acá se ven muchos niños cruzar solos, ya te imaginarás la de muertos que debe haber en el desierto, pero aquí con doña Carmela casi no se ven y los que llegan vienen acompañados, ella no ve bien que los menores vayan por el desierto. Una vez me contó que una ñora llegó con dos criaturas, una como de ocho y otra chiquita como de dos pero todavía le daba pecho, estuvieron varios días y cuando se fueron la doña ya se había encariñado con las escuinclitas, se las encargó al guía y hasta les dio dulces para el camino. Como a los quince días se enteró que nomás no pudieron cruzar, se quedaron a medio camino y las fueron a encontrar a las tres bien congeladas arrimadas a una roca grande, la chiquita estaba pegada a la chichi chupándole a su mamá la poquita leche que todavía pudo darle. Desde entonces doña Carmela no quiere ver niños, si sabe de alguno lo recomienda a otra casa, ella no puede parar las cosas pero aquí ya no llegan.

—¿Ese niño se va a ir con nosotros?

—Yo creo que sí, pero como te dije, viene encargado.

Isidro no dijo nada pero sintió el compromiso de hacer que ese niño llegara vivo. Cuando se acercó a pagar doña Carmela le dijo.

—Deberías dar gracias a Dios por haberte curado, ahí tengo una capillita por si se te ofrece y en la tienda vendo veladoras.

—Gracias doña, antes de irnos voy a rezarle un rato a la Virgencita.

La capilla era un cuarto pequeño junto a la reja de la entrada, la puerta blanca de dos hojas estaba abierta y dejaba ver un crucifijo pegado a la pared. A su derecha, en el rincón, la figura de la Virgen María estaba puesta sobre un esquinero y a sus pies tenía dos veladoras encendidas. En la pared un cuadro grande de la Virgen de Guadalupe estaba rodeado de reliquias. Del otro lado los santos venían precedidos por la imagen de Santo Toribio Romo, un mártir cristero que se había convertido en poco tiempo en el Santo más venerado por los migrantes. Alrededor de aquella imagen las veladoras y escapularios eran mucho mayores que en cualquier otra. Sobre una mesita bajo la imagen había una bandeja con dólares. Pegada en la pared, frente al Santo, la figura de la Santa Muerte tenía también veladoras encendidas; entre Santo Toribio y Jesucristo había una oración con letras doradas:

*Padre Santo, tú que enviaste a tu hijo a proclamar
el Reino de los Cielos entre nosotros,
y Él obediente a tu voluntad llevó a cabo la misión que le encomendaste,
te pedimos por intercesión de Santo Toribio Romo
que cuides y protejas a nuestros familiares que han tenido
que dejar la casa
y partir a tierras ajenas en busca de superación de ellos
y de nuestras familias,
cuídalos de todo mal y has que se mantengan firmes en la fe
para que puedan regresar pronto a nuestro hogar
y fortalecidos en el alma y el cuerpo.
Por Jesucristo nuestro Señor.
Amén.*

Isidro tomó una veladora, la encendió y la puso a los pies de la Virgen de Guadalupe, luego se hincó en el piso y rezó. Sostenía entre los dedos el tallo delgado de una margarita, cuando terminó de agradecer y pedir protección acercó la flor dejándola a un lado. “Aquí me quedo contigo Virgencita para que pueda ver tu rostro de día y de noche”. Isidro había

aprendido desde niño que una flor y una cera representaban el espíritu de una persona, por eso en aquella capilla muy cerca de la carretera, quiso quedarse de algún modo como prueba fehaciente de que pasara lo que pasara, alguna vez él había estado ahí dispuesto a arriesgar la vida misma con tal de acercarse, aunque fuera un poco, a una existencia más digna y feliz.

IX

La carretera de Tucson a Sasabe, con sus 113 kilómetros, abre una grieta a la vasta extensión del desierto de Arizona y hace del Corredor de la Muerte un camino transitable sólo para algunos. Lucio Macotella montado en una camioneta Jeep con placas de México, iba sentado junto al profesor Rodrigo Figueroa, con quien asistiría al *workshop* en el rancho La Loba a escasos dos kilómetros de la frontera. En ese lugar un grupo de investigadores norteamericanos y mexicanos discutían avances de sus trabajos con el propósito de establecer las directrices que seguirían sus estudios sobre la Frontera.

Los documentos presentados contenían ideas fundamentales sobre la realidad migrante, pero cada investigador se cuidaba bien de no divulgarlas como propuestas finales antes de recibir los comentarios de sus colegas expertos, por eso no había copia dentro del taller que no llevara la leyenda: DRATF VERSION: DO NOT CITE WITHOUT AUTHOR'S PERMISSION.

Alejado del mundo de las teorías y sesudas abstracciones, Macotella repasaba el escrito que había preparado sobre el comportamiento de los niños dentro de la escuela. Él tenía la experiencia cotidiana, y aunque su texto era más bien descriptivo, tenía una parte en la que arriesgaba algunas generalizaciones. A Lucio le interesaba sobre todo el problema de la convivencia en un contexto de excesiva circulación estudiantil y cómo los niños tienen la capacidad para aceptar a nuevos compañeros adaptando y adoptando diversos modos culturales. En su breve escrito el director de la primaria planteaba que quizá, a él le tocaba trabajar con un grupo social cuyas condiciones pronto

serían comunes en todo el país debido al vertiginoso aumento de la migración. Pero Macotella iba más allá al referir que valía la pena poner atención en los niños, porque seguramente son quienes mejor afrontan las transformaciones sociales.

El profesor Figueroa dio vuelta a la izquierda para tomar la carretera 286 en dirección a Sasabe; después de la desviación el camino era una recta interminable cercada por matorrales, mezquites y sahuaros.

—Todo lo que vemos de aquel lado —dijo Rodrigo Figueroa—, es territorio Pápago. Es la segunda reserva más grande de Estados Unidos después de la de los Návajos... ¿Ves aquella montaña que sobresale?, se llama Baboquivari y como toda montaña es un lugar sagrado. Los Pápagos dicen que en una cueva en sus faldas vive el Dios Íttoi, que creó a los humanos al principio de los tiempos.

—Es un monte precioso, debe tener más de dos mil metros, ya lo había visto y pensé que debe ser una referencia buena para los migrantes cuando cruzan el desierto.

—Se supone que les ayuda a no perderse, la otra referencia es esta carretera. Lo que está en medio se le conoce como el Corredor de la Muerte, ahí dentro ocurre casi la mitad de muertes de migrantes que cruzan desde El Sásabe hacia Tucson o Phoenix...

—Pero entonces... ¿cómo es que la montaña funciona de referencia?, no entendí.

—Cuando cruzas la línea caminas hacia el norte y esa montaña debe estar a tu izquierda, a tu derecha, aunque no la veas, corre esta carretera, así que si pierdes el rumbo no tardarías en dar con ella. El camino que va del otro lado de la montaña es más peligroso porque el sol pega a todas horas, la planicie es más extensa y puedes perderte más fácil.

—Dime una cosa, ¿es cierto que por el rumbo de Sonoita el ejército practica bombardeos?

—Sí, de aquel lado como a cien kilómetros, está un campo de la Fuerza Aérea, se llama Barry Golwater. Yo he leído reportes sobre migrantes encontrados en esa zona, casi nadie se mete por

ahí porque es muy peligroso, pero como no entra la migra algunos se arriesgan y a veces les toca la de malas, o practican con ellos.

—No lo dudo, en todas partes los militares son unos sanguinarios...

—Otra referencia es la carretera 86, por la que veníamos, con ella te topas porque corre de este a oeste, va a Sells, donde están los jefes de los Pápago.

Lucio miró el horizonte signado por aquel hermoso peñón que por momentos perdía de vista entre los mezquites o detrás de alguna colina baja. Calculó que la distancia entre ellos y la sierra era de unos veinte kilómetros, un espacio muy grande donde cualquiera podía perderse.

—¿Y tú crees que eso funcione, es decir, lo de las referencias que me acabas de explicar?, porque ahora no puedo ver la montaña, para mí que en el desierto debe ser difícil tenerla como referencia todo el tiempo.

—Sí claro... en primera porque los migrantes no toman caminos rectos. Si te das cuenta esta parte está llena de cauces secos que se han convertido en las rutas de cruce. Ahí dentro la visión es muy estrecha, ver la montaña debe ser muy difícil pero tampoco hay que descartarlo del todo, quizá en momentos críticos ha ayudado a guiar a algunos.

—Seguramente... aunque también hay que tomar en cuenta que las caminatas casi siempre se hacen de noche... Yo nunca había llegado a Sasabe por este lado. Qué distinto venir en un camino asfaltado, porque aunque el de nuestro lado no está mal, se hace muy largo, ¿no crees?

—Deja eso... el problema es que ahora puede uno encontrar a los narcos que si se les antoja lo cierran o te cobran por pasar, además, si hubiéramos tomado ese camino tendríamos que haber salido como a las cinco y media para llegar a tiempo, por eso estuvo mejor dormir de este lado.

—Cien kilómetros como quiera se van rápido.

Después de la extensa recta una curva abierta dobló el camino de asfalto.

–Un café bien cargado es lo que yo necesito –dijo Rodrigo en mitad de un bostezo.

–Y si estuviera acompañado de una galletita, mejor –completó Lucio frotándose las manos.

–No te preocupes, nuestros colegas gringos siempre tiene buen café y unas pastitas exquisitas.

–Entonces la idea es... llegar y presentar lo que traigo, ¿o qué?

–Me dijeron que antes de ti hay otras dos personas, así que ellas presentan y trabajamos en grupo sus temas, cada uno tiene hora y media, más o menos, así que tú pasarás como a las once.

–Va a estar interesante... –dijo Lucio y miró el horizonte seco del desierto.

El sol cada vez más alto provocaba las primeras reverberaciones, después de una larga recta el camino entró en una pequeña cañada, cuando salieron del tramo sinuoso un valle grande salpicado de verde se abría delante de ellos. Detrás, lejos todavía, se alcanzaba a ver sobre unas colinas áridas la muralla de acero que marcaba el límite de los Estados Unidos. Junto al camino las alambradas demarcaban la propiedad de los ranchos, muchos de los dueños de aquellos lugares formaban parte de la población más inconforme con el tránsito de indocumentados por su país, a ellos se debía muchas veces el envenenamiento del agua que algunos de sus paisanos ponían en el desierto para salvar la vida de los migrantes, ellos eran también los principales activistas que, con el argumento de defender su patria, se instalaban en el desierto con sofisticados equipos de rastreo para cazar migrantes; aquel simulacro de guerra encabezado por hombres obesos sentados en cómodas sillas con su dotación de cervezas frías dentro de hieleras, binoculares alrededor de cuello y un rifle cruzado sobre sus piernas, era un espectáculo patético que no pocas veces lograba su cometido de sumar cabezas de migrantes a sus trofeos de caza.

La camioneta dobló a la derecha en uno de los caminos de tierra, el polvo se levantó fino como talco. Resguardado por

altos eucaliptos, pinos y álamos el casco del rancho se abrió fresco para recibir a los viajeros. Rodrigo apagó el motor y al abrir la puerta dijo con sarcasmo.

—Ya llegamos Macotela... aquí es donde se aprende cómo es la vida real de los migrantes.

X

El café olía muy bien y los bocadillos, salados y dulces, se veían excelentes. Lucio y Rodrigo llegaron justo cuando la primera investigadora iniciaba su exposición, era una joven de unos veinticinco años, estudiante de doctorado en la universidad de Arizona. Al verlos entrar uno de los asistentes les hizo señas para que tomaran asiento.

El salón amplio con techo alto formaba parte de la construcción antigua del rancho, tenía dos ventanas grandes ocultas por cortinas oscuras y una puerta de madera y vidrio que abría hacia el jardín sus dos hojas. La luz que entraba a través de ella estaba atenuada por visillos blancos y delgados con bordados finos. En la penumbra interna, contrastante con la luminosidad del día, la voz de la joven estudiante sonaba clara y potente.

... las noticias transmitidas por televisión presentan imágenes estereotipadas de los migrantes y distorsionan la visión que el público tiene de la realidad...

Antes de sentarse Lucio se sirvió café, estaba cansado y pensaba en la manera como iniciaría su intervención. Tomó asiento cerca de Rodrigo y se dedicó a observar a los asistentes. Era un grupo de unas veinticinco personas jóvenes y viejas con ojos atentos en la expositora y sus libretas abiertas para tomar notas.

Lucio tenía entre sus manos el folder con su texto y otro que le habían entregado al registrarse con las presentaciones y el perfil de cada investigador. Tomó la hoja de *biographies* y buscó su nombre. No estaba incluido y lo entendió, él no formaba parte de aquel grupo selecto de intelectuales ocupado en entender la realidad de la frontera. Revisó luego la agenda del día y encon-

tró a las once la palabra *quest*; era evidente que no sabían quién era, ni sobre qué les iba a hablar. En un primer momento eso lo hizo sentir decepcionado pero pasada la impresión inicial, su anonimato lo relajó y puso atención a la conferencia.

La mayoría del público norteamericano utiliza la televisión como fuente de información primaria; este medio se ha convertido en hacedor de historias que pasan por verdaderas y provocan saltos entre lo que se dice y lo que es...

En el documento pretendo poner a discusión los resultados del análisis de contenido de una serie de noticias transmitidas cuando se presentó ante el Congreso una propuesta de reforma migratoria...

–No estoy en programa –dijo Lucio en voz baja a Rodrigo y se lo pasó.

–¡Qué raro!... yo mandé tus datos y el tema de tu charla, pero no te preocupes, ahora que termine la exposición pregunto por qué no la incluyeron.

–No me preocupo, pero me parece incorrecto que la gente no sepa de qué va tratar la presentación, tal vez el tema no es de su interés y prefieren trabajar otra cosa.

–El tema es clave y estoy seguro que les va a interesar, terminando Katie pregunto, ¿te parece?

–Está bien. Oye... otra cosa, ¿quién es la muchacha que está de aquel lado?, la alta de pelo negro...

–Concéntrate Macotela... se llama Susan, es norteamericana de padre mexicano, su trabajo es muy interesante...

–No lo dudo... desde aquí puedo captar su altísima capacidad intelectual.

–Luego te la presento... ahora déjame escuchar.

Quiero destacar tres aspectos fundamentales: primero, la utilización de un lenguaje e imágenes estereotipadas para describir a los trabajadores indocumentados; segundo, la tendencia a centrar la atención en la visión unilateral de residentes norteamericanos, sin escuchar la voz de los involucrados; y tercero, destacar los problemas provocados por activistas pro migrantes.

Con respecto al primer caso de migrantes entrevistadas que vimos, la madre dice estar contenta por el programa de amnistía

porque su hijo podrá tener la oportunidad de quedarse en el país, ir a la escuela y recibir los beneficios que en México no tiene. En el segundo, la mujer refiere el plan de amnistía como algo injusto porque no considera a gente como ella y su familia que están establecidos en EU y han echado raíces en el país.

En ambos casos la reportera omite la situación económica, estatus laboral, o los programas de gobiernos que no ha solicitado ninguna de las familias, y cierra el reportaje con un señalamiento contundente: estas son sólo dos de las miles de familias interesadas en estar legales en el país porque para ellas representa una vida mejor.

Al final, los telespectadores tienen datos seleccionados de las familias entrevistadas: son analfabetas, pobres y viven del subsidio gubernamental. Con ello se refuerza la imagen que ve al inmigrante como alguien que desangra económicamente al país. En los dos casos, se trata de personas que burlaron la ley y ahora están dentro de los Estados Unidos gozando de los beneficios que quienes pagan impuestos proveen para sus compatriotas, no para personas ignorantes y altamente peligrosas.

Katie Brown abordó después la influencia de los *media* en las audiencias y Lucio prefirió dirigir su atención a las cualidades estéticas de Susan. En su cara se conjugaban con gran armonía el carácter fuerte de la fisonomía mexicana con el aire ingenuo, casi infantil, de los sajones. Los labios gruesos eran sin duda herencia de su padre, en tanto que el cuerpo alto y esbelto, de la madre. Macotella era un amante de la belleza por lo que, frente a su momentánea desubicación en el contexto, no tuvo más remedio que optar por aquella maravillosa inclinación.

El trabajo en grupos fue más bien flojo, se trataba de un tema conocido y de alguna manera asumido por los investigadores. Rodrigo recibió disculpas por la omisión y confirmaron la charla a las once. Algunos de los asistentes aprovecharon la pausa para tomar café y platicar de manera informal con sus colegas. Lucio tomó un bocadillo y se acercó a la puerta para mirar el jardín, pensaba en la imagen negativa de los polleros y llegaron a su mente los que conocía, algunos incluso amigos de

él y también de los migrantes que llevaban. Para Lucio los polleros cumplían una tarea muy importante, no sólo como conocedores de las rutas y los costos, sino como acompañantes que hacían del trayecto hasta la frontera un tiempo de seguridad; se trataba mucha veces de gente conocida de la comunidad, personas de confianza a quienes las madres encargaban a sus hijas e hijos y en ocasiones, ellos mismos cruzaban la frontera y terminaban el trabajo iniciado en los pueblos.

Uno de los organizadores llamó a ocupar los lugares, sin moverse de su sitio Lucio espero para conocer al expositor y salir luego a dar una vuelta por las instalaciones del rancho. Se trataba de un muchacho de piel muy blanca y cabello rojo, con largos brazos salpicados de pecas lo mismo que su cara. Vestía playera y jeans, y calzaba tenis que envidiaría cualquier guía. A Macotella le dio curiosidad saber qué podría decir sobre los migrantes aquel muchacho gringo cuya trayectoria de vida, seguramente, seguía un camino totalmente distinto.

Con una voz bien modulada, Jeff O'Connors abrió su participación. Contrario a lo que suponía Lucio parecía un joven sencillo, respetuoso e inteligente.

Nuestro interés sobre la operación Streamline se lo debemos a la doctora Susan Tylor. Nunca habíamos oído hablar del programa y eso despertó nuestra curiosidad.

Streamline tiene una larga trayectoria que inicia en Texas en 2005, y se extiende con rapidez por los estados fronterizos. Se trata de un programa anti-migrante muy intimidante que busca enviar un claro mensaje sobre la diferencia entre estar legal o ilegalmente en el país.

El estudio consistió en observar el proceso de un juicio a cuarenta migrantes indocumentados inscritos en este operativo. Durante tres meses fuimos a la corte con lápiz y papel para registrar nuestras observaciones.

Al documentarnos sobre el programa, algo que llamó nuestra atención fue saber que sus fondos provienen de los destinados a terroristas.

Los migrantes fueron tratados como criminales antes de ofrecerles un juicio justo.

El primer día nos indignó ver a los detenidos con cadenas y grilletes, no podían hablar con nadie excepto con sus abogados. Mientras los migrantes escuchaban por audífonos el avance de sus casos, muchos empleados apenas ponían atención.

Esta operación es un ataque a los derechos de los migrantes, es una forma abierta de criminalización de los indocumentados, representa el endurecimiento en la política migratoria y nosotros, como investigadores, no podemos ignorar sus efectos.

La charla atrapó a Lucio sobre todo por la manera como aquel joven la exponía. Sus palabras transmitían profunda indignación y coraje por la forma como las autoridades trataron a los inmigrantes. La descripción detallada de las sesiones en la Corte unida a datos estadísticos e información legal dio una idea clara del problema. Conforme avanzaba en su exposición, Jeff O'Connors ganaba presencia, la imagen inicial que Lucio tuvo de él cambió, ahora parecía un investigador brillante que esgrimía con precisión las herramientas del lenguaje.

Su emotiva descripción dejó la ponencia a la puerta de preguntas éticas. Criticó severamente la manera como las autoridades fronterizas manejaban el Programa haciéndolo pasar como exitoso.

Cuando podamos eliminar las injustas muertes en el desierto de migrantes que sólo buscan ayudar a sus familias, podremos decir que tenemos una política fronteriza capaz de considerar a todos los involucrados...

Jeff reconoció las fuertes limitaciones del estudio realizado en el cual tuvieron la penosa tarea de observar la injusticia sin poder hacer nada. Al centrarse principalmente en el proceso del operativo, se ignoró casi por completo a las personas implicadas lo que resultó ser un error lamentable.

Si la investigación continúa se debe revisar además de la efectividad del Programa, el costo que representa para el Estado y los resultados que arroja. De la misma manera resultará fundamental esclarecer ¿cuáles son las preguntas éticas que guían la investigación?, es decir, ¿para qué hacerla?, ¿es posible contribuir a cambiar algo?, ¿los migrantes necesitan nuestro apoyo?, ¿se los brindamos?

El cierre lo destinó a cuestionar no los métodos utilizados, sino lo que el programa refleja de la sociedad que lo crea. Hizo mención sobre el lugar protagónico que su país ocupa en el escenario internacional, sus innegables logros científicos y tecnológicos, el arte y la cultura. No habló como investigador sino como ciudadano, y desde esa posición, preguntó...

Si no somos capaces de cuestionar las políticas de criminalización, injusticia, marginación e inequidad que hoy imperan, ¿en qué país vamos a vivir?, ¿con qué cara vamos a afrontar el futuro?, ¿estamos dispuestos a arriesgar nuestra comodidad y bienestar para promover cambios que beneficien a las mayorías?

La vitalidad del discurso estableció en el grupo un ánimo que iba más allá de la precisión discursiva, Jeff O'Connors había estimulado sentimientos más hondos que los investigadores por lo general se cuidan mucho de externar porque, aunque son un motor fundamental para su trabajo, saben que la pasión no debe tomarse en cuenta al momento de probar tesis y arriesgar conclusiones.

La escisión entre la razón y el sentimiento impera y se expresa de muchas maneras: en los escritos, las presentaciones, los silencios; pero lo cierto es que sólo necesita una pequeña provocación para romperse y mezclarse sobre todo en los pasillos al momento de las charlas informales, que por lo general son lo más productivo de los encuentros académicos.

En medio de esa atmósfera emotiva Lucio Macotela habló a los académicos, su exposición bien ordenada equilibró la anécdota con el dato y provocó preguntas ingeniosas y probables líneas de investigación. La experiencia directa con los migrantes del otro lado de la frontera reforzó en buena medida lo que el profesor O'Connors había planteado. ¿Qué se investiga?, ¿para qué?, ¿con quién?, ¿desde dónde?...

Con la plática de Lucio el trabajo de la mañana terminó, Rodrigo se acercó a su amigo para felicitarlo y otros más hicieron lo mismo, intercambiaron correos electrónicos y auguraron futuros encuentros. Las voces se multiplicaban dentro del salón y los temas culinarios se abrieron paso desbancando a

los razonamientos académicos. Informaron que la *lunch* estaría servida en pocos minutos y el salón de sesiones se vació rápidamente. Lucio salió de aquel espacio fresco al jardín donde un sol implacable elevaba la temperatura a más de treinta grados, la sensación lo llevó a pensar en una suerte de dos mundos: el de la vivencia y el de la explicación. Ahora le quedaba más claro que aquello no significaba ruptura sino una cuestión de énfasis, porque todos, migrantes e investigadores, pensaban y vivían una realidad común transitando veredas distintas que podían coincidir y confundirse en cualquier momento. No se trataba en ninguno de los casos de una opción menor, sino de una manera de vivir en la cual la persona pone todo lo que es. De momento se sintió profundamente identificado con aquel grupo que optaba por trabajar con los migrantes por razones que iban más allá del prestigio y el reconocimiento. Sin pecar de ingenuo, Lucio Macotella podía percibir en los investigadores la ponderación del compromiso humano sobre los elogios que, por otra parte, muchos de ellos tenían de sobra.

La vista de Lucio se extendió más allá el cerco del jardín y descubrió en la lejanía la inmensidad del desierto; en aquel vasto escenario una misma obra con distintos actores se montaba todos los días y en ella, el final se improvisaba siempre dando a la historia tintes de drama o tragedia.

Camino al comedor Lucio pensó en Antonio, el joven indígena alto y robusto con quien había conversado hacía un par de noches. “¿En dónde estará ahora?” se preguntó intrigado y miró el horizonte como si quisiera establecer contacto visual con aquel muchacho. “*Sorry*”, escuchó Lucio al tiempo que su cuerpo tropezaba con otro en mitad de la vereda. “Fue mi culpa”, respondió apenado a la sonriente mujer que tenía enfrente...

XI

“Viva México Cabrones” alcanzó a leer Isidro sobre el muro de la rústica caseta de peaje camino a El Sásabe. Iba trepado en una *Van* sin asientos con parte del grupo. Como no cupieron

todos en una sola camioneta decidieron llevar otra. El guía sentado junto al chofer checaba el espejo retrovisor atento a no perder de vista a los otros. Eran más de treinta los que ese mediodía avanzaban por el camino de tierra. Isidro estaba inquieto porque antes de subir escuchó al guía hablar con la doña sobre la necesidad de dividir al grupo, no en las camionetas, sino en el cruce mismo. Soledad no venía con ellos y por lo visto tomaría un camino distinto.

—Tony —preguntó Isidro para salir de dudas—, ¿crees que nos dividan para cruzar el desierto?

—Somos muchos y si vamos juntos es más fácil que nos detecte la migra, a mí me parece que nos vamos a ir aparte. ¿Te diste cuenta que hay otro guía?

—¿Quién?... ¿el güero que llegó al último?

—Ese mero, lo llamaron para hacerles el paro, la doña no esperaba a tantos de Hidalgo y le llegaron como quince.

—¿Entonces los otros ya agarraron camino por su cuenta?

—No sé, hay que ver qué deciden. Por lo pronto vienen atrás y de seguro nos bajan a todos en La Ladrillera.

Isidro estiró el cuello y detrás de la cortina de polvo levantada por la *Van* encontró la otra camioneta. Menos intranquilo guardó silencio metiéndose de lleno en la maraña de sus pensamientos. De vez en vez, un bordo los zarandeaba con todo y mochilas y bidones de agua. Después de cada salto las miradas de los viajeros se encontraban en una mezcla de miedo y alegría como si fueran encima de un juego de feria. Sólo un par de ojos no cambiaba de expresión y se posaba largamente en la cara de Isidro.

Sentado en uno rincón el cuerpo del niño rebotaba más que los otros. Al subir buscó instintivamente a Isidro como si su presencia extendiera de algún modo la tranquilidad del cuarto de la casa. El niño se llamaba Matías y tenía once años, su padre, del otro lado, lo había mandado llamar porque a esa edad ya estaba listo para el trabajo. Lo encargaron con un señor del pueblo al que apenas conocía. Era el mayor de su casa y la última noche que estuvo ahí lloró en silencio sobre el catre compartido con uno de sus hermanos.

No sabía a dónde iba aunque el por qué no requería explicaciones. Había dejado la escuela un año antes y le ayudaba a un tío a sembrar la pobre tierra que a veces daba algo y a veces no. Trabajaba también en una tienda de abarrotes pero el dueño, cansado de tanto fiar decidió despedir al muchacho que para colmo, no sabía hacer bien las cuentas y se había acostumbrado a tomar dulces sin pagarlos.

Una tarde que regresaba del campo su madre lo llamó y le dijo que su padre lo esperaba, Matías tenía cinco años de no verlo y la imagen que tenía de él se confundía con la del abuelo, miró a su mamá con los ojos llenos de miedo tratando de encontrar en ella una hendidura de amor por la cual meterse para no dejarla, pero la madre, encerrada en la coraza de una resignación centenaria, le hizo saber que aquello sería pronto y más le valía estar preparado.

Salió temprano de su pueblo cerca de San Miguel Regla. En la terminal de Pachuca, pegado como estampa al señor que apenas conocía, subió al autobús que lo acercaría al norte, alejándolo, quizá para siempre, de una vida difícil a la que sin embargo había aprendido a arrancarle pedazos de felicidad.

Dos horas después de salir de Altar la camioneta se detuvo.

—Hasta aquí llegó el *raite* —dijo el guía, bajó de la *Van* y abrió la portezuela para que salieran todos.

El motor del otro vehículo se oyó detrás y poco después también las puertas y las voces de quienes venían en él. Isidro estaba impaciente por salir pero tuvo que esperar a los que iban cerca de la puerta. Cuando llegó su turno quiso incorporarse pero le costó trabajo, no se había percatado que llevaba las piernas entumidas, las estiró poco a poco y cientos de agujas le picaron los pies. Levantó su mochila y el bidón con diez litros de agua, luego se acomodó la cachucha con la visera hacia adelante y salió para tocar la tierra caliente del desierto.

Afuera había un par de construcciones de ladrillo derruidas rodeadas de arbustos espinosos. El camino por el que llegaron seguía de frente curveándose rumbo a El Sásabe, del otro lado, una brecha más angosta seguía un grupo de montes

bajos. Aquel camino parecía regresar pero no hacía más que librar el paso vigilado detrás de la pequeña serranía. Una alambrada abierta señalaba el camino. El guía reunió al grupo para explicarles cómo harían el recorrido. Dibujó con una vara sobre la tierra el trayecto y algunos puntos de referencia importantes: una peña, las carreteras, los animales ponzoñosos, el cruce de algunos ranchos y el peligro constante de la patrulla fronteriza. Mostró el rodeo que harían antes de entrar a territorio norteamericano, era una caminata de unas dos horas que bien podía servir para calcular cómo sería el resto. Entrarían al desierto de Arizona al caer la tarde y estarían en él de tres a cuatro días.

El grupo escuchaba atento acomodado bajo la sombra de un pirul. Junto al guía el muchacho güero guardaba silencio, veía con cuidado al grupo como quien calcula si el rebaño está saludable. Por fin lo presentaron y entonces se habló de separarlos.

—No vamos a ir muy lejos unos de otros —dijo el guía—, pero tampoco podemos echar a andar todos juntos porque la migra nos caería de volada. Los que llegaron hace dos días van a ir junto con mi compañero, los otros se vienen conmigo. Vamos a echarle ganas para que todos logremos pasar, acuérdense que llegaron aquí por una razón, que no se les olvide eso, administren su agua y no dejen los brazos ni la cara descubiertos. Si no hay nada más agarren sus cosas y a darle, que esto apenas empieza.

Sin darse cuenta Isidro se pegó a su primo como si entre ellos hubiera un pacto secreto que los mantendría unidos hasta llegar a su destino. Las sombras largas dibujadas sobre la tierra parda parecían manos que intentaban asirse al suelo para detener el avance de quienes las creaban.

El sol cálido de la tarde daba sobre la cara morena de Soledad, sus pómulos, encendidos por el calor, marcaban los duros rasgos de su cara. Caminaba silenciosa contando los pasos que daba sobre el camino pedregoso, la sucesión de números mantenía ocupada su mente negada a pensar en lo

que estaba adelante. Era una marcha acompasada signada por la melancolía.

Al cabo de una hora los montes bajaron para unirse con un valle enorme coronado en la lejanía por una peña azulada. El grupo bajó la pendiente y se metió a la planicie surcada por cañadas hondas y rocosas. Un aire caliente subió la loma como si quisiera escapar de aquel infierno. La inmensidad del cielo era un espejo azul del desierto aparentemente quieto y solitario.

Cada paso, seguido de otro, formaba parte de una cadena larga adherida a una promesa, un sueño, una esperanza...

En medio de ese transitar Isidro esperaba con impaciencia ver la línea fronteriza. Había imaginado aquel momento muchas veces pero no sabía en realidad cómo sería el "otro lado". Se trataba de un lugar mitificado en sus pláticas de niño y transformado después en reto simbólico para hacerse hombre. Ese momento en que pisaba aquella tierra dura como cemento para él representaba una prueba, una primera conquista, la certeza de estar en marcha por el rumbo trazado antes de salir de San Nicolás. "No debe estar lejos la línea", pensó emocionado y apretó el paso.

El único cambio que sufrió el paisaje fue la gradual disminución de luz. El sol estaba a punto de tocar el horizonte cuando Isidro, impaciente, se acercó al guía para preguntarle.

—¿Cómo en cuánto tiempo vamos a cruzar la frontera?

—Según mis cálculos ya debemos estar sobre territorio gringo.

—¿Y el muro... o la cerca?

—Esta hondonada ahora no tiene nada. Por una parte nosotros y por otra el narco y el desierto nos hemos encargado de borrarla del mapa. A los gringos les vale madres reponerla porque saben que está bien cabrón entrar desde aquí. Mientras más lejos de la garita estés, más fácil es el cruce. Pero la verdad aquí te das cuenta que eso de la frontera es una pinche invención, el desierto es el mismo y por más rayas que le pinten eso no lo pueden cambiar. Si te preocupa la migra puedes estar tranquilo, esos hijos de la chingada andan patrullando

más adentro, cuando calculan que ya vienes disminuido... Y a todo esto, ¿cómo te llamas?

–Isidro.

–Pues bien Isidro, bienvenido a los *Iunaites*, espero que este pinche país te dé lo que el nuestro no pudo.

–Yo también...

Isidro miró el campo que lo rodeaba y pensó, “No mames... cómo es la gente mentirosa.”

XII

Antes de oscurecer separaron al grupo y Tony echó a andar mientras los otros reponían fuerzas sentados junto al camino. Isidro se acercó a la pareja del hombre y el niño para desearles suerte, los ojos grandes de Matías lo miraron desde su baja estatura y su boca dio las gracias con una leve sonrisa. Apenas unos cuantos pasos adelante, Soledad se puso a caminar al lado de Isidro y así lo iba a hacer hasta el final.

De los del grupo el único con experiencia era Tony pero el guía no lo sabía, pensaba que traía puro aprendiz por eso caminaba despacio, en fila india, sin forzar la marcha de quienes lo seguían. Las luces de las lámparas escarbaban la oscuridad hasta chocar con el suelo, hacían un círculo tan pequeño que apenas ayudaba a esquivar los cactus y las piedras. El cielo con una luna menguante asomada en el horizonte, parecía descansar verdaderamente sobre el espinazo nebuloso de la Vía Láctea.

El profundo silencio de arriba contrastaba con el chirriar de miles de insectos. La brecha que seguían poco a poco se hizo menos accidentada hasta convertirse en una superficie más o menos regular que relajó los ánimos y dio paso a las primeras palabras murmuradas en medio del estruendo nocturno del desierto.

–De donde soy conozco bien los ruidos de la noche... pero aquí no –dijo Soledad con la vista pegada al suelo.

–De aquí sabemos poco... ¿y cómo es donde vives? –preguntó Isidro.

–Está lleno de montes altos con árboles y arroyos claros que bajan hasta el río...

–Nosotros también tenemos agua y un volcán muy alto con encinares y pinos.

–... durante casi todo el año se puede ver nacer las nubes en las laderas empinadas de los cerros, parecen salir de los árboles y crecer y crecer hasta llegar al pueblo. La niebla se mete por todos lados y así como llega se va haciendo aparecer las cosas nuevamente, como cuando amanece y la luz del sol empuja a la noche...

El guía apuró el paso porque el grupo empezó a bajar el ritmo.

–Tenemos que aprovechar esta noche para avanzar lo más que podamos –les dijo–, todavía estamos frescos y la luna no tarda en alumbrar el camino.

Soledad guardó silencio y caminó fijándose bien dónde ponía los pies. Antes de salir doña Carmela le dijo “estate atenta porque con tanta piedra es fácil torcerse el tobillo y muchas veces por eso, la gente ya no puede seguir”, aunque no apartaba la vista del suelo sus pensamientos estaban ocupados en recordar su pueblo. De vez en cuando veía a Isidro a su lado y sentía ganas de hablar con él, pero se quedaba callaba y pensaba en las cosas que había dejado atrás.

Así anduvieron unas tres horas hasta que las quejas y los tropezones fueron constantes. Todos iban cansados y traían hambre y sed. Pararon un rato con la advertencia del guía que todavía faltaba un tramo para llegar al lugar donde iban a descansar.

–Fíjense bien dónde se paran, no vaya a ser que les salga una víbora o un escorpión.

Se metieron cualquier cosa a la boca y tomaron agua, luego siguieron como otra hora hasta llegar a una ladera rocosa que en la base tenía una especie de hueco y ahí pararon. Era un lugar plano al que le habían quitado las hierbas de alrededor.

–Aquí vamos a estar lo que queda de la noche –dijo el guía–, acomódense y traten de descansar. Yo les vengo a

hablar temprano para caminar un rato antes de que el sol se ponga cabrón. Arrejúntense porque en la madrugada el frío pega un chingo.

Tony llamó a Isidro para que agarrara lugar cerca de él, se había dado cuenta que no se separaba de la muchacha y le dio tentación que fuera a cometer alguna pendejada. Dejaron las mochilas y estiraron el cuerpo adolorido. Sacaron latas y pan de sus mochilas y comieron en silencio. Luego se fueron apretujando contra el muro de piedra y se quedaron dormidos hasta que el cielo empezó a clarear.

XIII

–El asunto es cambiar nuestra óptica, ampliar el concepto de frontera y también de migrante, dejar de trabajar con estereotipos.

–De alguna manera la cuestión de una frontera más dinámica estaba implícita en la charla de tu amigo el director de primaria. Él nos habló de su experiencia en Altar que de entrada no es frontera física, sin embargo, es como una antesala cargada con los mismos signos. Yo diría que desde Altar los migrantes viven ya su experiencia de cruce.

–Claro... sobre todo si tomamos en cuenta que la frontera no sólo es el límite entre Estados Unidos y México, sino las étnicas y culturales. Cuando un migrante llega a Altar ya tuvo que enfrentar otras fronteras.

Graciela y Rodrigo tomaban café en la terraza afuera del salón de sesiones, habían decidido quedarse en el rancho mientras otros fueron en camionetas hasta la línea. Lucio quiso conocer el muro junto con Susan, con quien platicó durante la comida. El trabajo del taller llegaba a su fin y a las cinco regresarían al salón para poner a consideración algunas conclusiones y acuerdos.

–Lo que a mí me preocupa es la política del gobierno estatal respecto a municipios como el de Altar, para ellos no existen, no aparecen en sus planes de desarrollo, los dejan moverse

con dinámicas propias que no hacen otra cosa que fortalecer el poder de unos cuantos. Ahí tienes al muchacho que está de presidente municipal, no tiene la capacidad para gobernar, sin embargo, representa el poder de su familia.

—No les dan pero les dejan las manos libres para que tomen lo que quieran, y ese es el problema.

—Yo tuve la oportunidad de ver el proyecto para convertir a Altar en una especie de centro fronterizo, no tiene ni pies ni cabeza, es una cuestión de números que no toma en cuenta las condiciones políticas y económicas, y mucho menos los problemas de violencia e inseguridad. La base es el número de migrantes diarios y a partir de ahí, establece una serie de supuestos: gastos de hospedaje, alimentación, equipo, medicina, transporte... dando como resultado unos números asombrosos. No hay ningún análisis sobre los grupos que participan y la correlación de fuerza que establecen entre ellos, tampoco sobre los problemas de organización. Según el gobierno municipal basta tener la voluntad de hacerlo y punto.

—Para mí eso demuestra la crisis que se vive ahora en Altar, va a ser muy difícil que vuelva a tener la cantidad de migrantes que tuvo, las condiciones han cambiado tanto en nuestro país como en Estados Unidos. La ley Arizona, por absurda que sea, es un claro ejemplo del endurecimiento de las políticas migratorias.

—Lo que a mí me parece absurdo es que en México pase lo mismo, como se ha incrementado el número de inmigrantes centroamericanos que cruzan el país, se está discutiendo en el Senado una iniciativa que permita a la policía federal detener a cualquier persona sospechosa sin tener orden de aprehensión; hacemos lo mismo que no queremos que nos hagan.

—Cuando no se sabe qué hacer, se hacen leyes.

Sobre una de las camionetas que se acercó a la línea Lucio Macotella platicaba gustoso con la investigadora México-ame-ricana Susan Dueñas. Después de haber tropezado en el jardín, iniciaron una charla que decidieron continuar durante la comida, la sobremesa y el paseo. Ella había estudiado en Chicago

y trabajaba como profesora visitante en la Universidad de Arizona, había estado un par de veces en Altar para recabar información tanto en la presidencia como en el Centro Comunitario de Atención al Migrante. Para su estudio requería el registro de quienes eran sacados del desierto, heridos o muertos. A Susan le interesaba clarificar el proceso burocrático que debía seguir el cuerpo del migrante y cómo ese tránsito lo volvía parte de la estadística. “Toda esta movilidad humana al margen de la legalidad enfrenta situaciones que la detienen, un cuerpo inmóvil reviste características que no tiene el que es capaz de valerse por sí mismo” decía Susan con tal vehemencia, que Lucio no tenía otra alternativa que considerar asombrosa aquella situación.

—No sé si logro entenderte —dijo Lucio poco antes de salir del camino pavimentado—. ¿Es como si el cuerpo desvalido tuviese una dignidad que pocas veces, o casi nunca, se le otorga a la persona con plenas facultades?

—De alguna manera sí... porque se le atiende con mucho mayor cuidado y es inadmisibile perderlo durante el proceso, aunque también nos dice mucho del sistema que crea este control. El escrúpulo con el que el gobierno norteamericano maneja los números es sorprendente, lo que pasa es que somos una cultura numérica, todo lo contamos, no hay nada que nos pueda dar una idea más clara de las cosas que las cifras y los porcentajes. Uno puede hablar de pobreza, desempleo, incluso de muerte, pero sólo cuando se une a los millones que la padecen y se compara con otros millones en un país distinto es que cobra su real dimensión.

—Lo que no se cuenta no existe... —alcanzó a decir Lucio antes de sentir el brusco movimiento del carro al entrar en la brecha.

Su cuerpo se acercó repentinamente al de Susan y tardó un poco en poder separarse. Fue una situación chistosa que los hizo reír.

—Perdón, no fue mi intención...

—No te preocupes, lo bueno es que soy grande y no me dejo atrapar tan fácilmente.

La camioneta se pegó a la barrera que dividía los dos países, los tubos tenían cuatro metros de altura, señal inequívoca de rechazo. El camino junto a la línea subía y bajaba por pendientes empinadas llenas de bordos, piedras y polvo. Lucio apoyó una mano en el asiento delantero para no caer otra vez sobre su acompañante, llevaba la vista fija en la sucesión de tubos de acero color óxido; a través de ellos podía ver la parte mexicana como si presenciara la proyección de una película. No había diferencia sustantiva en los paisajes sin embargo, qué distinto era estar de un lado u otro. En la medida que avanzaban por aquellos columpios, ganaban altura y veían cada vez más el inmenso valle. La camioneta se detuvo al final de la brecha, la barrera seguía unos diez metros y de ahí hacia la punta de la colina no había nada que separara los dos territorios. Lucio caminó junto a Susan poniendo atención en el final del cerco.

—Que bien se ve ese monte sin obstáculos, ¿no crees?

—Pero no es verdadero, aquí lo natural simplemente no tiene cabida, todo este territorio está signado por la cultura, el mismo desierto, por más inhóspito que parezca, está cargado de valores y símbolos. Tú y yo nos hemos acercado a este lugar por lo que representa y estoy segura que los sentimientos que provoca en cada uno poco aluden a su carácter natural.

Lucio se detuvo y sin decir nada se dirigió hacia la línea y cruzó al lado mexicano, miró a su alrededor y como quien está a punto de ejecutar un acto circense, se paró con un pie del lado americano y abriendo ligeramente las piernas, asentó el otro en territorio mexicano.

—Desde que lo vi se me antojó hacer esto.

—¿Y sabes que eso es un delito?, si la patrulla que está allá abajo quisiera podría llamarte seriamente la atención.

—Es sólo un juego, aunque entiendo lo que dices, como sea se trata del límite entre dos países.

—Ven, te quiero enseñar algo —dijo Susan y caminó hacia el otro lado.

Se acercaron a la pendiente que daba al norte desde donde podían dominar una basta extensión. A su derecha un man-

chón de árboles permitía situar el rancho en el que estaban, más allá el paisaje era seco. Susan mostró con su mano extendida el lado izquierdo.

–Aquel es el camino que siguen los migrantes, cruzan esa parte del desierto hasta aquellos montes, deben tomar por la derecha para seguir a Tucson o Phoenix, si por error van hacia la izquierda, al lado oeste de las montañas, seguro no llegarán a ningún lado...

Desde arriba Lucio podía entender bien la explicación de Susan, pero se imaginó que dentro del valle la perspectiva no se parecía en nada a lo que ahora veía.

–En esta zona –continuó Susan– centro mi trabajo, y ¿sabes por qué?, porque es ahí donde más muertes y accidentes se registran.

Los dos miraron en silencio el desierto mientras imaginaban quiénes estarían cruzándolo en aquel momento...

Jeff saludó a Graciela que seguía la plática con Rodrigo.

–¡Siéntate! Mira, te presento al profesor Rodrigo...

–El caso que presentaste –dijo Graciela–, me hizo recordar la redada de indocumentados que se hizo en Postville en el 2008. Fueron más de doscientos trabajadores de una planta empacadora y también los encadenaron como si fueran criminales, humillándolos, arrebatándoles su dignidad.

–Estos operativos tienen esa finalidad –puntualizó Jeff–, el caso de Postville fue un operativo piloto que ahora se repite en muchas partes para hacerlo más efectivo. Es una política de criminalización que pisotea los derechos de los migrantes.

–Lo que pasa es que ahora decir migrantes y violación de derechos parece una tautología –interrumpió Rodrigo.

–Y llegan a tal grado que pretenden legislar por encima de convenciones internacionales.

–Sólo basta escuchar a Tancredo que ve a los migrantes indocumentados como criminales, el otro día declaró que la sangre de las personas norteamericana que han sido asesinadas está en las manos de cada político que administra una “ciudad santuario”.

–Es evidente que su lucha está enfocada hacia una política de tolerancia cero.

–El problema de estas declaraciones irresponsables es que refuerzan las actitudes anti-migrantes que tiene mucha gente, y no tenemos que ir muy lejos para encontrar núcleos duros de esa población, los ranchos de esta zona están llenos de *minutemen*.

–Yo conozco algunos, son fanáticos que han hecho de esta parte del desierto un territorio para ensayar operativos paramilitares. Gastan una fortuna en equipos sofisticados de detección y en armas, es gente que se quedó colgada en una guerra y ahora no puede vivir sin ella.

–Lo malo es que sus ensayos tiene un costo invaluable y las autoridades tan duras para algunas cosas, los han dejado operar sin presionarlos.

–Hablando de cazadores –interrumpió Rodrigo–, ahí viene el director Macotela con la doctora Dueñas.

–No molestes a tu amigo –repuso Graciela–, su batalla es completamente lícita.

Los investigadores se reunieron en el salón. A las cinco en punto se inició la sesión presidida por el coordinador del taller, el doctor Pratt. Dio un panorama general de los temas abordados y centró su atención en algunas ideas expresadas durante los días de trabajo. Señaló la necesidad de ampliar la investigación antropológica hacia las llamadas “comunidades accidentadas de memoria” en las que los protagonistas establecen lazos estrechos signados por necesidades temporales y una serie de experiencias intensas que suelen compartir; subrayó la importancia de llevar a cabo un trabajo de campo multisituado a través de la frontera, lugares de origen, comunidades de paso para recobrar la dinámica de los circuitos y la importancia de las redes migratorias. “No es el punto final lo que resulta importante para el investigador del tema migratorio sino lo que hay en medio”.

El doctor Pratt llamó a sus colegas a hacer un frente común de investigadores capaces de cuestionar los cimientos mismos

de la ciencia social en un intento por clarificar la complejidad de los fenómenos estudiados “Deberíamos trabajar para visibilizar los diferentes conocimientos que las antropologías centrales ignoran, descalifican y subordinan”. Finalmente, llamó a romper con los esquemas rígidos de la academia que muchas veces impide la difusión amplia de los resultados obtenidos. Puso el ejemplo de la presentación de Jeff O’Connors, bien sustentada y a la vez emotiva, e hizo una mención especial al invitado Lucio Macotella, cuya exposición sobre cuestiones cotidianas resultó ser una ráfaga de aire fresco capaz de provocar la imaginación sobre nuevas rutas de abordaje. “Uno de los grandes desafíos de nuestro trabajo es saber cómo presentar los resultados de las investigaciones que hacemos, ir más allá de la autoridad académica y la aridez conceptual. Debemos aprender del contexto mediático a fin de ganar capacidad comunicativa, no se trata de un problema menor, es, creo yo, una de las asignaturas pendientes que bien puede determinar el futuro de nuestra actividad científica. Rompamos el círculo de la auto-referencia y los cumplidos mutuos, pongamos en agenda el trabajo con expertos en materia comunicativa y seamos capaces de narrar las historias que vamos descubriendo. Confíemos en nuestra tarea, valoremos el trabajo realizado y la pasión que cada día ponemos en él. Muchas gracias.”

Las palabras dieron paso al brindis y la cena. Muchos de los investigadores permanecerían en el rancho hasta el otro día, pero Lucio y Rodrigo regresarían a Altar esa misma noche. Los ánimos se habían relajado y los temas de conversación se multiplicaban, estudiantes y profesores reían satisfechos por el trabajo realizado, llevaban muchos planes en la cabeza que los hacían sentir especialmente eufóricos. El día había sido caluroso y el viento que empezó a correr al ponerse el sol fue recibido de buen grado por todos. Rodrigo se acercó a Lucio para decirle que saldrían antes de las ocho porque si no les cerrarían la garita y tendrían que regresar a Tucson, y de ahí a Nogales y Altar.

—Te lo digo por si tienes pensado despedirte de alguien.

—Que bueno que me avisas, el problema es que he perdido a mi acompañante.

Caminó con lentitud y cruzó el jardín con ganas de alejarse del barullo, siguió un camino de arcilla perfectamente delineado que daba a un espacio más pequeño; delante de él un par de faroles iluminaban el sendero hacia los cuartos. Llevaba fija la imagen del desierto visto desde lo alto y no podía separarla de la figura de Tony. Susan lo vio desde lejos, lo saludó con un movimiento de brazo y se acercó sonriendo.

—Hola Lucio, ¿y qué van a hacer...? ¿Se quedan?

—No, regresamos a México. He venido a despedirme.

—Tan rápido tienen que irse.

—Ya ves, hay que pasar por la garita que cierra a las ocho y media.

—Que lástima, me hubiera encantado que te quedaras otro poco, pero bueno, ya habrá oportunidad de vernos otra vez.

—Por supuesto, de entrada quedaste de ir a la escuela.

—No se me olvida... me interesa conocer cómo viven los niños las pérdidas.

—¿Tú te quedas?

—Si, vamos a aprovechar la noche para divertirnos un poco, creo que lo merecemos después de tanto trabajo.

—Sin duda... bueno Susana, ha sido un verdadero placer conocerte, espero tener pronto noticias tuyas.

—Tenlo por seguro... a mí también me ha encantado conocerte.

Lucio abrazó con fuerza a Susan y le dio un beso en la mejilla, luego la acompañó hasta el comedor lleno de voces y risas. Rodrigo vio entrar a Lucio y le hizo una seña para irse. Susan se acercó para despedirse.

—Nos vemos pronto.

Luego caminó hacia un grupo de compañeros incorporándose a su plática.

Pasaron la garita justo a tiempo, cruzaron el pequeño pueblo de El Sásabe y tomaron la ruta larga hacia Altar, Rodrigo prefirió no ir por la brecha porque a esa hora podía ser peli-

grosa. Sobre la carretera pavimentada, a unos tres kilómetros del pueblo, las luces de unas lámparas les hicieron señales para que se detuvieran. Un grupo de cinco individuos parados junto a una camioneta les pidió que se orillaran mientras apuntaban sus cuernos de chivo hacia ellos.

–¿A dónde van?

–A Altar –respondió Rodrigo–, vivimos allá.

–¿De dónde vienen?

–Estuvimos en un rancho del otro lado trabajando, somos profesores de la universidad.

–Y esta camioneta qué... ¿es suya?

–Sí... ¿por qué?

–Esta buena como para mí –dijo la voz de otro que no dejaba de apuntar a la cabeza de Lucio.

–¿No será que traen algo? –preguntó con sarcasmo quien estaba al mando–. A ver, bájense.

–Me puede mostrar su identificación –dijo Lucio amablemente.

–Qué más identificación necesitas –le respondieron con un movimiento del arma apurándolo a salir de la camioneta.

–¿Cómo ve mi comandante, sí los detenemos?

–Espérate... primero déjame ver qué cargan.

En el asiento de atrás Rodrigo llevaba libros y una cartera de cuero, no traían nada más. Lucio había puesto el folder del taller adelante donde se leía claramente Universidad de Arizona. De pronto unos faros aparecieron en la lejanía.

–Ahí viene otro –dijo uno del grupo.

–Déjalos ir, se ve que de veras son profesores.

–Ya oyeron... jálenle.

Rodrigo y Lucio subieron a la camioneta que tenía el motor encendido, arrancaron y vieron cómo paraban al auto que venía detrás.

–¿Quiénes serían esos? –preguntó Lucio con el rostro lívido.

–No sé... tal vez judiciales que quieren ver a quién joden. Quienes sean qué susto nos acomodaron.

–Yo pensé que nos iban a detener más tiempo.

–Para mí que esperaban a alguien porque apenas vieron las luces del otro carro se apuraron a despacharnos.

Después del incidente los dos amigos guardaron silencio. La camioneta avanzó rápido sobre la carretera rompiendo la oscuridad de la noche. De vez en cuando los ojos brillantes de algún animal aparecían frente a ellos. Lucio había bajado la ventanilla y sentía el aire tibio chocar sobre su cara, pensó entonces en el trabajo de Susan, le llamaba la atención que una mujer tan jovial estuviera interesada en asuntos tan sórdidos. Cuando regresaban al rancho Susan le platicó sobre su experiencia en aquella parte del desierto, lo había caminado un par de veces junto con miembros de la patrulla fronteriza, aquellas incursiones habían contado con el apoyo oficial porque su objetivo era buscar cuerpos de migrantes. En su primer recorrido tuvieron que detener el avance porque Susan estuvo a punto de sufrir una deshidratación severa; la segunda vez, más preparada, seleccionaron algunos tramos que podían tener mayor riesgo y realizaron los recorridos durante varios días. Una camioneta los dejaba en un lugar y al cabo de unas horas los recogía en otro punto. Durante aquel recorrido el grupo encontró dos cuerpos, eran jóvenes que al parecer, agobiados por el calor, se despojaron de sus ropas hasta terminar desnudos bajo los rayos del sol. Lucio había escuchado a algunos migrantes decir que en el desierto el calor pone loca a la gente. Como los cuerpos no presentaban marcas de agresión la migra descartó el asesinato como causa de muerte. Susan registró uno a uno los pasos seguidos por los agentes desde que dieron parte hasta que se hizo el levantamiento, luego los trámites en la morgue, la identificación de los cadáveres y la notificación al gobierno mexicano. Le interesaba, sobre todo, identificar las maneras como un cuerpo humano es concebido y tratado dependiendo de la instancia o trámite en el cual se encuentra. La lista era interminable y el número de gente involucrada, increíble.

A Lucio le había impresionado aquella salida etiquetada ajena a la conciencia y cómo un ser humano, invisibilizado por la miseria, muerto cobraba una jerarquía jamás imaginada. Preguntó sobre los cuerpos no recuperados, los que se quedan para siempre en el desierto. “Esos tienen otra historia”, le respondió Susan “siguen trayectorias diferentes pero una cosa sí te puedo decir, ninguno de los que caen en el desierto se queda ahí para siempre.”

Bajo la noche sin estrellas el director de la primaria pensó en cada una de las personas que había conocido y perdieron la vida intentando cruzar el desierto, hizo un esfuerzo por recordar sus caras, su tono de voz, sus nombres... fue entonces, en mitad de aquella carretera solitaria, que las palabras de su valerosa amiga empezaron a cobrar sentido.

XIV

El cansancio tiene la virtud de hacer sentir el alma inservible. Cuando el guía llegó a despertar al grupo una sensación de abatimiento se había apoderado de él. El sentido de aquella odisea se escondía detrás de los párpados pesados y las cabezas, entumidas por el frío, parecían no encontrar su sitio en el mundo. Los cuerpos pedían a gritos quedarse ahí, recostados sobre la tierra mientras el cielo no terminara de borrar la noche. Pero dentro de cada uno el hilo centenario de una memoria acostumbrada a ceder, tiró con fuerza y acalló los sentimientos de dolor y de miedo.

Tony abrió los ojos sin poder enfocar bien las cosas que le rodeaban, los restregó con fuerza sacándoles lágrimas fuera de tiempo y lugar. La tierra dura bajo su cuerpo guardaba un calor insuficiente para contrarrestar el frío. Respiró hondo antes de ponerse en pie como un intento para animarse y salir del letargo pero la realidad, gigante y adversa, le llenó la boca de un sabor amargo cargado de melancolía.

No era la primera vez que tenía aquella sensación, sabía que se trataba de un momento difícil en el que el corazón va-

cilaba acobardado por lo que debía enfrentar. De pie, frotó con fuerza sus piernas entumidas y sacudió la cabeza para romper el atarantamiento, luego resopló como toro bravo a punto de cruzar la puerta de toriles.

Su primo parado a unos cuantos metros miraba al monte, enfundado en su chamarra movía también el cuerpo adolorido, los demás, hombres y mujeres, se levantaban con dolencias parecidas.

–Apúrense a recoger sus cosas y vámonos porque esta es la hora buena para avanzar –dijo el guía.

La respuesta fue lenta y silenciosa.

–¿Cómo ves primo?, este grupo se está echando y nos va a pasar a traer.

–Ahorita que empecemos a caminar verás que se despiertan. ¿Tú cómo estás? Traes los ojos bien hinchados.

–Como que se me metió algo, veo borroso.

–Traes lagañas... échate tantita agua y no te los restriegues. Tú qué piensas... ¿hemos avanzado bien?

–Para mí que este cabrón tenía desconfianza de la gente, por eso al principio se fue bien despacito, luego apretó el paso y sí... yo creo que vamos bien, la cosa es ver cuánto caminamos ahorita y qué tanto calor va a hacer.

A Isidro le costó trabajo pensar en el calor con las manos heladas metidas en las bolsas de la chamarra.

–Soñé bien raro –dijo Isidro–, según estábamos en Nueva York, pero era igual al pueblo, yo preguntaba y me decían que así era, que qué me había imaginado. Me daba coraje porque encontraba a unos que seguro nunca harían este cruce, y ahí estaban con trabajo y todo, y yo como pendejo sin saber a dónde jalar.

–Y yo, ¿aparecía en tu sueño o no? –preguntó Tony como si su ausencia representara un mal presagio–. ¿Dónde estaba pinche Isidro?... ya ves, apenas te sientes del otro lado te quieres deshacer de mí.

–Por ahí andabas... no me acuerdo bien, pero estabas en tus *bisnes*.

–Ora resulta... no seas mentiroso...

—Me cae de madres.

—Yo no soñé nada porque dormí mal, luego cuando ya estaba agarrando el sueño, ¿no sé si oíste a una de las muchachas quejándose?... luego se puso a llorar bajito. A lo mejor se dio un trancazo y cuando se enfrió el golpe le empezó a doler. Hay que estar atentos para ver quién es, tú fíjate si no es la muchacha con la que vienes, yo checo a las otras.

—¿Y para qué?

—Para avisarle al guía, no vaya a ser que por una de ellas vayamos más lento y nos cargue la chingada a todos.

—No sea cabrón Tony, yo pensé que lo decías para ayudarla.

—¡Ni madres! Venimos juntos pero no revueltos, si alguien no puede se chinga... pero no te preocupes, seguro la muchachita morena no fue.

—Está casada pinche Tony... y va a cruzar el desierto para juntarse con su esposo.

—¿Y eso qué? Yo nomás dije que ella seguro no fue.

—No mames... ni porque estamos todos metidos en la misma chinga se te quita lo hijo de puta.

A Tony le sorprendió que su primo lo tratara así y estuvo a punto de pararle el alto pero se contuvo, algo le decía que si provocaba a Isidro le podía saltar un animal rabioso.

—No te enojas Tony, aquí no soy el enemigo, sólo faltaba eso, que entre nosotros empezaran las dificultades. Mejor vamos a agarrar camino juntos antes de que este pinche cabrón nos deje olvidados.

Avanzaron de prisa, primero en silencio, luego, cuando el cansancio y la angustia se hicieron más grandes que el enojo Tony decidió hablar.

—Cuando lleguemos voy a hacer algo que nunca he hecho, lo tengo decidido.

—¿Y qué es?

—Voy a buscar a Pedro...

Isidro intentó medir el tamaño de aquellas palabras y aunque conocía algo de la historia, no le alcanzaba para entender su hondura.

–Yo no me acuerdo bien de tu hermano, ¿es menor que tú?

–Casi un año... crecimos parejitos, jalábamos juntos para todos lados. Era flaco y bueno para los madrazos, hace mucho que no lo veo... casi diez años.

–Entonces se fue bien chico del pueblo, ¿no?

–Después de que murió mi mamá nos cambió la vida, yo me arrimé más a mi papá y él se volvió callado. Dejamos de jugar. Pedro andaba triste todo el tiempo y mi papá la agarró contra él, yo creo que fue porque estuvo muy pegado a mí madre y se la recordaba. Luego mis hermanos grandes vinieron a trabajar de este lado y un día, sin decir nada, se vino con ellos.

–¿Y a poco desde entonces no lo ves?

–Desde entonces... ni se despidió, nomás se fue.

Tony tragó con dificultad la poca saliva que llevaba. Isidro miró el camino lleno de piedras y arbustos, trepaban una loma por una veredita hecha por las pisadas de otros. El sol les pegaba en la cara y hacía más pesada la subida. Algo de aquella historia contada por Tony no concordaba con lo que Isidro había escuchado de boca de Demetria, según ella, no sólo fue el papá quien se puso en contra de Pedro sino también su propio hermano.

Aquella intención arrastraba una historia llena de silencios. Como dijo Tony, las cosas se echaron a perder a la muerte de su madre. Después del entierro nadie se atrevió a preguntar ¿por qué había pasado?, pero casi todos reconocían al culpable.

El tiempo no pudo debilitar los sentimientos de Pedro, que entre más pensaba en su madre, más injusta se le hacía su muerte.

Una mañana su padre lo levantó a golpes para que lo acompañara a la parcela, Pedro no había cumplido los catorce años y lloró de rabia al sentir el cincho cruzar su espalda. Siguió la figura tambaleante de don Lupe a la distancia para no provocarlo. Antes de llegar Pedro se dio cuenta del problema: su padre había dejado los animales en el campo toda la noche y ahora quería que los regresara. Don Lupe estaba borracho pero supo bien a quién levantar y de qué modo para hacer el trabajo.

Contrario a lo que pensó, Pedro vio a su padre llegar hasta los animales, se había olvidado del hijo que traía a sus espaldas y quiso someterlos él mismo pero una de las mulas, arisca por el maltrato, le dio una patada en el vientre. Don Lupe gritó espantando a la bestia que se movió inquieta y enredó las cuerdas en el cuerpo adolorido.

Pedro, en los límites de la parcela, vio paralizado cómo el animal intentaba soltarse y pisaba por momentos a su padre. En medio de su dolor don Lupe pareció recordar al hijo que traía y le gritó sin recordar su nombre. “No te quedes ahí parado y destraba a la mula que me está matando”. Pedro no se movió, su padre revolcado en el lodo le clavó la mirada sin dejar de pedir su ayuda.

Cuando el cuerpo sangrante dejó de moverse, la mula se detuvo. Pedro dio vuelta y regresó sin acercarse a su padre que a esas alturas imaginó muerto. De su casa nadie los vio salir, cuando llegó se metió a la cama y se quedó dormido.

Lo despertaron los gritos de Tony que pedía un médico, Pedro se levantó, guardó algo de ropa en un morral y se fue de la casa. Antes de salir, su hermana Laura lo detuvo en la puerta, “¿Vas a buscar a Lupe?”, “Sí”. Laura encontró la mano de su hermano y se la apretó con fuerza, luego, con los ojos rasados por las lágrimas le dijo, “Ojalá se muera”.

Pero como dice el dicho “hierba mala nunca muere”, así, Guadalupe Tepox se curó de aquellas heridas y dio por muerto al hijo que le negó su ayuda. A nadie le contó lo que había pasado, pero cultivó en Tony un odio profundo hacia su hermano.

Pasaron años antes de que Tony se preguntara ¿por qué había dejado de querer a Pedro? y otros más para atreverse a encontrar alguna respuesta. Pero ahora que la figura del padre empezaba a resquebrajarse por el peso de los años, tenía una necesidad creciente por conocer el otro lado de las cosas.

Cuando llegaron a lo alto de la loma otro valle interminable se abrió delante de ellos. Bajaron de prisa y se metieron en una hondonada para ocultarse de la patrulla fronteriza. Tony

tenía las piernas cansadas pero sobre todo la cabeza que una y otra vez repetía la idea de encontrar a Pedro. Algo le hacía sentir que el tiempo estaba en contra de su propósito, por eso había querido cruzar sólo con Isidro y le molestaba la lentitud de las mujeres que, para él, siempre tenían la culpa de todo.

–¿Cómo andas de agua primo? –preguntó jadeante.

–Casi me la acabo, ojalá haya un depósito adelante –respondió Isidro sin saber bien qué quería decir eso.

–Ojalá que sí porque yo también estoy en las últimas. Voy a ver si puedo alcanzar al guía y le pregunto.

Adelantó a los compas que a esas alturas pedían a gritos un descanso. Soledad lo vio pasar y sin pensarlo buscó atrás la figura de Isidro. Caminó lento para que la alcanzara, no buscaba platicar sino sentirlo cerca.

Por encima de las ramas de los mezquites ondeaba una banderita azul, junto a ella había dos toneles con agua. El guía les advirtió que si no traían pastillas para desinfectar el agua mejor no la tomaran, luego les mostró unas enramadas hechas con mezquites entreverados bajo los cuales descansar.

–Aquí nos vamos aquedar hasta que baje el sol, coman y descansen bien porque esta noche no paramos.

Buscaron la sombra y se sentaron sin decir palabra. En las mochilas abiertas las manos temblorosas buscaron alimento. El calor, acumulado durante la caminata, salía del cuerpo quemando el pecho y los brazos. Todo era cansancio.

Por entre las ralas techumbres de hierba se colaban delgados rayos de sol que daban como agujas punzantes sobre los cuerpos. Una a una las mujeres y los hombres se tumbaron sobre la tierra y trataron de escapar del viento caliente que se movía rasante entre los arbustos. El grupo no era más que un puñado de soledades luchando por mantener viva su parte de esperanza.

Debajo del mismo mezquital, Soledad e Isidro se dejaron vencer por el cansancio. Entre un cuerpo y otro un corredor delgado de tierra separaba sus sueños, Isidro cruzó la frontera y encontró la mano de Soledad tendida en la tierra del desierto, la tomó despacio y la apretó hasta quedarse dormido.

XV

Cuando Soledad abrió los ojos miró con detenimiento el tronco leñoso del mezquite. Aquellas arrugas de madera le recordaron la piel de un elefante enorme que vio afuera de un circo el día que bajó a Teotitlán con su padre, fue la primera vez que salió de Huautla. Con sus ocho años subió al autobús incapaz de imaginar cómo era el mundo detrás de los montes. Cuando echaron a andar por las calles del pueblo tomó con fuerza la mano de su padre y no la soltó hasta estar de regreso. Muchos años después, la sensación impresa en sus dedos de niña la seguía acompañando haciéndola sentir segura.

El sol, a punto de tocar el horizonte, dejaba la tarde cargada de calor. Soledad se puso de pie, buscó al guía entre las enramadas y lo encontró recostado debajo de una, se acercó despacio y descubrió que descansaba con los ojos abiertos. Le preguntó cuánto tiempo faltaba para irse. “Dos horas, así que mejor váyase a descansar otro rato”. En lugar de eso Soledad caminó donde los toneles para llenar su garrafa de agua, tomó un poco entre sus manos y se enjuagó la cara, hubiera querido hacerlo más de una vez pero sabía que otros después de ella llegarían ahí en busca de ese líquido capaz de salvarles la vida.

Mientras tomaba agua descubrió el reflejo tambaleante de su cara en la superficie. Llevaba el pelo recogido en una trenza gruesa. La luz del sol encendía sus mejillas lustrosas bajo el azul pálido del cielo. Soledad miró sus cejas pobladas, era algo que le gustaba de ella junto con sus ojos negros; contenta por la imagen, sonrió. Más allá del reflejo una cara distinta pareció emerger del fondo. Tal vez hubiera sido preferible retirarse de aquel espejo inestable e ignorar, aunque fuera sólo por un tiempo más, el vacío profundo que provocaba en ella el encuentro próximo con su esposo.

La decisión de cruzar nada había tenido que ver con la añoranza o el cariño, cuando él la llamó Soledad negó con todas sus fuerzas, pero en su condición de mujer tarde o temprano tendría que aceptar. Su madre y su suegra cerraron el cerco que

la orilló a dejar el pueblo, la empujaron con la triste sabiduría de una tradición en la que las mujeres obedecen y callan.

La víspera Soledad quiso cambiar el rumbo de las cosas y puso delante de su madre sus desdichas y miedos, ella la escuchó hasta el final, guardó silencio y cuando su hija terminó de hablar, bajó la cabeza para que los sentimientos le abrieran paso a la razón, luego, con una serenidad más cercana a la resignación, le dijo.

—Ya dijiste lo que piensas y estás mejor preparada para encontrarte con él... No creas que no entiendo, pero hay cosas que no podemos cambiar. Cuando estés lejos acuérdate que yo también conozco tu pena y no dejaré de pedir a la Virgen que te la haga llevadera.

No hubo más palabras, la madre había pronunciado la sentencia y Soledad salió de la cocina con el agobiante peso de ser mujer. El mundo apropiado por los hombres era un lugar lleno de incompreensión. No pudo deshacerse del dolor y rumió en silencio su desventura. Anduvo sin rumbo por las calles empinadas de su pueblo y al caer la tarde se sentó en las escaleras de la plaza con ganas de capturar algún recuerdo que la acompañara. La luz tenue no le regaló ninguna imagen memorable, por eso tuvo que cerrar los ojos para encontrar en el viento de la noche el aroma que llevaría consigo: al bajar del autobús, aquella primera vez que salió del pueblo, su padre puso la mano frente a ella, Soledad la tomó y sintió en sus dedos la calidez de aquella caricia, la apretó con fuerza y saltó. Permaneció una fracción de segundo suspendida en el aire, sin ataduras, libre... guiada por el aroma inconfundible de la felicidad.

La sombra del monte subió por la cara de Soledad y su imagen sobre el agua se borró. Acarició su cara y cerró los ojos para recuperar el aroma infantil atrapado entre sus dedos, luego, inventando con el tacto una presencia deseada, beso su fantasía.

Isidro comía junto al mezquite bajo el cielo todavía claro de la tarde. Entre los arbustos Soledad se acercó con el bidón

de agua en la mano, la siguió con la mirada y ella se dejó guiar por ese camino tendido en el aire.

–Nos vamos en una hora.

–Siéntate y come algo porque caminaremos toda la noche. Oí que la migra anda más activa por acá, por eso no pudimos caminar con luz de día.

–Además con el calor no hubiéramos aguantado mucho.

–Yo estoy acostumbrado a trabajar el campo, pero este sol quema distinto, se mete al cuerpo poco a poco y luego te quema por dentro.

–Lo bueno es que ya se fue y si es como ayer, va a hacer frío...

El grupo se puso en marcha antes de que saliera la primera estrella, por eso nadie tuvo oportunidad de pedir algún deseo. Sobre el desierto caía la noche cargada de misterios, una planicie inmensa se extendía delante del grupo cobijada por una peña azul que a lo lejos desaparecía.

La engañosa planicie se transformó en cañadas ondas y lomas pedregosas por las que era imposible seguir un camino medianamente recto. El constante cambio de sentido terminó por desubicar al grupo, sólo uno de ellos sabía hacia dónde caminaban. Bajo la noche, a ciegas por un territorio desconocido, los migrantes confiaron en su guía.

Iban pegados unos a otros para no extraviar el rastro. El chirriar de insectos no provocó esa noche la misma desazón que la anterior. Encima de ellos el cielo cuajado de estrellas ofrecía cientos de referencias desconocidas; aquella vastedad mirada por ojos inexpertos estaba más cerca del caos que del cosmos.

La marcha se interrumpió varias veces, el guía gritaba “¡Abajo!”, refiriendo sonidos que nadie más escuchaba. El cansancio se transformó en tensión. Al filo de las once el ruido ronco de unos motores alertaron al grupo, no fue necesario el grito del guía para que todos se pegaran al suelo. Unos vehículos pasaron de largo perdiéndose delante de ellos. Aquel ruido inubicable era su primer encuentro con la patrulla fronteriza.

El guía consideró necesario reunir al grupo.

—Si volvemos a oír a la migra no se preocupen, intenten no correr y si pueden escóndanse debajo de algún arbusto. Quédense quietos hasta que yo los llame, ya conocen el chiflido, paren las orejas y traten de caminar en esa dirección... Ahora descansen un rato.

Los ruidos se fueron y los migrantes prosiguieron su marcha. Ahora sabían algo más y tenían sus sentidos atentos. El guía decidió bajar una pendiente y llevar al grupo por un cauce seco. Ninguna tormenta en los montes lejanos comprometía aquella ruta. Era un camino ríspido dificultado aún más por el probable encuentro con algún animal.

El cauce se hizo intransitable y el grupo tuvo que salir. Pegados al lomerío volvieron a escuchar sonidos de alerta. “Debe ser la ruta ochenta y seis”, dijo el guía para calmarlos sin darse cuenta que aquel número nada les decía. La debilidad creciente de los motores fue mejor antídoto que la ubicación geográfica, el grupo ganó confianza y siguió su camino. De pronto, salido de la nada, el estruendo de una máquina paralizó a los caminantes. Cada vez más fuerte, cada vez más cerca, el retumbar ensordecedor de un helicóptero se apropió de la noche.

Imaginaron un inmenso reflector iluminar el campo y el sonido de un altavoz que ordenaba su rendición. Ante aquella realidad preconcebida el grupo se dispersó presa del pánico. Isidro trepó una loma tropezando con las piedras y los arbustos, Soledad, detrás de él, encontraba espinas por todo el camino. Subían sin saber a dónde guiados por la distancia del sonido que rebotaba en todas las piedras. Aquella era una carrera sin meta establecida, un juego de escondidas sin cuenta previa, una batalla carente de estrategia, un grito en mitad del desierto.

Subieron más y más hasta que el destello de una luz hizo palidecer las estrellas. Apareció sobre la loma como un fogonazo de metralla que no alcanza a pegarle a nadie, pero deja en el aire el camino caliente por el que pasó. Cegados por la ráfaga luminosa dieron traspiés e intentaron llegar a algún refugio. Isidro se pegó a una piedra que se curvaba encima de

él. El corazón chocaba en su pecho empapado en sudor. Más allá de su pequeño refugio el retumbar de motores desapareció y el silencio inabarcable se apoderó de la noche.

Los pensamientos menos sosegados, repasaban una y otra vez la escalada incierta y el sobresalto del encuentro. La luna menguante, perezosa como siempre, ayudó a Isidro a fijar su atención en otras cosas y su oído, saturado por los acontecimientos, tejió fino alrededor de su cuerpo. Un miedo diferente creció entonces. Con la cabeza pegada al suelo descubrió el movimiento de algunos roedores. Acostado ahí estaba a merced de los escorpiones y las tarántulas; concentrado en cada parte de su cuerpo creyó escuchar cómo se deslizaba una serpiente, abrió los ojos pero no pudo verla. Las gotas de sudor caían en la tierra seca arrebatando el líquido que aún tenía su cuerpo. Así permaneció largas horas hasta que el cansancio lo venció.

La mano del guía sacudió su hombro. Isidro abrió los ojos sin saber en dónde estaba, tardó en recuperar la ubicación, se puso de pie y bajó la loma que por la noche había subido. Era una pendiente pronunciada de difícil acceso. Abajo parte del grupo estaba alrededor de un cactus enorme. El frío helaba la cara y entumecía las manos. El cielo clareaba y no tardaría en salir el sol.

La conmoción de la noche se llevó las palabras y las miradas se cruzaban vacilantes sin detenerse en el otro. Poco a poco el grupo se completaba. Sentado en una piedra con la cabeza entre las piernas Isidro seguía el ritmo acompasado de su respiración. Cada vez que el guía acercaba a otro, levantaba la cabeza para saber de quién se trataba. Tony estaba acostado boca arriba con un brazo sobre la frente, respiraba hondo como si estuviera en mitad de un sueño profundo. No vio llegar a Isidro, ni a nadie, estaba absorto en las pequeñas nubes que encima de él no dejaban de cambiar. Como un preso que mira el cielo a través de la ventana de su celda Tony añoró el movimiento libre de aquellos girones blancos. Pegado al suelo del desierto sintió la tensión del encierro, el agobio del abandono, la melancolía del olvido.

El guía se fue nuevamente y regresó con otra de las mujeres, después se sentó a reponer fuerzas. Parecía no quedar nadie más agazapado en su escondite nocturno.

Al ver terminada la tarea de unir al grupo Isidro caminó hacia el guía. “Falta una mujer”, le dijo. “Ya no”, contestó sin levantar la vista. “Una joven bajita, morena...”, insistió. “Sé de quien hablas... está allá arriba... se despeñó tratando de escapar de la migra”.

Las palabras opacas del guía entraron por el oído de Isidro y rompieron lo que encontraron a su paso. Si antes no supo dónde estaba ahora le costó trabajo entender para qué. Trastabilló hasta alcanzar un lugar para dejarse caer; juntó sus piernas hasta hacerse un ovillo apretado dentro del cual su cara lívida empezó a llorar. Una coraza selló los caminos hacia afuera, carrera adentro se abrió un pozo negro y se dejó llevar.

La voz lejana del guía avisó que esperarían a los otros.

El grupo se enteró más tarde de la muerte de Soledad y guardó silencio hasta que los demás se les unieron. Tony se acercó a su primo para ver cómo estaba, le pareció un niño regañado que corre a su cama y llora con una tristeza infinita hasta quedar dormido. Prefirió dejarlo así con la certeza de que eso lo sanaría.

Una mano lo movió con suavidad, como si dudara en su intención.

—Señor... que ya se despierte —dijo Matías.

Isidro abrió los ojos y encontró la cara del niño encima de él.

—Que bueno verte.

Se levantó y preguntó al guía. ¿En dónde está?

A la izquierda de la pendiente el cerro se cortaba en una cañada angosta como una boca negra dispuesta a tragarse lo que pasara cerca. Abrió su mochila, sacó algo del fondo y caminó hasta donde estaba Soledad.

Se detuvo al pie de la hondonada llena de piedras filosas y vio el cuerpo tirado a unos cuantos metros por debajo de él. Se acercó con cuidado para no hacer rodar piedras sobre Soledad.

Cuando estuvo en el fondo se persignó y rezó. Hincado pidió a la Virgen por la valiente muchacha que estaba ahí tendida y la abrazó... puso el cuerpo boca arriba, humedeció su mano y le limpió la cara, acomodó la trenza haciéndola caer en uno de sus hombros, tomó una de sus manos y abriendo con dificultad sus dedos fríos puso en ella la ofrenda que llevaba. Lloró en silencio durante un rato, no quería dejarla en aquel lugar, pero no podía hacer otra cosa. Salió de la cañada, miró otra vez el cuerpo de la joven, se persignó y guardó para sí la última imagen que tendría de ella.

—Vamos a dar parte para que vengan por el cuerpo —dijo el guía antes de reiniciar la caminata.

Otros habían ido a ver a la difunta. “Que fácil es morirse...”, pensó una de las mujeres arrodillada al pie de la hondonada, “en este desierto cualquier zanja es abismo”.

Isidro, despegado de Tony se acercó a Matías y le dijo “Yo me voy a encargar de que llegues bien a tu destino”.

Los migrantes caminaron por encima del cauce con una vaga idea de lo que faltaba por andar, cuando el lomerío los dejó delante de un valle abierto, bajaron la pendiente y entraron otra vez al laberinto que poco a poco los sacó del desierto.

XVI

Lejos de sus montes y sus nubes Soledad se quedó a recibir la luz implacable del sol. Un cuerpo pequeño en la inmensidad del desierto, una voz sumida en el silencio, un camino roto, un sueño perdido para siempre.

El polvo arrastrado por el viento se pegó a su piel morena. Nadie tapó su cara, la dejaron de frente al mundo para que el mundo la viera.

Por la tarde un grupo distinto pasó y la encontró tirada ahí abajo. Algunos se acercaron para ver de cerca la muerte que también caminaba con ellos, y al igual que sus compañeros, dejaron junto a Soledad algo de ellos mismos.

La joven muerta se vio rodeada de objetos: guantes, gorras, playeras, botellas de agua casi vacías... rezos y peticiones. Pequeñas ofrendas para cobijarla, para hacerle más llevadero el viaje que había emprendido.

Las miradas se quedaban también como una caricia necesaria, los ojos no se posaban en ella para escudriñar su desventura sino para verla con respeto y valorar el coraje que tuvo para haber llegado hasta ahí.

Un puente de sentimientos compartidos quedó tendido entre cada migrante y Soledad, no era la primera ni la última, todos podían, en cualquier momento, hacerle compañía.

Atadas por una misma cuerda de hambre y miseria las vidas de los migrantes dejan sobre el desierto huellas parecidas. El asidero común de la pobreza da a sus historias un origen apenas distinto que, sin embargo, cada día... todos los días experimenta la amarga renovación de quienes las escriben.

Pararse frente a Soledad era afrontar preguntas: ¿Por qué llegar hasta ahí? ¿Quién tenía el derecho de poner a tantos bajo esas condiciones? ¿Para quiénes son el respeto y la dignidad? ¿Cómo terminar con ese teatro de muerte?

Era también reconocerse víctimas condenadas por una causa justa, y sentenciadas tras un juicio injusto. Las leyes, escritas por otros, nunca les darían la razón, por eso resultaba necesario atravesar la línea de aquella legalidad a medias, aunque por ello tuvieran que cargar con los estigmas de los criminales. Ningún jurado estaría dispuesto a preguntar para entender cada ¿por qué?, su veredicto guiado por otra ética, no se daba el lujo de dudar frente a tal enemigo.

Por eso importaba que Soledad, junto con muchos, muchos más permaneciera ahí, donde la muerte la encontró, como una advertencia para los que vienen detrás. Lo que ningún juez, jurado o legislador entendería es que cada migrante caído en el desierto se transforma en un asidero para la esperanza.

Los cuerpos esparcidos en el espacio indefinido de la frontera no terminan su marcha en el desierto. Cada migrante

que da con alguno guarda para sí una imagen del encuentro y carga con ella, llevándose viva un poco de muerte.

A Soledad se la llevó Isidro como parte de su propia historia al igual que cada uno de los que pusieron alrededor de ella algún objeto; la pelearon y poco a poco se la arrebataron al desierto. Nadie se queda ahí indefinidamente, todos, de una u otra forma, terminan yéndose algún día.

El cuerpo frío de una mujer en el fondo de una pequeña cañada recibe la noche. Parece estar solo pero en su mano sujeta con fuerza una flor y un cirio, un hombre, casi desconocido, decidió quedarse con ella para siempre.

Tercera parte

La fiesta

I

La primera vez que la abuela Rufina fue al aeropuerto lo hizo para despedir a su hija Antonia, la persignó en la sala de espera y puso en su mano una medalla de la Virgen, "Cómprale una cadenita y cuélgatela para que siempre vaya contigo", le dijo. Se paró junto a la malla de alambre cerca del estacionamiento para ver despegar el avión que iba a Tijuana, no era la única, a su lado gente de otros pueblos, parientes de otros viajeros, tampoco apartaban sus ojos del jet. A partir de aquel día la vida de Rufina cambió, su mundo ubicado en el espacio del pueblo tuvo que ampliarse hacia una tierra distinta donde una parte de ella habría de vivir.

Ahora la abuela estaba ahí para recibir a su nieta que llegaba después de una larga espera de catorce años. Desde que nació le dijo a su hija que esa niña tendría que conocer el pueblo donde nacieron sus padres.

El aeropuerto era pequeño y estaba a una hora de San Nicolás, daba servicio principalmente a empresarios de la capital del estado, y funcionaba también como puente aéreo entre los migrantes de los pueblos cercanos y el norte del país. De ahí Rufina despidió a su hija y ahí mismo recibiría a su nieta.

Llegaron temprano y se sentaron a mirar. La voz metálica de una mujer sonaba en las bocinas anunciando la salida de los vuelos. Filas largas de hombres vestidos de ciudad se formaban delante de la puerta de cristal y avanzaban para mostrar sus pases de abordaje. El reflejo de los pasajeros en el piso de mármol hacía pensar a Rufina en Nueva York, una ciudad encima de su pueblo que proyectaba luces difusas y hacía de San Nicolás una imitación borrosa de ella.

Afuera del aeropuerto sobre el valle reverdecido por las lluvias, la luz de la tarde proyectaba la inmensa sombra del

volcán, las nubes se movían hacia el sur camino del valle de Coapa donde quizá más tarde caería la lluvia. Las huertas de manzana casi desaparecidas por el avance desordenado de la ciudad eran mudos testigos de aquella tarde de verano.

El tiempo de la espera se hizo largo y tedioso, Joel se movía inquieto de un lado a otro sin encontrar acomodo, en cambio la abuela Rufina hecha a una vida de tiempos largos, veía la impaciencia de su sobrino sentada en una silla.

—¿Por qué no te sosiegas? —dijo cansada de contar sus vueltas—, no pienses que por moverte va a llegar más pronto, además no creo que tarde en bajar el avión.

—Eso espero... pero ya ve usted que a veces los vuelos se retrasan.

—Guadalupe me dijo que llegaba a las ocho y todavía no son.

—¿Entonces por qué llegamos tan temprano?

—Por si llegaba antes... ¡imagínate qué iba a sentir la criatura si baja y no ve a nadie de su familia! Eso sí que no, sus padres me la recomendaron y yo la voy a cuidar.

—Está bien tía, aquí espéreme, voy a salir un rato a respirar aire fresco.

—Ándale pues, pero no te tardes.

El avión tocó pista diez minutos tarde, la voz de metal anunció la llegada y la abuela buscó inquieta a Joel porque no sabía para dónde ir. Se puso de pie sin separarse de la bolsa que tenía en la silla, levantó la vista pero no pudo dar con su sobrino. Dentro de la sala el movimiento se intensificó, la gente iba y venía y nadie volteaba siquiera a verla. Los nervios contenidos durante las dos horas de espera se le juntaron de pronto haciéndole sudar las manos y la frente. Hubiera querido preguntar pero no sabía cómo, ni qué. En medio de la creciente confusión Rufina vio a dos mujeres que bien podrían ser de su pueblo dirigirse hacia otra parte del aeropuerto, decidió seguirlas. Llegó hasta una sala muy amplia llena de personas.

—¿Son los que acaban de llegar? —preguntó Rufina tímidamente.

–Por aquí salen los que vienen de Nueva York.

Joel se acercó agitado por la carrera.

–¿Por qué no se quedó donde la dejé?

–¡Y crees que te iba a esperar hasta que se te ocurriera aparecer!

–Andaba cerca tía, además su nieta todavía no sale.

–¡Ya no rezongues y ayúdame a buscarla entre los que están formados!

–¿Y cómo es?

–Yo qué voy a saber, tú fíjate que sea una muchachita de la edad de Jessica.

Sharon avanzó por la fila jalando una maleta negra, venía acompañada por su tía Margarita. La abuela no lo sabía por eso no advirtió aquella cara conocida, sus ojos buscaban a una jovencita sola. Reparó en ellas cuando las tenía casi enfrente. La nieta que tanto quería conocer caminó a su encuentro. Quiso buscarle un parecido con su madre pero no lo halló, su piel era más blanca y el pelo apenas le llegaba a los hombros. Cuando Sharon estuvo cerca sonrió vistosamente mostrando su dentadura bien alineada, dio unos pasos y abrazó efusivamente a su abuela, demasiado efusivamente para ser verdad. Rufina sintió aquel cuerpo pegado al suyo y lo abrazó con todas sus fuerzas como si con él la vida le regresara algo que le había quitado. Después de los besos, las lágrimas y las bendiciones, Rufina extendió hacia su nieta la bolsa de nylon que llevaba.

–Toma hijita, esto es para ti.

–Gracias abuela –dijo Sharon con un marcado acento, abrió la bolsa y echó un vistazo a su interior, no supo si debía sacarlo o no y volteó indecisa a ver a su tía Margarita.

–Sácalo –dijo la abuela– es un rebozo, ¿los conoces?

–¡Oh sí!

Camino al pueblo Margarita habló a Rufina de la familia que tenía del otro lado, no había novedades, las cosas parecían estar en orden, casi siempre era así, pocos contaban las historias completas, se limitaban a decir “mientras haya trabajo y salud todo está bien”; pero cualquiera sabe que eso no es cierto

porque hay cosas mucho más importantes que el dinero. Varias veces la abuela estuvo tentada a preguntar por su hija Rosa pero no se atrevió y esperó en vano que la mencionara. “Por lo visto ella sí tiene problemas y a nadie le importa”, pensó con tristeza. Sentada en la parte de atrás Rufina llevaba la mano de su nieta pegada a su regazo, Sharon se desentendió de la conversación de las mayores y veía por la ventana aquel país oscuro que llenaba su cabeza de preguntas.

Antes de llegar las gotas de lluvia empezaron a estrellarse en el parabrisas. Por la carretera angosta no circulaba ningún otro automóvil, Sharon se asomó hacia el frente y trató de ver la imagen del camino abierta intermitentemente. Después de una curva unas luces aparecieron a lo lejos, Joel se adelantó y le dijo a su sobrina que aquel era el pueblo.

—*Sorry?* —preguntó ella.

—Que ya llegamos... —dijo la abuela—, ahorita no se ve bien porque está lloviendo, pero mañana vas a darte cuenta lo bonito que es San Nicolás.

La camioneta avanzó por la calle principal, cruzó las corrientes de agua que bajaban por las calles de tierra camino a la barranca. Al llegar frente a la iglesia doblaron a la derecha y siguieron una calle sin pavimento.

II

La noche encima del pueblo avanzó oscura salpicada de relámpagos. Las gotas de lluvia caían sobre el techo de la casa y en el patio de tierra se formaron charcos sonoros. A lo lejos, quizá sobre el bosque del volcán, un trueno aislado hizo vibrar el aire. Las campanas de la iglesia goteaban constantes y en un cuarto de San Nicolás, con los ojos abiertos, una joven atisbaba el espacio desconocido que la rodeaba. Junto a ella la respiración acompasada de otra muchacha acompañaba su insomnio. Cuando Sharon se acostó pensó que dormiría profundamente hasta el otro día pero la inquietud de estar lejos, rodeada de personas desconocidas, la hizo despertar.

Con la mirada fija en la pared pensaba en sus padres, no

podía apartar de su mente el momento en que le dijeron que iría al pueblo a conocer a su abuela. Le resultaba difícil entender el hecho. A ella no le interesaba establecer lazos con el pasado de sus padres, prefería pasar el verano con sus amigas disfrutando del sol y la playa. De nada sirvieron sus reclamos, al final decidieron por ella.

Estaría tres semanas en ese pueblo del cual apenas había visto unas cuantas calles enlodadas, casas viejas y un camino de agua que pasaba junto a la puerta de su abuela. No le gustaba la casa, le parecía una sucesión de cuartos sin estructura dentro de la cual no podía situar siquiera su pieza. Antes de apagar la luz su abuela le dijo que por la ventana podría ver la huerta, ella dijo “muy bien”, sin comprender el significado preciso de aquellas palabras. Aunque el tono de su abuela y el señor que manejó la camioneta eran parecidos al de sus padres, no entendía por qué le costaba trabajo saber lo que decían. “Debo estar cansada”, pensó en el momento y no le dio importancia, pero rodeada por el silencio de la noche aquel hecho crecía y la preocupaba.

Había conocido también a una prima al llegar a la casa, tenía los ojos iguales a los de su madre y una voz dulce que le dio confianza; su ropa se parecía más a la de una señora que a la de una muchacha, se llamaba Micaela y era la mayor de las primas con quienes viviría; la otra era Jessica y estaba dormida en la cama de junto. “Es de tu edad y de seguro te vas a llevar bien con ella”, le dijo su madre al despedirla con ganas de animarla.

A Sharon le pareció extraño que no la hubiera recibido. “Tal vez no quiere conocerme”, pensó preocupada. Jessica se volteó y aunque la luz era poca se alcanzaron a ver los rasgos de su cara. “Es bonita”, pensó molesta. ¿Qué harán aquí las jóvenes para divertirse?, se preguntó. Su madre le había contado de los bailes y la fiesta del pueblo en la cual ya no podría estar; pero eso había sido antes, ahora ¿en qué ocuparán su tiempo? Sabía que a algunos muchachos del pueblo les gustaba conectarse, de hecho tenía amigas y amigos en facebook que

vivían ahí, cuando supo de su viaje pensó establecer contacto directo con ellos pero ahora le parecía ridículo llegar y presentarse. Una cosa era conocerse por Internet y otra muy distinta verse las caras, ¿de qué hablaría teniéndolos enfrente?, ¿qué dirían cuando la vieran?

Pensaba en eso cuando vino a su cabeza una idea inquietante: no había visto por ningún lado la computadora; en la pequeña estancia donde se sentó al llegar sólo había un par de sillones, una mesa pegada al muro, una vitrina y una televisión; fotografías pegadas en la pared y un altar con la figura de la Virgen; tampoco había nada en el cuarto donde estaba. La idea de no tener forma de conectarse la angustió, pensó en la inmensa distancia que la separaba de su casa y a punto de ponerse de pie recordó el teléfono de la estancia de donde habló a sus padres al llegar, “Si hay teléfono... debe haber Internet”, se dijo y respiró profundo, después pensó en su tía Margarita y eso le ayudó a recobrar la calma.

Entre más pensaba más injusto le parecía lo que sus padres hicieron. Ella no tenía que estar ahí viviendo esa experiencia por más que dijeran que sería buena, si era tan importante conocer a la abuela, ¿por qué ella no había ido a su casa?, hubiera sido mejor para todos; ¿para qué necesitaba estar en el pueblo de sus padres si con la cantidad de gente que vivía allá muchos decían que parecía un segundo San Nicolás?, y sobre todo... ¿por qué en verano? cuando las posibilidades de divertirse en su casa eran mayores.

“No lo hicieron por mi bien sino para probar quién manda en la casa”, pensó Sharon. En los últimos meses la relación con su padre se había vuelto insoportable, parecían no darse cuenta que ella había dejado de ser una niña, le molestaban sus temas de conversación y esa idea absurda de salir juntos a todos lados. Su madre, aunque más comprensiva, terminaba poniéndose casi siempre en su contra. Estar en el pueblo de sus padres era un castigo velado por la bondad.

La lluvia se fue y la luz del día rasgó la oscuridad del cielo, Sharon había logrado conciliar el sueño antes de que los gallos

cantaran. Iba a ser un día limpio de nubes y caluroso. Jessica se despertó y sin hacer ruido salió del cuarto, cuando regresó Sharon la esperaba sentada sobre la cama.

–Hola –dijo Jessica sorprendida.

–Hola... soy Sharon.

–Yo me llamo Jessica... ¿Dormiste bien?

–Me costó trabajo, pero al final ganó el cansancio.

–Es la primera vez que vienes, ¿verdad?

–Oh sí... mis padres dijeron que estaría bueno conocer su pueblo y a mis primas.

–Pues ya estamos conociéndonos. Si quieres dormir otro rato yo regreso después.

Sharon tardó en contestar, le costó trabajo entender.

–No tengo sueño.

–Mi abuela quiere saber si tienes hambre.

–Sí, mucha...

–Voy a avisarle para que prepare el desayuno.

Jessica salió del cuarto, su prima parecía amable y aunque tenía un acento muy marcado hablaba bien español. La había imaginado distinta, más alta y delgada. Le gustaron los jeans puestos en la silla y sobre todo sus tenis. Llevaba un equipaje grande, así que de ropa habría mucho por ver. Jessica sabía que para conocer a una joven lo mejor era ver la ropa que usa; de entrada su prima le pareció una persona sencilla, con buen gusto y dinero.

Jessica avisó a la abuela que Sharon quería desayunar, Micaela, atenta a su hermana, le preguntó.

–¿Ya la saludaste? ¿A poco no es bien buena?

–Apenas nos dijimos algo... ¡Te fijaste que habla como gringa!

–¿Y qué querías si nació allá?, lo bueno es que entiende todo.

–Y a ti abuelita, ¿qué te pareció la nieta?

–Se parece a tu tía Rosa, nomás que calladita, al menos eso me pareció ayer. Yo espero que se halle pronto aquí en el pueblo, ustedes tienen que ayudarla.

–Si nada más se va a quedar tres semanas –dijo Jessica–, pero no te preocupes nos encargaremos de hacerla sentir bien.

–Que bueno que me lo dices hijita, pero nada de enseñarle esos modos raros que tú traes.

–¿Qué modos?

Micaela se dio cuenta que la conversación podía terminar mal y antes de que su abuela respondiera le dijo a su hermana.

–¿Y qué esperas para llamarla?... ¡Apúrate!

Las hermanas intercambiaron miradas, no tenía caso ponerse a discutir, si algo iban a compartir con su prima serían ellas mismas las que decidirían qué.

A la abuela el desayuno le pareció un desastre: su nieta apenas probó los tamales y dejó intactos los frijoles y la salsa. Lo peor fue cuando Sharon preguntó si podía usar internet, al enterarse que no había computadora en la casa no pudo reprimir un gesto de molestia.

–Es que aquí en el pueblo esas cosas apenas están llegando –dijo la abuela acongojada–, yo entiendo poco de eso pero tu prima Jessica puede llevarte donde hay el internet ese.

–Si quieres vamos de una vez –dijo la prima con ganas de salir de su casa–, así aprovechamos y te enseño el pueblo.

–Está bien... vamos.

Sharon dio las gracias y se despidió, las primas salieron animadas hacia la calle, no se conocían pero una sensibilidad común las vinculaba: eran jóvenes y sentían una enorme necesidad de hacerse presentes en una comunidad a la que poco le interesaba saber quiénes eran.

III

Las mañanas eran ahora un tiempo abierto al ocio y la imaginación pero a Julián nada se le ocurría. Después de terminar las tareas que su madre le mandaba hacer en casa salía a la calle sin rumbo fijo, a veces llegaba al atrio de la iglesia para encontrarse con sus amigos, pero estos, recelosos, preferían no jugar con él. Todavía tenían fresco en la memoria el baile

donde lo golpearon, a partir de ese momento para ellos él no era ya un niño, sino un pandillero metido en los líos peligrosos de las bandas. Aquella noche la policía cargó con Johnny y *Los Raviños* se quedaron sin líder.

Algunas veces mientras caminaba por el pueblo, pasaba por la esquina donde la banda acostumbraba reunirse. No había vuelto a ver a nadie desde la noche del baile, sólo una vez encontró al Gordo cerca de la escuela y le preguntó por el Johnny. “No va a tardar en salir”, le dijo, “parece que no le encontraron nada”. “Y tú, ¿dónde andas?”. “Trabajo en los viveros”. Del Gato supo que se había ido del pueblo, no podía seguir ahí después de haber traicionado a la banda.

Casi siempre Julián veía a sus amigos correr tras el balón, ya no les pedía jugar, conocía los pretextos así que se conformaba con estar cerca como una manera de sobrellevar su soledad.

Sentado en las escaleras del atrio empezó a entender lo que Johnny decía respecto a una manera distinta de ver el pueblo. Ignorado por todos Julián veía pasar a la gente cada día, nunca antes había pensado que las personas suelen hacer las mismas cosas todo el tiempo como si fueran parte de un mecanismo gigante que necesita la repetición para funcionar. Se dio cuenta que doña Ruth, la dueña de la verdulería, cada mañana empezaba a barrer la banqueta siempre por el mismo lado, juntaba la basura en un rincón y luego sacaba una cubeta con agua y salpicaba el piso, se limpiaba la frente con su mano y tomaba un respiro; después sacaba las cajas con verdura, primero los jitomates... Una lógica parecida mostraba el dependiente de la tienda, la joven de la papelería, los repartidores de mercancías. La rutina de los comerciantes le hizo atender la probable libertad de los peatones. No tardó mucho en darse cuenta que ésta era más una suposición que una realidad. Su ejemplo preferido era la mamá de Adrián que casi todos los días pasaba a la misma hora junto a la carnicería con el rebozo puesto sobre los hombros y en la mano la bolsa de mandado, al llegar a la esquina de la placita volteaba hacia el atrio, estiraba el cuello hasta localizar a su hijo, bajaba la cabeza satisfecha y seguía su camino.

Uno de los personajes que más llamaba su atención era el que checaba las combis. Instalado en una esquina, sin nada más que una silla y un reloj grande, se sentaba desde muy temprano a esperar... Cada vez que llegaba una camioneta se levantaba, iba hacia la ventanilla del chofer, le pedía su tarjeta, regresaba a su reloj, checaba y volvía a entregar la tarjetita; a veces el chofer le daba alguna moneda y el hombre de la silla decía algo que parecía gracioso y sonreía. Mientras no pasaban combis el hombre permanecía sentado sin hacer nada; miraba hacia el frente, luego hacia el piso, veía el reloj, revisaba su libreta, luego volvía a mirar al frente hasta que a lo lejos aparecía otra camioneta. Dentro de esa supuesta inmutabilidad había variantes que daban sentido al día. Todo tenía que ver con el tiempo. Entre una y otra camioneta había un lapso más o menos regular, cuando por alguna razón ese tiempo se extendía el hombre empezaba a mirar su reloj con más frecuencia, visiblemente inquieto buscaba a lo lejos, cuando por fin veía aparecer el vehículo le hacía señas para que se apurara, se levantaba antes y en un acto intrépido para su escasa movilidad, se paraba a mitad de la calle, recibía la tarjeta y corría a checarla, en esas ocasiones no había chiste ni sonrisas, intercambiaban algunas palabras y luego, invariablemente, recibía monedas.

Anclado en su esquina aquel hombre había establecido relación con muchas personas, en la mañana el tamalero pasaba y le dejaba una torta con atole, comía a intervalos para extender la hora del desayuno. Saludaba a las personas que pasaban junto a él, sobre todo a un par de mujeres con las cuales siempre se ponía de pie y les hacía una caravana, ellas se reían y seguían su camino. La rutina se rompía cuando alguien llegaba a verlo, hablaban y hablaban durante horas, a veces comían juntos, pero nunca lo esperaban hasta el final. Cada día, antes de caer la tarde, aquel hombre levantaba su silla y su reloj y se los llevaba lentamente. Al otro día, lo mismo... "Es lo último que yo haría en la vida", pensaba Julián.

Unos y otros hacían a diario casi lo mismo, por eso cuando una acción dejaba de repetirse algo raro iba a ocurrir. No eran entonces los acontecimientos recurrentes los que marcaban el devenir del pueblo, sino los extraordinarios.

En una ocasión cerca del jagüey, Julián hizo un recuento de situaciones especiales que le habían tocado vivir. Reconoció sin esfuerzo el día que su padre se fue a Estados Unidos y la tristeza silenciosa que su madre asumió a partir de entonces. Recordó la vez que Johnny, sentado en la esquina con la banda, le pidió una cerveza para los camaradas y cómo después de comprarla, se quedó con ellos para escuchar historias. No podía olvidar la noche que peleó en el baile junto con sus compañeros y la bienvenida a *Los Raviolos*. Hiló como un mismo hecho el día que sus amigos se negaron a jugar fut con él, las palabras de su madre al reclamarle su vagancia y la plática del profesor con la directora. Tenía grabado también el día que conoció a Jonás en la presidencia y la noche en que le pegaron y la hermana de Mario lo tuvo recostado sobre sus piernas para calmarlo.

Según su breve repaso una buena parte de las cosas importantes que le habían sucedido estaban relacionadas con la banda, es decir, tenían que ver más con Franky que con Julián, era por eso tal vez que al no estar sus amigos de la esquina se sentía solo.

Al buscar situaciones extraordinarias, Julián recordó la mañana en que un joven desconocido apareció en el pueblo, según algunos los de San Miguel lo habían dejado por la noche en San Nicolás. Aquel muchacho, salido de ninguna parte modificó durante un tiempo la actitud de muchos. Vestido con harapos malolientes fue a sentarse a la entrada del pueblo cerca de la talachería. Tenía el pelo tieso y su cara y manos quemadas por el sol. Se trataba de un indigente que como todos, había perdido su liga con el mundo inventando uno para sí. Cuando el talachero reparó en él lo primero que hizo fue acercarle un taco. El joven movió la cabeza y luego se puso a hurgar su bolsa. Al llegar la noche todos supusieron que el muchacho dejaría el pueblo pero no fue así, por la mañana apareció sentado junto

a la acequia, justo al lado de donde las mujeres acostumbran lavar. Al principio no les importó su presencia, pero cuando el muchacho se levantó e intentó acercarse se asustaron y fueron a avisar a la presidencia. Después de un rato dos policías llegaron donde el joven y se lo llevaron. Doña Remedios, muy cercana al padre Manuel, fue a pedir su apoyo para ayudar al pobre muchacho. Sin conocer el paradero del joven Remedios aseguró que estaba en la cárcel de la cabecera municipal condenado por no tener a nadie en el mundo. Por la tarde en el atrio, una de las mujeres que llamó a la policía dijo que el muchacho había empezado a desnudarse enfrente de ellas y que de no haber estado varias, hubiera abusado de alguna.

Entre el bien y el mal se movió aquel personaje y enfrentó a la gente del pueblo, en un solo día el joven indigente se convirtió en un pretexto inmejorable para que los rencores y malos entendidos se manifestaran, lo que había provocado su extraña presencia era la ruptura de un silencio añejo que muchos del pueblo cargaban cada día sin siquiera saberlo.

Las versiones de su origen y destino se multiplicaron, lo cierto es que los policías lo llevaron a unos cuantos kilómetros encaminándolo a otra población. No se supo más de él pero las cosas que levantó a su paso se mantuvieron latentes durante mucho tiempo.

El periodo de actividad contemplativa en que estaba sumergido Julián lo llevó hasta la presidencia municipal. Entró al patio en silencio dándose cuenta del trabajo enorme que había hecho el profesor. Los colores de la fiesta llamaron de inmediato su atención, junto a la iglesia los danzantes parecían moverse al ritmo de la música; entre moros y cristianos Julián reconoció a Magdaleno, el caporal. Aquel hallazgo lo emocionó, sobre todo porque sabía que él, de alguna manera, se lo había sugerido al pintor. Identificado con el mural Julián quiso reconocer a alguien más.

Mientras tanto Jonás ignorante de su presencia, detallaba la imagen de tres mujeres vueltas de espalda alrededor de una cruz.

—¿Quiénes son? —preguntó Julián en voz baja para no asustar a Jonás.

—¿Qué? —preguntó el profesor volviéndose hacia el muchacho—. ¡Qué milagro! no habías vuelto por aquí desde el día en que empecé a pintar. ¿Qué te parece?... ¿te gusta?

—Mucho, sobre todo la danza.

—¿Por qué?

—Porque se parece a la fiesta de verdad, además ya vi que ahí está Magdaleno.

—Lo reconociste... entonces sí se parece.

—Está igualito, lleva su mismo traje y danza igual... ¿Quiénes son ellas? —preguntó señalando a las mujeres.

—Son las madres de los que se van... ves que siempre rezan para que Dios y la Virgen cuiden a los suyos.

—Pero no sé quiénes son porque están volteadas.

—Eso es para que cualquiera que se acerque pueda ver en ellas a su madre o abuela, ¿entiendes?

Julián dijo que sí con la cabeza y se acercó al muro para ver las otras imágenes. El mural tenía muchas viñetas pequeñas que plasmaban momentos en la vida del pueblo, Jonás las había pintado entre las grandes figuras históricas para generar un relato paralelo capaz de darle unidad a su obra. Poco a poco los pequeños relatos se conectaron entre sí y cobraron fuerza dentro del conjunto. Aquellos fragmentos habían llegado ahí por algo mucho más hondo que una cuestión estética, en realidad representaban un cambio en la mirada de Jonás. Julián no estaba consciente del proceso de la obra, había visto sólo los primeros trazos y lo que en ese momento tenía enfrente, sin embargo estuvo más interesado en descubrir las imágenes pequeñas que en identificar a los grandes personajes.

—Esta parcela con la yunta se parece a la de don Melchor. El año pasado trabajé con él para levantar la cosecha...

Atento a los comentarios Jonás aprovechó la visita de su joven amigo para tomar un descanso, dejó el pincel y acercándose a Julián le dijo.

–Ven, quiero que te pares aquí y me digas ¿qué ves?

Julián tomó distancia, abrió los ojos y trató de abarcar todo el conjunto.

–Muchas cosas –dijo después de un rato.

–Dime alguna.

–Me gusta la cara de la serpiente con sus colmillos grandes y su lengua partida en dos. Yo la conozco, la he visto en mis libros, pero aquí parece más real. También veo algunos héroes, el escudo, la iglesia...

Julián no sabía qué debía contestar por eso decidió nombrar lo que veía, Jonás lo dejó seguir atento a las cosas que llamaban su atención, de pronto Julián rompió la enumeración de lo evidente y dijo.

–Y ese perro entre las plumas de la serpiente, ¿qué está haciendo?

–¿Cuál? –preguntó Jonás.

–Ese –y se acercó para señalarlo–. ¡Ah! ya vi... va detrás de su dueño que está aquí, se ve que ya acabaron su trabajo.

–¿Te parece?

–Sí, porque es distinto a ese que carga leña, o al que está sembrando –luego se quedó callado y dijo–. No sé... a mí me parece que va para su casa.

Otra imagen en la parte superior llamó su interés, la vio y pensó de quién se trataba. Las figuras le hicieron recordar historias que había escuchado, finalmente preguntó.

–¿Y quién es el difunto?

–Puede ser cualquiera –respondió Jonás– pero cuando lo pinté pensé en Trinidad.

–Eso me pareció... aunque al verlo me acordé de otros que se han muerto en el pueblo. Yo me imagino que cuando lo vea doña Chona va a pensar que es su hijo, pero si es Jacinta va a creer que es su esposo. Creo que son todos –dijo Julián cansado de las preguntas de Jonás.

–Yo también... ¿Y tú cómo estás?

La pregunta tomó desprevenido al muchacho que no supo contestar. Jonás había estado en el festín donde fue la pelea,

había escuchado muchas versiones pero ahora quería conocer el otro lado de la historia.

–Bien –respondió–, aunque un poco aburrido.

–Ahora entiendo por qué viniste a verme.

–No fue por eso, a mí me gusta pintar, ya se lo dije.

Jonás no tenía ganas de andarse por las ramas, creía conocer a Julián y supo que si preguntaba directo sería más fácil para él hablar del asunto.

–¿Qué pasó con tus amigos?, no los de la escuela, los otros, con los que te juntas en la esquina.

–Ya no... –respondió cortante–. ¿Usted cómo sabe?

–Yo conozco a Johnny... –dijo Jonás ante la sorpresa de Julián–, hace mucho que no lo veo, pero me acuerdo de él.

–Lo encerraron por culpa del Gato.

–¿De quién?

–Del Gato... uno que se juntaba con nosotros en la esquina. No sé por qué se puso en nuestra contra.

–¿Ustedes son *Los Rabiosos*? –preguntó Jonás como si desconociera la respuesta.

–Sí, pero ahora como se llevaron a Johnny a la esquina ya no va nadie. Yo nada más he visto a uno de la banda que me dijo que Johnny va a regresar pronto... Usted que lo conoce debe saber que es un chingón.

–Hace mucho que no lo veo, era un muchachito como tú, ahora debe tener como veinte. Una vez lo encontré del otro lado, me costó trabajo reconocerlo pero él se acercó a saludarme. Andaba con una banda.

–Allá aprendió, bueno, eso nos dijo. A mí me cae bien aunque muchas personas en el pueblo dicen que es vago y peleoneo... lo que pasa es que no lo conocen, ni a él ni a ningún otro; yo pienso que a nadie le importa saber quiénes somos, nomás dicen “la banda”, y ya no quieren saber más, pero no debería ser así, nosotros también somos de San Nicolás y vivimos aquí... No sé cómo lo ve usted pero eso es lo que yo pienso.

–Creo que tienes razón, aquí la gente no quiere a los pandilleros porque dicen que han llenado el pueblo de pintas y

vuelto inseguro. Yo conozco a algunos que viven en Nueva York y quisieran regresar pero tienen miedo, sobre todo por sus hijos.

–Pero si dicen que allá están peor.

–Es distinto. Lo que pasa es que cuando andas lejos piensas en tu pueblo como el lugar más bonito del mundo, lo recuerdas como no es, por eso cuando te hablan de la violencia da coraje, te parece injusto que mientras dejas todo para intentar mejorar la vida de tu familia otros se dedican a empeorarla.

–¿Y usted de verdad cree que las bandas hacen eso?

–A mí me preocupa que ha crecido la violencia entre ustedes. No se trata sólo de peleas de jóvenes sino de enfrentamientos donde más de una vez ha habido muertos, eso no está bien.

Julián miró a Jonás, quería responderle pero no sabía qué decir, para él estar en la banda era sentarse en una esquina a tomar cerveza y fumar, entrar a una fiesta donde el sonidero anunciaba su llegada, sentir orgullo por ser de un grupo que se hace respetar, ser alguien frente a la gente, aunque te tengan miedo.

–Aquí en la presidencia dicen que lo mejor sería encerrar a todos porque de esa manera se acaba el problema. Para mí que no.

–Aquí nomás piensan en traer más policías que ni hacen nada, en los bailes cuando hay pelea no se atreven a meterse. Dicen que están ahí para cuidar pero no es verdad.

–Y ahora que ya no están tus amigos, ¿qué piensas hacer?, ¿vas a buscar otro grupo?

–¿Cómo cree? Yo soy de *Los Rabiosos* y si ya no nos junta-mos, pues se acabó.

–Entonces todo va a quedar como antes.

–Nomás que no es tan fácil porque la gente ya te ve mal, te hace sentir como un enfermo infectado... mis amigos ya no me dejan jugar fut, no me dicen nada, pero yo sé que no puedo ir a la cancha; ahora me conformo con verlos desde las escaleras del atrio, ahí me la paso casi todos los días sin hablar con nadie, ando solo y no sé qué hacer...

Se quedaron callados, Jonás miró la cruz alrededor de la cual tres mujeres rezaban por los que se van, “¿y quién?”, pensó entonces, “¿quién pide por todos los que se quedan?”

IV

La llegada de Sharon cambió la dinámica de la casa. La abuela Rufina andaba preocupada porque no sabía qué cocinarle a su nieta, nada le gustaba, sólo quería pizzas y hamburguesas, había dejado de ir al molino y era Micaela la que debía encargarse de todo lo relacionado con la venta de tortillas. Jessica vivía un tiempo de libertad autorizada porque, con el pretexto de pasear a la prima, iba y venía sin restricciones. Había pasado casi una semana desde su llegada y los jóvenes de las computadoras se habían acostumbrado a la muchacha venida de Nueva York. Algunos la reconocieron desde el primer día pero no se animaban a hacer contacto directo, se apretujaban alrededor del monitor a ver videos o a comunicarse con los que estaban lejos.

Dentro de las grandes diferencias Sharon identificó lo que podía parecerse a su vida en Estados Unidos: los altares de las casas y las computadoras. De las mujeres de la casa Micaela era quien más le inspiraba confianza sobre todo porque no intentaba quedar bien con ella, la veía hacer sus cosas y cuando podía, platicaban. Micaela hablaba poco y le gustaba escuchar, tal vez por eso Sharon empezó a buscarla cuando los diálogos con Jessica se hicieron reiterativos.

Aquellas pláticas junto al comal le dieron la posibilidad de hablar de su casa, su escuela y sus amigas, pero también abrieron su sensibilidad a la vida del pueblo a través de la voz de una joven que, sin quererlo, estaba dejando de serlo.

La mirada de la prima mayor se situaba en el borde, casi mítico, que se levantaba entre adultos y jóvenes. Algunas veces era como una madre que intentaba comprender el mundo nuevo de su hija pero sin dejar de lado la responsabilidad de guiarla, otras en cambio platicaba como una muchacha ilu-

sionada por el futuro en el cual ponía todas sus esperanzas. Allí, junto a su prima, Sharon aceptaba de vez en cuando una tortilla con sal y disfrutaba el sabor del maíz cocido.

Una cosa le extrañaba: la marcada diferencia entre Micaela y Jessica. En un principio encontrar a una prima de su edad le pareció excelente, de hecho a ella le debía sus incursiones por el pueblo, la posibilidad de mantener contacto con sus amigas a través de internet y las visitas constantes a la pizzería de Francisco. De alguna manera Jessica era su vínculo con el pueblo de los jóvenes y aunque no habían hablado de los muchachos, estaba segura que ese momento llegaría pronto. Su prima le caía bien pero sentía que a veces no era sincera, hablaba como si temiera la desaprobación de lo que hacía, por eso muchas veces dejaba las conversaciones a medias. Para Sharon tampoco era nueva aquella actitud competitiva, de hecho le recordaba la escuela de Long Island.

Por eso prefería a Micaela, por ser tan distinta y tener los ojos parecidos a los de su madre, en ella podía unir dos necesidades: tomar distancia de sus padres y sentirlos cerca.

—¿Has pensado ir a Estados Unidos? —preguntó Sharon a Micaela una mañana que regresaban del molino.

Micaela pensó en su respuesta para distinguir dos etapas de su vida.

—Cuando se fue mi madre supe que no quería ir con ella, mi vida estaba en el pueblo junto a mis hermanos y mi abuela, eso fue hace seis años; ahora hay momentos en que quisiera estar allá.

—¿Y por qué no vas?

—No es tan fácil, no tengo papeles, ni dinero... tampoco la seguridad de que alguien me espere.

—Pero están tus papás.

—Sí, pero ellos ya tienen su vida hecha y yo no entro en ella, a mí me toca hacer la mía, pero me gustaría compartirla con alguien.

—¿Tienes pretendiente?

La imagen de Jacinto apareció delante de Micaela, para ella no había más pretendiente que él, desde niños, desde siempre. Miró a Sharon y movió la cabeza de un lado a otro. Su negativa le supo a traición.

—Hay mujeres que llegan solas y luego encuentran a alguien. Yo estoy segura que te sobrarían.

—Tú dices eso porque no me conoces, yo no sé hacer nada, dejé la escuela muy chica y he pasado mi vida echando tortillas y limpiando la casa. No soy lista como mi hermana, ella sabe moverse, se las ingenia para resolver sus asuntos, estudia y tiene aspiraciones.

—A mí no me parece, tú eres buena persona y conoces muchas cosas, además sabes dar cariño. Te conozco poco pero no estoy equivocada.

Micaela pensó en la respuesta que dio sobre la existencia de algún pretendiente y le pareció insoportable, por eso, al escuchar a Sharon hablar amablemente de ella se animó a decirle.

—Tal vez si hay alguien que me espera, pero no estoy segura.

Sharon sonrió, se acercó a su prima y la abrazó. Aquella demostración de cariño marcaba el inicio de una relación fuerte entre ambas.

—Yo sabía que tú no decías la verdad. ¿Él te quiere?

—De alguna manera sí, aunque fue hace años, pero no tiene mucho que anduvo acá en el pueblo y platicamos, y hay cosas que aunque no te las digan una sabe que están ahí. Él me quiere y algo o alguien, le impidió decírmelo.

—¿Puedes comunicarte con él?

—La única que podría decirme dónde está es su mamá, doña Remedios, pero tiene tiempo que ni siquiera me voltea a ver, como si me debiera algo.

—Si a ti no te hace caso a mí sí. Dime quién es y yo le pregunto.

—Pero, ¿qué le vas a decir si ni siquiera la conoces? Además, de seguro sabe que eres mi prima y tal vez tampoco contigo quiera hablar.

—¿Conoce a mis papás?

—Seguro que sí, pero no te creas, por ese lado no va a ser fácil, mi propia abuela me ha dicho que la doña ha cambiado mucho con ella.

—No te preocupes, vamos a saber dónde está su hijo. ¿Cómo se llama?

—Jacinto.

—No conozco a ninguno con ese nombre.

—No importa, para mí que viene a la fiesta del pueblo.

Sharon había guardado silencio, pensaba cómo conseguir los datos de Jacinto.

—¡Ya sé...! —dijo entusiasmada—, iré a ver a la Virgen con mi tía Margarita, ahí le puedo decir que le pregunte a Remedios por su hijo.

—Pero te va a preguntar ¿para qué? y a mí no me gustaría que nadie más lo supiera.

—No te preocupes, yo veo qué digo.

La cara de Micaela cobró una nueva expresión, su sonrisa, oculta casi todo el tiempo no la abandonaba, era la primera vez que alguien tenía tiempo de escucharla. Al ver a Sharon hacer planes sintió que estaba a punto de cometer una travesura, una acción oculta que tenía la virtud de liberarla y hacerla sentir feliz. Nunca le había parecido el camino del molino tan lleno de vida, qué poco hizo falta para generar ese cambio y qué difícil hubiera sido si su prima no lo hubiera propiciado.

Doblaron la esquina y vieron a la abuela parada frente a la puerta de su casa, parecía preocupada por su tardanza. Les hizo una seña para que se apuraran, Sharon tomó la cubeta de un lado para ayudar a Micaela y le dijo.

—Vamos a correr...

Sin pensarlo Micaela se dejó guiar por el impulso de aquella joven venida de lejos y corrió como no lo hacía desde que era niña, riéndose a carcajadas seguida por la mirada sonriente de su abuela.

V

¿Cuántas veces es necesario andar una vereda para hacerla propia?, ¿cuántas para ser parte de la misma? La vida va y viene sin detenerse y a su paso deja vestigios de sí misma, algunas de sus huellas pueden verse con mucha facilidad, otras en cambio casi nadie las conoce y suelen ser esas, las que permanecen ocultas debajo de las piedras o a un lado del camino, las que mejor cuentan lo que realmente ocurre.

Jonás había aprendido a poner atención a los detalles cotidianos que mueven las aspas del molino, una, seguida de otra, no se detiene nunca. Junto a esa procesión de breves acontecimientos, cada tanto el pueblo experimentaba un chispazo inusitado que podía o no cambiar el rumbo de la vida.

Cuando en el muro de la presidencia el pincel de Jonás pintó la figura pequeña de un campesino hincado junto a un surco, con su sombrero de paja y sus manos dejando la semilla en la tierra, la historia contada con grandes imágenes empezó a cambiar. Si bien aquella figura fue puesta para cubrir un hueco pequeño entre una imagen y otra, el carácter de su trazo llevaba consigo el germen de una revolución.

En ese pequeño espacio Jonás plasmó un momento de la vida que había acompañado al pueblo durante su larga historia. No era necesario reconocer los rasgos del campesino para saber que cada jornalero se vería reflejado en él. Aquella viñeta había hecho un hoyo profundo a la pared de cal y ladrillo y en él, los ojos podían ver mucho más que colores y formas. Esa imagen casi oculta bajo el peso de lo que parecía importante, tenía la virtud de hacer sentir.

Cuando Jonás se alejó del mural para apreciar el dibujo se dio cuenta de lo que acababa de hacer. Las preguntas interminables parecieron hallar una fuente inagotable de formas para contestarlas. Como un pedazo de vida aquel fragmento era capaz de contener muchas formas posibles de interpretación, no necesitaba presentaciones, estaba ahí moviéndose en su propia lógica, ajeno y no, a quienes lo miraran.

“Ya pintaste la luz, ahora tendrás que pintar la sombra”, le había dicho su padrino Juan la noche que llegó al pueblo el cuerpo de Trinidad, pero estaba tan ocupado en reproducir las vistosas danzas, junto a los héroes, los escudos y los códices, que no supo bien a qué se refería; mucho menos cuando lo emplazó a preguntarle quién sabe qué cosa al difunto. Antes no, pero en ese momento sí. En una suerte de lúcida remembranza, Jonás volvió a vivir junto al mural aquella noche colmada de enigmas...

El sonido de los cuetes corría veloz a través de las gotas de agua que esa noche caían sobre San Nicolás. “Ya entraron al pueblo”, dijo doña Úrsula inquieta por la llegada de su hijo. Detrás del sonido vino la luz cuando por fin la caravana entró a la calle donde el pueblo se había congregado para recibir a Trinidad. Acompañados de chispas los cuetes subían alto y tronaban fuerte iluminando la noche oscura. El padrino Juan se puso de pie y Jonás hizo lo mismo. Habían sacado la caja de la carrosa y la cargaban unos parientes sobre la calle encharcada; la luz del vehículo detrás de ellos, pintaba sus siluetas atravesadas por miles de agujas luminosas. Así se acercaron a la casa de la madre donde hacía cincuenta y cinco años Trinidad había nacido.

—¿Ya te diste cuenta? —preguntó el Padrino Juan a su ahijado Jonás—, hemos venido a ofrecer nuestros respetos a la locura... porque dentro de ese cuerpo frío un día nació la idea de hacer algo diferente. Pocas veces las acciones que rompen calan hondo, pero cuando lo hacen se convierten en una nueva forma de vivir. Mira a toda esta gente, cada una tiene un pasado propio, pero se ha convencido que debe compartir un mismo futuro. Si fuéramos capaces de quitarnos el miedo de decir lo que pensamos y hacer lo que queremos, te aseguro que las voces que ahora se encuentran aquí, elevarían cada una, una plegaria distinta.

Un camino de flores entraba por la puerta de la estancia donde cuatro cirios marcaban el sitio donde sería puesta la caja. Cuando el cortejo estuvo debajo de la lona las voces de

los rezos se detuvieron en un suspiro largo... el ataúd pasó silencioso rodeado por el silencio y una vez puesto en su lugar encendieron los cirios y la muerte, esperada durante una semana, se paró delante de la madre haciéndola bajar la cabeza.

–Vivimos tratando de olvidar que hay una muerte para cada uno, por eso cuando la vemos en otros sentimos miedo. Estamos acostumbrados a su peso pero no a su nombre. Cuando pintes la vida acuérdate que lleva un pedazo de muerte.

–Pero esta noche la que parece estar oculta es la vida.

–Eso parece, y si te fijas bien no sólo sucede en noches como esta, la vida juega a esconderse también y a veces lo hace con tanto empeño, que pasa inadvertida. Ante eso no hay salvación posible, porque teniéndola, no la ves y esperas...

Úrsula se acercó al padrino Juan y le pidió que la acompañara. “Venga compadre, a mi hijo le va a dar gusto verlo por aquí”. El padrino acompañó a la madre y dejó a Jonás metido en un embrollo. Sentado en una silla se dedicó a observar a los que estaban cerca, eran en su mayoría campesinos llegados de otros pueblos para atestiguar que una parte de muerte se iba a ir del mundo para siempre y no regresarían hasta poner a Trinidad debajo de la tierra.

Jonás estaba cansado y sabía que la noche apenas comenzaba, la lluvia había cesado y decidió caminar... Las palabras del padrino Juan daban vueltas en su cabeza como mayates amarrados a un hilo, al pasar junto al atrio miró la puerta abierta del panteón, “Seguro los enterradores ya hicieron el hoyo y dejaron preparado el camino del difunto.”, pensó. Desde la torre iluminada de la iglesia las campanas sonaron una hora perdida en la noche. De pie, con el frío metido hasta los huesos, Jonás sintió ganas de irse lejos, se acercó a la puerta entreabierta del cementerio y entró sin hacer ruido. Caminó despacio junto a las lápidas y entre más se metía más nombres conocidos encontraba; pronto su paso solitario se hizo acompañar de gestos, sonrisas, maneras particulares de decir las cosas... En aquel pedazo de tierra bendecida, San Nicolás juntaba todos sus recuerdos y apisonaba los primeros y los

últimos en una misma raigambre capaz de sostener la vida de arriba. Las hierbas crecidas junto a las tumbas no eran más que salientes del denso entramado oculto de la historia. Cuando Jonás llegó al hueco donde descansaría Trinidad, miró la tierra húmeda que lo recibiría y supo que le sería blanda. “Desde mañana”, pensó, “un nuevo murmullo recorrerá este pueblo subterráneo y yo, encima de él, estaré atento para recoger los primeros brotes de su eco.”

VI

Hay llamadas que tardan una eternidad en llegar, la de Isidro tardó tres semanas y llegó de noche. Demetria había pasado de la paciencia al miedo, después al desánimo, pero todavía estaba muy lejos del olvido. Entendía que cruzar la frontera lleva su tiempo. Aunque nunca había estado ahí, lo sabía.

Isidro estuvo unos días en Brooklyn con las hermanas de Tony. A Laura le dio gusto conocer al novio de su amiga. Las tres jóvenes compartían el departamento con una tía y su familia, trabajaban y pasaban casi todo el día fuera, por las noches se juntaban a cenar, ese era el único momento en que podían verse. En ocasiones el cansancio del día se instalaba en la mesa y nadie hablaba, otras en cambio los ánimos se desbordaban y las risas podían escucharse tres pisos abajo sobre la acera del callejón. Durante los días que Isidro pasó con ellas las primas no dejaron de preguntarle sobre cada una de las personas conocidas del pueblo, la fiesta, los bailes, el campo y el volcán... también se dieron tiempo para contarle lo que habían sido y querían que fueran sus vidas.

Faltaba menos de un mes para la fiesta de San Nicolás y ese año sería el primero que celebrarían al Santo Patrón del otro lado. Isidro decidió ayudar a sus parientes con los preparativos antes de irse a los Hamptons; su relación con Tony se había vuelto tensa y prefirió dejarlo llegar primero. En la ciudad Isidro pasaba casi todo el tiempo encerrado en el estrecho espacio del departamento, su cuerpo estaba cansado

por el esfuerzo físico, pero sobre todo por la enorme carga de emociones. El cruce por el desierto lo había marcado y aunque a veces se le antojaba salir, no sabía a dónde, además le daba miedo perderse y no saber preguntar en inglés cómo regresar.

Una mañana Laura le pidió que recibiera unos materiales para los adornos de la iglesia que llevaría el novio de Joaquina. El muchacho llegó por la tarde, era alto y fuerte, con los músculos marcados como si levantara pesas, llevaba el pelo cortado casi a rape, venía empapado en sudor cargando una bolsa grande y pesada.

—Échame la mano Mike —dijo mientras arrastraba la bolsa. Isidro tomó uno de los extremos y la jaló.

—Hace un chingo de calor allá afuera —dijo Ismael limpiándose el sudor de la frente—, en esta pinche ciudad, si no te cagas de frío, te mueres de calor.

Cuando estuvieron dentro se miraron sin saber qué decirse.

—Me llamo Isidro...

—¡Oh sí!... Yo Ismael. Dicen que estás recién desempacado.

—Tengo menos de siete días.

—Putra madre, mejor no te digo lo que te espera. ¿Cuánto tiempo piensas quedarte?

—Un año... —respondió titubeante.

—Pues desde ahorita te aviso que por lo menos te vas a quedar tres. Ya verás, al principio parece mucho pero luego, cuando le agarras la onda, ni te das cuenta cómo se van los años. Yo ya llevo cinco sin regresar para nada a México.

“Cinco años”, pensó Isidro, “yo no voy a quedarme tanto”.

—¿Y ya conoces algo o te la has pasado encerrado aquí?

—Casi no he salido, vengo muy cansado después de cruzar.

—Eso pasa... ¿tardaste mucho?

Isidro no tenía ganas de hablar y mucho menos del cruce, por eso respondió cortante.

—Caminamos cinco días, pero la libramos.

—Entonces te viniste por el desierto... dicen que está bien cabrón ¿no?, yo no conozco, a mí me tocó cruzar por Piedras

Negras y estuvo leve, no anduvimos tanto y por suerte tampoco encontramos a la migra...

–¿Y en qué trabajas? –preguntó Isidro para cambiar de tema.

–Estoy en un restaurante... soy cocinero. Y tú, ¿ya tienes jale?

–Mi papá está en *lonailan* y ya me tiene trabajo.

Ismael se sentó en el sillón de la estancia ante la sorpresa de Isidro y dijo.

–Pues ojalá sea cierto porque cuando yo llegué me dijeron lo mismo y ni madres, el patrón contrató a otro y me dejó fuera. Yo llegué directo a los Hamptons y terminé viniéndome a la ciudad. Como no pude quedarme con el trabajo, un primo me propuso para otro en una fábrica de hielo, eso fue lo primero que hice cuando llegué pero no me gustó nada, estuve nada más un día, pagaban poco y te vigilaban todo el tiempo con cámaras, si te parabas unos segundos te regañaban, tenías quince minutos para tomar el lunch y cuando ibas al baño te tomaban el tiempo, me sentía como en la cárcel y al día siguiente no volví, ni siquiera fui a cobrar las nueve horas que hice. Como era abril, el trabajo en los jardines se estaba levantando. A los tres días un amigo llegó temprano a verme y me dijo que un gringo andaba buscando personas para trabajar en jardines, “no puedo”, le dije, “nunca he trabajado en jardines y además no sé hablar inglés”, entonces me dijo que pagaba nueve dólares y no le importaba la experiencia. “¿Qué podía perder?”, pensé y acepté. El gringo estaba esperándome afuera de la casa, me hizo señas para que subiera a su camioneta. “Me llamo Miky, ¿y tú?”, le dije mi nombre y luego me dediqué a escucharlo, hablaba puro inglés y yo para todo le decía, “Yes”. Al llegar a la casa donde iba a trabajar estaban cinco personas, todas gringas. Tuve ganas de salir corriendo pero me aguanté, tenía que probar cómo era trabajar con ellos. En eso el señor Miky me presentó a su hijo, “Me llamo Robert y hablo un poquito español”. “Que chingón”, pensé entre mí. Los primeros días fui con él y me enseñó a utilizar la herramienta, aprendí a cortar

pasto, plantar y podar árboles, limpiar los jardines... cada día el patrón supervisaba mi trabajo, casi siempre decía "Bueno"; pero si había algo que no le gustaba intentaba explicarme cómo hacerlo. Era buena persona aunque le desesperaba que no supiera hablar inglés. Yo le preguntaba a Robert qué decía su papá de mi trabajo. "Mi padre dice que tu trabajo es bueno, pero él no quiere que trabajes conmigo porque yo hablo un poco español y él quiere que tú aprendas inglés".

"Estuve un mes con ellos. El último día el señor Miky me pagó y fue a dejarme a mi casa como siempre, al llegar me dijo en español que si alguno de mis amigos hablaba inglés, le dije que sí; quería que alguien tradujera lo que iba a decirme. Llamé a mi primo y estuvieron platicando mucho tiempo y yo ahí presente. Al terminar su conversación mi primo me dijo todo "Ismael, el señor Miky dice que eres un gran trabajador, que le has puesto mucho empeño al trabajo, pero él quiere que aprendas inglés, no puede comunicarse contigo, él tiene una propuesta para ti, si tú aceptas sigues con él, si no tendrás que buscar otro trabajo." "¿Cuál es su propuesta?", pregunté. "Él quiere que tú vayas a la escuela. Te apoyará en todo, y después de clases, el va a recogerte para que trabajes dos o tres horas, y los sábados todo el día. ¿Qué piensas?" Estaba desconcertado, le dije a mi primo que tendría una respuesta el domingo por la noche. En realidad no tenía nada que pensar, en esos días mi familia estaba en un problema grandísimo, mi padre golpeó y echó de la casa a mi mamá y mis hermanos, y para colmo de males la persona que dio el dinero de mi cruce constantemente exigía su pago. El domingo por la noche mi primo habló por teléfono al señor Miky. Mi respuesta fue: "Gracias por la propuesta, pero no acepto". "No hay problema", dijo, "cuando aprendas a hablar inglés ven a verme y te daré trabajo". Al día siguiente, como siempre, me paré a la entrada de mi casa a esperarlo, pensé que llegaría ha recogerme pero nunca llegó; el señor Miky fue claro al decir: "no escuela, no trabajo". Ahí me di cuenta de lo importante que es hablar inglés. Después de eso ya para qué te cuento, me fue de la chingada, anduve metido en cosas muy cabronas...

La historia de Ismael más que preocupar a Isidro lo puso en alerta, no por referir lo difícil de empezar una vida en ese país sino por la actitud de aquel muchacho que, sin conocerlo, le había contado parte de su vida. “¿Por qué lo había hecho?”, se preguntó, “¿por necesidad de hablar con alguien o como una forma de atemorizarlo?”

Ismael seguía sentado sin intenciones de moverse, a Isidro le dio curiosidad saber en qué había andado metido y le ofreció algo de tomar.

–¿Quieres agua? –le preguntó.

–Me voy a oxidar... ¿No tienes cerveza?

–No sé... voy a ver.

Encontró en el refrigerador dos sixs, tomó un par de latas, regresó a la estancia y se sentó.

–Entonces... después de dejar ese trabajo, ¿qué hiciste?

–Empezó una mala racha porque no encontraba trabajo por ningún lado y la situación en la casa estaba cada vez más dura. Mi mamá y mis hermanos se fueron con un tío y ya sabes lo que dicen: “el muerto y el arrimado a los tres días apesta”, les hicieron lugar en un cuartito y ahí se instalaron. Yo sabía que necesitaban dinero y no podía mandarles nada. Estaba desesperado porque aquí todo cuesta y yo estaba que me cargaba la chingada. Veía cómo mis amigos se iban a trabajar en las mañanas y yo me quedaba en la casa como pendejo. Me daban ganas de llorar y ni a quién pedirle ayuda. Algunos me decían, “No te desesperes, la temporada recién empieza y ya verás que pronto va a haber jale”, pero no veía para cuándo. A veces me arrepentía por la decisión que tomé, pero luego pensaba que había estado bien, yo no podía darme el lujo de estudiar, había venido a trabajar para ayudar a mi familia y eso iba a hacer. Cansado de buscar y no encontrar trabajo decidí volver a hablar con el señor Miky, pensé que sería fácil regresar. Mi primo tradujo, él escuchó con calma y se limitó a decir “Lo siento, ya tengo otra persona”. Mis esperanzas de volver a trabajar con él se desvanecieron y la desesperación me puso como loco. Dos días después recibí una llamada de

otro pariente que dejaría el empleo en que estaba. El trabajo consistía en pintar y limpiar cuadros, hacer marcos de madera y de metal y atender a los clientes. Fue tanta la emoción de volver a trabajar que se me olvidó preguntar el punto más importante. Llegamos al lugar y mi primo llamó a su patrón, yo me quede afuera, salieron y el patrón me saludó; platicaron y yo los miraba sin entender nada, de pronto el patrón empezó a hablar conmigo y yo no sabía qué responder, me puse nervioso y volteaba a ver a mi primo que trataba de traducirme, pero el patrón le dijo que no lo hiciera, luego, dándome la mano dio media vuelta y se metió. Después mi primo me explicó sus palabras. “Si supiera hablar inglés el trabajo es suyo, pero como no sabe, no se puede quedar... ¡Lo siento!” Mis ojos se llenaron de lágrimas, me sentía destrozado, por segunda vez me di cuenta lo importante que era aprender inglés. Ganas de estudiar tenía de sobra pero sentía que no era el momento. No me quedó otra que seguir escuchando por las mañanas a mis amigos irse al trabajo, y por las tardes verlos llegar cansados y sucios, pero satisfechos.

–Yo no hablo inglés –dijo Isidro visiblemente preocupado–, mi papá lo sabe, así que espero no necesitarlo, al menos en este primer trabajo.

–Pero lo que si te digo es que vas a tener que aprender si quieres tener un trabajo bien pagado, si no, siempre te van a ver la cara de pendejo... perdonando.

–Ya se verá –dijo Isidro–, por lo pronto voy a tener que entrarle así a la chamba, porque para hablar inglés sólo con el tiempo.

–Pero no es suficiente, lo mejor es meterte a una escuela, dan clases gratis por las noches, con esas y la práctica en el trabajo le agarra uno más rápido la onda al idioma.

–Es un buen consejo... –dijo Isidro–, y entonces... ¿te viniste a la ciudad?

–Hubiera estado bien, pero me enredé en otras cosas...

Como Isidro no contestó, Ismael pidió otra cerveza y se dispuso a contar su historia.

—Tenía unos vecinos ecuatorianos bien mamados, parecían luchadores, yo los veía salir todos los días y me preguntaba, ¿en qué trabajarán? Una tarde se acercaron y dijeron si conocía a alguien que quisiera trabajar en jardín. Inmediatamente me ofrecí. “¿Tienes experiencia?” “Un poco, pero no sé hablar Inglés”, les dije porque ya no quería pasar por lo mismo. “El inglés no es importante para el trabajador, los patrones no se meten, ellos sólo llegan, dejan la lista de lo que se tiene que hacer y se van. En este trabajo lo más importante es la experiencia, las ganas de trabajar y la resistencia física.” “¿Por qué la resistencia física?”, pregunté. “La mayoría de las compañías trabajan diez horas diarias, cinco o seis días a la semana, nosotros en cambio trabajamos de siete de la mañana hasta que el sol se mete, seis días a la semana”. Eso eran como catorce horas al día. Les dije que estaba preparado aunque no tuviera el mismo físico de ellos, pero las ganas de trabajar me sobraban. Me iban a pagar ocho dólares la hora y los aumentos llegarían según mi desempeño.

“El lunes pasaron por mí a las seis de la mañana. Ellos se encargarían de llevarme diario y me cobrarían veinte dólares a la semana, me pareció bien, además no tenía otra forma de irme. Llegamos a una casa y junto al garaje estaban los dos patrones y el resto de los trabajadores: otro ecuatoriano, un colombiano y tres de San Nicolás. Me sorprendió ver que los dos patrones también tenían un físico tremendo. Los patrones llamaron a los ecuatorianos, les dieron la lista y se fueron. Ni caso me hicieron, parecía que la contratación de los trabajadores se la habían dejado a mis vecinos. El grupo se dividió en dos y nos trepamos cada uno a su camioneta. Cuando terminamos de cortar el pasto en la primera casa, Willy, el colombiano, fue a inspeccionar el área donde yo recorté. Eso no me gustó pero Leo, uno de los paisanos me dijo que siempre hacían lo mismo con la gente en su primer día. “No te preocupes” me dijo, “si te gusta trabajar vas a durar mucho tiempo aquí.” Nos fuimos parejito una casa tras otra, al medio día pasamos a comprar nuestro lunch en un Deli, pensé que tomaríamos

media hora para descansar como es regla en cada trabajo pero me equivoqué porque nos subimos a la camioneta y Hugo, uno de los ecuatorianos, me dijo “Vete comiendo tu sándwich en el camino mientras llegamos a la siguiente casa, aquí no tenemos tiempo de sentarnos a comer tranquilamente”. Ya como a las siete me preguntaron si aún tenía resistencia para seguir. “Faltan seis casas” dijo Hugo. Para esas horas habíamos cortado como veintidós pastos. Yo ya no podía pero tuve que mentirles, les dije que aguantaba, no quería que Hugo les dijera a los patrones que no tenía resistencia física. No quería dejarme vencer. No quería perder el trabajo... Terminamos como a las nueve y nos fuimos a la casa, esa noche sólo tomé un baño y no cené, estaba muerto de cansancio, nunca en mi vida había trabajado tan fuerte. Al día siguiente no podía levantarme, tenía el cuerpo adolorido. A las seis salí de la casa a esperar que pasaran por mí.

“Hoy Ismael irá conmigo porque tengo más trabajo que ustedes”, dijo Hugo al dividir al grupo. El día fue igual que el anterior: cortar y cortar pasto. Terminamos en la noche, esa vez fueron como veinticinco pastos. Las casas no eran muy grandes, entonces Hugo me explicó que de lunes a miércoles se cortaban las casas pequeñas, que no eran muy importantes, y de jueves a sábado las grandes, que generaban mucho trabajo y producían dinero para la compañía. Al llegar a la casa de los patrones para guardar la herramienta miré que Hugo y Carlos, el otro vecino, se metieron al garaje para levantar pesas. Al verme asomado me dijeron que ellos hacían ejercicios todos los días después del trabajo para relajarse. Me invitaron pero no acepté, les dije que estaba muy cansado y quería irme a mi casa a descansar, entonces Carlos me dijo, “Tenemos algo para el cansancio”, y Hugo empezó a preparar un rollo de marihuana. Me senté con ellos y lo fumamos tranquilamente. Llegué a mi casa como a las once bien pacheco.

“Al día siguiente me desperté como si nada, tenía ganas de empezar a trabajar. El día fue como los dos anteriores, cortamos la misma cantidad de pastos y terminamos a la misma

hora. Regresamos al garaje a guardar la herramienta y otra vez fumamos. Al llegar a la casa los amigos estaban festejando algo y yo me incorporé, tomamos y fumamos hasta las tres de la mañana. A las seis desperté y salí de la casa a esperar. Todos se dieron cuenta de mi estado y se burlaron de mí. Ese día empezamos a cortar las casas grandes, lo que significaba más trabajo. Después de dos casas yo ya no podía, sentía que en cualquier momento me iba a quebrar. Mis tres compañeros notaron que mi habilidad en el trabajo disminuía, entonces uno me dijo, “Yo tengo la solución para el cansancio, la vitamina que te hará trabajar con más ganas”. Nos sentamos debajo de un árbol a fumar. Terminamos el día sin ningún problema. Me di cuenta que podía con el trabajo, pero para no sentir cansancio tenía que consumir drogas. Me acostumbre a hacerlo. Como no quería depender de mis compañeros empecé a comprar mi propia yerba y así, cada vez que sentía cansancio, me tomaba un tiempo y fumaba, al llegar a mi casa, para dormir bien, fumaba, algunas veces si me desvelaba, antes de entrarle al trabajo, también fumaba. Le metía fuerte a la cerveza porque con el trabajo sudaba un chingo, entonces me ponía pedo, pero como ya conocía el remedio no me preocupaba. Así anduve varios meses pero cada vez la droga me hacía menos y mi trabajo empezó a bajar. “Cuídate pinche Ismael”, me dijo un día Hugo, “el problema contigo es que no te sabes controlar. Bájale al desmadre, la marihuana ayuda pero no hace el trabajo”. Yo le dije que sí pero ya no podía pararle, apenas me sentía cansado le entraba al porro y al trago. Compraba mis botellitas de licor y durante el trabajo le pegaba traguitos hasta que al final del día ya no tenía nada. Un día Willy me apartó del grupo y me dijo que tenía una vitamina más chingona, que cuando quisiera le avisara. Primero ni caso le hice, pero la idea se quedó dando vueltas en mi cabeza.

Para no hacerte el cuento largo, un sábado después del trabajo me llamó Willy y me dijo, “Aquí traigo un poco del remedio que te conté, Pruébalo”. Ni lo pensé, estaba agotado y cualquier cosas que me quitara el cansancio sería bienvenida.

Era coca y me mandó a las nubes. Ese fin de semana estuve feliz, me sentía Superman. "Yo quiero de eso", pensé y casi caigo grueso en el vicio si no hubiera sido porque ese domingo hablé con mi mamá. Ella sabía que andaba en malos pasos y ya estaba cansada de decirme que me cuidara. Como yo le mandaba dinero sentía que no tenía por qué meterse en mi vida, pero ese día me dio una noticia que me despertó. Mi hermano menor estaba enfermo y lo tenían que operar, si no lo hacían podía morir. Todavía me acuerdo y me pongo chinito.... Se frotó el brazo y le dijo a Isidro, "Pásame otra cervecita, ¿no?"

Isidro se puso de pie y sacó otras dos, la historia de ese muchacho apenas mayor que él le hacía ver que no sólo había que cuidarse de los patrones, sino también de los propios paisanos y compañeros de trabajo. Dijeron salud, Ismael dio un trago largo y continuó.

—Antes de que lleguen termino de contarte... El lunes siguiente Hugo me dio un ultimátum "Si no le paras te vas a tener que ir. Ya le dije al Willy que nada de venderte droga, no te metas con él porque te va a quemar, es un cabrón. Así que ya lo sabes, si te veo metiéndole tanto al chupe y a la marihuana el trabajo se acabó." Fue como un balde de agua fría, sentí que todo se movía, lo primero que hice fue fumarme un porro para tranquilizarme pero no me hizo ni madres, estuve nervioso todo el día, me temblaban las manos y tenía ganas de vomitar. Las palabras de mi mamá no se alejaban ni un momento, taladraban mi cabeza. Esa semana fue la peor de mi vida, me cae de madres que no se la deseo a nadie. Yo creo que si no hubiera sido por mi cuñado no la hubiera hecho. Bueno, en ese momento ni lo conocía, pero el camarada me hizo un paro de poca madre.

Ismael se calló y dio otro trago. El gesto de su cara cambió, pensaba en algo que de seguro le costaba trabajo asimilar. Isidro lo miró y trató de entender lo que pasaba, no tenía intenciones de intervenir, para él aquel monólogo podía seguir indefinidamente. Ante el silencio prolongado vio su reloj y se dio cuenta que sus primas debían haber llegado ya. Permanecieron sentados sin decir nada, como si un mundo

interior hubiera exigido de pronto su presencia hasta que en la cerradura se oyeron las llaves.

–Ya era hora –dijo Ismael y vació su cerveza.

VII

Durante los siguientes días Isidro cargó una pregunta necia que supuso Laura podía contestar. ¿Quién era el cuñado que ayudó a Ismael?

Una noche mientras platicaba con su prima se animó a preguntar, “¿Cómo conoció Joaquina a Ismael?”

–¿Conoces a Pedro mi hermano? –preguntó Laura.

–No me acuerdo, tal vez lo vi alguna vez...

–Es más chico que Tony y de niños eran inseparables, pero cuando murió mi mamá todo lo que los hacía diferentes se puso delante de lo poco que los unía y terminó separándolos. Tony se pegó a mí papá y Pedro a mí. Apoyados el uno en el otro quisimos hacer menos pesado el camino sin nuestra madre, creímos que así íbamos a crecer, pero nos duró poco aquella cercanía. Un día que a mí padre lo revolcaron las mulas Pedro se fue. Yo sentí que el aroma de los días felices guardado hasta entonces en la casa terminó de irse por la puerta que Pedro dejó abierta. Por ahí mismo, tiempo después, nosotras también tomamos camino. La cosa es que mi hermano se vino para acá y no volví a saber de él hasta que yo misma hice por buscarlo. Si de por sí era callado, aquí se volvió mudo, y no es que no sintiera, luego se veía que todo se lo guardaba bien adentro. El día que lo encontré nomás se me quedó viendo, se le llenaron los ojos de lágrimas y me abrazó. No me preguntó por nadie, parecía que le bastaba saberme ahí. Le dije lo que ya suponía y que por eso me había venido. Nomás cerró los ojos y movió la cabeza apretando los puños como si quisiera pegarle a alguien. “¿Y las niñas?”, me preguntó. “No tardan en venirse”. Luego, sin más, me dijo “Ya me voy, te busco luego”, pero no lo hizo.

–¿Y sabes si ha visto a Tony?

—No creo, ellos terminaron mal porque mi padre no quería a Pedro y a Tony se le hizo fácil hacer lo mismo. Para mí le tenía envidia. Yo no lo dije nunca pero luego se veía que era el consentido de mi mamá, por eso cuando ella murió mi hermano no aguantó mucho tiempo en la casa.

—Algo me había contado Demetria. Te pregunto porque Tony me dijo que tenía intención de buscar a su hermano Pedro.

—¿Cuándo te dijo eso?

—En el desierto... cuando cruzamos. Estaba cansado y para mí que tenía miedo, tal vez por eso sintió la necesidad de decir lo que dijo. Ahora no sé si piense igual, pero de una cosa estoy seguro, Tony anda cargando algo muy pesado y tienen que ver con tu hermano.

—Ojalá fuera capaz de sentir remordimientos, aunque es igual a mi papá: terco y orgulloso. Cuando lo veo se me figura un árbol grande y seco que ya no tiene posibilidad de reverdecir pero no hay quien pueda tirarlo. Si como dices busca a Pedro, va a tener que darle muchas explicaciones.

—¿Y dónde anda él ahora?

—Aquí en la ciudad, en Queens, no sé decirte dónde exactamente... ya va a ser un año que no lo veo, pero algunos paisanos me han dicho que está bien, callado como siempre, pero bien. La última vez nos encontramos de pura casualidad, en la calle, en medio de este mundo de gente. Me acuerdo que amaneció soleado y les dije a mis hermanas que fuéramos a un parque que está por acá cerca pero no quisieron, estábamos cansadas del frío y el trabajo, entonces yo agarré mis cosas y me fui sola. Casi nunca voy a Manhattan, pero esa vez me animé y llegué a Union Square, ahí es bonito porque se pone como feria y venden muchas cosas, además hay música y representaciones. A mí me gusta. Después de andar por los puestos me senté en unas gradas a comer algo. En eso estaba cuando pasó delante de mí, ni siquiera volteó, si no le grito se sigue de largo. Iba como metido en sus sueños, al oír su nombre empezó a buscar y entonces dio con mi cara. Tardó un momento en

ubicarme, cuando por fin supo quién era me regaló una sonrisa que todavía traigo conmigo. Ahí platicamos un rato largo como cuando chicos debajo del árbol de aguacate. De nuestro tiempo en el pueblo no hablamos para nada, como si se tratara de otra vida a la cual no quisiéramos regresar. Contrario a lo que siempre hacía, ese día habló mucho. Mientras platicaba me fijé en su aspecto, estaba delgado y en medio de su cara sus ojos eran dos pozos negros, parecía no haber dormido en toda la noche, estuve a punto de preguntarle si necesitaba algo pero no quise hacerlo sentir mal, contrario a su facha, su voz era clara y tranquila. En lugar de ser yo quien lo animara fue él quien me llenó de alegría. Alrededor todo se movía rápido: los carros, la gente... pero nosotros, sentados en las escaleras de piedra, estuvimos un rato lejos del alboroto. Ese día supe que mi hermano estaría siempre cerca aunque nunca más lo volviera a ver.

Laura frotó sus manos como si sus últimas palabras fueran un mal presagio. Isidro preguntó.

—¿Fue Pedro quien ayudó a Ismael?

—¿Qué sabes de eso?

—No mucho, el otro día que vino me contó algunas cosas y dijo que de no haber sido por su cuñado no hubiera podido salir del vicio.

—Pedro se lo trajo para acá, lo sacó de los jardines y le ayudó a encontrar un lugar distinto donde trabajar, no se conocían, pero mi hermano es así, si está en sus manos te va a ayudar. Le dio nuestros datos y fue así que llegó aquí. Es un buen muchacho.

—Entonces Ismael ve a Pedro.

—No. Mi hermano lo presentó con unos amigos suyos y luego se fue. Pedro es misterioso, por eso te digo que no sé bien dónde anda.

—Entonces a Tony le va a costar trabajo dar con él.

—Yo no estoy segura que lo busque, aunque me gustaría que lo hiciera, se lo debe.

—Quizá se vean en la Fiesta.

–Es posible, ya veremos qué pasa...

Isidro había pasado más de una semana con sus primas y estaba listo para irse a trabajar con su padre.

–Mañana viene mi papá –le dijo a Laura–, espero haber ayudado ahora que anduve aquí.

–¿A qué hora viene?

–En la noche, después del trabajo.

–Entonces todavía nos vemos y de pasó veo a mi tío.

–Sí.

–Me voy a dormir porque hay que levantarse temprano.

–Nos vemos mañana.

Laura se levantó, Isidro se quedó solo y sacó una tarjeta de teléfono, la puso delante de él y marcó un número que lo pondría de inmediato en una de las casas de su pueblo.

VIII

Por las noches Demetria esperaba cada vez con menos impaciencia la llamada de Isidro. Cuando por fin el repiqueteo del aparato rompió el silencio de la noche tardó en contestar. Una voz clara del otro lado de la bocina llenó su casa de recuerdos. Dejó hablar a Isidro mientras secaba las lágrimas que rodaban por su mejilla, aquellas palabras la llevaron primero al desierto, luego a Nueva York, también la pasearon, aunque mucho menos de lo que hubiera querido, por el espacio de los sentimientos. Fue un recuento detallado de pasos que se alejan y buscan en lo nuevo que encuentran, razones para seguir avanzando.

Demetria colgó el teléfono y se quedó sentada en medio de la penumbra tratando de dibujar la cara de Isidro. Antes de escucharlo no tenía ninguna dificultad para encontrar sus ojos y sus labios, pero después de oírlo no podía encajar la voz con las imágenes guardadas en su cabeza. Algo había en aquella manera de decir las cosas que no cuadraba con lo que ella llevaba en su memoria. Era como si hubiera pasado un tiempo largo en el cual, el muchacho que se había ido, se hubiera vuelto un hombre.

“¿Qué tendrá ese cruce que no sólo aleja a quienes queremos sino también los vuelve otros?”, pensó Demetria entendiendo que no se trataba de preguntar, sino de aprender a vivir con todo eso. Como quien se frota los ojos al levantarse para aclarar la vista, así reconoció lo que iba a venir: su vida, enmarcada en las calles del pueblo, los campos de labor, la sombra del volcán... se abría ancha y misteriosa hacia un territorio conocido tan sólo por los ecos de los que en él estaban.

No se trataba de un cambio sorpresivo, pero sí iniciático. Muchas mujeres en San Nicolás vivían en ese mundo amplio hecho de claridades y penumbras, pero no era lo mismo saberse rodeada de aquella realidad que enfrentar la necesidad de entenderla y asumirla. Qué lejos quedaba la tarde lluviosa de la despedida, la ternura infantil de quien se siente segura a pesar de todo; qué cerca ahora el desconcierto, el miedo y la soledad.

La noche encima del pueblo no traía estrellas consigo, un manto de nubes bajas se movía despacio como un fantasma grande que ya no asusta a nadie. Pegados a las banquetas húmedas los arroyos delgados corrían sin parar y su sonido se unía al croar de las ranas. El calor hacía rato se había ido delante del aguacero y en su lugar, el viento fresco del monte le pegaba a las casa de adobe y ladrillo y removía, de vez en cuando, las hojas limpias de los limoneros. Llevados por las sombras los ladridos de los perros eran también partícipes de aquellas horas oscuras.

Metida en la casa paterna Demetria se sintió sola. En ese momento le hubiera gustado tener a su amiga Micaela junto porque ella siempre la escuchaba, tenía la virtud de hablar poco y acompañar sus monólogos con una mirada que parecía comprender, pero no había nadie cerca, excepto la Virgen y los Santos entronizados en el altar. A ellos les podía contar lo que sentía y quizás, a través de sus ojos melancólicos, recibir alguna respuesta divina.

Después de rezar Demetria oyó caer una lluvia ligera sobre los techos de las casas. A lo lejos el cielo relampagueaba y los truenos, detrás de la luz estremecían su cuerpo. “Siempre

es así”, se dijo resignada, “cuando una ve cree saberlo todo, pero más tarde, cuando una escucha, empieza a entender lo que realmente pasa. ¿Cómo voy a enfrentar los días ahora que estando aquí, me siento en otra parte? ¿Cómo voy a aprender a vivir con esta distancia dividiendo mi corazón? ¿En dónde voy a meter las ganas de quererlo?”

Una tras otra las preguntas se eslabonaron como gotas de agua que caen desde el techo de teja hasta que la luz del día dibujó el perfil de los montes y los gallos cantaron sacudiendo sus plumas. Con los ojos hinchados por el llanto y la vigilia, Demetria se puso de pie sin llevar consigo ninguna respuesta, antes de echar a andar, presintió que a partir de ese momento aquel desasosiego podía volverse su más fiel compañero.

IX

—No vayas a olvidar tu rebozo porque para ver a la Virgen hay que ponérselo —dijo Rufina a su nieta.

Sharon lo guardó en su *handbag* y se sentó a tomar café junto con su abuela. Estaba contenta de ir a la Basílica de Guadalupe. Podían no gustarle muchas cosas del país de sus padres pero la devoción a la Virgen era algo distinto. Desde chica su madre la encomendaba a ella y no había casa mexicana en los Hamptons que no tuviera un altar con su imagen.

Sobre la mesa Rufina había puesto una canastita con pan por si a su nieta se le antojaba, ya no le ofrecía más porque sabía que Sharon comía poco y mal. Esa mañana vio con gusto cómo su nieta sopeaba una concha en su café con leche, por eso se animó a ofrecerle algo más de desayunar. Aunque era muy temprano Sharon aceptó un taquito de frijoles.

—Si te acostumbras a comer así te vas a poner más bonita —dijo Rufina dejando frente a su nieta dos tacos calientitos.

—Sólo uno abuela.

—Tú comételes... si ya no quieres, no pasa nada.

Las tortillas sabían a su prima Micaela que a esa hora debía estar parada afuera del molino con su cubeta llena de maíz.

Sharon comió con ganas y para sorpresa de su abuela pidió un poco de salsa.

–Ahora si ya pareces mi nieta.

–¿Y antes quién era? ¿No me querías?

–Pero cómo se te ocurre decir eso, yo te he querido siempre. Cuando naciste estuve a punto de ir a verte, pero por una u otra cosa ya no pude. Luego los años se me echaron encima y me hicieron cobarde, por eso no me animé a visitar a tus papás, pero de ti nunca he estado lejos, cada semana ponía una veladora para que la Virgen me diera la oportunidad de conocerte, y ahora ya ves, aquí estás conmigo a punto de ir a casa de la Patrona.

–Pero tú no estás vieja abuela, deberías ir, así yo podría enseñarte cómo es mi país.

–Pero si tu país es éste...

–Yo nací en Estados Unidos y aunque también soy mexicana, toda mi vida la he pasado allá. Bueno, tampoco soy gringa pero hay muchas como yo, si tú vieras cuántos jóvenes somos no creerías. A la escuela vamos muchos con papás de aquí. Tenemos fiestas de cumpleaños y bautizos donde se junta la gente, los grandes hablan español y nosotros inglés. A mí me da risa cómo hablan inglés los señores, les cuesta trabajo, yo le digo a mi papá cómo debe decir las cosas pero luego se enoja. Abuela, si fueras te gustaría, las casas son grandes y tienen mucho jardín, y la comida es igual.

–Eso sí no lo creo... ¿a poco tienen guajolotes para el mole, o las mujeres echan tortillas? Tal vez se parece porque los hijos allá extrañan y quieren hacer un lugar como su pueblo, pero, ¿cómo podrían hacerle para tener su iglesia o la fiesta de San Nicolás?

–Allá tenemos una iglesia grande y el padre sólo habla español. El doce de diciembre se hace una misa y se llena la iglesia, y aunque hace mucho frío, hay danzantes que salen de *Main Street* y hacen la peregrinación hasta la iglesia, la policía cierra las calles y como dice mi papá, “Por un rato allá parece San Nicolás.” Yo me visto con ropa mexicana y

entro a la iglesia bailando hasta el altar, antes éramos puros mexicanos en el festejo, pero poco a poco han llegado gringos que les gusta la fiesta de la Virgen. Mi tía Dolores organiza la danza y con otras señoras, hace los tamales y el atole para los que le cantan las mañanitas. Yo ayudo a envolver la masa con carne en las hojas de maíz. Es una fiesta para todos, hasta mi tía Rosa va a la misa.

El nombre de la hija se metió en el cuerpo de Rufina picándole como aguja el estómago, vio en la cara de su nieta la misma expresión que alguna vez tuvo Rosa cuando era chamaca. Con la voz entrecortada por la sorpresa la abuela preguntó.

—¿Conoces a tu tía Rosa?

—Claro, ella vivió en la casa y yo crecí junto a sus hijos. Luego se fue a vivir a otro lado pero a veces la visitamos.

Sharon sabía que no era fácil para su abuela oír hablar de su hija porque allá mucha gente no la quería, decían que había sido desconsiderada con quien la había ayudado, sobre todo con su hermana Antonia que le dio casa y comida. Su propio papá le había prohibido a su madre tener relación con su hermana, pero ella no le hacía caso. Cuando su tía dejó la casa Sharon resintió la ausencia de sus primos y no se cansó de preguntar por qué se iba, pero las respuestas nunca la dejaron satisfecha: le hacían creer que como iba a tener bebé había decidido estar en un lugar más cómodo. Al principio pensó que era lógico, pero cuando conoció el lugar donde vivía aquella explicación le pareció absurda. Entonces empezó a entender que algo malo había pasado y cada vez que decían el nombre de Rosa, ponía atención para ver qué decían de ella.

—¿Y cómo está? ¿La has visto?

—Antes de venir fuimos a su casa, estaba contenta porque le llegó un encargo tuyo. Me dijo que te diera muchos besos y que te agradecía por el remedio que enviaste.

La abuela Rufina no pudo aguantar más y lloró despacio secando sus lágrimas con el rebozo. Sharon se acercó y la abrazó con cariño, basándola muchas veces.

—Ya no llores abuela debes ser fuerte porque mi tía necesita

tu apoyo. Mejor ponte contenta y acuérdate que estos besos son de ella.

—Tienes razón pero, ¿qué quieres?, estoy vieja y ahora lloro por todo... Es bueno tenerte aquí conmigo, déjame abrazarte hijita.

El calor de aquel cuerpo menudo llenó de esperanzas a la abuela Rufina, a través de él muchos años de dolor acallado parecían encontrar un consuelo justo. Sobre la mejilla los besos de su nieta se fijaron como pasos venidos de lejos por un camino difícil. Rosa estaba ahí, en medio de las dos, y unía con su silencio a la madre y a la sobrina.

Sharon se acercó a ese corazón que la hacía sentir como en casa. La sensación de lejanía que la había acompañado desde su llegada se desdibujó en aquel abrazo prolongado, entonces pensó en la distancia que la había separado de su abuela durante tantos años y la vio como una vereda circular hecha por muchos pies donde el punto de partida bien podía ser la llegada; el principio el fin; una despedida, el encuentro con lo más querido.

En medio del dolor que producía en la abuela Rufina el recuerdo de su hija Rosa, Sharon supo que era feliz también. Le gustaba haber sido ella la mensajera de un poco de alegría y saber que no sólo le tocaba dar sino también recibir mucho cariño. El supuesto castigo que sus padres le habían impuesto se había transformado en un tesoro que empezaba a descubrir. En San Nicolás Sharon había encontrado una voz que del otro lado nunca había escuchado.

La tía Margarita llegó por ellas en una camioneta para irse a la terminal de autobuses, en el camión viajaron juntas la tía y la abuela, y Sharon se acomodó sola junto a la ventana para mirar el camino. Como un perro bravo que corre detrás de un carro la ciudad se extendió junto a la carretera hasta que, vencida por la velocidad, dio paso al campo con milpas verdes todavía sin jilotes. Detrás de las parcelas disparejas de siembra, los volcanes acumulaban nubes para esconder con ellas sus cimas nevadas. El valle pronto subió a las montañas y los campos de labor dejaron

su lugar al bosque. “Que hermoso lugar”, pensó Sharon, “debe haber muchos venados entre estos pinos”. Del otro lado de los montes altos el valle de México se extendía como un gigante cubierto por una espesa bruma encima de la cual, los picos de otras montañas, se elevaban hacia un cielo azul intenso.

Como un avión que desciende el autobús bajó al valle por una carretera entreverada en las laderas de los montes. Jirones de ciudad trepaban por las colinas como una plaga que avanza sin tregua. La quietud del campo pronto se transformó en una vorágine de autos apresurados rodeados de casas y edificios. Sharon sabía que estaba en una de las ciudades más pobladas del mundo y eso la llenaba de emoción.

El camino a la Villa lo hicieron en taxi. Cuando por fin apareció la Basílica, la abuela Rufina le dijo a su nieta.

—Ahí vive la Virgen de Guadalupe... nuestra Madre.

Sharon apretó su mano y sintió la fuerza de aquel lugar. Estaba a punto de conocer a la madre mexicana de Dios. Sobre la explanada, la iglesia parecía un remolino invertido capaz de tomar todas las plegarias de la tierra y elevarlas al cielo. Antes de entrar, la abuela le dijo a su nieta que se pusiera el rebozo, Sharon lo desdobló y visiblemente emocionada, cubrió con él su cabeza tal como su abuela y su tía. Envuelta en él Sharon supo que era igual a las dos mujeres que caminaban con ella al encuentro de la Virgen. Mientras se acercaba al altar deslizándose por la banda eléctrica, pensó en su madre y quiso tenerla ahí para vivir juntas ese momento. La Virgen de Guadalupe, en lo alto, pareció mirarla a los ojos; frente a ella Sharon se arrodilló y se puso a llorar.

Estuvieron sentadas en una banca mirando en silencio el ayate de Juan Diego, cada una daba gracias a la Virgen por todo su amor y ponía frente a ella sus peticiones. Renovadas por el encuentro, subieron hasta la gruta donde la Tonantzin se apareció por primera vez. Desde lo alto miraron las dos Basílicas cercadas por una ciudad opaca.

De regreso la abuela y la nieta viajaron juntas, el sol rojo de la tarde pintaba la nieve de los volcanes y hundía a la ciudad

en una penumbra cada vez más densa. Más arriba los cirros estirados por el viento pasaban de la luz a la sombra.

Acurrucada en el cuerpo de su abuela, Sharon pensó en la casa que había dejado, vio su figura saliendo al jardín ajena por completo al mundo que la rodeaba. Adivinó la mirada de su madre del otro lado de la ventana, imaginó su voz hablándole y sus manos apoyándola. Sentada junto a la madre de su madre se dio cuenta de cuánto la quería. Sacó el rebozo de la bolsa y lo acercó a su cara para sentir su aroma y su textura.

–Mi mamá tiene uno igual –le dijo a su abuela.

–Yo se lo regalé el día que se despidió de mí para irse con tu papá.

–Me gusta mucho, además con él me parezco más a ti.

–Que bueno que lo veas así... los rebozos son como un hilo grueso que las madres anudan con sus hijas para que la vida siga, por eso es importante que cada mujer tenga el suyo, porque, ya sea como madre o como hija, tiene la responsabilidad de mantener unido el río que nos hace ser una sola.

Las manos arrugadas de Rufina tocaron los suaves dedos de Sharon y pusieron dentro del cuenco áspero de sus palmas aquellas manos nuevas.

–Cuando una abuela anuda el rebozo con su nieta es porque la ama mucho y la siente como otra de sus hijas.

–Yo también te quiero, y aunque esté lejos acuérdate que algo fuerte nos une. Acércate abuela... déjame envolverte un ratito en mi rebozo.

X

Sobre el teclado de la computadora Sharon se puso a escribir guiada por las emociones, eslabonaba palabras para contar a su madre el encuentro con la Virgen. A su lado Jessica navegaba por un universo lejano cargado de sueños y esperanzas. Unidas por el ritual de la pantalla encendida, conectada con todo y con todos, las dos jóvenes, portadoras de historias distintas, habían reconocido en ellas el rumor de un mismo lenguaje.

Antes salir a México Sharon instó a su mamá a usar el correo electrónico. “Si no te conectas no podremos comunicarnos”, le dijo. Antonia se propuso entonces aprender a usarlo, no le gustaba escribir pero aquella era una oportunidad para acercarse a su hija.

Dentro del pequeño local donde las primas navegaban, otros muchachos miraban también ese mundo que al pueblo le costaba trabajo entender. Cada día, del otro lado del umbral de la cortina metálica, los apresurados pasos de los jóvenes buscaban en las calles polvorientas herramientas para construir su futuro, pero el destello de las luces espectaculares no estaba en las casas de adobe, ni en la acequia, la milpa o el arado. Sobre el valle el sol tenía otra manera de iluminar la vida: sin parpadeos vertiginosos pasaba de las sombras largas a la luz intensa dibujando en cada cosa que tocaba contornos movedizos.

Lejos de la indiferencia la mirada inquieta de los jóvenes lleva consigo interrogantes distintas a la de los mayores. Acosados por una prisa de difícil inteligencia, intentan conquistar el territorio que les rodea, pero ante la dificultad de entablar una lucha frontal con sus padres y abuelos, se vuelcan sobre sí mismos con el deseo de transformar el simbolismo atávico de sus cuerpos. Se pintan, se perforan, con sus abundantes cabelleras negras diseñan para el baile magníficas torres puntiagudas sobre sus cabezas, lluvias negras y rojas, laberintos caprichosos e indescifrables. Ataviados con ropa untada al cuerpo, hacen del patio de tierra una pista amplia donde bailan, se miran y enamoran.

Dueños parciales de sí mismos intentan emerger pero sus manos, guías de la yunta, no terminan de soltar el azadón y el rastrillo; tampoco sus pensamientos despegan por completo, tropezados por un vocabulario estrecho más que crear un entorno, imitan, lento y mal, las realidades virtuales que alimentan sus sueños. Junto a sus propias limitaciones la mirada vigilante de los adultos sigue empecinada en marcar los límites entre lo bueno y lo malo.

Sumergidos en esa resistencia los jóvenes encuentran resquicios donde crecer de otra manera. Es por eso que el local de las computadoras se ha convertido en un lugar de encuentro para ellos. Las propuestas visuales y sonoras liman el entrado centenario que los sujeta dándoles la sensación de una libertad conquistada que, sin embargo, muchas veces más que hacerlos escapar los mete en una trampa cuyos propósitos son difíciles de percibir.

Delante de una máquina pegada al rincón dos jóvenes reían cautelosos mientras miraban de reojo a Sharon y Jessica. Antes de abrir el diálogo intentaron contactar con ellas en la red; después de jugar en el terreno del anonimato, ganaron valor y rompieron el silencio.

—Qué, ¿no vas a presentarnos? —preguntó a Jessica uno de los muchachos.

—Ya nos conocemos desde hace mucho, bueno, somos amigos en facebook —respondió Sharon con ganas de platicar.

—Pero es distinto, yo hablo de conocerte así.

—¿Cómo?

—Pues no en fotos... sino en carne y hueso —dijo uno de los jóvenes y volteó a ver a su amigo.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Sharon.

—Jaime... y tú eres Sharon —respondió y se echó a reír.

—Parecen tontos —dijo Jessica molesta por el acoso de sus amigos—. ¿Qué no tienen nada mejor que hacer?

—¿Qué propones? —preguntó Marco sentado detrás de Jaime.

—No te hagas ilusiones... a poco crees que es tan fácil.

—Yo nomás pregunto, ¿qué tiene de malo?, lo que pase por tu cabeza no es cosa mía.

—No ves que estamos ocupadas, tan siquiera espérate a que acabemos.

—¿Qué no habla español? —preguntó Jaime con ganas de escuchar a Sharon.

—¿Tú qué crees?

—No sé, tú dime.

A Sharon la situación le resultaba divertida, además, Jaime era un muchacho guapo.

–¿Por qué no nos dejan terminar y piensan qué podemos hacer?

–Ya estuvo –dijo Jaime–, pero no se tarden.

Jessica miró intrigada a su prima que con toda calma regresó a su computadora, entonces entró al chat y le preguntó.

–Por k dijiste eso?

–No sé, me dieron ganas.

–No se les va a ocurrir nada, son re menso.

–Si a ellos no, a nosotras sí.

–Como k.

–Yo quiero ir a la hacienda. Tú quieres?

–Hasta allá.

–No la conozco. Es peligroso?

–Para nada, la cosa es k no le avisamos a mi abuela.

–Yo le digo, no creo que se enoje.

–Bueno, entonces decimos k fue idea tuya.

–Ellos son buenos?

–Son tranquilos.

–Vemos qué proponen? Yo ya terminé.

–OK.

Jessica y Sharon cerraron su sesión y fueron a pagar la hora de máquina. Sentados en el escalón los amigos se pusieron de pie. Como lo supusieron no tenían ninguna propuesta. Cuando las primas preguntaron qué hacer dijeron, “lo que sea...” Sharon preguntó por la haciendita sin saber lo que eso significaba, Jessica sí pero no dijo nada.

Caminaron junto a las parcelas de hortaliza hasta llegar a un arroyo, Jaime aprovechó para mojarse un poco, hacía calor. Reanimado por la frescura del agua invitó a las jóvenes a hacer lo mismo.

–¿Por qué no se mojan un poco? el agua está bien buena.

Sharon se acercó al arroyo y mojó su cara, cuando estaba agachada vio acercarse a Jaime con la intención de mojarla completa.

–¿Qué intentas? –le dijo volteándolo a ver.

–A poco no quieres, se ve que te gusta.

–Ya la oíste Jaime, si tú quieres empápate, pero nosotras no.

–Está bien, pero no se enojen.

Jessica se acercó a Sharon para explicarle por qué su amigo había intentado mojarla.

–A la hacienda normalmente van los novios para estar juntos, por eso Jaime y Marco piensan que nuestra intención tiene que ver con eso, te lo digo por si quieres regresar.

–Yo no tengo problema, quiero ver la hacienda y ellos no van a hacer nada que nosotras no queramos.

–Entonces seguimos, además ya casi llegamos.

El casco de la hacienda, situado sobre una pequeña colina, estaba casi en ruinas. Hacía más de cincuenta años que la habían abandonado. En su tiempo todas las tierras alrededor pertenecían al hacendado y mucha gente de San Nicolás trabajaba para él. Algunos abuelos en el pueblo todavía recordaban al patrón extendiendo la mano para que ellos la besaran. “En aquellos años”, decían, “este campo producía mucho, pero nuestra pobreza era la misma, o peor.”

Cansados por la caminata los cuatro jóvenes se sentaron a la sombra de un colorín, la fachada oscura de la hacienda contrastaba con el color del campo. Para los muchachos de San Nicolás aquel espacio no despertaba mayor interés, había servido como lugar de paseo cuando niños, y ahora como refugio para sus correrías.

De todo el casco lo único que se conservaba más o menos bien era la capilla, todo lo demás había perdido el techo y muchos muros habían desaparecido.

–¡Me encanta este lugar! –dijo Sharon y respiró profundo el aire cargado de olor a tierra.

–Es bonito –dijo Jaime con ganas de agradar a la prima de Jessica.

–Pero está muy descuidado –dijo Marco en voz baja.

–No entiendo por qué es así...

Jessica se animó a hablar, para ella la hacienda tenía otro significado, era como una huella de malos tiempos que el

pueblo no acababa de olvidar. Aquellos paredones carcomidos encerraban una historia de odio y división entre la gente, pero no sólo eso, a Jessica ahora le parecían como un signo de todo lo que San Nicolás se negaba a cambiar.

–Podría ser un lugar más bonito pero a los señores les da miedo tocarlo, como si todavía anduviera por ahí el patrón con el fuele en la mano.

–¿Por qué dices eso? –preguntó Sharon.

–Tú no conoces el pueblo, aquí las personas mayores quisieran que nada cambiara, nosotros queremos hacer cosas distintas aunque es muy difícil porque siempre nos hacen sentir culpables por intentarlo. En la casa los hombres mandan y las mujeres les sirven, en la escuela te enseñan cosas inútiles, te obligan a ser quien no eres y para colmo, en la iglesia te hacen sentir pecadora todo el tiempo.

–¿Pero eso qué tiene que ver con la hacienda? –preguntó Marco con ganas de entender.

–No quiero decir que porque existe la hacienda pasa lo que pasa, pero es una parte del pasado que no fue buena para el pueblo y aunque la gente lo sabe, no se atreve a olvidarla para seguir adelante.

Sharon trataba de comprender lo que decía Jessica, pero no le quedaba claro por qué no le gustaba aquel lugar.

–Yo creo que en todos lados pasa lo mismo, dónde vivo los hombres mandan, sobre todo los grandes y los jóvenes tenemos otra manera de ver las cosas.

–Nosotros también, aunque aquí cambiar algo cuesta mucho trabajo, es como esta hacienda, no sirve para nada pero no acaban de tirarla y levantar algo sobre ella.

–Yo no creo que sea buena idea tirarla, mejor arreglarla y aprovechar lo que tiene –dijo Jaime señalando con su mano el conjunto.

–Yo creo lo mismo –dijo Sharon–, debemos aprovechar lo bueno del pasado. Aquí en México hay muchas cosas antiguas y a las personas no les interesa cuidarlas.

–A algunos sí –interrumpió Marco–, por ejemplo al profe-

sor que nos dio el taller de historia, a él le interesa enseñarnos algo de nuestro pasado.

–Pero casi nadie le hizo caso –dijo Jaime. Luego dirigiéndose a Sharon le explicó–. Es un señor que vivió en Estados Unidos y desde que llegó está preocupado por rescatar “nuestras raíces”, como él dice. Nos dio unas pláticas bien aburridas. Ahora está haciendo un mural en la presidencia, yo no lo he visto pero dicen que está bonito.

–¿Y qué está pintando? –preguntó Sharon.

Los tres jóvenes guardaron silencio, ninguno conocía el trabajo aunque suponían de qué se trataba por las cosas que en el salón les había contado el profesor.

–Creo que se trata de la historia del pueblo –dijo por fin Jessica–, yo tampoco lo conozco, aunque el maestro me ha invitado varias veces... Para mí su clase no fue aburrida, yo pienso que él es uno de los señores que podría transformar estos muros, tiene interés por entender lo que pasa en el pueblo. Un día después de clase platiqué con él y aunque no supo contestarme, me escuchó, desde ese día me cayó bien. Me dijeron que para la fiesta va a inaugurar el mural.

–Que lástima –dijo Sharon–, yo no voy a estar tanto tiempo.

Jaime bajó la cabeza y trató de ocultar lo que esa noticia le hacía sentir, esperó con entusiasmo la visita de Sharon y sin entender por qué, no se había animado a hablar con ella antes. Sharon se dio cuenta y se levantó.

–¿Se puede entrar?

–Sí –dijo Jaime–, te enseño por dónde.

Sharon estaba encantada de ver aquellos paredones de piedra levantarse encima de la hierba verde. Pasó debajo de un arco hacia un pasillo que comunicaba con varios cuartos. Las lagartijas, mimetizadas en la piedra, esperaban el momento oportuno para salir corriendo lejos de la mirada de los intrusos. Al cruzar el edificio derruido, unos escalones de piedra cubiertos por el pasto bajaban hacia un amplio jardín que todavía dejaba ver algo de su antigua magnificencia.

–¿Nadie cuida este lugar? –preguntó Sharon.

–Hay un grupo en el pueblo que se encarga de mantenerlo
–dijo Jaime acercándose a ella–, pero casi nunca vienen, nada
más cuándo está por llegar la fiesta de la capillita.

–¿La que vimos afuera? –preguntó Sharon con interés.

–Sí.

–¿Y cuándo es eso?

–En diciembre, el día de la Concepción. Como una semana
antes de la fiesta las mujeres llegan a limpiar la iglesia y los
músicos vienen a tocarle a la Virgen desde la víspera. Se que-
dan con ella toda la noche y si uno quiere venir a acompañarlos
puede llegar a la hora que quiera. Como a las cinco le cantan las
mañanitas y luego llegan muchos del pueblo a la misa; caminan
junto con el padre desde la parroquia hasta acá, traen música
y cuetes. Afuera, donde está planito, se montan las lonas y las
mesas para la comida. Si lo vieras, parece otro lugar.

–¿Tú vienes?

–Yo toco el clarinete y camino desde la iglesia. Ese día,
pase lo que pase, tengo que venir, estoy jurado.

–¿Qué es eso?

–Le hice una promesa a la Virgen para que a mis hermanos
les fuera bien del otro lado y desde entonces no faltó a su fiesta.

–Me gustaría estar en una –dijo Sharon y miró fijamente
a Jaime.

–Pues ya estás invitada, la cosa es que te animes a quedarte
aquí en San Nicolás.

–No puedo, tengo que regresar, allá están mis papás y la
escuela.

–¿Y qué tiene?, hazle al revés que nosotros, en lugar de
que ellos te dejen, tú los dejas.

–Estaría bien, pero no se puede, mejor vengo en diciembre
a la fiesta y la Navidad.

–¿A poco vendrías? –preguntó Jaime fijando sus ojos en
Sharon.

–No lo sé... depende.

–¿Qué te haría venir otra vez?

Sharon sintió acercarse a Jaime y caminó de regreso a la

salida donde Jessica y Marco se habían quedado. Subió despacio los escalones y dio tiempo para que Jaime insistiera en su pregunta, a punto de entrar en el pasillo escuchó su voz.

—Entonces, ¿qué te haría regresar?, no me has respondido.

Sharon se detuvo, dio la vuelta para ver a Jaime que estaba un escalón debajo de ella. Aquel muchacho en realidad le gustaba, con mucha lentitud se acercó a él y pegando los labios a su oído le dijo.

—Tú...

Luego se dio vuelta y avanzó de prisa para encontrarse con su prima. Jaime se quedó parado sin saber qué hacer. Tomó aire, cerró los ojos, y con una sonrisa dibujada en su cara caminó hacia la salida.

XI

La esquina de *Los Rabiosos* no era ya un lugar de encuentro. Cada vez que Julián pasaba por ahí se detenía con ganas de ver aparecer a alguno de sus amigos pero eso no ocurría. La calle desierta era la prueba inequívoca de que todo había terminado.

Una tarde animado por la nostalgia, Julián fue a sentarse a la esquina de la banda. Rodeado de silencio quiso volver a mirar los ojos de sus camaradas fijos en las palabras que como siluetas escurridizas, surgían de la boca de Johnny

Con una vara delgada se puso a dibujar garabatos sobre la tierra, sin proponérselo, las cinco letras de Franky aparecieron en la superficie polvosa de la calle. Por un instante Julián miró su nombre escrito con otras letras y se supo ahí, acostado en la piel del mundo con ganas de levantarse y echar a correr, pero sus pies sujetos a una realidad distinta no se atrevieron a dar ni un solo paso. Con la suela de su zapato hizo desaparecer las líneas de su nombre.

—No lo borres... —dijo una voz situada encima de su cabeza— porque si desaparece, ¿cómo te voy a llamar?

Julián levantó la vista y con el cielo nublado como telón de fondo, encontró la cara de Johnny enmarcada por una ca-

beza pelona. Sin pensarlo se levantó y abrazó por la cintura a su amigo que con un gesto menos efusivo recargó sobre su espalda un par de manos grandes y callosas. Después de eso Julián no supo qué decir y sintió vergüenza.

—Primero creí que no iba a encontrar a nadie, pero después de pensarlo supe que tú estarías aquí. No agaches la cabeza, acuérdate que un *Rabioso* debe llevar la frente arriba, si no cómo chingaos te van a respetar. Aquí está faltando algo mi Franky... jálale por una caguama.

Julián metió las manos en sus bolsillos y respiró aliviado al encontrar unas monedas en ellas.

—Ahorita vengo Johnny, te voy a traer una bien muerta.

Echó a correr hacia la tienda mientras Johnny se acomodaba en su lugar. “Cuando uno se va”, pensó, “el mundo se queda igual... seguro así pasa cuando nos morimos”. Por su cabeza cubierta de diminutos pelos puntiagudos pasó sus manos como zambulléndose sobre sí mismo por la puerta abierta de sus brazos.

Julián venía apurado con la botella bien agarrada por el cuello, recordó que no debía correr para no agitarla, estiró la mano y le hizo llegar a Johnny el envase empapado.

—Ya aprendiste a escoger las mejores, luego se ve que tuviste un buen maestro.

Julián sonrió contento.

—Y qué, ¿no te la abrieron?

—Que ya no, porque soy menor de edad.

—Estos cabrones no cambian, ¿entonces por qué te la vendieron?, si tanto quieren cuidar el futuro de los niños deberían dejar de robar lo poco que ganan sus padres.

Con los dientes dobló la corcholata y dio un trago largo como náufrago recién salvado, luego le pasó la botella a Julián que dudó en recibirla. No había tomado nada desde la noche del baile y había decidido no hacerlo más.

—En esta esquina nadie toma solo, así que te chingas.

Sobre la calle la figura de un hombre se acercaba lentamente. Ajeno a la presencia de los dos *Rabiosos* estuvo a punto de doblar la esquina, Julián reconoció al hombre y lo llamó.

–¡Buenas tardes profesor...!

Sorprendido por el grito Jonás volteó a ver a la pareja, reconoció a Julián pero no supo quién estaba con él. Levantó la mano y pretendió seguir, pero la voz de Johnny lo detuvo.

–¿A poco ya no te acuerdas de mí?

Jonás lo miró sin reconocerlo y decidió acercarse. Julián estaba emocionado porque las dos figuras masculinas más importantes para él se iban a encontrar.

–Soy Johnny, y tú eres Jonás.

–Claro que me acuerdo de ti, lo que pasa es que nunca te había visto con el pelo tan corto.

–No fue por gusto, ya sabes que en el tambo lo primero que hacen es pelarte a coco.

–Supe que te detuvieron por andar...

–Esa fue una mamada –interrumpió Johnny–, esos cabrones no encontraron nada y tuvieron que soltarme. No me querían aquí y me llevaron lejos unos días para que los otros pudieran hacer negocio tranquilos.

–¿Los otros?

–Rosendo y su hermano... esos fueron los que tendieron la trampa con la ayuda de uno de los nuestros.

–¿El Gato? –preguntó Julián.

–Me llevó hasta la boca del lobo y me metí sin darme cuenta.

–No entiendo –dijo Jonás–, ¿para qué te querían lejos?

–Para hacer negocio. Si te das cuenta esos hijos de la chingada ya ni siquiera viven en el pueblo, luego de esa noche agarraron sus cosas y se largaron, ahora deben andar moviendo un chingo de mercancía por toda esta zona, pasaron de la banda al narco y por lo visto les gusta más traer las bolsas cargadas de billetes que estar sentados en una esquina del barrio.

–¿Y por qué ellos y no ustedes?

–La idea fue trabajar juntos pero yo no le entré porque en lugar de ganar respeto te vuelves el criado de otros que en el momento que no les sirves te meten un tiro y ahí te dejan. Yo se los dije a esos culeros, pero no me hicieron caso, por eso inventaron todo ese argüende con la policía para quitarme del

camino y armar su desmadre. Para mí que le soltaron una buena lana a la tira para el operativo, y como te dije, caí redondito.

–Pero te soltaron pronto, ¿cuánto estuviste?

–Poco... pero suficiente para quitarme del camino.

–¿Y ahora qué vas a hacer?

–No sé... tal vez regreso al gabacho.

Franky volteó sorprendido y Johnny se dio cuenta, por eso dijo.

–Pero aquí dejo a Franky al mando de todo.

–¿Franky? –preguntó Jonás.

–Este cabrón que tienes enfrente.

–¡Ah!... Julián.

–Aquí se llama Franky... –dijo terminante Johnny–, y lo que sea fuera de la banda es su pedo.

La identidad del grupo era lo primero y Johnny no iba a dejar que nadie viniera a decirle cómo nombrar a los suyos. Podía entender que aquello estaba por terminar pero no era cosa de perder la dignidad, por eso miró a Franky y le preguntó.

–Entonces qué mi Franky, ¿te quedas al mando?

Los ojos de Julián buscaron a Jonás, el Johnny había puesto en sus manos una decisión importante, de él dependía el futuro de *Los Rabiosos* y más aún, su propio futuro. En el fondo la pregunta era, ¿cuál es tu verdadero nombre?, por eso Julián tardó en responder.

–Yo quisiera parecerme a ustedes pero no sé cómo hacerle. Johnny sabe ver al pueblo diferente y usted profesor sabe oír lo que digo. Desde que me hice *Rabioso* ando sin saber quién soy, con eso de tener dos nombres siento como si tuviera que decidir entre uno u otro, pero ahorita me estoy dando cuenta que no se necesita: yo me llamo Franky y voy a seguir siendo *Rabiosos*; pero también soy Julián y quiero aprender a pintar.

XII

El camino al aeropuerto fue más difícil de lo que Sharon imaginó, iba sentada en el asiento de atrás entre su abuela Rufina

y su prima Jessica. La joven nieta, llegada tres semanas atrás, había reconocido dentro de sí misma el latido de un corazón que golpeaba su pecho con una cadencia desconocida. Conforme avanzaban el campo oscuro de la primera noche se extendía amplio y luminoso bajo un cielo azul ocupado en desgranar con el viento las mazorcas blancas de las nubes.

Antes de dejar el pueblo Sharon tuvo tiempo de acompañar a Micaela al molino, aquel trayecto madrugador se había convertido en un tiempo destinado sólo para ellas. Junto a su prima, Micaela dejaba que su cara se vistiera con una sonrisa que antes apenas asomaba.

—Esta vez yo llevo la cubeta —dijo Sharon y sostuvo el asa.

—¿Estás segura?... es pesada.

—Voy a intentarlo, si me canso, me ayudas.

Rufina vio a las dos jóvenes salir de la casa y antes que cruzaran la calle gritó.

—¡Micaela! Cómo dejas a la niña cargar la cubeta.

—Yo se lo pedí abuela, no hay problema —contestó Sharon antes de despedirse.

Apenas se alejaron, las dos muchachas se echaron a reír.

—La abuela me cuida como si fuera una niña, no se da cuenta que tengo casi catorce años.

—Imagínate, ¿qué va a decir cuando te cases?

—Para eso falta mucho.

—Eso dices tú, pero escuché que un muchacho en el pueblo no piensa lo mismo.

—¿Y qué piensa?

—Está entusiasmado contigo y tiene ganas de irse pronto al otro lado.

—Debería pensarlo bien porque según sé es muy difícil pasar... ¿Es Jaime?

—Sí, uno de los muchachos con los que fueron a la haciendita.

—¿Y cómo sabes eso?

—Aquí en el pueblo todo se sabe.

—Eso pensé, donde vivo pasa lo mismo, cuando alguien llega, antes que salga de su casa su nombre ya está en boca de todos.

–“Pueblo chico, infierno grande”, dicen y tienen razón.

Sharon se quedó pensativa y dijo.

–Espero que Jaime no piense cosas que no son, él y yo somos buenos amigos, pero nada más.

–No se va a ir...–dijo Micaela para tranquilizar a su prima–, cuando le pase el entusiasmo se conformará con escribirte, pero no dudes que algunas muchachas dirán cosas de ti, lo bueno es que estarás lejos y ni te vas a enterar; en cambio imagínate si yo me metiera en un enredo así, no quiero pensar lo que diría la gente.

–¿De ti?, ¿por qué?

–Por ser grande y no tener todavía compromiso con nadie.

–Tú no eres grande, además... sí hay.

–Pero nadie lo sabe.

–Eso crees, pero mi tía Margarita platicó con la madre de Jacinto y ella le contó que no quería que su hijo viniera porque una muchacha del pueblo lo pretendía.

–¿Eso le dijo?

–Doña Remedios no te quiere... pero su hijo sí.

Micaela sintió un vacío en el estómago, buscó los ojos de su prima y le preguntó.

–¿Y tú cómo lo sabes?

–Doña Remedios se lo dio a entender a mi tía y le dijo otra cosa, que por más que le pidió quedarse del otro lado, viene a la fiesta.

Las dos jóvenes fueron y vinieron sabiendo que tenían que despedirse. Al entrar en la cocina, Micaela dejó la cubeta, se acercó a Sharon y la abrazó.

–Te voy a extrañar –le dijo.

–Voy a regresar pronto, a menos que no me invites a la boda.

Micaela meneó la cabeza para negar las palabras de su prima que la miraba con ojos traviosos y llena de ilusión alcanzó a decir.

–¡Ojalá...!

La camioneta dobló a la derecha sobre la carretera que bajaba una pendiente tendida, aquel descenso silencioso hizo pensar a Sharon en lo que estaba a punto de dejar. El país de sus padres no era ya un territorio marcado por una línea capaz de separar su historia, sino un lugar habitado por mujeres y hombres que ahora eran parte de su vida.

No muy lejos la torre de control sobresalía de entre las copas mochas de unos eucalipto, cuando Sharon la vio sintió que el momento de despedirse estaba cerca. Aquel aeropuerto en mitad del campo le hizo pensar en las grandes diferencias que había entre San Nicolás y Nueva York. Fuera del territorio anónimo de los pisos de mármol, la sala de espera, las palabras metálicas del altavoz, el viento soplaba libre y llevaba consigo aromas de fruta y flor; lejos de los relojes digitales encargados de medir con precisión la salida y llegada de los vuelos, el ritmo cadencioso de una vida distinta se empeñaba en dejarse guiar por la luz del sol, los tiempos de lluvia, de siembra y de cosecha. Sharon pronto estaría lejos de la tierra y se haría de nuevo al paso firme de las calles de concreto, la comodidad del sillón mullido, la prisa vertiginosa de las semanas y los días.

Con un pie puesto en cada uno de los lados entendió que ella era una especie de puente capaz vincular los dos territorios: por algo tenía una abundante cabellera negra y en mitad de su cara unos ojos oscuros; por algo lo mismo subía a un avión que montaba una carreta tirada por mulas colmada de alfalfa recién cortada; por algo su lengua podía contar historias en dos idiomas y su mente dialogar largo y tendido con su corazón...

En el umbral del arco electrónico Sharon abrazó a su prima Jessica.

—Cuida a la abuela —le dijo con la boca pegada a su oído—, ella te quiere aunque a veces no lo parezca. Ojalá nos veamos pronto, aquí o allá. Acuérdate que esperaré por ti.

—Tú también cuídate... Voy a extrañar tu voz y tu sonrisa.

Rufina esperó en silencio la despedida de las jóvenes, cuando le tocó abrazar a su nieta su cuerpo viejo cobró fuerza.

leza, se irguió lo más alto que pudo y plantando con fuerza sus pies sobre aquel piso brillante, miró con dulzura a Sharon y guardó para sí la figura menuda de su nieta.

–Mis brazos son fuertes todavía –dijo Rufina–, acuérdate que los voy a dejar abiertos para recibirte el día que quieras, sólo espero que no vayan a pasar tantos años antes de volverte a ver.

–Eso no abuela, te prometo que regresaré pronto.

–Que tengas buen regreso...

–Gracias... aunque más parece como si aquí fuera mi casa y estuviera a punto de dejar lo que más quiero.

–Me da gusto ver que la muchacha que conocí aquí mismo hace menos de un mes, encontró razones de ser en esta tierra.

–Me voy abuela porque si no me deja el avión. Toma... esto es para ti.

Sharon extendió un sobre de papel con el nombre de su abuela escrito al frente. Rufina lo tomó y se despidió. Sharon y su tía Margarita entraron a la sala y antes de perderse en el pasillo, voltearon y agitaron sus brazos.

–¿Por qué será que una siempre termina llorando? –preguntó con reclamo la abuela Rufina poco antes de salir del aeropuerto.

Jessica la vio y le dijo.

–Llora porque quiere. Está bien que se fue una nieta pero, ¿y yo qué?, ¿a poco no valgo?

Rufina encontró los ojos de Jessica ocultos detrás de su fleco.

–Claro que vales, lo único que te falta es portarte bien conmigo.

Antes de contestar Jessica se acercó a su abuela y le dio un beso.

–Si usted sabe que la quiero mucho.

Joel miró con sorpresa la alegría de su tía y su sobrina, no se imaginó que la presencia de la hija de Antonia podía cambiar algo en la áspera relación que había entre las dos.

Sentada en la parte trasera la abuela Rufina miró en el sobre su nombre escrito con letras grandes y redondas pero no lo abrió, quiso estar más cerca del pueblo para conocer su contenido. Al pasar San Miguel sacó la hoja blanca doblada con cuidado y mientras avanzaban entre los campos de maíz, leyó...

Abuela,

Este día no entiendo por qué me tengo que ir...

Me gustaría creer que la distancia no es más que un mal invento de la imaginación, aunque todo a nuestro alrededor diga lo contrario.

Voy a intentar no pensar en los años que perdí sin conocerte, mejor, esperaré con ilusión el momento de vernos otra vez.

He tomado de tu casa las flores, el olor de tu cocina, la luz de la mañana que entra por mi ventana... no se me olvida nada, porque junto a todo he metido tus ojos y tu voz, las manos que sostienen esta hoja y la alegría que pueda darte saber que te quiero muchísimo...

Ojalá no llores, eso déjame a mí que voy subida en este avión alejándome cada vez más de casa...

Gracias abuela por haber anudado tu rebozo con el mío.

Hasta pronto.

Sharon.

XIII

Las fiestas siempre empiezan antes, como una buena mata de chayotes sabe meter sus guías verdes por todos los vericuetos para trepar la alambrada y hacer en las pérgolas una enramada fresca bajo la cual descansar.

La fiesta de San Nicolás fue metiéndose igual entre la gente, juntó los ánimos de todos durante muchos meses y llegó, como cada año, acompañada por el sol de verano y un campo reverdecido por las lluvias. Cuando la voz de la campana anunció el inicio del día, debajo de ella el pueblo estiró los brazos sacudiéndose el sueño feliz de haber llegado, una vez más, a la justa celebración que pone fin a un periodo largo de supervivencia.

Desde su nicho principal el Santo Patrón veía con júbilo el alboroto que provocaba su celebración. En esos días parecía más comunicativo y hacía sentir a quienes lo veneran que todo, o casi todo lo que pidieran, podía ser concedido. Por eso fue importante afanarse en los adornos, mirar con otros ojos al prójimo, saber perdonar y arrepentirse. Fue tiempo de agradecer y volver a pedir con mucha fe que las cosas fueran mejor, pero sobre todo, fueron días para estar alegres, porque el Santo antes que nada es una persona que necesita reír y olvidar las penas de sus fieles; por eso en tiempos de fiesta hay que danzar el día entero con trajes coloridos, ir al jaripeo, lanzar muchos cuetes, prender la música de la banda, abrir la casa para dar de comer a todo el que llega; es necesario además hacer lo posible por regresar, no importa lo lejos que uno esté, y reencontrarse.

Jonás era uno de los muchos que había puesto en ese día una dosis grande de esperanza. Había dejado de pintar el mural una semana atrás, pero cada mañana regresaba a verlo para convencerse que estaba terminado. La víspera pidió a su padrino ir con él a la presidencia. “Tú bien sabes que no me gusta meterme en el chiquero”, le dijo para evitarse el disgusto de encontrar a quien no quería aunque al final fue más fuerte el compromiso con su ahijado.

Caminaron en silencio delante del muro iluminado por los colores y las formas, de vez en cuando el padrino Juan se detenía en alguna imagen y la miraba sin prisa, como quien saborea un bocado de su platillo preferido hasta sacarle todo su sabor, luego, volvía a caminar... A la distancia Jonás seguía aquellos pasos cadenciosos, hubiera querido preguntar pero sabía que con su padrino lo mejor era tener paciencia, las palabras iban a llegar a su tiempo y era necesario esperarlas. Lo primero que escuchó pareció no tener sentido.

—Veo que tuviste cuidado de no poner a nadie ahí —dijo señalando las figuras pequeñas alrededor de una fuente de agua.

—¿En dónde padrino?

—¿Cómo que en dónde? ¡Ahí...! alrededor del manantial de Santiago con el cual pudimos traer el agua al pueblo, no fue fácil hacerlo y veo que lo entiendes, además de querer que los otros también lo hagan. Es bueno contar las historias para dar a conocer los hechos y tomar postura, pero no cuando se busca sólo volver a meter el machete en la tajada que había cicatrizado. La primera agua que llegó al pueblo vino pintada de sangre, eso hay que saberlo, pero a estas alturas ya no tiene caso recordar los nombres de los que, siendo amigos, terminaron matándose. Por eso me gusta lo que pintaste: hombres sin rostro alrededor de una misma cosa y ahí atrás, escondido entre las matas, la cara del patrón viéndolo todo.

La mirada del padrino iba y venía por la superficie coloreada. Dio unos pasos hacia atrás y fijó su atención en las imágenes grandes. Jonás no tuvo que esperar mucho para conocer su opinión acerca de aquel conjunto de figuras históricas.

—Aunque ya conozcamos a todos estos señores no está demás volverlos a poner, si uno se fijara sólo en ellos tendría una mirada estrecha de lo que somos, pero está bien dejar que el que vea decida. Al pintar a los héroes ya le diste a la autoridad materia para sus discursos, ellos no van a mirar más allá, no sólo porque no quieren sino porque no saben. Toda la vida se la han pasado hablando de los grandes acontecimientos que nos dieron nombre, pero son incapaces de mencionar de qué manera aquéllos están presentes entre nosotros, y es que es más fácil lidiar con una historia que se cuenta de un hilo que poner atención a las distintas voces que andan por las calles todos los días...

De las imágenes grandes una llamó la atención del padrino Juan.

—A mí siempre me ha gustado este hombre —dijo y señaló a Zapata—, porque nunca ha dejado de pisar la tierra, igual que muchos de nosotros entendió que lo primero es comer, porque si no somos capaces de procurarnos el alimento siempre vamos a estar detrás de la carnada sujeta al anzuelo... Veo que pusiste a Magdaleno, que bueno, le va a dar gusto...

Conforme escuchaba Jonás ganó sosiego. No había opinión más importante para él que la de ese hombre que con parsimonia, continuaba su escrutinio.

—Al final saliste a pisar las calles —dijo—, y con las imágenes que has pintado nos das la oportunidad de vernos aquí. Si la gente de San Nicolás se pone atenta y junta las pequeñas historias desparramadas en este muro, va a darse cuenta que al final pesan más que las otras. Mañana va a ser un día importante, vamos a ver qué dicen los paisanos.

—¿Nos va a acompañar?

—Yo prefiero estar ahora contigo, ya te dije que no me gusta mirarle la cara a los que mandan. Estoy seguro que las personas van a saber apreciar tu trabajo, y si no es mañana, con el tiempo el rumor vivo guardado en este muro va a salir para acompañar al pueblo.

Al terminar el padrino Juan caminó hacia la reja junto a su ahijado pero antes de salir se detuvo.

—Acabo de oír cómo Prudencio desafinó otra vez con el clarinete... —dijo con una sonrisa, luego preguntó—. Y ahora, ¿qué sigue?

Sorprendido por la pregunta, Jonás preguntó.

—No entiendo padrino.

—Como te dije, aunque la pintura del muro esté cargada de vida no basta; es necesario poner el cuerpo junto a los otros para abrir un surco distinto en la tierra que nos tocó trabajar. Tú ahora has aprendido a levantar la vista y puedes ayudar a encontrar un rumbo bueno, pero hay que poner la mano en el arado porque si no, tus palabras sonarán huecas. Estoy seguro que ya te diste cuenta que el campo está disparejo y tiene mucha hierba, se van a necesitar manos fuertes para darle forma a la parcela, tal vez te toque a ti acercar a los jóvenes a la faena. Tú conoces bien el campo de aquí y el campo de allá, acuérdate que no se trata de dinero sino de tierra, de semilla y raíz, de sol y agua, de una cosecha que alcance para todos. Se trata de trabajo, sí, pero no cualquiera, sino del mano y vuelta con el cual nos reconocemos como comunidad; ya sé

que no sólo hablamos del campo, por eso tu mirada es importante, hay muchas cosas nuevas con las cuales debemos seguir escribiendo nuestra historia, pero si no somos capaces de unir nuestros talentos más allá del interés personal, se nos va a venir encima el muro y el agua que ahora todavía corre por la acequia hasta el jagüey y de ahí a nuestro campo se va a acabar. Hay mucho trabajo por delante Jonás, lo bueno es que ya se hizo lo más difícil: echar a andar...

En el norte, tan lejos y tan cerca, el día de San Nicolás despuntó como nunca antes lo había hecho. Los paisanos por primera vez festejarían al Santo Patrón. El padre Daniel conocía a la comunidad desde hacía varios años y acompañaba con entusiasmo su devoción por la Virgen de Guadalupe, gracias a él cada doce de diciembre los jóvenes realizaban una carrera con la antorcha guadalupana. La policía, convocada por la iglesia, se encargaba de garantizar la seguridad de los migrantes. Pero una cosa era la Virgen y otra San Nicolás; por eso cuando el padre Daniel recibió por primera vez la petición de apoyo para llevar a cabo su fiesta, se negó. Muchas personas festejaban cada año ese día reuniéndose a comer con los parientes pero no había misa, ni imagen en la iglesia a la cual llevar mañanitas. El párroco, aunque nunca había estado en México, conocía el rito religioso del país y tenía temor que su parroquia se transformara en un lugar donde Cristo dejara de ser el centro del culto. Le llevó varios años constatar la fe profunda de los migrantes mexicanos y cuando volvieron a pedirle la ceremonia aceptó, pero con condiciones: la imagen de San Nicolás entraría a la iglesia el primer día de agosto y sería llevada a la casa de quien fuese mayordomo dos días después de su fiesta, la misa sería al mediodía y habría una comida en el salón grande de la parroquia que debía terminar a las ocho de la noche. Aquellas recomendaciones, opacadas por la alegría de la noticia, no se discutieron.

Le tocó a Ángela, hermana de Esteban, preparar los tamales a los madrugadores que llevaron música a la iglesia. La fiesta cayó en sábado y eso fue tomado como un signo inequí-

voco de que a San Nicolás le daba gusto su festejo. Muchos trabajaron ese día pero pidieron a los patrones salir temprano. De la ciudad llegaron los parientes, Laura y sus hermanas viajaron el viernes por la tarde a Long Island y pararon en casa de su hermano Erubiel. Al llegar fueron directo a la iglesia y junto con otras mujeres se dedicaron a vestir al Santo y poner adornos. El padre Daniel veía los preparativos y por momentos dudaba si había hecho bien permitiendo la fiesta.

Antonia estuvo encargada de arreglar las mesas del salón. Temprano fue a recoger a su hermana Rosa pasando por alto la prohibición de su esposo. Estaba dispuesta a enfrentarlo porque ya no quería esconderse cada vez que iba a verla, había pasado un tiempo largo y su hermana, seguramente, había aprendido la lección. No tenía caso mantener aquella actitud soberbia que ignora que un error lo puede cometer cualquiera.

Rosa no sólo tendría que enfrentar a su cuñado sino a la comunidad que la había juzgado sin conocer los hechos. Le intrigaba saber si Cástulo estaría ahí. Aunque por momentos sentía temor tenía ganas de ponerse delante de él para hacerle ver lo poco hombre que era. Ese día Rosa se sentía fuerte y quería disfrutar la fiesta que tanto había añorado.

Cuando Sharon la vio llegar dejó los manteles que llevaba en las manos y fue a darle un abrazo lleno de cariño. En ella veía al pueblo que había dejado atrás. “Conocí a tu mamá...”, le dijo, “se parece a ti”. Rosa escuchó sus palabras y sintió el rumor casi olvidado de la voz de su madre, supo entonces que ese día iba a compartir con ella la alegría de estar viva.

—Sólo faltan los puestos de comida y los juegos mecánicos para sentirnos en el pueblo —dijo Antonia a su hermana.

—Y las danzas...

—Las danzas no porque va a haber, igual que el doce de diciembre, nada más que ahora sin frío.

—¿Qué pensarán los de aquí al vernos festejar? ¿Tú crees que venga alguno a ver?

—Hay gringos que cada año están en la misa de la Virgen, yo creo que les va a dar curiosidad, pero a la mayoría no, seguro

se van a encerrar en sus casas lejos de las cosas que ocurren a su alrededor. No ves cómo los más ricos se han ido cada vez más lejos con tal de no vernos; esta gente es así, quieren que les hagan el trabajo pero prefieren ignorar quiénes lo hacen y cómo; mientras sus pastos estén bien podados y sus flores como si acabaran de abrir, el mundo para ellos se mantiene en orden.

—Para mí que sí se dan cuenta pero no quieren ver. Lo bueno es que cada vez somos más y poco a poco le vamos dando un color distinto a este lugar a pesar de la ausencia.

Junto al presidente municipal estaba parado don Sixto con su camisa blanca impecablemente planchada; a su lado Jonás miraba emocionado cómo la gente del pueblo se juntaba debajo del techo de lámina justo enfrente del mural. Del atrio de la iglesia llegaba la música de los danzantes y el retumbar de los cuetes. Sobre el pueblo el cielo azul estaba acompañado de pequeñas nubes blancas moviéndose junto con el aire limpio bajado del volcán.

La ceremonia de inauguración fue programada a la once de la mañana a fin de no interferir con la misa mayor. Julián llegó acompañado de su madre, llevaba el pelo engominado y la cara recién lavada signada por sus ojos negros. Se metió entre la gente hasta quedar adelante donde saludó a su amigo con un sonrisa. Mario y Adrián, parados del otro lado, no apartaban la vista de su compañero de escuela, cuando por fin volteó a verlos le hicieron señas para verse después.

El presidente dio a entender que estaba preparado y el propio Sixto acercó el micrófono, lo encendió y dando unos golpeitos en la punta lo puso delante de su jefe. Tal como lo dijera un día antes el padrino Juan, el presidente inició su discurso nombrando a los personajes históricos que parecían verlo desde lo alto del muro, agradeció a Jonás su colaboración y después de reconocer con prisa su talento, centró sus palabras en el esfuerzo realizado durante su gestión para dotar al pueblo de mejores condiciones de vida. El mural, como telón de fondo, le dio elementos visuales para acompañar sus palabras. Con el oficio de muchos años metido en política el presidente

cerró su discurso en voz alta buscando entre la avalancha de palabras gastadas una frase contundente. Sus ojos rasgados las encontraron en la imagen de Porfirio Díaz.

–¡Somos el fruto nuevo del maíz que toma su fuerza de las manos de quienes nos han dado un país libre, como bien lo muestra el general Díaz. Aprendamos de ellos para que el día de mañana nuestros hijos sean capaces de reconocer la historia de su pueblo!

El primero en aplaudir fue Sixto y detrás de él toda la gente reunida en la presidencia municipal. Jonás entendió que el mural podía servir tanto para conocer la historia como para ignorarla. “Mientras entre la gente y las imágenes no estén las palabras de los políticos, mi trabajo puede dar algo bueno al pueblo”, pensó resignado. Dos niñas peinadas con trenzas sostuvieron un listón que el presidente cortó para dejar oficialmente inaugurado el mural. Los nuevos aplausos se dispersaron rápidamente y el presidente se despidió de Jonás con un apretón de mano y gesto efusivo.

–Es bueno tenerte de nuestro lado –le dijo al tiempo que algunos campesinos se le acercaban para pedirle audiencia.

A partir de ese momento la obra plasmada en la pared era parte de San Nicolás, Jonás la miró por última vez como algo propio dándose cuenta cómo algunos niños corrían a tocar la serpiente emplumada. Varias mujeres, ataviadas con ropa de fiesta, echaban breves vistazos a la pintura antes de salir apuradas hacia la iglesia. La madre de Adrián tocada con un rebozo floreado, llamó a su hijo que platicaba animado con Mario y Julián.

–¿Entonces nos vemos en los juegos después de comer?
–preguntó Mario a sus dos compañeros.

–Esta bien –respondió Julián–, pero, ¿en dónde?

–Enfrente de la *Canoa* porque ahí se junta menos la gente
–respondió Adrián apurado por el insistente llamado de su madre.

Jonás alcanzó al grupo antes que se separara.

–Que gusto encontrarlos aquí. ¿Listos para la fiesta?

–Más o menos... –dijo Mario sorprendido por la intrusión.

–Quedó muy bien el mural profesor –intervino Julián entendiendo que Jonás se había acercado al grupo por él.

–Bueno, que les vaya bien y apúrenle porque los esperan.

Los niños corrieron hacia la calle donde cada vez más personas pasaban rumbo a los puestos y la iglesia. En el patio casi vacío Jonás descubrió la figura de una joven cerca de la pared y se acercó a saludarla.

–¿Jessica?

–Hola profesor... –dijo apartando la vista del mural–, ya ve que sí cumplo, aquí estoy como lo prometí.

–Sabía que vendrías, y... ¿cómo ves?, ¿encuentras algo interesante?

–Muchas cosas, algunas tienen que ver con lo que usted nos dijo en la escuela; bueno, eso creo...

–Al menos lo intenté, aunque después encontré otras que me gustaron más.

–Ya me di cuenta, a propósito, ¿puedo hacerle una pregunta?

–Claro...

Jessica estiró su brazo y señaló con el dedo una imagen.

–¿Quién es?

–¿No adivinas?

–No sé... –dudó. Sin embargo, dejando la pena a un lado, dijo–, lo que pasa es que se parece a mí.

–Yo diría que eres tú, al menos eso me pareció cuando encontré el grafiti con los ojos de una joven.

–Ya decía que se parecía... ¿Y por qué lo puso?

–Porque es parte del pueblo, pero sobre todo, porque creí conocer de quién se trataba. A mí me parece que la persona que pintó esos ojos allá afuera no sólo quiso mostrar que son bonitos, sino que tienen una manera particular de ver las cosas. Cuando yo me paré delante me dieron ganas de saber qué ven. Para mí esa imagen representa las preguntas que no he sabido contestar.

—No sé si yo puedo ayudar a encontrar respuestas, pero si quiere, puedo hacer con usted muchas preguntas...

Llevado en andas San Nicolás pasó por *Main Street* hasta la parroquia acompañado por concheros, mariachis y cientos de migrantes indocumentados felices de celebrar la fiesta de su pueblo. Sin cuetes trepadores para acompañar la música caminaron las calles custodiados por la autoridad. El padre Daniel esperó en la puerta de la iglesia la llegada de los fieles, junto a él un grupo de jóvenes vestidos con trajes típicos esperaba el momento de su participación. Los danzantes haciendo sonar sobre sus pies descalzos los cascabeles de ojo de venado fueron los primeros en llegar, detrás, San Nicolás avanzó hasta quedar delante de la iglesia. Cuando los concheros terminaron de danzar en el atrio el padre Daniel pidió el incensario para purificar la figura del Santo y de quienes lo sostenían, luego con paso solemne presidió la entrada de la peregrinación. El grupo de jóvenes entró bailando el tlaxcalteco. En el altar las banderas de México y Estados Unidos enmarcaban a Cristo y la Virgen María.

Entre tanta gente, Isidro localizó a sus primas y se acercó a saludarlas.

—¡Qué bonita le quedó la iglesia! —le dijo a Laura.

—Será porque usted nos ayudó.

—Si no fuera porque este padre habla como gringo creería que estoy en el pueblo.

—No me hagas mucho caso, pero oí decir que el padre Manuel quiere venir.

—Seguro para regañar a los que nos fuimos sin confesar.

—Exactamente, y creo que tú eres el primero en la lista de pecadores —dijo Laura sonriendo—. Ahora cállate y déjame oír la misa.

En un altar distinto, muy lejos de Long Island, las banderas de los dos países también custodiaban a Dios, la Virgen y los Santos. Desde temprano los sanicoleños, viejos y jóvenes, habían pasado a felicitar al Santo. Una hora antes de la misa la abuela Rufina se metió al templo a rezar por los suyos. Tenía

mucho que agradecer. Las campanas trepadas en las torres tocaron la primera llamada. Un grupo de muchachos con peinados puntiagudos, argollas en las orejas y tatuajes entraron silenciosos con los brazos cruzados y la cabeza baja, se hincaron en las bancas de atrás y se pusieron a rezar. Rufina reconoció a varios y dio gracias a Dios porque, aunque anduvieran en la banda, no se olvidaban de ir a la iglesia. Cada vez eran más los jóvenes de las esquinas y menos los años necesarios para llegar a ellas. Apenas llegaron, los ojos de los más chicos buscaban inquietos la cara de su líder para saber si era tiempo de irse. Cuando por fin el joven que guiaba al grupo se puso de pie, los demás hicieron lo mismo, caminaron en fila hasta el altar, se persignaron y con el mismo silencio que entraron, salieron del templo.

Afuera todo era luz y colores vivos, los vendedores montaban sus puestos, los neveros daban vueltas a sus botes para cuajar la nieve, las vendedoras de elote desgranaban el maíz tierno para el esquite, y sobre el rin, los jóvenes pugilistas recibían de sus managers las últimas instrucciones. Bajo las lonas de los comedores las mesas de metal acumulaban cervezas vacías que los recién llegados de Nueva York tomaban eufóricos, felices de estar en su pueblo. La música grupera, reggaeton y duranguense rivalizaba con los tambores y platillo de la banda. Debajo de los laureles, los moros y cristianos no dejaban de moverse guiados por Magdaleno vestido con el traje de siempre.

En medio de toda aquella agitación Micaela y Demetria caminaban juntas hacia la iglesia, una buscando la presencia de un hombre, y la otra, intentando olvidarla. Como parte de la misma historia llena de contrastes, las dos amigas estaban dispuestas a pasar juntas un día feliz.

Cuando el padre Daniel dio la bendición todos pasaron al salón de la parroquia. En un extremo, junto al espacio que serviría para el baile, unos jóvenes terminaban de acomodar el sonido del conjunto. Como en muchas otras fiestas los primeros en tocar serían los mariachis. Un joven llamado Antonio, apa-

sionado por la música mexicana, había tenido la buena idea de formar un grupo ranchero que, además de alegrar las fiestas de los paisanos, tocaba en reuniones de los mismos americanos; pero el equipo no sería para ellos sino para *Los Temerarios*, un conjunto formado por cinco de los primeros migrantes llegados a esa zona; para ellos la música había representado una manera de aferrarse al pueblo que habían dejado. Al principio estuvieron interesados en poner las canciones que se oían en San Nicolás: cumbias, gruperas, baladas románticas..., pero entre más se compenetraban como banda, menos caso le hacían a los ecos de su tierra; un día, Reinaldo, el cantante llegó con una canción compuesta por él mismo, le gustó a sus compañeros y la incluyeron en su repertorio. La pieza tuvo éxito y la solicitaban en cada fiesta que tocaban, poco a poco *Los Temerarios* incluyeron otros números propios posicionándose como la banda de moda. La fama de su música llegó al pueblo y los conjuntos locales empezaron a hacer suyas sus mejores canciones. Las voces que un día dejaron el pueblo resignadas a perder su identidad, regresaron al mismo y calaron hondo en los sentimientos de sus paisanos.

Entre las mesas los niños corrían divertidos hablando en un idioma distinto al de sus padres; para ellos aquel territorio era su hogar y para los mayores una tierra donde encontraron una forma de sobrevivir. Las cazuelas, igual que en el pueblo, rebozaban con arroz y mole, y las mujeres calentaban las tortillas en hornillas de gas dentro de una cocina industrial hecha para los banquetes de bodas. Lejos del piso de tierra los zapatos lustrosos iban y venían apurados, y las manos no dejaban de cargar platos con comida, salsas, jarras de agua fresca y cervezas frías.

Haciendo honor al trabajo de casi todos los presentes, cada mesa tenía en el centro un adorno de flores diseñado por jóvenes estudiantes de decoración de jardines. Las familias se acomodaron y las risas y la música no dejaron de acompañar el festejo.

Celestina entró al salón junto a Tomás y sus hijos, Cástulo se había quedado en casa de unos amigos y llegaría más tarde. Los mariachis dejaron su lugar a una banda de jóvenes rockeros que tocarían con el equipo de *Los Temerarios*.

–Mira nomás cómo entusiasmo a los chamacos la música de estos jovencitos –dijo Esteban a su compadre Ausencio.

–En poco tiempo los bailes van a dejar de ser un lugar para nosotros.

–No es para tanto compadre, está bien que ya tenemos nuestros años pero todavía aguantamos ésta y las que vienen.

–Lo digo porque como van las cosa a *Los Temerarios* se les puede ocurrir cambiar de giro y entonces sí, ya nos fregamos.

–Si hacen eso les cancelamos el contrato y se quedan sin chamba –bromeó Esteban y le dio un trago a su cerveza.

–¿Ya vio quién llegó compadre?... El cuñado de Rosa.

–Nomás eso me faltaba, sólo espero que el cabrón de su hermano no se pare por aquí.

–Anda acá en el pueblo, pero seguro está agarrando valor para presentarse.

–Le dije a Antonia que su hermana mejor no viniera, pero las mujeres son necias como ellas solas y luego, cuando empiezan los problemas, lo llaman a uno para arreglarlos.

–No hubiera sido justo que Rosa se quedara sin venir, ella tiene más derecho a estar aquí que Cástulo. Yo le digo una cosa compadre, si ese cabrón se le acerca, le parto su madre.

En cada casa se monta una fiesta particular, dentro de cada cazuela una manera especial de hacer el mole, sobre el fuego y el comal de barro distintas tortillas, y sin embargo más allá de todas las diferencias bajo los manteados de las casas un sentimiento común une a todos los paisanos.

La misa tenía rato de haber terminado y los platos fueron quedándose vacíos sobre las mesas. Los invitados, venidos de otros pueblos, llegaban a las casas a su tiempo y a su modo. Afuera del pueblo sin sombra para resguardarlo, el ruedo para el jaripeo reunió a muchos rancheros. En ese mismo lugar varios años atrás intentaron hacer la novillada pero les salió mal:

los animales cansados y sedientos resultaron mansos para los novilleros y bravos para los espontáneos, uno de los toritos con los pitones despuntados golpeó el vientre voluminoso de un borrachín que al día siguiente no se acordaba de nada; no obstante, el incidente acabó con el jolgorio y los animales regresaron a su rancho sanos y salvos.

Sobre el atrio, la plaza y la calle principal los comerciantes preparaban la llegada de la gente, por la mañana habían tenido clientes pero era en la tarde cuando más salían a disfrutar de la fiesta. Aunque al mediodía había pocos, los que se quedaron debajo de algún toldo no paraban de hablar de sus correrías por la unión americana. La mayoría eran muchachos llegados para encontrarse con la novia o bien, en busca de una para llevar su recuerdo el día de su regreso. Las jóvenes compartían, entre risas y silencios, la creciente borrachera de sus amigos. Jacinto, molesto con su madre por no haber cumplido con su encargo, había decidido quedarse en uno de aquellos puestos. Mientras esperaba apretaba entre sus manos un sobre con el nombre de Micaela escrito por él mismo antes de irse a Estados Unidos; le había pedido a su madre entregárselo pero ella no lo hizo, ahora sería él quien debía buscar una oportunidad para hacerlo esperando sólo que no fuera demasiado tarde.

Hubiera podido hacerlo de otra manera pero siendo como era, Tony esperó a sentir en sus venas la fuerza del alcohol para preguntar por Pedro. Algunos lo habían visto durante la caminata de las danzas pero no en el salón. Si había alguien que podía saber en dónde estaba era Laura, su hermana, por eso Tony se acercó a su mesa y al ver a Isidro sentado lo saludó entusiasmado.

—¡Primo! ¡Qué gusto verte de este lado! ¡Párate y dame un abrazo!

A Isidro también le dio gusto verlo, si bien eran muy distintos reconocía que sin él no hubiera podido cruzar el desierto. Tony le enseñó lo que sabía y por momentos le dejó ver parte de sus sentimientos más hondos.

—Siéntate con nosotros —le dijo Isidro y arrimó una silla.

–No primo, gracias, nomás vengo a preguntarle a Laura por mi hermano Pedro.

Apenas escuchó el nombre Laura volteó a ver a Tony. Tal vez había tomado un poco pero no estaba borracho.

–¿Y a qué se deben las ganas de encontrar a Pedro?, si la memoria no me falla van a ser casi diez años que no lo ves.

–Ya sé que me tardé mucho pero ahora quiero verlo y tú has de saber dónde está...

Tony era igual que su padre, incapaz de pedir a una mujer las cosas de otra manera, siempre exigía como si fuera su dueño. Laura estuvo a punto de ignorar la petición sin embargo recordó lo que Isidro le había contado; tal vez en medio del desierto, Tony fue capaz de reflexionar sobre su comportamiento con Pedro y ahora necesitaba hablar con él. Pedro había ido a la estación de tren a dejar a unas amigas.

–Si quieres verlo... –dijo Laura–, espéralo afuera del salón, no tarda, ya debe venir de regreso.

–Yo creí que no iba a decirme nada –dijo Tony a Isidro–, resultó ser menos mala de lo que parece.

Se despidió de su primo sin voltear a ver a Laura y se fue, Isidro iba a decirle algo pero se contuvo, luego le dijo a su prima.

–Tienes un hermano que no te merece, yo que tú no le hubiera dicho nada.

–No te preocupes, de sobra conozco esa manera de trata a las mujeres, mi padre hacía exactamente lo mismo, pero sabes una cosa, no lo hice por él sino por Pedro.

–¿Él quiere hablar con Tony?

–No lo reconocería nunca pero estoy segura que tiene algo importante que preguntarle por eso es mejor que sea Tony el que lo busque, así va a ser más fácil para él.

Al salir Tony sintió el aire cálido de la tarde cargado de humedad, respiró profundo y caminó hasta una barda baja que separaba la calzada del jardín de la iglesia. La sombra fresca de un álamo lo invitó a sentarse. Desde el salón la música llegaba a oleadas según se moviera el viento, Tony no apartaba la vista del estacionamiento. Su hermano llegó a pie, se paró frente a él y dijo:

–Hola Tony... yo también te estoy buscando.

Sorprendido por las palabras de su hermano Tony se puso de pie y, antes de poder decir algo, Pedro se acercó para darle un abrazo. La enorme distancia que los tuvo separados durante más de diez años pareció desdibujarse debajo de la sombra del árbol.

–Sigues igual de flaco –dijo Tony sólo por no quedarse callado.

–La vida siempre nos cambia, a ti y a mí nos llevó de la mano durante un tiempo y luego, sin darnos chance para pensarlo, nos hizo tomar caminos distintos.

–Pero tú decidiste salir de la casa.

–Si por mí hubiera sido no hubiera salido nunca del pueblo, pero las circunstancias me empujaron a dejar muy pronto lo que más quise. No me dio tristeza cruzar la puerta y hacerme al camino, sino darme cuenta que la casa no tenía ya nada que darme. El día que murió mi madre la perdí a ella y te perdí a ti.

Tony agachó la cabeza porque sabía que aquellas palabras eran ciertas.

–Como tú dices, la vida no da tiempo para pensar, yo me sentí solo y mi padre estaba cerca.

–Hay árboles grandes que dan buena sombra pero acaban con todo lo que crece a su alrededor, si no te vuelves igual, te matan.

–¿Y qué querías que hiciera?, nuestros hermanos mayores se fueron y nosotros apenas sabíamos de qué se trataba la vida.

–Cuando éramos chicos íbamos al río porque nos gustaba jugar que éramos exploradores, tú siempre querías ir adelante para abrir brecha, no entiendo por qué te dio miedo seguir haciendo lo mismo. Si no hubieras cambiado yo siempre hubiera estado junto a ti.

–Yo no le tengo miedo a nada ni a nadie, después de ti fui yo quien salió de la casa para andar mi propia brecha, y aunque ahora lo digas nunca te vi ni cerca ni lejos, desapareciste como siempre lo hacías. Si de verdad hubieras querido pudiste haberme buscado.

–Pero no quise y fue mejor así...

–Está bueno que lo reconozcas, entonces... no hay nada más que decir.

Tony extendió su mano para despedirse de Pedro, había recobrado su aire de superioridad, tenía ganas de emborracharse y no le veía caso estar acalorándose junto a un hombre que apenas reconocía.

–Una cosa más –dijo Pedro parando en seco a su hermano–, tú estuviste junto a mi madre el día que murió, yo escuché tu voz desde el árbol de capulín donde me trepé, cuéntame, ¿cómo se veía?

Como si el golpe del hacha hubiera dado en el punto exacto para desgajar el tronco, la pregunta de Pedro hizo que Tony dejara a un lado la máscara que tanto le gustaba ponerse y viera, cara a cara, lo único que verdaderamente le daba miedo enfrentar: delante estaba el hijo querido por su madre, el único que entendió su dolor y la defendió. Nunca fue Tony el verdadero explorador porque siempre prefirió seguir la ruta marcada, en cambio Pedro, a pesar de los riesgos, no dejó de buscar el mejor camino para librar a su madre de su absurdo destino.

En la casa de Rufina el teléfono sonó varias veces antes de que alguien llegara a contestarlo.

–¿Con quién quiere hablar? –preguntó Jessica a la mujer que apenas se escuchaba.

–Con doña Rufina –dijo la voz del otro lado.

La abuela estaba en la cocina apurada en servir los platos para sus compadres que acababan de llegar de Santiago, Jessica entró corriendo para avisarle que le hablaban. La abuela dejó a sus nietas encargadas de servir. El ruido de la fiesta no dejaba oír con claridad a la otra persona.

–¡Hable más fuerte que no le oigo! –dijo la abuela casi a gritos.

–Hola mamá, soy Rosa...

Cástulo entró tambaleándose al salón y no tardó en encontrar a Rosa con el teléfono en la mano, pasó junto a las mesas chocando con los respaldos de las sillas, iba decidido a

reclamar a su exmujer por qué chingaos no le había avisado del nacimiento de su tercer hijo. Al pasar junto a una de las mesas la mano de Ausencio lo detuvo.

–Ni se te ocurra acercártele, la mesa de tu hermano está del otro lado, así que mejor jálale para allá.

Cástulo hizo un intento por soltarse pero apenas se movió, Ausencio lo apretó más.

–No estoy jugando Cástulo, ya le hiciste mucho daño a Rosa y ahora no está sola, me tiene a mí para defenderla.

La madre y la hija tropezaban sus palabras con los sollozos que la alegría les sacaba desde muy adentro. Cada una preguntaba a la otra cómo estaba la fiesta, en ambos lados, bajo la mirada del mismo Santo, la gente celebraba haciendo que las dos poblaciones separadas por miles de kilómetros parecieran un mismo lugar.

Mientras Rufina y Rosa hablaban, las campanas de la iglesia se echaron a vuelo y llenaron el aire con su sonido.

–Escucha cómo suenan las campanas –dijo Rufina a su hija con ganas de compartir con ella todo lo que le rodeaba, Rosa pegó su oreja al teléfono y el sonido metálico bajó desde la torre y se coló por la bocina como un sueño lejano llenó de imágenes que creía olvidadas.

Rodeadas de cazuelas calientes y platos por servir, Jessica y Micaela apenas se daban a basto para dar de comer a los recién llegados. Demetria se había sumado al trabajo que la abuela les encomendó.

–Vayan a dejar estos platos con mole... –dijo Micaela a sus dos ayudantes–, yo mientras me encargo de echar más tortillas.

Con sus manos redondas, hábiles para moldear la masa, Micaela puso sobre el comal la tortilla que acababa de formar. Antes de empezar a hacer la siguiente la voz de un hombre la detuvo.

–Me gustaría probar esa tortilla, usted dirá si se puede...

Micaela volteó rápido para saber quién le hablaba, parado junto a la puerta de la cocina vio a Jacinto y sonrió.

Aunque el cielo todavía estaba azul encendieron las luces de los juegos mecánicos. Julián se detuvo delante de la *Canoa*, el olor a churros y palomitas se metió por sus narices abriéndole el apetito; como en casi todas las fiestas Julián había comido rápido y poco. Mario se acercó con una bolsa de papas bañadas en salsa y le ofreció una a su amigo.

La *Rueda de la Fortuna* era el juego que más le gustaba a Julián porque desde arriba podía ver el pueblo completo y la cúpula de la iglesia de San Miguel, pero sabía que a sus amigos les aburría, ellos preferían juegos más intensos, esos que marean y hacen gritar. Cuando Adrián llegó corrieron los tres hacia el *Remolino*, se sentaron juntos en un mismo carrito y agarrándose con fuerza al tubo de seguridad, sintieron cómo empezó a moverse bajo sus pies la plataforma ondeante. Los fierros viejos del juego rechinaban y parecía como si en cualquier momento se fueran a romper; el *Remolino*, cada vez más veloz, sacudía como muñecos de trapo los cuerpos de los que iban en él. Para Adrián, Mario y Julián, el mundo a su alrededor era un enredijo terrible donde nada podía entenderse, todo pasaba demasiado rápido mientras ellos seguían dando vueltas y vueltas entre temores y risas.

Rosario, Argentina-Cholula, México
julio 2010/mayo 2011

ÍNDICE

Primera parte
Murales
[7]

Segunda parte
Fronteras
[139]

Tercera parte
La fiesta
[231]

El color de la ausencia, de Jorge Eduardo Basaldúa Silva, se terminó de imprimir en el mes de febrero de 2013 en Formación Gráfica, SA de CV, con domicilio en calle Matamoros 112, colonia Raúl Romero de Ciudad Nezahualcóyotl, Estado de México. En su composición tipográfica se utilizaron tipos de la familia Palatino en 10, 11 y 14 puntos.

El tiro consta de 1,000 ejemplares.